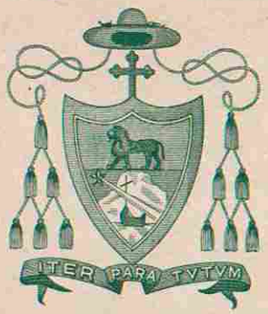
7
93

TESORO
DEGLI ORATORI
SACRAD
XIV

TESORO
ORATORIO
DI
MONSIGNOR
DI
MARETI

BV4217
T4
v.14
1871-93

008546



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

1080015284

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

SEGUNDA PARTE.

TOMO II.

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:

BIBLIOTECA SELECTA

DE

PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Provincial franciscano.

Comede volumen istud, [illegible]
quere ad filios Israel. (E[illegible])

SEGUNDA PARTE.

Tomo II.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRIXOL, NÚM. 9.

1881.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BV4217
T4
V.14
1871-93

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA,
CON ARREGLO A LA LEY.

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro núms 21 y 23.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO,
ó sea:
Panegíricos de la Santísima Virgen, relativos á todos sus **Misterios**, sus **Virtudes**, los **Hechos** todos de su Vida y á los principales títulos y advocaciones, con que la honran los fieles;

DIRIGIDA, COLECCIONADA Y CORREGIDA
POR EL
R. P. Ramon Buldú,
Provincial franciscano.

TOMO II.

LA VÍRGEN DE NAZARETH
CONTEMPLADA
EN LOS PRINCIPALES PASOS DE SU VIDA, DURANTE EL MES DE MAYO;
POR EL
R. P. MARCELINO DE CIVEZA,
historiógrafo del Orden Franciscano, y miembro de la Academia Pontificia romana;
OBRA TRADUCIDA DEL ITALIANO.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. (MARCH. XVI, 15.)

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

45177

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRIXOL, NÚM. 9
1881.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

LA

VÍRGEN DE NAZARETH,

CONTEMPLADA

EN LOS PRINCIPALES PASOS DE SU VIDA,

DURANTE EL MES DE MAYO.

AL DEVOTO LECTOR.

Una advertencia quiero hacer á los piadosos fieles, al emprender la publicacion de este libro, y es: que no aspiro á pasar por autor, ni á hacer gala de erudicion ni de literatura, de cuyas dotes carezco; únicamente motivos de piedad me han movido á propagar, en cuanto me lo permitan mis débiles fuerzas, la devocion y el culto de la Vírgen María, tan tierno para los buenos católicos durante el mes de Mayo, que le está especialmente consagrado. Confieso con satisfaccion, que nada hay de mi cosecha en cuanto refiera de su vida. Residiendo en Roma, desde larga fecha, y no habiendo podido rehusar la honrosa invitacion que me hicieron para predicar el mes de María en uno de sus templos, todo mi afan consistió en consultar, dia por dia, á alguno de los graves y devotos escritores de las glorias de la Vírgen, y á algun otro que tratase de las antiguas costumbres y usos del pueblo judáico, entre los cuales me place contar al abate Órsini; y habiendo reunido lo más selecto en brevísimas notas, lo ordené del mejor modo que supe, haciendo aquí, y allá, algunas consideraciones morales, que el asunto mismo me sugería espontáneamente, y que consideraba á propósito para mi auditorio. El éxito superó mis esperanzas, puesto que el método empleado gustó extraordinariamente. El año siguiente fuí invitado á predicar en otra iglesia de la propia ciudad, y me serví de aquellas notas despues de

008546

ampliadas, las cuales fueron acogidas, si cabe, con mayor favor. Trascurridos algunos años, me aconteció lo mismo en Génova, donde añadí, oportunamente, algunas nuevas reflexiones, que respondieron á las condiciones del país; y debo decir, que fueron del gusto del piadoso auditorio. De aquí el que muchos me insinuasen la publicacion de ese trabajo. Estuve indeciso por algun tiempo; pero, pareciéndome, al fin, que sin duda podría servir de algun provecho á las almas, decidí darle la última mano en cuanto me era posible, durante aquellos intervalos de tiempo que me dejaban libre mis estudios, y publicarlo. Mas no contento de mi juicio, quise someterlo al parecer de persona docta, piadosa y fino criterio literario, la cual me animó y estimuló á satisfacer los deseos de aquellos que me habian pedido su publicacion. Por lo tanto, me consideraré por demás recompensado de mis insignificantes fatigas, si este libro llega á ser leido por alguna persona piadosa, y si algun orador sagrado se sirve perfeccionar este nuevo modo, que he intentado, de explicar al pueblo cristiano la historia tan célebre, á la par que hermosa y variada, de nuestra religion, al discurrir sobre la vida de María durante el mes de Mayo consagrado á la misma. Mi método particular en estos discursos ha consistido, en intercalar en las descripciones de la vida de la Santísima Vírgen, y de otros personajes evangélicos, enseñanzas, como queda dicho, que sirviesen para la edificacion moral de los fieles; y con gran consuelo mio he podido apreciar, con que ahinco los oyentes se deleitaban, bebiendo en el deleite los documentos más exquisitos de la moral católica. Pues son de tanta eficacia las instrucciones morales, especialmente en los ejemplos de la vida de María, que parece un prodigio; y dichosos los oradores, que con sencillo y noble artificio de verdadera elocuencia cristiana sepan aprovecharse de ella. ¡Bendiga mis intenciones la Bienaventurada Vírgen, Madre y Sede de la Sabiduría!

DIA PRIMERO.

LA PROMESA.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.

Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza, y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza.

(Gen. III, 15).

¡Cuán hermoso es el mes que nos disponemos á celebrar hoy, y que ha consagrado la piedad de los fieles á las glorias de la Vírgen, Madre de Dios! Concebida desde la eternidad en la mente divina, preséntase en la plenitud de los tiempos, no sólo para curar de sus males á la naturaleza con la inocencia original de que fué revestida, sinó para devolverle su primordial belleza, que la culpa le robara, por cuyo motivo será por todos los siglos, despues de Dios, la primera gloria y el más puro esplendor de la misma creacion. Esta, en cambio, cada año, á la renovacion de estos dias, en que, á la aurora de la primavera, recobra nueva vida, y los montes, los valles, los collados, los llanos, las yerbas, las plantas y las flores parecen alegrarse de ello, como en recuerdo de lo que debe á María; invita á todas las gentes á ensalzarla en el Señor, que la crió, y que haciéndola Madre de su Hijo, dignose reparar á la humanidad en el órden sublimísimo y sobrenatural de la gracia, de la cual, separado el hombre por la culpa, cayó en un profundo abismo de tinieblas, miserias, llanto y desesperacion. Y á esta voz responden, lleno el corazon de inefable alegría, los hijos de la Redencion, de suerte, que, al presente, no hay pueblo, ciudad, provincia ni reino, desde Oriente al Ocaso, donde no se canten de contínuo, y particularmente en estos dias, alabanzas al nombre de María, ni se ensalze su belleza, su poder, su bondad y su gloria, ni se adornen sus altares con escogidas y olorosas flores, á cuyo alrededor se quema sagrado incienso y resuenan preces votivas en dulce ambiente de amor y paz. Lo mismo en la cumbre de los más elevados montes, en el fondo de desiertos

ampliadas, las cuales fueron acogidas, si cabe, con mayor favor. Trascurridos algunos años, me aconteció lo mismo en Génova, donde añadí, oportunamente, algunas nuevas reflexiones, que respondieron á las condiciones del país; y debo decir, que fueron del gusto del piadoso auditorio. De aquí el que muchos me insinuasen la publicacion de ese trabajo. Estuve indeciso por algun tiempo; pero, pareciéndome, al fin, que sin duda podría servir de algun provecho á las almas, decidí darle la última mano en cuanto me era posible, durante aquellos intervalos de tiempo que me dejaban libre mis estudios, y publicarlo. Mas no contento de mi juicio, quise someterlo al parecer de persona docta, piadosa y fino criterio literario, la cual me animó y estimuló á satisfacer los deseos de aquellos que me habian pedido su publicacion. Por lo tanto, me consideraré por demás recompensado de mis insignificantes fatigas, si este libro llega á ser leido por alguna persona piadosa, y si algun orador sagrado se sirve perfeccionar este nuevo modo, que he intentado, de explicar al pueblo cristiano la historia tan célebre, á la par que hermosa y variada, de nuestra religion, al discurrir sobre la vida de María durante el mes de Mayo consagrado á la misma. Mi método particular en estos discursos ha consistido, en intercalar en las descripciones de la vida de la Santísima Vírgen, y de otros personajes evangélicos, enseñanzas, como queda dicho, que sirviesen para la edificacion moral de los fieles; y con gran consuelo mio he podido apreciar, con que ahinco los oyentes se deleitaban, bebiendo en el deleite los documentos más exquisitos de la moral católica. Pues son de tanta eficacia las instrucciones morales, especialmente en los ejemplos de la vida de María, que parece un prodigio; y dichosos los oradores, que con sencillo y noble artificio de verdadera elocuencia cristiana sepan aprovecharse de ella. ¡Bendiga mis intenciones la Bienaventurada Vírgen, Madre y Sede de la Sabiduría!

DIA PRIMERO.

LA PROMESA.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.

Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza, y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza.

(Gen. III, 15).

¡Cuán hermoso es el mes que nos disponemos á celebrar hoy, y que ha consagrado la piedad de los fieles á las glorias de la Vírgen, Madre de Dios! Concebida desde la eternidad en la mente divina, preséntase en la plenitud de los tiempos, no sólo para curar de sus males á la naturaleza con la inocencia original de que fué revestida, sinó para devolverle su primordial belleza, que la culpa le robara, por cuyo motivo será por todos los siglos, despues de Dios, la primera gloria y el más puro esplendor de la misma creacion. Esta, en cambio, cada año, á la renovacion de estos dias, en que, á la aurora de la primavera, recobra nueva vida, y los montes, los valles, los collados, los llanos, las yerbas, las plantas y las flores parecen alegrarse de ello, como en recuerdo de lo que debe á María; invita á todas las gentes á ensalzarla en el Señor, que la crió, y que haciéndola Madre de su Hijo, dignose reparar á la humanidad en el órden sublimísimo y sobrenatural de la gracia, de la cual, separado el hombre por la culpa, cayó en un profundo abismo de tinieblas, miserias, llanto y desesperacion. Y á esta voz responden, lleno el corazon de inefable alegría, los hijos de la Redencion, de suerte, que, al presente, no hay pueblo, ciudad, provincia ni reino, desde Oriente al Ocaso, donde no se canten de contínuo, y particularmente en estos dias, alabanzas al nombre de María, ni se ensalze su belleza, su poder, su bondad y su gloria, ni se adornen sus altares con escogidas y olorosas flores, á cuyo alrededor se quema sagrado incienso y resuenan preces votivas en dulce ambiente de amor y paz. Lo mismo en la cumbre de los más elevados montes, en el fondo de desiertos

valles y dentro de espesos bosques, que en dilatadas y amenas campiñas, do quiera que penetró y vive humana criatura, ¡cuán bello es, contemplar sobre una piedra, ó al pié de una encina, ó á lo largo de un arroyuelo, la dulce y amorosa sonrisa de su imágen, cuya piedad y socorro van á saludar é implorar, al apuntar el alba y al anochecer, el pastorcillo inocente, el fatigado labrador, y hasta el asesino oculto en el bosque! ¡Oh hermosa María! Tú, apénas hecha Madre de Dios, que en aquel instante abrió á tu comprimido espíritu el más risueño porvenir, lo anunciaste en las altas cimas de la Judea, diciendo: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes* (1). Y tu profecía no podia cumplirse más solemnemente, ya que no sólo te llamaron bienaventurada todas las generaciones, desde que la cruz de tu Hijo se levantó para el género humano como estandarte de Redencion, creciendo cada dia más ese grito, y dilatándose del uno al otro confin de la tierra; sinó que ¡oh nuevo prodigio! está destinado á extenderse cada dia más, y conmover más profundamente todos los corazones, hasta que, cumplidos los tiempos, reine sólo la eternidad. ¡Hijos de la Redencion, que me escuchais! ¿qué practicaremos nosotros en este mes consagrado á tan augusta Reina y dulce Madre nuestra, pues hemos sido llamados por la universal alegría, á venerar ante esa devota imágen, á la que con Jesús, su verdadero Hijo, y verdadero Hijo de Dios, fué principio de nuestra Redencion? Ciertamente, que no nos hemos reunido en este templo esta noche, ni nos reuniremos todas las noches de este mes, sinó para admirarla, bendecirla y glorificarla y hacernos dignos de ella y de su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, con la contemplacion de sus divinas virtudes. Para esto me propongo considerarla en todos los misterios de su vida prodigiosa, desde que Dios nos la prometió en el Paraiso terrenal, hasta que en dulce sueño voló de este triste valle de lágrimas á la gloria celestial, donde está constituida reina del Universo. Pero ¡ay! oh dulce María! ¿cómo podré yo narrar dignamente á este pueblo devoto los prodigios que en Tí encerró el Señor, si los mismos Ángeles no pueden alcanzar tu altura, que participa de lo infinito, y sólo el Omnipotente, que obró en Tí maravillas jamás vistas por inteligencia creada, podría decirnos quien eres, y lo que nos dejaría arrobados en vision beatífica? ¡Oh! asísteme con tu gracia, á fin de que saque á lo ménos el fruto de acrecentar en mi corazon y en el de todos estos mis hermanos tu santo y suavísimo amor, esto es, el amor de

(1) Cantic. B. M. V., v, 3.

Jesús, nuestro Padre, nuestro Salvador, nuestro Dios, y nuestro todo, miéntras te saludamos con el Ángel: A. M.

Poco despues de la creacion del mundo, el sol, la luna y los astros, que Job, con misterioso lenguaje llama hijos de Dios (1), cantaban alegres un himno inmenso de amor á Aquel, á cuya palabra debian su existencia; y en sus varios idiomas respondíanles las yerbas, las plantas, las flores, las fuentes, los pájaros, y, en suma, todo cuanto hermosea y puebla la tierra; y este cántico de tierna juventud, celebraba la grandeza y la bondad divina en el prodigio de la creacion. El Universo era un paraiso, donde resonaba inmensa armonía como tributo de admiracion y reconocimiento al supremo Artífice de todas las cosas. Purísima la bóveda azul de los cielos, se extendía cual sublime pabellon preparado para una festividad; la tierra, vestida de encantadora belleza; los montes risueños, los valles alegres y las vertientes olorosas; y los trovadores de los bosques saludaban las primeras horas de lo criado, uniendo sus voces al murmullo de los arroyuelos, que con sus juguetonas ondas inclinaban suavemente las yerbas de las orillas. ¡Oh poderío! oh sabiduría inefable del Eterno! Ella es, ciertamente, una morada régia preparada para un gran rey, que deberá habitarla y ser su más bello y mayor ornamento: pues, ¿qué fin tendría la creacion sin una criatura capaz de conocer tanta grandeza de maravillas, y la excelsa majestad de Aquel que las crió?

Y esta criatura no se hizo esperar por mucho tiempo. Luego que Dios hubo bendecido su obra y complacídose en ella, por ser en gran manera buena, dijo: «Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, y domine á los peces del mar, á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra. Crió, pues, Dios al hombre á imágen suya: formó su cuerpo del lodo de la tierra, é inspirole en el rostro un soplo de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional (2). Salve ¡oh bella criatura! ¡Cuán sublime es tu figura y tu comportamiento divino! Este es, hermanos mios, el progenitor de la familia humana, nuestro gran padre, de quien todos descendemos, imágen y semejanza del Criador, el primero y único padre de todo el genero humano, á quien Dios llamó Adan!

«Pero, no es bueno, añadió Dios, que el hombre esté sólo; hagámosle una compañera semejante á él; y le quitó una costilla mién-

(1) Job xxviii.
(2) Génes. ii, 29.

tras estaba dormido, formó con ella á Eva, obra maestra de gracia y de pureza, la cual puso en su presencia para que la tuviese por suya; y los bendijo diciendo: Creced, multiplicaos y poblad la tierra. Os hago dueños de cuanto veis; ménos del árbol que se eleva sublime sobre todos, en medio del Paraiso; porque en cualquier dia que comiereis de él, infaliblemente morireis (1).

¡Oh bondad infinita del Criador! pues ¿quién podía imaginar más benigno dominio? Solo estaba prohibido á nuestros padres, tocar los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal; todo lo demás estaba á su disposicion, de manera, que con sólo desearlo, todas las cosas contribuían á su contento. ¡Cuánta felicidad debieron probar en aquellos primeros instantes de su existencia! ¡Cómo sus almas amorosas, en medio de tantas delicias, serian felices por la suavidad del amor, que los elevaba hácia Dios, y, cada vez más, les unía en celestial comunicacion de pensamientos y afectos purísimos y santos! ¿Qué cosa les faltaba entónces? Y para que su contento fuera perfecto, el Sér eterno é incomprensible, que del informe cáos habia sacado el órden, la luz y la armonía de todas las cosas, dignose descender, sensiblemente, en el Paraiso, y hablar familiarmente con ellos; maravilla suprema, sin duda, de la creacion. Así que, embriagados con sus misteriosas revelaciones, podemos muy bien creer y afirmar, que casi participaron de su divinidad.

Pero ¿cómo podremos nosotros, hermanos mios, hijos desventurados de nuestros primeros padres, expresar los arrobamientos de sus almas, al oir la voz del Señor, y acoger sus palabras divinas? ¡Oh, qué torrentes de luz y océanos de amor inundarían su seno, y harianles gozar de una beatitud desconocida del todo á sus descendientes! No; nosotros no podremos nunca, en nuestro mísero estado, imaginárnoslo, ni remotamente. No obstante, las suavidades dulcísimas que gustamos en los dias, asaz cortos, de nuestra infancia, cuando nuestras madres nos enseñaban á pronunciar los dulces nombres de Jesús y de la Vírgen, su Madre; y especialmente, el dia que recibimos la primera comunion, y miéntras nos conservamos en la pureza del amor divino; ¿no son ya solemne argumento de la celestial felicidad para la cual fuimos criados, y de los inefables goces que los hombres hubieran saborcado sobre la tierra, conservando la inocencia en que Dios los habia criado? Lo propio nos atestiguan la severidad y la alegría que vemos brillar inalterables en la frente de los justos, bien que sujetos á las amargas consecuencias de la primera

(1) Génes. ii, 17.

culpa. Mienten, pues, y son muy miserables aquellos, que en las amarguras de esta vida, levantando orgullosos la frente contra Dios, y prorumpiendo en imprecaciones y blasfemias, le acusan de bárbaro y cruel, como si hubiese criado al hombre para la infelicidad y la desesperacion. ¡Ah! las desventuras que, con frecuencia, nos afligen, provienen casi siempre de nosotros mismos, que, por desgracia, imitamos á nuestros padres, rebelándonos contra Dios, y mostrándonos, además, insolentes, hasta el punto de imputarlas á su infinita bondad; ultraje y delito, por los cuales mereceríamos, no uno, sinó mil infiernos: y, sin embargo, su misma bondad nos tolera y aguarda á que nos arrepintamos hasta los últimos instantes de nuestra vida. ¡Oh Adan y Eva! decídselo á vuestros hijos, si Dios os había criado sólo para ser felices! En realidad, vosotros gozasteis, aunque por poco tiempo, de una felicidad, que el entendimiento humano no puede comprender; felicidad que no debía acabar nunca, sinó que comenzada en la tierra, se hubiera llenado y eternizado en el Cielo.

No, hermanos mios; el hombre no debía padecer ni morir, porque la inmortalidad forma tambien parte de la imágen y semejanza divina, para la cual fuimos criados; la muerte, lo mismo que el dolor, provienen del abuso que el hombre, apénas criado, hizo de la libertad que le había sido dada juntamente con la inteligencia: don magnífico, sin el cual no hay vicio ni virtud (1). De aquí arranca el orígen de toda desventura, Su historia es ésta. Lucifer, ángel desventurado, que cayó al abismo (2) por haberse rebelado, ántes que el hombre, contra su Criador, entró en forma de serpiente en el Paraiso terrenal; y habiéndose acercado á nuestros primeros padres, supo introducirse de tal modo en el corazon de Eva, que los indujo á infringir el mandato divino; creyendo, los miserables, que comiendo del fruto del árbol prohibido, gozarían de una sabiduría y felicidad que les igualaría á su Criador (3).

¡Oh desventura! oh enorme delito! oh ceguedad! ¿llegar á ser semejantes á Dios en la sabiduría y en la felicidad, separándose totalmente de él, fuente increada de luz, de sabiduría y de amor, y eligiendo por centro suyo la nada, ó sea, la negacion de todo cuanto puede ser virtud? ¡Oh ceguedad! oh delito! oh desventura! que casi nos haría exclamar: ¡Ah! ¿por qué, Señor, habiendo hecho á tu criatura tan grande y tan bella, le pusiste en sus manos el cuchillo de la libertad? Pero ya lo hemos dicho; la libertad para el bien (y téngase

(1) Génes. iv, 6.
(2) Isaias. xiv, 12.
(3) Génes. cap. iii, 4, 5 y 6.

UNIVERSIDAD DE LEON
Biblioteca Universitaria y Valdés

en cuenta que deja de ser libertad cuando no se dirige al bien) es, precisamente, el arma que nos hace grandes, y por la cual debíamos hacernos dignos de la plenitud de la eterna felicidad. Si abusamos de ella, nuestro es el delito: ¿qué culpa tiene en ello el Criador?

El hombre, pues, alejado de Dios, y, por consiguiente, de todo lo criado unido á él, se volvió contra sí mismo. Y desde aquel instante, eclipsado el rayo de la luz divina, no vislumbró más que tinieblas y abismos de muerte; y todo el universo quedó trastornado, por no permanecer á él unido en la armonía en que había sido criado: de ahí, que la tierra aparezca yerma y árida; que el Cielo pierda su serenidad y se cubra de negras nubes, las cuales, vomitando relámpagos, anuncien la cólera divina; que el sol oculte sus rayos entre las nieblas, y al parecer se cierren para el universo los manantiales de vida; en una palabra, el espíritu del mal y del orgullo, triunfando de Adan y Eva, con su pestilente soplo, esparció horrores y ruinas, donde sólo reinaba amor y armonía celestiales. ¡Oh infelicidad la de nuestros padres! ¿así temísteis á aquel Dios, que habiéndoos sacado poco ántes de la nada, os amó tanto y os colmó de tantos beneficios? así correspondisteis al infinito amor con que os distinguió, haciéndoos poco inferiores á los Ángeles, que forman la corona de su trono en el Cielo (1)? En verdad, ¡parece imposible que cometieran semejante atentado!

Mas ¿qué digo, hermanos mios? Nosotros hemos sido criados por el mismo Dios, amaestrados por tantos infortunios sobrevenidos á aquellos desgraciados, y, además, asistidos con nuevas luces y nuevos auxilios de la Redencion; y, sin embargo, somos peores que nuestros progenitores cuando hollamos la ley divina, y nos mostramos insensibles á tantos beneficios de que nos colmó, y que nos dispensa incesantemente, lo mismo en el órden de la naturaleza, que en el de la gracia. Y no una sola vez, sinó ciento y mil veces, nos reimos de sus preceptos, y despreciamos sus consejos. ¡Ay de nosotros! ¿cuál será, pues, nuestro fin? ¿Qué es lo que nos espera á su presencia, donde tendremos que comparecer, finalmente, cuando por un solo delito castigó con tan terrible pena las primeras criaturas salidas de sus manos? ¡Oh Adan! oh Eva! oh ceguedad nuestra!

Sí, hermanos mios; la historia del castigo impuesto á nuestros primeros padres, sirvanos de salvadora enseñanza. ¡Infelices! apénas hubieron probado el fruto del árbol prohibido en el Paraíso, Dios descendió inmediatamente, y los llamó, no con el soplo de un aura

(1) Psal. viii, 6.

apacible y suave, sinó con voz que infundía espanto. «Adan, Adan, dónde estás (1)? ¡Ay! Adan, cubierto con hojas de higuera, tiembla y se oculta en el vecino bosquecillo, donde sabedor y acongojado por su delito, había ido con su compañera á ocultar su desnudez (2). El temor que aquella voz le causa, no le deja valor para responder y comparecer. Pero, al ser llamado de nuevo, sale de su escondite, y como aquel á quien sobresalta inesperada desventura: «Señor, responde con débil voz, aquí me tienes; estoy á tu presencia.» Dios le pregunta: «¿Por qué te escondiste? Señor, responde el infeliz, tuve miedo de Tí, porque comí del fruto del árbol que Tú me prohibiste. —«Y ¿por qué, prosigue Dios, has comido de aquel fruto?—Señor, contesta Adan humillado, la mujer que me diste por compañera, cogió una manzana y comió de ella, y me dió tambien á mí, la que comí igualmente.—Y tú, mujer, dijo Dios entónces á Eva, ¿por qué has hecho esto?—La cual respondió: Señor, la serpiente me ha engañado (3)!

Esta confesion, hermanos mios, si bien con cierto velo de excusa, de los dos infelices habitadores del Paraíso terrenal, nos consuela, porque presentimos que los salvará de la eterna infelicidad: un Dios, que es bondad infinita é infinito amor, no podía dejar de conmoverse. Y nosotros lo sabemos ahora por su misma palabra, pues nos ha revelado, que cuanto aborrece la culpa, otro tanto se complace en la humilde confesion de cualquiera que haya faltado; y que no quiere la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva (4). Esto no obstante, aquella confesion no bastó para librarles de toda pena: y se comprende muy bien que esto sucediera, pues á la bondad infinita de Dios responde infinita justicia, por lo mismo que Él es la suma de todas las perfecciones. Grande enseñanza es ésta para nosotros: Dios es bueno, infinitamente bueno; pero es, al mismo tiempo, justo, infinitamente justo; Dios es padre, y padre de tierno é inmenso amor; pero es, asimismo, juez, que juzga la misma justicia, y ante él no hay distincion de personas; quien quiera que peque, debe confesar su culpa, y expiarla acá en la tierra con obras de penitencia, si no quiere padecer durísimos tormentos en la eternidad. Por consiguiente, hermanos mios, humillémonos aquí con la sincera confesion de nuestros pecados, bajo la poderosa mano del Señor; lloremos nuestros errores, abandonemos las sendas del pecado, y volvamos á

(1) Genes. iii, 6.
(2) Idem. iii, 7.
(3) Génes. iii, 10, 11, 12, 13.
(4) Ezech. xviii, 23.

las de la gracia; despojémonos aquí del hombre viejo, y vistámonos de Jesucristo, para que, aplacada su justicia, nos reciba en los santos tabernáculos de su gloria.

Y esa humillacion y esa penitencia deben parecernos llevaderas; pues, terminada la confesion de su delito, pronunció Dios contra nuestros padres en el lugar de las delicias la terrible sentencia: MORIREIS! Sí; morireis, sin volver á gozar, poco ni mucho, acá en la tierra, de la felicidad que ya probasteis; la tierra sólo os producirá abrojos y espinas; trabajos, dolores é inefables amarguras; y, por último, la muerte (1). ¡Ay! á tal sentencia, Adan y Eva quedan como anonadados; Adan y Eva, que poco ántes participaban de la felicidad de los Ángeles; Adan y Eva, que acababan de cantar como los Ángeles, himnos suavísimos de amor divino; Adan y Eva, ahora pecadores, pálidos, degradados, riegan la tierra con amarguísimas lágrimas de inconsolable dolor. Y ¡ay! aquella tierra, que poco ántes y por tan breves instantes despedía balsámicos olores y estuvo llena de fecundidad, vuélvese de repente árida, empieza á producir espinas y abrojos; y las flores tan bellas y exuberantes de vida, inclinando su capullo, no duran más que pocas horas, ó, á lo más un dia! Hé ahí porque caido el hombre de su dignidad y grandeza, perdióse para siempre con toda su posteridad; la naturaleza misma participó de tanta desventura y desconsuelo.

Sí, hermanos mios, tales son los efectos de la culpa: lágrimas, tribulaciones y desolacion en este mundo; y en el otro, tormentos de eterna desesperacion. Y la historia de Adan y Eva es la historia de todos nosotros, sus descendientes é hijos. ¿Dónde hemos hallado la felicidad, despues de haber vuelto las espaldas á nuestro Criador? ¡Ay de nosotros! si su infinita bondad y su dulce misericordia no nos hubiesen socorrido benignamente, por medio de la gracia para poder reconciliarnos con Él: la desolacion que se apodera de nosotros, una vez consumado el delito, y el remordimiento de la conciencia, que no nos deja en paz, bastaban para arrojarnos con impetuosa desesperacion al infierno! Y Adan y Eva, pronunciada la terrible sentencia, hubieran sin duda muerto en medio de los más crueles remordimientos, á no haberles socorrido aquel Dios, que pocos momentos ántes habia sido ultrajado por ellos con tan monstruosa ingratitud; gracia, que nunca hubieran osado pedir, á tener conocimiento de la enormidad de su delitto. Pero ¡vive Dios! que si su justicia exigia no quedase impune tan negra ingratitud, le repugnaba

(1) I. PETR. V.

tambien ver perdida para siempre la obra de sus manos: así es, que, soberanamente misericordioso y benigno, anunció, que mediante una segunda y más admirable creacion, el hombre renacería un dia, y volvería de nuevo á su amor. Esta revelacion está contenida en las palabras con que maldijo á la serpiente: «Por cuanto hiciste esto, de seducir á Eva, maldita tú eres entre todos los animales de la tierra; andarás arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar (1).»

¡Oh palabras, para mí más sublimes que aquellas de: *Hágase la luz; hagamos al hombre;* con las cuales reveló Dios á Adan y Eva y á toda su descendencia, el misterio de la Vírgen sin mancha, y de la Encarnacion del Verbo en el seno de la misma; de Aquel que habia criado el mundo, y un dia vendría á redimirlo y salvarlo! Palabras divinas del todo desemejantes á las que las preceden y las siguen inmediatamente, pues unas y otras anuncian trabajos y humillaciones para el hombre; cuando aquéllas indican alegria y triunfo; el triunfo y la alegría de hollar la cabeza del enemigo, ó sea el Infierno. ¿Quién es tan ciego, que no vea la consoladora Revelacion? ¡Oh María, idea primogénita de la mente divina, hermoso y luminosísimo astro del universo y de la feliz eternidad! Tú eres, solamente Tú, la Mujer, con tanta solemnidad anunciada, como esperanza y aurora de salvacion y de paz al mundo; y, realmente, viniste un dia toda pura, santa é inmaculada para llamar la tierra á nueva vida, despues de haber pisoteado y vencido á tus plantas la maligna serpiente infernal. ¡Oh criatura divina, vestida de cándida estola y de la luz pura de la esplendorosa gracia! cuán bella es tu sonrisa, cuán llena de consuelo tu imágen para los desventurados hijos de la culpa!

Sin duda que Adan y Eva la vieron en lontananza, con el fruto santísimo de sus entrañas, en aquellas palabras llenas de misterio, que descubren nuestro estado sobrenatural por medio de la eterna Revelacion, ó sea, mediante la gran palabra proferida por Dios: de que una Mujer y su descendencia quebrantarian un dia la cabeza al enemigo. Hecho muy digno de notarse, hermanos mios: pues, por este hecho empezó la tradicion de la verdad religiosa, y la necesidad de aprenderla mediante un externo magisterio; miéntras que si Adan hubiese conservado su inocencia, hubiera bastado ser hijos suyos, para conservar en el corazon el presagio, la primicias y la certeza

(1) GÉNES. III. 15.

de nuestro divino destino. Por lo tanto, á partir de aquel instante, se apoyarán en dicha palabra la fé y la esperanza de las generaciones futuras: por eso, las que tuvieron la desgracia de perder aquella palabra, fueron perdiendo de grado en grado el juicio de la conciencia, y casi el del mismo género humano, como fueron los pueblos paganos: por el contrario; las generaciones que no la olvidaron, fueron grandes y buenas; y conservándola intacta, custodiaron las esperanzas del porvenir: tal fué el pueblo Hebreo, llamado por esto pueblo de Dios. Así que, aquella palabra y aquella promesa de la Mujer y de su descendencia, que habian de aplastar la cabeza de la serpiente, fueron como el faro de salvacion para el mundo, el único socorro en los males, y el consuelo único en los dolores de la infeliz descendencia humana. De esta manera la infinita sabiduría de Dios, nuestro Padre, atendió á nuestra salvacion.

¿Podríamos ahora nosotros ni siquiera expresar una idea del divino consuelo que experimentaron Adan y Eva, y con cuantas lágrimas de ternura dieron gracias á Dios por tanta clemencia? ¡Imposible! Como lo fuera, igualmente, pretender explicar las santas y dulces visiones que tuvieron para remedio de sus afanes en el terrible destierro á que fueron condenados. Pero, no por eso se ha de creer, que se alejara de su mente la enormidad del delito cometido, sino que, por el contrario, viendo, frecuentemente, con los ojos del alma, desfilar á su presencia las futuras generaciones, estigmatizadas por su culpa con la marca de reprobacion; ¡oh! cuántas veces á semejante vista, inclinada profundamente la frente, no pudieron ménos de exclamar: «¡Oh, no nos maldigais, vosotros los que naceis de padres tan criminales! Recordad que Dios, movido á piedad por nuestras lágrimas, nos dió la esperanza, primero, para consolar nuestro arrepentimiento; y luego, para suavizar vuestros dolores. Recordad que nos ha prometido una Mujer, y un Hijo divino, que nacerá de ella, los cuales aplastarán la cabeza á la serpiente que nos sedujo. Aquella Mujer será vuestra Madre, y aquel Hijo vuestro Padre en lugar nuestro; y nosotros, infelices, tan sólo podemos saludarlos en un muy remoto porvenir.»

¡Así lloraron, hermanos mios, y expiaron su culpa Adan y Eva! ¿No os parece que nosotros tambien tenemos que llorar y suspirar profundamente, por haber tantas veces trabado amistad con ese cruel adversario de Dios, causándonos, como nuestros padres, inmensa ruina á nosotros mismos, y á nuestros hermanos, ora escandalizándolos, ora incitándoles á obrar mal, ó á ponerse en lucha contra el Cielo? Pero, decidme: ¿cuándo nosotros, oprimidos de santo

terror, lloramos como ellos, y nos esforzamos en alcanzar, por medio de María, la benigna misericordia de Dios, para no caer en la reprobacion eterna? ¡Ah! desengañémonos, hermanos mios; Adan y Eva, durante el resto de su vida en este miserable destierro, sólo se ocuparon en satisfacer con lágrimas de eterno pesar á la divina justicia, que habían ultrajado, pensando en la risueña esperanza de la Mujer, y de su Hijo, que les habían sido prometidos como mensajeros de un dia de redencion y de paz. Y de esta manera es como consiguieron la salvacion.

Y aquí, hermanos mios, os haría llorar y conmover profundamente, si quisiera yo hablaros de sus contínuas y apasionadas conversaciones sobre el mal inponderable que habían cometido; la terrible desgracia que les sobrevino, y la divina promesa con que el Cielo les consoló. Eran el verdadero retrato de la humilde penitencia. Obligados ámbos, Adan, á cavar la tierra para su sustento, y Eva, á ser madre en medio de indecibles angustias, nunca se quejaron de que el castigo excediera á la culpa. Antes bien: «¡Desgraciados de nosotros! exclamaban contínuamente; ¡ay! ¿por qué pecamos? Éramos dueños del jardin de las delicias; y ahora, extranjeros en tierra de destierro, pasamos la vida de dolor en dolor; ya no brilla en nuestros lábios la sonrisa de la alegría, ni nuestros ojos osan mirar el Cielo, testigo de nuestra culpa; y perseguidos por el remordimiento durante el dia, la noche nos horroriza con horribles fantasmas, de que es fecunda una conciencia ¡ay! tan criminal. ¿Qué sería de nosotros, si no nos alentara la divina promesa de la Mujer, que será la consoladora de nuestras desventuras, y del Salvador, que nacerá de su seno? Pero ¿cuándo aparecerá esta Mujer divina, ó cuándo vendrá el fruto deseado de sus virginales entrañas? ¡Ah! ántes que vengan, tendremos que errar largo tiempo por esta region de afanes y dolores, y luégo, pasando al sueño de la muerte en el valle de las tinieblas, yacer allí sepultados por larguísimos años, pues, el Señor ha dicho, que moriremos. ¡Miserables de nosotros! ¿por qué pecamos?» Y así, llorando inconsolables el cometido eror, suspiraban ardientemente por el dia de la Redencion. Mas escrito estaba, que ellos no lo verian; sinó que, pasados cuarenta siglos de llanto y de duelos, aparecería María para llenar su milagrosa mision, y dar á luz al divino Salvador de los hombres, Jesucristo. Por María y Jesús debía ver el Infierno aplastada la cabeza de la serpiente.

¡Gran Dios! cuán sublime es tu misericordia! El hombre, la obra más estupenda de tus manos, que criaste á tu imágen y semejanza, pecando brutalmente, cayó de la altura en que lo habías colocado

en el mundo; y Tú, en vez de anonadarle, pensaste en salvarlo; le prometiste una Mujer, símbolo de amor y bondad, que un dia quebrantaría la cabeza de la orgullosa serpiente, por la cual fué seducido miserablemente, y de sus entrañas inmaculadas nacería el Salvador, que habia de comunicar nueva vida á los siglos (1). ¡Ah! llenos de vivísimo agradecimiento te damos las más expresivas gracias! Anunciando á Adan y Eva, á María futura madre de tu Verbo, que en Él, y con Él, no sólo devolvería el antiguo honor á la degradada humanidad, sinó que llamaría del cielo á la tierra la fugitiva inocencia, y sería aurora de paz y reconciliacion para el mundo, nos tenías presentes á todos nosotros, y nos la dabas por Madre, Madre purísima é inmaculada, en cuyo olor celestial se recrearían todas las generaciones humanas (2); Madre sublime y generosa, que nos daría á luz con inefable dolor al pié de la Cruz; Madre, verdadera maravilla del cielo y de la tierra, por todos los siglos de los siglos! ¡Oh! sí, nosotros cantaremos eternamente con Israel, y con los descendientes de Araon y todos aquellos que te temen, que eres bueno, y que tu misericordia no reconoce límites (3). Porque ¿qué sería de nosotros sin María? qué habría sido de nuestros primeros padres, de la humanidad y del mundo entero? Y Tú ¡oh María amabilísima! hermoso iris de paz, elegida para sonreir desde los sublimes collados de la eternidad, é infundir consuelo y esperanza á nuestros desgraciados padres; ¡salve! ¡Salve! y no te olvides de nosotros, ¡oh hermosa hija del Eterno! pues somos igualmente miserables y pecadores: ilumina nuestros pasos desde lo alto de tu gloria, para que, fortalecidos con la esperanza de la divina misericordia, experimentemos sus saludables efectos en esta vida, y alcancemos la bienaventuranza eterna. Así sea.

(1) Isai. vii, 14.
(2) Cant i, 3.
(3) Sal. cxvii, 1, 2 y 3.

DIA SEGUNDO.

LA EXPECTACION.

Juxta fidem defuncti sunt, non acceptis repromissionibus, sed á longe eas aspicientes, et salutantes.

Todos estos vinieron á morir constantes en su fé, sin haber recibido los bienes que se les habian prometido, contentándose con mirarlos de léjos y saludarlos.

(Hebr. xi, 13.)

Dios es bueno, hermanos mios: el sol, la luna, las estrellas, las yerbas, las plantas, las flores, y todos los séres de que se compone el bello y magnífico universo, dan de ello testimonio. Dios es bueno, padre de infinita misericordia; y lo prueban Adan y Eva, desterrados sin duda del Paraiso, para procurarse el pan con el sudor de la frente en medio de las tribulaciones y amarguras, de que habia de abundar cada vez más la tierra; pero, libres de su culpa y consolados con la promesa de una Redencion divina, en la cual encontrarían la salvacion. Pero ¡ay! dirá alguien; ¿y por qué cubren toda la faz de la tierra espesas y negras nubes, por espacio de cuarenta siglos, y está escrita en todas partes la fatal sentencia de condenacion y de la miseria del hombre; y en los valles, los montes, el mar y en la tierra, no resuenan más que profundos gemidos y suspiros, para llorar el tremendo destino del género humano, tiranizado con furor infernal por el horror y la muerte? En este hecho espantoso, que á la soberbia humana le plugo llamar inexplicable, me obligo á demostraros la infinita sabiduría del Criador; aquella sabiduría que trazó los cielos y los vistió de esplendores, fecundó la tierra, convirtiéndola, un dia, en morada de delicias y de inocencia; sabiduría, sin la cual, la bondad y la misericordia no hubieran producido sus admirables efectos. ¡Oh! sí, venid naciones, pueblos y tribus; poderosos, débiles y miserables; en una palabra, cuantos seais hijos del infortunio y del dolor, que atribulados y vacilantes por entre las antiguas tinieblas del error y del delito, volveis,

en el mundo; y Tú, en vez de anonadarle, pensaste en salvarlo; le prometiste una Mujer, símbolo de amor y bondad, que un dia quebrantaría la cabeza de la orgullosa serpiente, por la cual fué seducido miserablemente, y de sus entrañas inmaculadas nacería el Salvador, que habia de comunicar nueva vida á los siglos (1). ¡Ah! llenos de vivísimo agradecimiento te damos las más expresivas gracias! Anunciando á Adan y Eva, á María futura madre de tu Verbo, que en Él, y con Él, no sólo devolvería el antiguo honor á la degradada humanidad, sinó que llamaría del cielo á la tierra la fugitiva inocencia, y sería aurora de paz y reconciliacion para el mundo, nos tenías presentes á todos nosotros, y nos la dabas por Madre, Madre purísima é inmaculada, en cuyo olor celestial se recrearían todas las generaciones humanas (2); Madre sublime y generosa, que nos daría á luz con inefable dolor al pié de la Cruz; Madre, verdadera maravilla del cielo y de la tierra, por todos los siglos de los siglos! ¡Oh! sí, nosotros cantaremos eternamente con Israel, y con los descendientes de Araon y todos aquellos que te temen, que eres bueno, y que tu misericordia no reconoce límites (3). Porque ¿qué sería de nosotros sin María? qué habría sido de nuestros primeros padres, de la humanidad y del mundo entero? Y Tú ¡oh María amabilísima! hermoso iris de paz, elegida para sonreir desde los sublimes collados de la eternidad, é infundir consuelo y esperanza á nuestros desgraciados padres; ¡salve! ¡Salve! y no te olvides de nosotros, ¡oh hermosa hija del Eterno! pues somos igualmente miserables y pecadores: ilumina nuestros pasos desde lo alto de tu gloria, para que, fortalecidos con la esperanza de la divina misericordia, experimentemos sus saludables efectos en esta vida, y alcancemos la bienaventuranza eterna. Así sea.

(1) Isai. vii, 14.
(2) Cant i, 3.
(3) Sal. cxvii, 1, 2 y 3.

DIA SEGUNDO.

LA EXPECTACION.

Juxta fidem defuncti sunt, non acceptis repromissionibus, sed á longe eas aspicientes, et salutantes.

Todos estos vinieron á morir constantes en su fé, sin haber recibido los bienes que se les habian prometido, contentándose con mirarlos de léjos y saludarlos.

(Hebr. xi, 13.)

Dios es bueno, hermanos mios: el sol, la luna, las estrellas, las yerbas, las plantas, las flores, y todos los séres de que se compone el bello y magnífico universo, dan de ello testimonio. Dios es bueno, padre de infinita misericordia; y lo prueban Adan y Eva, desterrados sin duda del Paraiso, para procurarse el pan con el sudor de la frente en medio de las tribulaciones y amarguras, de que habia de abundar cada vez más la tierra; pero, libres de su culpa y consolados con la promesa de una Redencion divina, en la cual encontrarían la salvacion. Pero ¡ay! dirá alguien; ¿y por qué cubren toda la faz de la tierra espesas y negras nubes, por espacio de cuarenta siglos, y está escrita en todas partes la fatal sentencia de condenacion y de la miseria del hombre; y en los valles, los montes, el mar y en la tierra, no resuenan más que profundos gemidos y suspiros, para llorar el tremendo destino del género humano, tiranizado con furor infernal por el horror y la muerte? En este hecho espantoso, que á la soberbia humana le plugo llamar inexplicable, me obligo á demostraros la infinita sabiduría del Criador; aquella sabiduría que trazó los cielos y los vistió de esplendores, fecundó la tierra, convirtiéndola, un dia, en morada de delicias y de inocencia; sabiduría, sin la cual, la bondad y la misericordia no hubieran producido sus admirables efectos. ¡Oh! sí, venid naciones, pueblos y tribus; poderosos, débiles y miserables; en una palabra, cuantos seais hijos del infortunio y del dolor, que atribulados y vacilantes por entre las antiguas tinieblas del error y del delito, volveis,

desgraciadamente, la vista hácia los campos de la desolacion; venid aquí á admirar la sabiduría de Aquel, que os acosa tiempo há, y os hiere con el brazo de su justicia; y os convencereis, que no de otra suerte puede mejor dar justa compensacion á su honor ultrajado, y procurar, al mismo tiempo, nuestra salvacion, por más que mediasen larguísimos siglos y preparaciones sin fin, ántes de que derramase sobre la tierra la plena abundancia de su misericordia, que fué el continuado y profundo suspiro de todos los profetas y videntes de Judá, que siempre clamaban conmovidos, en nombre de toda la creacion, durante todos aquellos siglos de duelo y de miserias: «¡Oh cielos! derramad desde arriba vuestro rocío; y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra, y brote al Salvador (1)! Ven ¡oh Señor! no tardes; ven á librar de sus delitos á tu pobre Israel (2).»

Vimos ayer, hermanos mios, de que manera Dios, movido á piedad por la desventura sobrevenida á nuestros padres Adan y Eva, á causa del delito en que habían incurrido, comiendo de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, les prometió que un dia, una Mujer inmaculada, adornada con la primitiva belleza, y pura como el primer rayo de la creacion, sería áncora de salvacion para su descendencia, de cuyo seno purísimo nacería Aquel, que con nueva y más sublime creacion había de renovar al mundo. Con esta promesa, se abrió á sus miradas un mundo y destino nuevos, que compensaba el dolor de habérseles cerrado á sus espaldas el Eden de la felicidad perdida; un mundo y un destino no presentes, ni tampoco bien conocidos; pero, sin duda, alegres y gloriosísimos; y se verificaría cuando la Mujer prometida y su linaje, ó sea, su Hijo, viniera á combatir á la infernal serpiente, y á quebrantar su cabeza. En esta Mujer, pues, y en su gérmen divino, fijaron todos sus pensamientos, y tuvieron que pasar su larga y trabajosa vida en extender hácia ellos su deseo, en esperarlos con humildad y fé, y en alimentar su espíritu con esta expectacion tan deseada.

Y aquí, para comprender bien la sapientísima economía de Dios en la obra de su misericordia, téngase en cuenta, que aunque se hubieran mantenido inocentes, su justicia y felicidad y todo su poder y grandeza hubieran consistido en esperar, en desear y en gozar de antemano un estado divino, á que habrían llegado, mediante una mayor y más íntima é incomprensible union con Dios; pero, en tal estado de inocencia, la hubieran alcanzado de goce en goce, sin ninguna interrupcion; pero, despues de la culpa, fué menester llegar á ella por medio del dolor. Sí; por medio del dolor, que expiase el criminal placer que se tomaran con escuchar á la serpiente, contraviniendo al divino mandato: placer inícuo, por haber nacido de la culpa; miéntras que, en el estado de inocencia, hubiera sido meritorio y santo. Y lo que aconteció á Adan y Eva, debía suceder tambien á toda su descendencia. ¡Dolor, lágrimas y expiacion! tal fué la vida que llevaron Adan y Eva: y tal es la que debemos sobrellevar todos nosotros, para hacernos dignos de reunirnos amorosamente á nuestro principio, y ser felices. Esto es lo que me propongo demostraros: A. M.

(1) Isai. xlv, v. 8.
(2) *Praec. liturg. in Adv.*

En verdad, el dolor de nuestros primeros padres fué inefable, porque tuvieron que derramar amarguísimas lágrimas miéntras vivieron; en primer lugar, y de un modo especial, cuando vieron muerto á su amado hijo Abel, que sucumbió á los repetidos golpes de la mano fratricida de Cain. ¡Oh! á la vista de aquel hijo suyo exánime y ensangrentado, Adan y Eva estuvieron próximos á la desesperacion; porque no podian ménos de exclamar: «¡Hé aquí la muerte! y nosotros mismos la hemos provocado sobre esta cabeza tan entrañablemente querida! ¡Oh Abel, Abel! á no haber desobedecido nosotros al divino mandato, ni tú hubieras muerto, ni Cain sería fratricida! Así, hermanos mios, el humano linaje, en nuestros primeros padres empieza á expiar su delito; y gracias á que, habiéndose reconocido delincuentes y dignos de la pena, la sobrellevaron con humilde paciencia y sincera contricion de su alma, abreviando de esta suerte los dias de durísima prueba á las generaciones futuras.

¡Ojalá, que á nosotros nos animara el mismo espíritu de justicia, que hizo aceptable su dolor á los ojos de Dios! Pero ¡ay! nosotros, por el contrario, pecando, quedamos tranquilos como si el pecado fuera nada; y si Dios misericordioso nos visita con alguna tribulacion, con una enfermedad, con una persecucion, con un revés de fortuna, que es grandísima y señalada misericordia, nos rebelamos contra tales padecimientos, y, orgullosos como Satanás, nos atrevemos á preguntar; ¿por qué somos castigados? y, con frecuencia, salen de nuestros lábios la imprecacion y la blasfemia para provocar el Cielo. ¡Oh cristianos! ¿Podeis acaso afirmar con verdad, que estais libres de culpa, y que os sobrevino injustamente la tribulacion? ¿Teneis verdaderamente un alma tan pura y cándida en presencia de Dios? ¡Ah! entremos, por un instante, en el interior de nuestra conciencia, y reflexionando desapasionadamente sobre nos-

otros mismos, horrorizémonos de nuestras iniquidades, y lágrimas amargas sean la expiacion de nuestra vida.

Así lo practicaron nuestros primeros padres, que en la muerte de Abel vieron el primer anillo de la larga y terrible cadena de delitos que empezaban á ensangrentar el mundo; y espantados de tantas miserias, volvieron la vista atrás, deplorando que el hombre, marcado con el pecado original, estuviese siempre dispuesto para cometer toda suerte de iniquidades. Y sin embargo ¡oh Dios mio! esto era sólo un preludio de la multitud de males, que debía conducir hácia un abismo de corruptelas é infortunios á la generacion humana, ántes de que se cumpliese la promesa de la Mujer, la cual, con el fruto santísimo de su seno, aplastase la cabeza de la infernal serpiente, causa primera de tanta ruina; es decir, la Vírgen Madre, y su Hijo Jesucristo. En efecto; desde el pecado de Adan y Eva, hasta á la Encarnacion del Verbo en el seno de María, trascurrieron cuarenta siglos; durante los cuales se extendió sobre la haz de la tierra, tal cúmulo de confusiones y errores, que los hombres, perdida toda verdadera idea de la divinidad, se volvieron totalmente ciegos, tropezando y cayendo á cada paso de uno á otro precipicio, entregados á toda suerte de vergonzosos pecados é infames delitos. Sólo en un pueblo, que fué el escogido de Dios, destinado á conservar por entero la primitiva Revelacion, que tuvo principio en la promesa expresada yá, se conservó esa luz vivificante: en el resto del mundo no quedó religion, honestidad, ni humanidad, á no ser alguna lijera señal y el nombre; como tampoco amor recíproco, ni santidad de fé, ni pudor, ni respeto, ni justicia, ni decoro; sinó una espantosa mezcla de supersticiones, mentiras, prostituciones, obscenidades y abominables delitos. ¡Imagínese, pues, quien pueda, no diré cuántos indivíduos, sinó cuántas generaciones se precipitaron miserablemente en el Infierno!

¡Ah, hermanos mios! esta es, sí, es esta la horrible naturaleza de la culpa: oscurecer, primero, el entendimiento, á fin de que no distinga el bien del mal; y luégo viciar y corromper de tal modo nuestro corazon, que, sin advertirlo, caiga de iniquidad en iniquidad, hasta rodar al eterno precipicio. Y nosotros ¡oh Dios mio! tampoco tememos al más terrible de los males, ántes ponemos en él la confianza, abandonándonos tranquilos en sus brazos, con la ilusion de que podremos, cuando nos plazca, llegar al puerto de salvacion! Pero ¡ah! ¿dónde están aquellos que, entregados á una vida de pecados, den, más tarde, señales de enmendarse? ¡Triste es confesarlo! casi todos llevan hasta la muerte la aborrecible carga de sus extravíos, que los hacen víctimas de eterna desesperacion! Ni puede acontecer de otra

manera; pues, siendo el pecado una violenta separacion de Dios, ¿con qué fuerzas podrá el hombre reunirse á Él, de quien está separado por una distancia infinita? ¡Ah! el pecado no cambia de naturaleza; y así como vió miserablemente al género humano sumido, por tantos siglos, en las tinieblas de la idolatría, ve tambien en el más lamentable estado á cada uno de los indivíduos de la misma, si, por desgracia, despreciando la gracia divina de nuestro divino reparador Jesucristo, se lanza, mal aconsejado, por la sendas de la culpa. Desengañémonos: el pecado lleva á temporal y eterna ruina: tal es su historia infalible. Espantémonos, por consiguiente, del horrendo peligro que se corre, acostumbrándose á vivir en pecado, pues que es señal de casi verdadera reprobacion (1).

Así, reducido el género humano, á causa de la culpa de nuestros progenitores, á tal degradacion, imposible de pensar otra mayor, sintió, al fin, necesidad (la cual fué misericordia de Dios, que lo queria salvo), de volver al principio, de que se habia tanto separado. Y para conseguirlo, recurrió á vários medios, más ó ménos verdaderos, y tambien falsos é inícuos, pero todos incapaces de conducirlo al punto fijo, puesto que caido el hombre del estado de gracia, no era, ni es, ni será capaz de una sola accion, que le haga acepto al Cielo (2). El primero de estos medios, pues, fué la oracion; de manera, que en la historia no se halla pueblo, por antiguo ó bárbaro que haya sido, sin el sagrado rito de la oracion. Sí, todos oraron; señal evidente de que la oracion es un instinto natural del alma hecha á imágen de Dios; unos oraban entre las misteriosas sombras de los bosques, otros en las ásperas cumbres de los montes; estos en lo más oculto de las cavernas, aquellos bajo las majestuosas bóvedas de los templos; y todos acompañaban la oracion con significados externos; por ejemplo, en las desgracias, cubríanse la cabeza con ceniza, ó la coronaban de flores en las prosperidades; ó se recogían con tristeza en la soledad, ó entonaban á coro cánticos sagrados. Pero no satisfecho el hombre con tal medio, en su inquieta tendencia hácia el sumo bien que buscaba, procuró hacer para sí más viva su accion, figurándose la divinidad bajo semejanza humana; lo cual le llevó á todos los excesos de la idolatría, hasta el punto de creer, que no sólo estaba presente y verdadera la adorable majestad de Dios en los mudos y falsos simulacros de su mano, sí que tambien la adoró como verdadera y presente, hasta en los animales más viles y asquerosos de la tierra, añadiendo, además, oblaciones y sacrificios de la más

(1) Eccles. III, 27.
(2) Joann. XV, 5.

horrible naturaleza; las oblaciones, en señal de reconocer el supremo dominio de sus divinidades sobre todas las cosas; y los sacrificios, para aplacarles cuando creía haber provocado su ira (1). Pero ¡ah! que todo esto no era sólo vano, sí que tambien más abominable y execrable; como quiera que las oblaciones fueran, con harta frecuencia, indignas de aquella naturaléza perfectísima, que presumía honrar, vergonzosos los sacrificios, é infames los holocaustos.

No bastaba; hubo algo peor. ¿Quién creyera jamás, que el humano linaje, extraviado, y principalmente aquella parte, que por fortuna había adelantado más en la civilizacion antigua, y á preferencia de las otras, conservaba algun tanto de humano decoro, llegase á decretar la apotéosis al lodo y al vicio; es decir, á divinizar y colocar, en vez del supremo Criador del universo, á una miserable criatura del mundo? Pues esto aconteció en Roma, en la ciudad que representaba todo el universo: me refiero á la apotéosis de Augusto. ¡Ah! despues de este delito era imposible que el mundo continuase en pié, á no haber mediado la infinita piedad de Dios; quiero decir, que, ó no hay Dios, ó el universo debía perecer. ¡Hé ahí, hermanos mios, lo que es el hombre separado de Dios! ¡Héos ahí la historia del género humano ántes de Jesucristo, envuelto en el desórden de la primera culpa! Y sirva esto de respuesta á todos aquellos que nos hablan de un Dios, de una religion y de una moral fuera de la Revelacion divina, y sin auxilio de la gracia celestial. ¿Acaso no hemos visto tambien en nuestros dias, la renovacion de tantos y tan infames delitos? ¿No hemos oido dar el nombre de *Salvador*, á quien pasó su depravada vida en blasfemarle? ¡Ah, hermanos mios! dispensadme que os diga con el poeta católico, no hay luz, si no viene de lo sereno que nunca se turba; esto es, si no viene de Dios: no hay sabiduría, si no arranca de Jesucristo: no hay amor verdadero, ni camino á la verdad ni á la bienaventuranza, sino por medio de su doctrina; y la estrella que nos guia es la divina Madre María. No nos engañemos; no dejemos seducirnos. *Ego via, veritas et vita*, dijo Jesús: yo soy el camino, la verdad y la vida; y fuera de mí sólo se encuentran tinieblas de muerte. Esta es la historia del mundo ántes de que descendiera Jesucristo á redimirlo: esta su historia, despues que Jesucristo le hubo salvado, cuantas veces ha intentado separarse de Él; y así sucederá hasta la consumacion de los siglos. Por consiguiente, permanezcamos muy asidos á Jesús, á su fé, á sus doctrinas y á su Iglesia; y que su Vírgen Madre sea nuestro amparo, y la guia

(1) Véase Nicolás: *La Vierge Marie et le plan divin*, part. 1.

cariñosa que nos conduzca á salvo en el asilo de su adorable corazon.

Prosigamos. Caido el género humano en el abismo de que hemos hecho mencion, se despertó en él un misterioso sentimiento, que sólo, al parecer, pero no en realidad, había perdido, habiéndolo dispuesto así la divina misericordia, para que empezase á agitarse y á esforzarse, por decirlo así, en resucitar de la muerte en que estaba sumido, y de la que no podia levantarse con sus propias fuerzas, sinó que le había de salvar Dios, como lo había prometido en el Paraíso terrenal. Recordose, pues, aunque muy confusamente, y del mismo modo que uno sueña por la mañana, y le parece estar despierto, bien que en verdad no lo esté, de aquella promesa divina, que la tradicion había conservado de mil maneras, y esparcido entre todos los pueblos de la tierra; y meditándola en su corazon, hizo de la misma, cuanto le fué posible, objeto de esperanza para lo futuro; ya que cuando los descendientes de Adan, por medio de los hijos de Noé, se esparcieron sobre la tierra, toda colonia pelásgica llevó consigo, por do quiera, como sagrado depósito de sus mayores, los recuerdos de la Revelacion primitiva; es decir, que el hombre, formado de tierra, y rebeládose despues contra su Dios, y, por consiguiente, caido del estado de felicidad y de inocencia en que fuera criado, había obtenido por divina misericordia, mediante la palabra del Omnipotente, solemne promesa de una reparacion futura de aquella primera falta; la cual tendría lugar por medio de una Mujer, que con el fruto divino de sus entrañas aplastaría la cabeza al antiguo traidor. Por este motivo, en medio de tantas calamidades en que debía perecer el género humano, levantó, de todas partes, desgarradoras voces al Cielo; no solamente el pueblo de Israel, que había conservado por entero dicha Revelacion, sí que tambien los demás pueblos de la tierra, hasta las más bárbaras y salvajes generaciones: en las orillas del Indo y del Ganges, á lo largo del caudaloso Nilo (1), entre los Druidas de las Galias (2), y los fatalistas Bardos del Septentrion, inclusos los salvajes de las últimas Américas (3). Digo, inclusos los salvajes de las últimas Américas; porque pueblos existian tambien en esas regiones, anteriores á los pueblos civilizados de las célebres y conocidas regiones de la tierra, de las cuales descendian, que se ocultaron y permanecieron como sepultados en la otra parte del Océano en el

(1) Véase: Kircher: *La China*, etc.; y Tavernier, *Viaggi*, tom. II.
(2) Elías Schedius: *de Diis germanis*, cap. XII.
(3) Muratori: *Il Cristianesimo felice*, etc.

olvido de su existencia. Todos esos pueblos, civilizados y salvajes, antiguos y nuevos, conservaron, en las reliquias de la verdadera y en las solemnidades de sus falsas religiones, una maravillosa idea de una Mujer, Vírgen y Madre de toda grandeza, y de toda futura esperanza de los hombres (1). Y en efecto, en la aurora de tan venturosos dias, que se aproximaban presurosos, por más que reinase la paz en todo el mundo, cerrado el templo de Jano, sentíase, no obstante, en todas partes, una agitacion de afectos, un susurro de palabras, una inesperada alegría, y una inaudita esperanza para todos, de que un grande acontecimiento iba presto á cambiar la faz del mundo: en una palabra, toda la vida del género humano se manifestaba como una solemne y maravillosa profecía de nuevos destinos; era el presentimiento y la profecía de la próxima salvacion (2).

Sí ¡oh mundo infeliz! pronto serás salvo, pues, está por aparecer la tan deseada estrella de Jacob (3), y el sol divino, que la seguirá, Jesucristo. Pero ¡ah! cuántas lágrimas debiste derramar! cuántas tormentosas pruebas por qué pasar durante tantos siglos! Y ahora haremos punto aquí, hermanos mios, dejando que nuestro corazon considere despacio, cuán grande necedad y miseria es apartarse de Dios por el pecado (4). De esta separacion derivan todos nuestros infortunios. Desengañémonos; léjos de Dios no hay sosiego, órden, ni satisfaccion de ninguna clase, y mucho ménos verdadera y perfecta felicidad (5). Ya pueden buscarla unos en las riquezas, otros en las diversiones; estos en el desahogo de sus pasiones, y aquellos en los honores, ó en el poder; vanos serán sus esfuerzos: por más que hagamos, no sólo quedaremos siempre burlados y engañados, sí que tambien afligidos por haber servido de miserable juguete á nuestras ilusiones. La paz, el contento y la felicidad están solamente en Dios; en la perfecta observancia de su ley; en las prácticas santísimas de la conciencia, que triunfa y se eleva con sentirse pura, ya que nada tiene que reprendernos, ni ante los hombres ni ante el Cielo. ¡Oh! sometámonos, pues, al Señor, si por la culpa nos hubiéramos rebelado contra Él, sin esperar por más tiempo, agravando cada dia más nuestra miserable suerte! Cuarenta siglos de tan duras pruebas, que el mundo hizo de sí, deben ser suficientes para obligarnos á reconocer nuestros errores; y cuando no otra cosa, bástenos nuestra propia conciencia, la cual nos grita, que en vano esperamos la paz léjos de Dios.

(1) Véase Orsini: *la Vergine*, etc., tom. I. Roselly de Lorgues: *Le Christ devant le siecle*, etc.

(2) Latan: *Inst.* lib. VII. Euseb.: de *vita Constantin.* cap. XXI. Vernsdorf, *Poet. min.* tom. IV. Chandier. *Vindication of the defense of Christianity*, tom. II, cap. II. Viston: *Supplement of the literal accomplisement of scripture prophecies*, Culdwort: *System. intellect.* cap. IV. Lowth, *Prelect.* XXI.

(3) NÚM. XXIV, 17.

(4) JEREM. II, 19.

(5) ISAI. XLVIII, 22.

¡Oh, Dios mio! te pedimos esta gracia por la intercesion de María, Madre nuestra y tuya; para conocer, que fuera y léjos de Tí, no hay paz, ni satisfaccion, ni felicidad, sinó amargos desengaños, agudísimas espinas, llanto, dolor y desesperacion. Nosotros, ¡oh Dios mio! fuimos criados por Tí y para Tí, que eres fuente de vida, causa y sostén de toda existencia. ¡Cuánto se engaña, Dios mio, el pecador, que te vuelve las espaldas, y que se atreve á combatirte de frente, confiando vencer con su razon, y los delirios de la soberbia que le domina! Sus caminos serán siempre tenebrosos y letales (1), y, al fin, tendrá que invocar tu piedad si desea salvarse. ¿Quién puede, en este mundo, decir: Yo soy feliz, desde que me rebelé contra el Cielo? ¡Ah! desde Lucifer, precipitado en el abismo á causa de su soberbia (2), hasta el presente, una sola voz resuena en las casas de los impíos en la hora de la muerte: ¡Ay de nosotros! erramos el camino de la verdad, y ahora estamos perdidos para siempre, para siempre (3)! ¡Dios mio! que nuestro fin no sea la muerte, ni la eterna desesperacion! Y si mil veces hemos ultrajado tu bondad y abusado de tu misericordia, ahora ¡oh Padre nuestro! volvemos á Tí, arrepentidos, y humillados, seguros de que paciente en esperar los pecadores á penitencia, y generoso en perdonarlos (4), nos acogerás benigno en tu seno, como lo hiciste con el mundo condenado, al cual, con magnánima redencion, levantaste del abismo en que habia caído. Por lo tanto, dígnate, Señor, de ahora en adelante, guiar Tú mismo nuestros pasos por la senda de la salvacion (5). Volvemos de nuevo á Tí ¡oh Dios de sabiduría y misericordia infinitas! Y puesto que no produciría ningun fruto este nuestro propósito, aunque sincero, abandonados á nosotros mismos, socórrenos con tu poderosa ayuda, para que sea firme y fecundo de sagrados frutos. Te lo pedimos, Señor, por tu amada Hija, esposa y Madre, María,

(1) PSALM. XXIV, 6.—PROVERB. IV, 19.

(2) LUC. X, 18.

(3) SAPIENT. V, 6.

(4) PSALM. CII, 8 y siguient.

(5) CANT. ZACH. V, 12.

siempre pura, santa é inmaculada, á la cual volvemos nuestras miradas, como á estrella de salvacion. Sí ¡ oh hermosa Madre de Dios y de los hombres, dulce María ! confiamos especialmente en Tí despues de tu Hijo Jesucristo; en Tí, que eres la dispensadora de las gracias del Cielo: en Tí reposamos, seguros de que nos conducirás á Dios, nos socorrerás y protegerás en los dias de la tribulacion y del infortunio, y benigna y amorosa consolarás nuestra pusilanimidad, para que no nos abata nuestro enemigo, sinó que, venciéndole ahora y siempre, podamos un dia tocar al puerto de la eterna salvacion. Así sea.

DIA TERCERO.

LOS PADRES.

Semen eorum et gloria eorum non derelinquetur.
Su linaje y su gloria no perecerán nunca.
(Eccles. xliv, 13.)

Del mismo modo que Dios crió los cielos y la tierra para que manifestasen al hombre su poder, su sabiduría y su gloria, así formó el hombre á su imágen y semejanza, dotóle de entendimiento para conocer, y de voluntad para amar, á fin de que á medida que se dilatase su conocimiento, afirmándose cada vez más en la virtud, fuese objeto tiernísimo de su amor infinito, y como jardin de sus delicias y complacencias (1). Ved, sinó, lo que pasó en el Paraíso terrenal miéntras reinó allí la santa inocencia. ¡ Ah ! no solamente Adan y Eva fueron felices en la plena abundancia de cuanto hubiese sabido, ó podido desear su corazon, rodeados de maravillas siempre nuevas, brillando cada vez con una nueva y mucho más sublime magnificencia, y con pleno dominio sobre las aves del cielo, los peces

(1) Proverb. viii, 31

del mar, las fieras del bosque y todas las demás criaturas; pero lo que era infinitamente más admirable, Dios mismo, como enamorado de su obra, descendia á conversar misteriosamente con ellos, y los embriagaba con altísimas revelaciones, y les hacía partícipes, cuanto era posible, acá abajo, de su inmortal é inefable divinidad. ¡ Oh Adan! oh Eva ! ¿ Por qué pecasteis, porque ensuciando de lodo la cándida estola de que os había revestido, obligasteis al Criador á alejarse de vosotros, y ocultaros su faz? ¡ Desgraciados ! Con vuestra conducta nos privasteis el gustar de una vida de amor, que lengua alguna angélica, y mucho ménos humana, sabrían describir con ninguna clase de imágenes; vida totalmente celestial, vida purísima de Paraíso ! ¿ Podemos dudar de ello, hermanos mios, cuando al presente, á pesar de estar llenos de inumerables imperfecciones, y de llevar todo acto de nuestra vida, por decirlo así, la semejanza del pecado, sin embargo, un solo acto virtuoso es tan agradable y acepto al Señor, que en seguida nos abre con benigno semblante los tesoros de la misericordia y de su amor ? ¡ Oh bella virtud ! sin duda tu orígen es celestial y no terreno, cuando el Criador se complace tanto en tí ! Y aquí me es grato, hermanos mios, presentaros, en prueba de ello, á los dichosos padres de María, destinados á la altísima dignidad y al sublime oficio de recibir como hija y dirigir con sus cuidados á aquella, que había de ser Madre de Dios. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Sin duda que ayer os sentisteis conmovidos de profunda y dulce piedad, admirando la expectacion ardentísima, en que estaba el mundo á la aparicion de Aquella, que había sido prometida como aurora de la salvacion para el prevaricador género humano, y de quien había de nacer el esperado de las naciones. Os enternecisteis á la vista de las agitaciones y deliquios que experimentaba, fatigado de sufrir por tan largo tiempo. Por cuyo motivo, cual mujer cercana al parto, conjuraba á los adivinos, interrogaba á los ancianos, desenterraba de todas partes antiguas leyendas, y consultaba antiquísimas tradiciones, no tan sólo las del pueblo Hebreo, sino tambien las fabulosas y paganas de las várias Sibilas; en fin, toda clase de documentos, en los cuales sospechaba que podría hallar algun rayo de revelacion. En una palabra, parecía que el mundo no podía, como en efecto no hubiera podido, vivir por más tiempo, sin volver á la gracia de su Dios. Y Dios resolvió, finalmente, enviar á la tierra á Aquella, que por tantos siglos, en remotísimo porvenir, había sido vislumbrada, junto con el gérmen divino de su seno, por todos los viden-

siempre pura, santa é inmaculada, á la cual volvemos nuestras miradas, como á estrella de salvacion. Sí ¡ oh hermosa Madre de Dios y de los hombres, dulce María ! confiamos especialmente en Tí despues de tu Hijo Jesucristo; en Tí, que eres la dispensadora de las gracias del Cielo: en Tí reposamos, seguros de que nos conducirás á Dios, nos socorrerás y protegerás en los dias de la tribulacion y del infortunio, y benigna y amorosa consolarás nuestra pusilanimidad, para que no nos abata nuestro enemigo, sinó que, venciéndole ahora y siempre, podamos un dia tocar al puerto de la eterna salvacion. Así sea.

DIA TERCERO.

LOS PADRES.

Semen eorum et gloria eorum non derelinquetur.
Su linaje y su gloria no perecerán nunca.
(Eccles. xliv, 13.)

Del mismo modo que Dios crió los cielos y la tierra para que manifestasen al hombre su poder, su sabiduría y su gloria, así formó el hombre á su imágen y semejanza, dotóle de entendimiento para conocer, y de voluntad para amar, á fin de que á medida que se dilatase su conocimiento, afirmándose cada vez más en la virtud, fuese objeto tiernísimo de su amor infinito, y como jardin de sus delicias y complacencias (1). Ved, sinó, lo que pasó en el Paraíso terrenal miéntras reinó allí la santa inocencia. ¡ Ah ! no solamente Adan y Eva fueron felices en la plena abundancia de cuanto hubiese sabido, ó podido desear su corazon, rodeados de maravillas siempre nuevas, brillando cada vez con una nueva y mucho más sublime magnificencia, y con pleno dominio sobre las aves del cielo, los peces

(1) Proverb. viii, 31

del mar, las fieras del bosque y todas las demás criaturas; pero lo que era infinitamente más admirable, Dios mismo, como enamorado de su obra, descendia á conversar misteriosamente con ellos, y los embriagaba con altísimas revelaciones, y les hacía partícipes, cuanto era posible, acá abajo, de su inmortal é inefable divinidad. ¡ Oh Adan! oh Eva ! ¿ Por qué pecasteis, porque ensuciando de lodo la cándida estola de que os había revestido, obligasteis al Criador á alejarse de vosotros, y ocultaros su faz? ¡ Desgraciados ! Con vuestra conducta nos privasteis el gustar de una vida de amor, que lengua alguna angélica, y mucho ménos humana, sabrían describir con ninguna clase de imágenes; vida totalmente celestial, vida purísima de Paraíso ! ¿ Podemos dudar de ello, hermanos mios, cuando al presente, á pesar de estar llenos de inumerables imperfecciones, y de llevar todo acto de nuestra vida, por decirlo así, la semejanza del pecado, sin embargo, un solo acto virtuoso es tan agradable y acepto al Señor, que en seguida nos abre con benigno semblante los tesoros de la misericordia y de su amor ? ¡ Oh bella virtud ! sin duda tu orígen es celestial y no terreno, cuando el Criador se complace tanto en tí ! Y aquí me es grato, hermanos mios, presentaros, en prueba de ello, á los dichosos padres de María, destinados á la altísima dignidad y al sublime oficio de recibir como hija y dirigir con sus cuidados á aquella, que había de ser Madre de Dios. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Sin duda que ayer os sentisteis conmovidos de profunda y dulce piedad, admirando la expectacion ardentísima, en que estaba el mundo á la aparicion de Aquella, que había sido prometida como aurora de la salvacion para el prevaricador género humano, y de quien había de nacer el esperado de las naciones. Os enternecisteis á la vista de las agitaciones y deliquios que experimentaba, fatigado de sufrir por tan largo tiempo. Por cuyo motivo, cual mujer cercana al parto, conjuraba á los adivinos, interrogaba á los ancianos, desenterraba de todas partes antiguas leyendas, y consultaba antiquísimas tradiciones, no tan sólo las del pueblo Hebreo, sino tambien las fabulosas y paganas de las várias Sibilas; en fin, toda clase de documentos, en los cuales sospechaba que podría hallar algun rayo de revelacion. En una palabra, parecía que el mundo no podía, como en efecto no hubiera podido, vivir por más tiempo, sin volver á la gracia de su Dios. Y Dios resolvió, finalmente, enviar á la tierra á Aquella, que por tantos siglos, en remotísimo porvenir, había sido vislumbrada, junto con el gérmen divino de su seno, por todos los viden-

tes de la Judea, y vista, en algun modo, por todas las generaciones pasadas. ¡Oh! sí; venid naciones, pueblos, tribus, de todo clima, de todo culto y nacion; venid á admirar la fidelidad de las promesas del Señor! El prometió, que no se perdería la obra de sus manos, y una vez dada condigna satisfaccion á su justicia, renovaría al hombre con una segunda creacion, y le devolvería la vida de la gracia; y pasado el tiempo fijado en sus eternos decretos, miéntras la tierra palpitara de terror á la vista de los terribles trastornos causados por el pecado que ocultaba en su seno, El cumpliría su inefable palabra de perdon y misericordia! ¡Oh, Dios mio! tu bondad es grande, é infinita tu misericordia (1)! ¡Ojalá estuviéramos tan prontos en dar satisfaccion á tu justicia, siempre que tenemos la desgracia de ofenderte, como somos acogidos por Tí con fácil piedad! Entónces hallaríamos aquí mismo la vida, donde otros pensarían hallar la muerte.

Oid, hermanos mios, de que manera, enteramente misteriosa y admirable, se apresura la obra de la humana Redencion! Ved á Israel, á aquel Israel, en otro tiempo tan resplandeciente de gloria á la vista de todo el mundo, caido á tal grado de vileza, que era el oprobio de las naciones. Corrompido y degradado hallábase su sacerdocio, hasta el punto de causar repugnancia al Cielo; bien que tuviera en su poder los misteriosos sellos de la elevada profecía de salvacion, que ya no comprendían: estaban mudas las fatídicas arpas, cuyos acordes alegraban en otro tiempo los valles de Sion, y las pendientes del Ermon, del Líbano y del Carmelo; y parecía á una viña vendimiada por el granizo en el dia de la ira del Señor (2). Pues, caido irreparablemente en manos extrañas, á quien había pasado el cetro del poder y de la gloria que había heredado de Jacob, miradle; ya no le queda huella alguna de su esplendidísima gloria como pueblo de Dios. Verdad es, que aún conserva la palabra de la divina promesa; pero no experimenta ya sus efectos, que por tantos siglos alimentaron su vida; y abandonado á todos los vicios de las naciones extranjeras, sueña todavía en no sé qué reorganizacion de su fuerza militar, que ahuyente á las águilas romanas. ¡Contemplad el dolor con que los ancianos, en los cuales brilla todavía un rayo de fé de Israel, bajan á la tumba, apesadumbrados é inconsolables por ver casi perdida la heredad del Señor! ¡Oid las tristes palabras con que se despiden de sus amados hijos, que, con lágrimas en los ojos, rodean su lecho! ¡Oh! si algun dia llegais á ver á nuestro tan suspirado

(1) Praec. liturg. *Deus cujus misericordiae non est numerus*, etc.
(2) Jerem. *Lament.* I, 12.

Mesías, decidle que hemos esperado en Él; y que nos consolamos con la esperanza de verle el dia de su triunfo. Con cuyas palabras, saludando por última vez el porvenir, cerraban los ojos, pasando al lugar de la expectacion de ultra tumba.

¿Quién, pues, direis vosotros, hizo tal fuerza al corazon de Dios, para que no retardase por más tiempo la Redencion prometida? ¿Sabeis quién, hermanos mios? las pocas almas buenas que, como he dicho, había aún y rogaban. Cierto que su número era harto reducido; pero esto mismo era indicio de que no estaba léjos el dia de la Redencion, pues, como ellos vivian y oraban con verdadera fé, no podía tardar en comparecer la misericordia sobre la tierra, á ménos que hubiese debido perecer el mundo. Sus oraciones eran inspiradas por Aquel mismo que había inspirado ya la profecía; que había inspirado la profecía para mostrar la Redencion de léjos; y que inspiraba la oracion para que descendiendo del cielo salvase al hombre. Sí; la oracion obró este grande milagro; la oracion de pocas almas, verdaderamente justas y santas, á que se había reducido el verdadero Israel. ¡Ah! el que ruega á Dios, ó le ha rogado de corazon alguna vez, y sabe en qué consiste la oracion, comprenderá cuanto digo: la criatura que humilde ruega de veras, siente que se eleva de la tierra hasta á la divinidad; entra en una misteriosa comunicacion con ella, y no duda que bien pronto será escuchada, porque Dios la hace orar, precisamente, porque quiere consolarla. Así, pues, aquellos pocos pobres Israelitas que oraban, eran las almas más escogidas que existían entónces en el mundo, por más que el mundo no se acordase de ellas. Y entre ellas se hallaban los últimos descendientes de la casa de David, llamados Joaquin y Ana: Joaquin, de la tribu de Judá, y de la estirpe de David, por medio de Natan; y Ana, á la cual él había tomado por esposa, de la tribu sacerdotal, y cuyo nombre, en la lengua hebrea, significaba *graciosa*. Ambos vivian en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea á poca distancia del monte Carmelo; pero la incomprensible Providencia había dispuesto que no tuvieran hijos, por más que los hubiesen por largo tiempo deseado, creyéndose en aquellos dias, que el tener hijos era, como es en realidad, una bendicion del Cielo. De manera, que toda su vida santísima, reducíase á la oracion y á la piedad para bien disponerse á la muerte. Y en verdad, hermanos mios; ¿hay, acaso, ni puede haber sabiduría superior á la que nos hace pensar en nuestro último fin, que empezará con la muerte, especialmente, cuando, desvanecidas todas las ilusiones de esta miserable y dolorosa vida, sólo tenemos delante la tumba y la eternidad? ¡La eternidad! queramos, ó no, hace estreme-

cer todo el cuerpo, y hasta la temieron los Santos acrisolados con severísimas penitencias. Y nosotros, insensatos y delirantes, ¿pensaremos tan sólo en placeres, en acumular riquezas, en recoger vanidades y miserables satisfacciones de un instante; en conseguir honores fugaces, y en dominar con orgullo á nuestros hermanos, como si no fuesen tales, sinó más bien una casta degradada é indigna de nuestro amor? ¡Ah! recordemos que por la muerte somos iguales ante Dios; pero, que nuestra suerte será desigual, segun las obras buenas ó malas que nos acompañarán á la otra vida.

Y reanudando aquí el hilo de nuestra historia, ¿qué os diré del afecto con que se amaban Joaquin y Ana, estudiando adivinar el uno el génio del otro, y compadecerse recíprocamente, á fin de no darse el más mínimo disgusto, y formar siempre en Dios un solo espíritu y un solo corazon? Bastará citar un solo hecho para mostraros hasta donde llegaría su virtud, que quisiera ver imitada por cuantos están ligados en matrimonio, ya que es tan raro hallarla entre las familias cristianas. A causa de la dureza de corazon de los hijos de Israel, Dios había consentido, que pudiesen dar el libelo de divorcio á las mujeres estériles; es decir, que pudieran separarse de ellas, y unirse á otras. De modo, que Joaquin, en virtud de este consentimiento, podía separarse de la estéril Ana, y si tal hubiera sido su voluntad, dar la mano á otra mujer. Pero ¿qué digo? Léjos de pensar en esto, amábala tan tiernamente, que habría dado mil veces la vida por ella; porque, cuando la tomó por esposa, no se dejó llevar del interés, ni de ninguna apariencia vana, sinó de la modestia, de la honestidad y todas las demás virtudes que en ella resplandecían admirablemente, y de las cuales tomó color y forma la misma belleza corporal; pues, faltando aquéllas, ésta es tan sólo una ilusion momentánea, que se convierte, frecuentemente, en motivos de inumerables desgracias. De aquí proviene en nuestros tristísimos tiempos, en los cuales sólo se fija la atencion en las exterioridades, en el trato afable, en el crecido dote que la mujer lleva consigo, y en la nobleza y riqueza de la familia; de aquí proviene, digo, el que con tanta frecuencia sea de tan poca duracion la amistad conyugal, no obstante la santidad y la divina indisolubilidad del matrimonio. Joaquin amaba á su esposa Ana con un amor puro y santo: amaba su dulzura y mansedumbre singulares, su tierna piedad y su religioso porte; su prevision y su prudencia en el gobierno de la casa; su génio conciliador y su amistad para con el vecino, y lo ejemplar de su vida: virtudes todas á

(1) MATTH. XIX, 8: *Ad duritiam cordis vestri... ab initio autem non fuit.*

cuyos ojos sobresalía tanto, que á pesar de su esterilidad, siempre la honró plenamente; y tanto se amaban el uno al otro, que nada les faltó para ser felices.

Y notad, hermanos mios, que en dicho tiempo había llegado á tal punto la pobreza de la descendencia de David, que debían mantenerse con el honroso trabajo de sus manos. Sí, hermanos mios; Joaquin, este hombre venerable, este gran patriarca del antiguo Testamento, aunque de régia estirpe, se honraba con el trabajo, cultivando con diligente industria, segun venerables y antiguas tradiciones que se nos han legado, algunos de sus campos, heredados de sus mayores, y considerando su medianía de fortuna como el más feliz estado que hubiese podido hallar sobre la tierra. Antiguos sábios confirman lo mismo: y el que observe á fondo este estado, verá que no se equivocaron. Devotísimo, además, de la ley mosáica, sobre todos los hijos de Israel, se trasladaba puntualmente al Templo de Jerusalen con su consorte y parientes, en todas las fiestas solemnes de su nacion, donde asistiendo piadosamente al grande sacrificio, y adorando la majestad divina, daba las debidas acciones de gracias al Altísimo por los beneficios recibidos; pues, en aquellos tiempos, el sentimiento de gratitud hácia á Dios, de quien dimana todo bien de naturaleza y de gracia, era tan vivísimo en todos aquellos que conservaban pura en el corazon la fé de Israel, que el faltar á ella hubiera sido un delito que nadie hubiese osado ni aún concebir. Este acto de religion se cumplía con grandísima solemnidad y reverencia. Hé ahí en qué consistia. Reunido el pueblo en el Templo, el sacerdote entonaba la oracion llamada Kadisch, diciendo: «¡Oh, Dios! sea tu nombre glorificado y santificado en este mundo, que criaste segun tu beneplácito. Haz que llegue tu reinado, florezca la Redencion y nazca pronto el Mesías.» Y el pueblo respondía á coro: ¡Amen! así sea! Y esta oracion, elevándose como nube olorosa hácia la presencia de Dios, abreviaba el tiempo de la prueba y apresuraba el de la Redencion prometida.

Terminados el sacrificio y la oracion, Joaquin y Ana, con los demás del pueblo piadoso, regresaban á su propio pais, donde emprendian, nuevamente, sus cuidados y trabajos tan queridos, dedicándose Ana á coser é hilar: ámbos cónyuges eran felices, amándose recíprocamente con ternura, y estaban alegres por la sencillez de sus virtuosas ocupaciones. Y es grato recordar aquí, para nuestro ejemplo, que en aquellas tierras de severas y sencillas costumbres, las mujeres, aún las de condicion civil, no se desdeñaban de los trabajos manuales;

(1) *Basnage*, tom. v.

muy al contrario, las primeras, es decir, las mujeres de los mismos patriarcas que regían las tribus y los pueblos, atendían con toda la diligencia y solicitud posibles á los quehaceres de la casa, hasta los más pequeños y minuciosos; y así las familias prosperaban felizmente, creciendo cada dia más con toda suerte de bendiciones celestiales y temporales. Ahora ¡ay de mí! se pierde miserablemente el tiempo en lecturas inútiles, que corrompen el entendimiento y el corazon, ó en distraer los dedos para las dulces armonías del arpa y del piano, no ya como modesto ornamento de virtud, sino con olvido de todo otro sério pensamiento de la vida; en el lujo, las modas y bailes, que quiera Dios no pongan en grave peligro de perder la inocencia; y en tales vanidades y bagatelas, con las cuales va, cuando ménos, entibiándose, poco á poco, el fervor, la integridad de la virtud y el decoro de la vida. ¡Oh, padres! ¡ay! ¿qué haceis? ¡Oh nuevos esposos, destinados á aumentar con nuevos retoños la sociedad y la Iglesia de Jesucristo! ¿es así como entendeis la sublime mision que os habeis impuesto?

Además de tan útiles y modestas ocupaciones, los dos venerables y santos esposos acostumbraban repartir sus alimentos á los pobres, que en aquellos dias eran considerados como cosa verdaderamente sagrada; creyéndose, piadosamente, que debajo de aquellas formas, que un dia serían las formas del Hijo de Dios, se ocultaban con frecuencia los Angeles del cielo (1). Y por esto el dar hospitalidad era considerado en el pueblo de Israel como un acto religioso, y delito grave y execrable no cumplirla, molestar á los indigentes, y violentarlos. ¡Religion veneranda, confirmada por Jesucristo, indicándonos en los pobres, no ya á los Angeles, sinó á su divina persona, diciendo: «Cuanto hiciereis á uno de estos pequeñuelos, á mí lo hareis (2)». Y en otra parte: «En el dia del juicio diré á los impíos: andad al fuego eterno, porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; iba desnudo, y no me vestisteis; enfermo estaba, y no me visitasteis.—Y ellos responderán: ¡Señor ¿y cuándo te vimos en semejante estado?—Cuando visteis á los pobrecillos, que ocupaban en la tierra el lugar mio, y vosotros no les tuvisteis ninguna estimacion (3)». Reprensiones que no tocaron por cierto á Joaquin y Ana, pues, nunca dió el caso que negasen al infeliz el pan ó el socorro, á lo ménos de palabras compasivas; especialmente Ana, que era, entre las buenas, una de aquellas excelentes

(1) Valverde, y Ribadeneira: *Vidas de los Santos.*
(2) MATTH. XXV, 40.
(3) IDEM. *ibid.* 41 y siguientes.

mujeres, que por la ternura de su corazon saben rendirse, ó más bien, son madres de todos los infelices. Por cuya exquisita caridad de su corazon, refieren antiguas tradiciones, que la llamaban la buena Ana; y en su tribu se formó la creencia general de que en premio á tanta virtud, obtendría, finalmente, del Cielo, fruto de bendicion (1); lo cual se verificó, concibiendo en la plenitud de los tiempos, y dando á luz una hija, que con sólo verla, cuantos la vieron, sentían y pronosticaban que sería algun portento, alegrando así el corazon de Ana con una conmocion extraordinaria.

Tan cierto es, hermanos mios, que las oraciones de los humildes son bendiciones de Dios; y más se alcanza con una obra de caridad, que con el fraude, el interés, los trastornos y todos los demás artes malignos de los hijos del siglo. Añadid el inefable consuelo que experimenta el corazon en obrar bien, y, finalmente, la alegría que inundará el alma en la hora de la muerte, del que en aquel momento pueda decir consigo mismo: Gracias ¡Dios mio! no he hecho mal á nadie, y he hecho bien á todos, cuanto me ha sido dable. Pero, el que por desgracia ha pasado la vida en obras de iniquidad, en perjuicio del alma propia y de sus hermanos, ó trató duramente y sin misericordia á los infelices y desgraciados, aunque ocultase su crueldad bajo el velo de aparente religion; ¿qué refrigerio y esperanza podrá encontrar en aquel terrible instante?

Siempre fué, pues, piadosa, modesta y benéfica la vida de Joaquin y Ana, ántes de que ésta diese á luz la más hermosa flor de entre las criaturas humanas, es decir, la Vírgen María. De cuyas tradiciones orientales están llenas las leyendas, las historias, y, por último, las fábulas, y señaladamente las de los Árabes, quienes, sin que supiesen su orígen y causa, y no obstante estar envueltos en mil supersticiones, conservan suave y profunda veneracion hácia estos dos santos esposos, padres de la Madre de Dios (2). Perfeccion y espejo de vida, capaz de cubrirnos de vergüenza, por ser nosotros su negacion; y el mundo mismo nos lo hace comprender, riéndose de la presuncion con que nos llamamos cristianos; al paso que aquéllos fueron y serán, hasta el fin de los siglos, amor de la tierra y delicia del Paraiso. Y Dios quiso recompensarles soberanamente, acá abajo mismo, poniéndoles como á fundamento de la obra más grande que había de salir de sus manos, ó sea, la Redencion, que debía tener lugar, mediante el Verbo hecho carne en las entrañas de su hija María:

(1) D'Herbelot: *Bibli. Orient.*
(2) IBID. *idem.*

«¡Dichoso Joaquin! exclama el Damasceno; ¿de quién vino este fruto inmaculado? ¡Oh afortunada Ana, en cuyo seno se formó, poco á poco, esta prole santísima y celestial! ¡Dos y tres veces bienaventurados, los que merecisteis darnos una flor, de la cual nació despues el dulcísimo fruto Jesucristo (1)!»

¡Oh Dios de bondad y de amor! cuán bella y consoladora, diré más, cuán llena de delicias es la vida de tus Santos! Sin duda han ellos de marchar por el camino de las humillaciones, de los padecimientos y de las pruebas, á fin de enmendarse de sus fragilidades é imperfecciones, y animarse para la conquista de la gloria celestial; pero, ¡dichosos ellos! los únicos que supieron vivir en la gracia de tu misericordia. ¡Oh! venid, desgraciados, que temblais al sólo nombre de virtud, como si de ella no brotasen más que amargas tribulaciones y espinas; venid á ver en los dos bienaventurados consortes Joaquin y Ana, cuán suave es la ley del Señor (2), y su bondad fecunda de verdaderas dulzuras para aquellos que la temen (3)! ¿Y por qué no nos proponemos nosotros hacer tambien la prueba, confiados en aquella divina palabra: «Venid á mí, todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré; porque suave es mi yugo y lijero el peso mio (4)?» ¡Oh Joaquin y Ana! referidnos las castas y dulces delicias de la virtud y de la santidad, vosotros, que gustasteis en ellas y por ellas aquella calma inefable del alma, que afirmando y fortaleciendo los piadosos pensamientos, hace, como quien dice, del todo divinos nuestros afectos en Aquel, que se compadeció en criarnos en el amor, y hacernos capaces de amar! Y nosotros ¡oh Dios de amor! queremos, finalmente, romper las cadenas quo nos mantienen esclavos á la vida de esta miserable tierra, y volar hácia el elevado camino de la perfeccion que recorrieron los Santos. Hermosísima es la sonrisa que brilla en sus lábios; rayo de santa alegría con que inundan los cora ones. ¡Adios, mundo engañador, que promettes felicidades y sólo das desesperacion! Y Tú, ¡oh María, hermosa hija del Amor eterno! muéstranos tu rostro inefable de Paraiso; ven á confirmarnos en el propósito de la santidad, que juramos al pié de este altar tuyo. Con tal que nos sea lícito dirigir y fijar la mirada en Tí, venceremos las seducciones del mundo, los estímulos de la carne, y las asechanzas del Infierno; y como divinizados, nos elevaremos hácia el Cielo en alas de altísima contemplacion. ¡Oh amor! ¡oh belleza!

(1) *Orat.* II. *de Nativ. B. Mariae, prope finem.*
(2) PSALM. XXXIII, 8.
(3) IDEM. LXXII, 1.
(4) MATTH. XI, 28.

¡oh perfecciones infinitas de nuestro Dios! sí; de aquí en adelante, Tú serás nuestro único pensamiento y la única delicia de nuestro corazon. Y tu ley ¡Señor! sea noche y dia nuestra meditacion (1); y tu gloria, nuestro suspiro; para que, bendecidos por Tí en este valle de aflicciones, podamos, en compañía de los Ángeles, cantarte un dia, el eterno hosanna en la bienaventurada pátria celestial. Así SEA.

DIA CUARTO.

LA NATIVIDAD.

Gaudeat pater tuus, et mater tua, et exultet quæ genuit te.
Tengan gozo tu padre y tu madre, y salte de placer la que te parió.
(PROV. XXIII, 25.)

Bien sabeis, amados hermanos, aquella funesta máxima que pretende, que la virtud (3) es un nombre vano; dado que siendo ésta infortunada, las más de las veces, y viviendo como extraña en la tierra, no puede esperar otra recompensa que la del Cielo. Desconsoladora doctrina, en verdad, por ser una negacion de la doctrina verdadera, segun la cual el hombre, aún con el solo recto uso de la razon, de la cual Dios le ha dotado, puede comprender, y sin duda comprende, si quiere, que la virtud es la única realidad con que podemos contar acá abajo, para arrostrar con intrepidez los males de la vida presente, toda vez que ella se ostenta siempre ante nuestros ojos como una cosa divina é inmortal. ¿Pudiéramos, por ventura, decir nosotros tambien, como los impíos, que toda nuestra existencia principia y termina en un puñado de materia, en términos, que siendo infelices en nuestra peregrinacion terrestre, nada nos resta ya que esperar, precisamente allí donde se halla la verdadera morada de la

(1) PSALM. LIII, passim.
(2) IDEM XLI, 1 y 2.
(3) La conocida sentencia de Bruto á Filipo.

«¡Dichoso Joaquin! exclama el Damasceno; ¿de quién vino este fruto inmaculado? ¡Oh afortunada Ana, en cuyo seno se formó, poco á poco, esta prole santísima y celestial! ¡Dos y tres veces bienaventurados, los que merecisteis darnos una flor, de la cual nació despues el dulcísimo fruto Jesucristo (1)!»

¡Oh Dios de bondad y de amor! cuán bella y consoladora, diré más, cuán llena de delicias es la vida de tus Santos! Sin duda han ellos de marchar por el camino de las humillaciones, de los padecimientos y de las pruebas, á fin de enmendarse de sus fragilidades é imperfecciones, y animarse para la conquista de la gloria celestial; pero, ¡dichosos ellos! los únicos que supieron vivir en la gracia de tu misericordia. ¡Oh! venid, desgraciados, que temblais al sólo nombre de virtud, como si de ella no brotasen más que amargas tribulaciones y espinas; venid á ver en los dos bienaventurados consortes Joaquin y Ana, cuán suave es la ley del Señor (2), y su bondad fecunda de verdaderas dulzuras para aquellos que la temen (3)! ¿Y por qué no nos proponemos nosotros hacer tambien la prueba, confiados en aquella divina palabra: «Venid á mí, todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré; porque suave es mi yugo y lijero el peso mio (4)?» ¡Oh Joaquin y Ana! referidnos las castas y dulces delicias de la virtud y de la santidad, vosotros, que gustasteis en ellas y por ellas aquella calma inefable del alma, que afirmando y fortaleciendo los piadosos pensamientos, hace, como quien dice, del todo divinos nuestros afectos en Aquel, que se compadeció en criarnos en el amor, y hacernos capaces de amar! Y nosotros ¡oh Dios de amor! queremos, finalmente, romper las cadenas quo nos mantienen esclavos á la vida de esta miserable tierra, y volar hácia el elevado camino de la perfeccion que recorrieron los Santos. Hermosísima es la sonrisa que brilla en sus lábios; rayo de santa alegría con que inundan los cora ones. ¡Adios, mundo engañador, que promettes felicidades y sólo das desesperacion! Y Tú, ¡oh María, hermosa hija del Amor eterno! muéstranos tu rostro inefable de Paraiso; ven á confirmarnos en el propósito de la santidad, que juramos al pié de este altar tuyo. Con tal que nos sea lícito dirigir y fijar la mirada en Tí, venceremos las seducciones del mundo, los estímulos de la carne, y las asechanzas del Infierno; y como divinizados, nos elevaremos hácia el Cielo en alas de altísima contemplacion. ¡Oh amor! ¡oh belleza!

(1) *Orat.* II. *de Nativ. B. Mariae, prope finem.*
(2) PSALM. XXXIII, 8.
(3) IDEM. LXXII, 1.
(4) MATTH. XI, 28.

¡oh perfecciones infinitas de nuestro Dios! sí; de aquí en adelante, Tú serás nuestro único pensamiento y la única delicia de nuestro corazon. Y tu ley ¡Señor! sea noche y dia nuestra meditacion (1); y tu gloria, nuestro suspiro; para que, bendecidos por Tí en este valle de aflicciones, podamos, en compañía de los Ángeles, cantarte un dia, el eterno hosanna en la bienaventurada pátria celestial. Así SEA.

DIA CUARTO.

LA NATIVIDAD.

Gaudeat pater tuus, et mater tua, et exultet quæ genuit te.
Tengan gozo tu padre y tu madre, y salte de placer la que te parió.
(PROV. XXIII, 25.)

Bien sabeis, amados hermanos, aquella funesta máxima que pretende, que la virtud (3) es un nombre vano; dado que siendo ésta infortunada, las más de las veces, y viviendo como extraña en la tierra, no puede esperar otra recompensa que la del Cielo. Desconsoladora doctrina, en verdad, por ser una negacion de la doctrina verdadera, segun la cual el hombre, aún con el solo recto uso de la razon, de la cual Dios le ha dotado, puede comprender, y sin duda comprende, si quiere, que la virtud es la única realidad con que podemos contar acá abajo, para arrostrar con intrepidez los males de la vida presente, toda vez que ella se ostenta siempre ante nuestros ojos como una cosa divina é inmortal. ¿Pudiéramos, por ventura, decir nosotros tambien, como los impíos, que toda nuestra existencia principia y termina en un puñado de materia, en términos, que siendo infelices en nuestra peregrinacion terrestre, nada nos resta ya que esperar, precisamente allí donde se halla la verdadera morada de la

(1) PSALM. LIII, passim.
(2) IDEM XLI, 1 y 2.
(3) La conocida sentencia de Bruto á Filipo.

virtud, es decir, en el cielo? No; el hombre no es todo polvo, que se disuelva y se disipe en el sepulcro; ántes bien la vida presente no es otra cosa, en sustancia, que una preparacion para aquella más grande y sublime de la inmortalidad, que nos espera más allá de este mundo: verdad que nosotros sentimos, y que de ella tenemos la prueba más cierta en el fondo de nuestra propia conciencia. Nada tiene de extraño, pues, que en esta morada de destierro, el hombre, en cierto modo, viva sujeto á la experiencia y á las pruebas de su valor, á fin de hacerse digno de tal premio; de suerte, que cuanto más él se aplicare al estudio y á la adquisicion de la santidad, tanto mayor sea, igualmente, la recompensa que por ello reciba del Señor (1). Bien sé, mis amados hermanos, que este lenguaje es el objeto de las befas de los insensatos, que cifran toda su dicha en las orgías de la prostitucion, de las obscenidades y de la materia: mas ¿ qué importa todo eso? Este lenguaje hace palpitar de dulce emocion al justo, el cual, ya desde este bajo planeta, oye, bien que en lontananza, las armonías celestiales que, de vez en cuando, dejan su alma arrobada en éxtasis de altísima y deliciosa contemplacion. Pero, ¿es verdad ¡oh cristianos! que los hijos de la gracia no reciben retribucion alguna por sus virtudes en este mundo? ¡Ah! si alguno osase proferir tal blasfemia, yo quisiera que estuviera aquí esta noche para oir mis palabras. A ese hombre yo le diría: atiende entre los infinitos ejemplos que nos ofrecen las historias; yo te invito á contemplar á dos ancianos esposos, que, acaso, á tus ofuscados ojos aparecerán como séres despreciables, pero que, precisamente, por haber permanecido firmes en la observacion de la ley del Señor, y por las prolongadas pruebas que debió sufrir su paciencia, obtuvieron, finalmente, una bendicion tal, que será el asombro de los siglos, y regocijará hasta tal punto sus corazones y los últimos años de su vida, que no trocáran el gozo que los inunda y los hace dichosos, por cuantas satisfacciones puedan hallarse en este mundo; y su nombre alcanzará tanta gloria, que causará la estupefaccion de todas las futuras generaciones. Esas dos afortunadas criaturas son: Joaquin y Ana. Voy á demostrarlo. A. M.

Ana, siendo estéril hacía veinte años, ya no esperaba el consuelo de tener hijos. Por el contrario, dejando á un lado todo pensamiento de la tierra, íbase preparando para la muerte, entregando su espíritu al pensamiento de las cosas celestiales. Empero, no es eso decir,

(1) II. Corinth. v, 1. ad. 9. passim.

que ella no sufriera por tal causa; ántes bien esta idea ocasionaba á su alma el más acerbo pesar, toda vez que entre el pueblo de Israel era un oprobio para las mujeres el no tener hijos, y se consideraba la esterilidad como un castigo del Cielo. A pesar de ello (¡oh virtud verdaderamente sólida!) jamás salió una queja de sus lábios; sinó que, dominándose siempre á sí misma, tranquila y resignada, procuraba merecer cada vez más la abundancia de las gracias del Señor. Hé ahí la sabiduría verdadera y única, áun prescindiendo de las luces de la revelacion (hasta cierto punto, bien que de un modo muy imperfecto, vislumbrada por los estóicos); pero que fuera de la religion de Dios, el hombre no hubiera podido nunca alcanzar. Hé ahí, repito, la sabiduría verdadera, y única: puesto que, al fin y al cabo ¿qué utilidad pudiera reportarnos nuestra impaciencia en las tribulaciones, nuestra inquietud y nuestra rebeldía á la voluntad divina? Peor sería aún para nosotros, si la tribulacion fuera la pena merecida de pecados graves, y acaso de delitos en los cuales los hombres no se fijan, porque los ignoran; pero que Dios conoce en toda su enormidad, y que tiene mil medios y mil maneras de condenar y de castigar; y que debe castigar aún en este mundo, precisamente, porque es Padre, y nosotros somos sus hijos, y nos crió para que fuéramos dignos de Él, y un dia le poseyéramos en el cielo. ¿A qué, pues, tanta soberbia y rebeldía por parte nuestra? Dios te aflige ¡oh pecador! con la tribulacion para corregirte, purificarte y hacerte digno de Él; miéntras tú, por el contrario, levantas la cabeza y la voz para ultrajarle y blasfemar de Él; tú, que no ignoras, ciertamente, tu culpa, y conoces los fines sapientísimos que á Él le inducen á dejar caer su mano sobre tí, por más que á tí te parezca que eres inocente; pues sus fines son siempre de amor, de infinito amor; amor que debe conducirte á la salvacion. ¡Ah! obremos con sensatez, y no como los nécios, que no conocen á Dios, ni los senderos de su sabiduría; y no nos avergoncemos de aparecer, muy á menudo, inferiores á los grandes filósofos del paganismo! Obremos como cristianos; y á falta de otros estímulos, muévanos el ejemplo de Ana, la cual, cada vez que oia hablar de su esterilidad, humillábase y se sometía á los designios divinos, creyendo y no avergonzándose de confesar publicamente, que peor castigo merecía por sus faltas, que ella llamaba graves culpas. Y como quiera que su humildad era verdadera, el Cielo no tardó en recompensarla, tan generosamente, que todo otro premio hubiera sido poco ménos que nada, toda vez que de repente, y en contra de toda su expectacion, sintió su seno colmado y fecundo de un fruto tal, que al salir á la luz, debía aventajar so-

bremanera en dignidad á cuantas criaturas habían sido privilegiadas, ó pudieran serlo en la tierra en lo sucesivo, y áun á las elevadísimas inteligencias del Empíreo.

Y ahora bien podeis figuraros el gozo de que se sentiría poseida Ana, y con ella, Joaquin, su esposo, á tan inesperado y fausto suceso; ellos ¡que oraban con tanto fervor para que se efectuase la Redencion, y comunicándose íntimamente con Dios por medio de la oracion, sentían que la misericordia divina escuchaba sus súplicas, y entreveían misteriosamente la proximidad del gran prodigio esperado desde tantos siglos! Todas las divinas promesas juradas á los patriarcas, á los profetas y á cuantos justos habían existido en Israel, todas se ofrecieron á su imaginacion con los más vivos esplendores, y con ellas, todas las antiguas tradiciones que á las mismas correspondían; viendo en ellos la nueva vida que iba á ser comunicada al universo. Por cuyo motivo, dirigiéndose presurosos al Templo de Jerusalen, ofrecieron allí un sacrificio de reconocimiento á las bondades del Eterno; durante el cual es fama, que ámbos recitaron muchas veces con la más profunda emocion, y como profetizando, los últimos versículos del salmo de Ageo y de Zacarías, que dicen: «El Señor da libertad á los que están encadenados! el Señor alumbra á los ciegos! el Señor levanta á los caidos! el Señor ama á los justos! el Señor protege á los peregrinos; ampara al huérfano y á la viuda, y desbaratará los designios de los pecadores! el Señor reinará eternamente: el Dios tuyo, oh Sion, reinará en toda la serie de las generaciones (1)!» ¡Y tales debían ser precisamente los admirables efectos de la Redencion!

¡Oh! á ese cántico divino, tambien nuestro corazon se entusiasma, se conforta y siente un consuelo inefable! Empero, examinemos, al mismo tiempo, mis amados hermanos, los usos y las costumbres de aquellos benditos tiempos de profunda y verdadera religion. Entónces, cuando se alcanzaba algun beneficio, algun don ó una gracia cualquiera, al instante íbase á dar gracias al soberano Dispensador de la prosperidad del hombre; mas no se practicaba esto secretamente, sinó con espíritu recto y leal, sin avergonzarse de ello, con fé generosa y sincera, como si todo bien que poseemos, acá abajo, procediera, como procede en efecto, de la mano de Dios (2). En nuestros dias, por el contrario; ¡ay! no se tiene ni siquiera un pensamiento del Cielo y de Dios, que reina allí como soberano, orígen y dueño de

(1) Leon de Módena: *Costumbres de los hebreos;* Maimonide.
(2) Jacob. I, 17.

todas las dichas y de todas las bendiciones, cualquiera que sea la prosperidad de que goce una ciudad, un pueblo ó una nacion; llegando la impiedad hasta el extremo de que se diga, y se repita, que todo grande acontecimiento histórico dimana del ciego acaso, de la insensata naturaleza; como si Providencia alguna gobernara lo criado; siendo así, que está escrito, que no se desprende hoja alguna del árbol, ni se mueve brizna alguna de yerba de los campos, ni cae cabello alguno de nuestra cabeza, sin que ella lo disponga ó lo consienta. Por otra parte; ¿qué provecho sacamos de esas doctrinas impías, que, por nuestra desgracia, invaden hoy el mundo? Terribles desengaños, y nada más; ellas sólo sirven para hacernos hallar la muerte allí donde creíamos encontrar la vida; amarguras y ejemplos espantosos, allí donde se nos anunciaba la felicidad y el triunfo. ¡Ah! si el Señor no pone su mano en la edificacion de la casa, en vano se afanan en torno de ella aquellos que se tomaron el cuidado de edificarla: así está escrito en los sagrados textos; así ha sucedido siempre, y así sucederá, igualmente, hasta la consumacion de los siglos; y la historia, para aquel que sepa aprender en ella, ahí está para ilustrarle sobre el asunto.

Pues bien; volviendo á Joaquin y Ana, diremos, que una vez cumplido aquel acto de gratitud hácia el Autor de todo bien, regresaron á su tribu de Ruben; y allí, con la misma humildad religiosa de ántes, repasaron en su mente todos los desvelos y afanes de su laboriosa vida, con el corazon lleno y exhuberante de alegría por los recibidos beneficios. Entre tanto, la fecundidad de Ana iba madurando, y con ella desenvolvíanse los amorosos designios de la misericordia divina. Era el mes Tirsi, el mes primero del año civil de los Judíos, en el cual la religion y las costumbres mosáicas ordenaban, ofrecer un público y solemne sacrificio á Dios por la expiacion de los pecados del pueblo; y hé aquí que precisamente en el mismo instante en que el humo de los degollados corderos, becerros y toros, subía oloroso al Cielo (es decir, en el dia que correspondería á nuestro 8 de setiembre), Ana dió á luz á María, aquella celestial doncellita, á la cual debía suceder inmediatamente Jesús, su Hijo y Salvador nuestro, por cuyas enseñanzas y ejemplos debía ser regenerado el universo, y en cuya sangre debían ser lavados los pecados de todas las generaciones. ¡Bien podeis imaginaros pues, mis amados hermanos, los transportes de júbilo y de alegría que experimentaron Joaquin y Ana, al contemplar delante de sí aquella hijita suya, candorosa como una azucena, colorada como una rosa, y agraciada como una flor la más selecta del Paraíso! Su gozo ya no tuvo límites; y presto regocijáronse

con ellos por tal suceso, no solo todos los deudos, sinó aún la tribu entera; toda vez que apénas era creible que la anciana Ana hubiese dado á luz una hijita tan querida, que nunca habíase visto otra de más bella y maravillosa entre todas las hijas de Israel (1). ¡Oh, Ángeles santos del amor, que descendisteis en aquel instante para festejar y custodiar á la futura Madre de vuestro Dios! decidnos el gozo inefable que inundó aquellos dos corazones afortunados. Mas, hé aquí que ella misma, la madre dichosa, va á referirnos sus júbilos; toda vez que arrebatada por los impulsos de la alegría de que rebosaba su corazon, entonó este magnífico himno de reconocimiento, que nos ha conservado la tradicion, y nos suministra una prueba de la profunda gratitud que sentían aquellos pueblos por los beneficios del Criador.

«Yo cantaré (dijo Ana) alabanzas á mi Señor, porque me ha visitado y librado del oprobio de mis enemigos. Él me ha dado un fruto copioso de su justicia en su presencia, haciéndome madre. ¿Quién anunciará á los hijos de Ruben que Ana es madre? Oid, oid ¡oh tribus todas de Israel! Ana es madre.» Así salmodiaba la bienaventurada mujer convertida en profetisa: y luego, segun una tradicion, que se conserva entre los Árabes (2), tomando la niña en sus brazos y levantándola en alto, con un transporte de inagotable afecto hácia el Cielo: «Esta es la hija ¡oh Señor! exclamó, que he dado á luz: á Tí te la encomiendo, á ella y su estirpe, contra Satanás, que ha sido ya apedreado.» Eso sucedió cuando Dios prometió á nuestros padres, que una Mujer, con su fruto divino, vendría á aplastarle la cabeza. Y esa Mujer es, precisamente, tu hijita! No hay, pues, temor alguno de que el maligno pueda ofenderla, ántes bien ella aplastará terriblemente su cabeza.

Mas aquí, mis amados hermanos, no debemos olvidar el grande ejemplo de virtud y de sabiduría que se nos ofrece, y que es digno de universal imitacion. ¡Oh! si la mujer cristiana, despues de haber dado á luz sus hijos, con sus propias manos los presentara y ofreciera, igualmente, al Criador, del cual los ha recibido, diciendo como la virtuosa Ana: hélos aquí ¡oh Señor! ellos son un don tuyo; acógelos bajo tu proteccion y santifícalos; yo os aseguro que ellos no crecerían, como sucede en la presente generacion, cual retoños de mala índole, que tanto afligen á la sociedad; sinó que, como verdes renuevos de olivo que surgen para rodear de nueva y lozana juventud el tronco que los produjo, les veríamos formar bella corona en la mesa de sus padres (1). Mas ¡ay! ¿quién tuviera hoy valor suficiente para cumplir tales prácticas de doméstica y acendrada piedad, que fueron, no obstante, la gloria de nuestros mayores; hoy, que aún para los grandes negocios de la vida, el acudir á la religion se considera como ignorancia, bajeza de ánimo, supersticion, ó cosa peor todavía? A pesar de ello, mis amados hermanos, la historia, lo repito, ahí está, para amaestrarnos; y la historia es un testimonio solemne; ella nos dice, que cuando los hijos se educaban con los sentimientos de piedad, y santo temor de Dios, eran, más adelante, buenos padres, excelentes ciudadanos, comerciantes probos y ejemplares; literatos sábios, magistrados íntegros, súbditos fieles, monarcas dichosos, autores de la felicidad de los pueblos y gloria de las naciones; al paso que hoy, por el contrario, cuando, contra el ejemplo del Apóstol (2), nos avergonzamos del Evangelio, y creemos muy honroso el hacer gala de las costumbres y maneras de los paganos, decidme, por favor: ¿á qué punto de degradacion no hemos llegado? ¿Qué moralidad existe en las familias, en los contratos, en las industrias y en los oficios? ¿Dónde se halla la buena fé y la antigua probidad de nuestros mayores? ¿Qué somos nosotros, la generacion presente, respecto de las generaciones antiguas, á las cuales nos place dar el nombre de bárbaras? ¿Somos, acaso, más virtuosos que ellos? Examinemos, pues, si somos más dichosos.

Y ahora, volviendo á la historia de Ana, os diré, que luego que hubo ofrecido su hijita María al Señor, la colocó en la cuna como el objeto único de todo su amor. He dicho en la cuna; pero no ciertamente en una cuna adornada de tapicería de oro, ó cubierta de preciosas telas de Egipto, elegantemente recamadas ó perfumadas de nardo, mirra y aloés, como se acostumbraba entre los magnates del pueblo de Israel; por el contrario, rústicas varillas de abeto, entretejidas con flexibles juncos, eran todo el fausto de aquella que nacía Reina de los Ángeles; y fajas de tosco lino sujetaban aquellos brazos tiernecitos, que un dia debian sostener con tanta gracia al Salvador del mundo. ¡Admirable disposicion de la Providencia! la cual quería que la futura Madre del Hombre Dios, desde su más tierna infancia, se familiarizase con los sufrimientos de la pobreza y las humildes condiciones de los indigentes, que debían ser el distintivo de todos aquellos que, más tarde, se propusieran imitarla. Y ella nos

(1) Cantic. xi, 11.
(2) Surate iii, 36.

(1) Psalm, cxxvii, 4.
(2) I. Rom., i. 16.

enseñaba, igualmente, á nosotros, que no son las riquezas, ni las grandezas lo que puede hacernos acreedores al amor divino; sinó únicamente la virtud, un corazon puro sin mácula de culpa, y el desapego de todas las cosas de este suelo. Todas ellas son ¡oh cristianos! vanidades, que debemos, por fin, dejar para siempre en la hora de la muerte, cuando despojados de todo, y apénas cubiertos del peor traje, seremos arrojados en una sepultura, para ser allí consumidos.

He dicho más arriba, que Joaquin y Ana, en cierto modo, presintieron misteriosamente en su interior, que su graciosa hijita debía ser la futura Madre del Mesías; mas no era tal presentimiento un claro conocimiento del misterio, y mucho ménos, la certeza de tanto prodigio. Pues bien; hé aquí, segun unas antiquísimas tradiciones, conservadas entre los Árabes, de que manera se cercioraron de ello. Habían trascurrido pocos dias del nacimiento de la agraciada niña, en términos, que Ana vivia aún con las delicadas precauciones de parturienta, cuando presentose de repente en su morada un peregrino, pidiendo con suma cortesía el pan de la caridad, y el hospedaje que se acostumbraba dar á los viajeros. Es muy natural el creer, desde luego, atendiendo á la fé y las religiosas costumbres de Joaquin y Ana, que no solo le acogieron con amorosa benevolencia, segun ordena el Cielo, sinó que le hicieron participante de los dulces gozos que les proporcionaba su felicidad. ¡Ah, cristianos! establezcamos un parangon entre nosotros y ellos: ¿dónde se observa en nuestros dias, una tal caridad y amabilidad entre los discípulos del Evangelio? ¡Desdichado peregrino, si hoy buscara un refugio en una casa cristiana, especialmente, en dias de expansion doméstica! como si en tales circunstancias no debiéramos mostrarnos más amables con los desgraciados, que, mendigando, comen el pan del sufrimiento y del dolor! ¡Oh insensible y miserable filosofía de nuestro siglo! Unos viven en la abundancia, y otros en la miseria. Unos en la satisfaccion de todos sus apetitos; y otros, acaso, sin un pedazo de pan con que saciar el hambre. ¡Oh mundo inícuo! Llegará, sí, llegará el dia de la justicia, en el cual las obras buenas y las malas serán recompensadas con estricto rigor (1).

Entretanto, tenedlo bien entendido ¡oh cristianos! aquel misterioso peregrino era un Ángel del Cielo, el cual despues de haber recibido la hospitalidad, preguntó por la tierna hija, de la cual Joaquin y Ana estaban tan gozosos y satisfechos. Y cuando la tuvo

(1) Psalm. lxi, 11.

delante de sí, principió á contemplarla con atencion, y luego, inclinándose, la besó, exclamando: «¡Hé aquí la bella Madre del Mesías!» Dicho esto, desapareció, derramando en torno de sí un torrente de vivísima luz, que llenó toda la casa (1). Lo que sintieron en tal acto los dos bienaventurados esposos, lo dejo enteramente á vuestra consideracion, toda vez que yo me considero incapaz de referíroslo. La relacion del suceso cundió con rapidez por los montes de la Judea, produciendo en todas partes gran sensacion, y haciendo que todos bendijeran la suerte de los dos ancianos padres, que, desde aquel instante, veneraron á su hija como el consuelo del mundo entero. Y ¡ah! con qué respeto y solícitos cuidados, á manera de sagrado depósito, la custodiarían! qué lágrimas de ternura no derramarían! qué bendiciones de sublime piedad no elevarían al Cielo! Tal sería el consuelo, tal la alegría y tal la emocion, que bien podemos afirmar, que les hubieran ocasionado la muerte á no haberles sostenido Dios con su fortaleza. Y, en verdad ¿á qué ventura mayor pudiera aspirar en este mundo una familia cualquiera?

¡Grande, omnipotente y magnanimísimo Dios! ¿Quién, pues, pudiera decir el cúmulo de bendiciones que Tú derramas sobre los predestinados á tu gloria? ¡Ah! sí; siendo ellos miserables, Tú les socorres; siendo frágiles, les sostienes; y siendo pobres, les levantas del polvo para hacerlos sentar al lado de los príncipes de tu gloria (2). Hé aquí ¡oh Dios mio! á tus fieles siervos Joaquin y Ana; poco há solos, y casi abandonados á la desolacion de su oscura vida; ahora, de repente, por tu merced, enriquecidos con un tesoro tan precioso por el nacimiento de su tierna hija María (que lo es tambien tuya); que con la abundancia de la alegría de que se sienten inundados sus corazones, casi llegan á enloquecer sus almas. ¿Quién, pues, no te amará, oh Dios mio? ¿Quién no cumplirá aún el más mínimo de tus preceptos, á la vista de tu generosidad con tus criaturas racionales, aún en este mundo, además de la corona de gloria que les tienes preparada en el cielo? ¡Oh! desdichados de nosotros, que siempre desconfiamos de tu bondad, porque queriendo Tú probar nuestra fé y constancia, á veces aparentas cerrar los oidos á nuestras súplicas y dejarnos en el abandono! ¡Ah! ¿cuándo comprenderemos que Tú nos criaste para ser dichosos, y que no quieres más que nuestra felicidad, con solo que te lo supliquemos y hagamos un poco de violencia á tu compasivo corazon? Y además, Tú lo dijiste claramente: «Bus-

(1) Tulio Dandolo: *Monachismo é leggende*, tom. I.
(2) Psalm. cxii, 5, 6 et 7.

cad primero el reino de Dios y su justicia: y todas las demás cosas se os darán por añadidura (1). Pedid y se os dará; buscad y hallareis: llamad y se os abrirá (2). ¡Ah! Señor; muévanos á tener esa fé y esa confianza en Tí la historia de tus Santos, y particulrmente la de estos modelos de las grandes virtudes del cristianismo, Joaquin y Ana, encumbrados por tu bondad á un grado de gloria tal, que criatura humana alguna, no diré pedir, pero ni siquiera concebir supiera. Así te lo suplicamos por los méritos de tu cara hija, y suya, María. Te lo suplicamos con toda nuestra alma; te lo pedimos con todas las fuerzas de nuestro corazon; toda vez que el dia que principiaremos á amarte y á confiar enteramente en tu misericordia, aquel dia ¡oh Señor! comenzaremos á ser salvos y bienaventurados. Así sea.

DIA QUINTO.

EL NOMBRE, LA OFRENDA Y LA PROMESA.

Nomen Virginis Maria.
El nombre de la Virgen es María.
(Luc I, 27).

Es tan grande, en realidad, mis amados hermanos, la dicha de tener hijos, que esa dicha es considerada por los orientales como uno de los mayores beneficios de la vida. En efecto; para todo aquel que ha recibido tal mision, no hay satisfaccion alguna tan cumplida, ni placer alguno tan exquisito, como el verse reproducido á sí mismo en otros tantos séres, como hijos ha tenido la dicha de engendrar. Y eso no debe entenderse simplemente en el sentido de la carne, sinó mucho más todavía en el órden del espíritu, dado que, en cierto modo, está en la índole y la naturaleza de toda facultad ó virtud, el reproducirse y multiplicarse á sí misma. Sirva de ejemplo, para el caso, lo que pasa al guerrero, al artista, ó al literato; los cuales ven,

(1) Matth. vi, 33.
(2) Idem. vii, 7.

allá en lo más recóndito de su imaginacion, la reproduccion de sí mismos en un plan de campaña, en una estátua, ó en un libro cualquiera; sintiéndose arrastrados hácia ella con tal cariño, que no reparan en sacrificar su tiempo, sus estudios y sus desvelos, sólo para que las concepciones de su entendimiento lleguen á ser una realidad ó manifestacion exterior. Empero, tocante á los hijos, para que pueda decirse en verdad, que su reproduccion es una verdadera bendicion, y que da sus frutos, es menester que ellos crezcan de manera, que sean el honor de sus padres, la gloria de su propia pátria y el apoyo de la familia y de la sociedad civil. En vano se intentará alcanzar tal propósito por otros medios cualesquiera, fuera de la religion. De ello nos suministra una prueba la historia de todas las naciones; donde échase de ver, que toda educacion, por solícita y esmerada que sea, resulta impotente para inclinar el corazon hácia la verdadera virtud, cuando no va unida con el temor de Dios. Por eso se nos ha dicho sábiamente: el temor de Dios debe ser, respecto de los tiernos hijos, lo que es el rocío matutino para las flores en tiempo de primavera (1); las cuales, si lo reciben, levántanse vigorosas y lozanas sobre sus tallos para desplegar su natural belleza; mas si aquél faltare, pronto éstas se marchitan, y apénas pueden vivir un solo dia. ¡Ah, padres cristianos! si meditaseis esa importante verdad (confirmada por la diaria experiencia), más de lo que soleis hacerlo, entónces no veríamos, á buen seguro, el linaje humano tan degenerado y corrompido en la juventud, ni vosotros derramaríais tantas lágrimas de amargura por haber dado hijos á la vida de este mundo. ¿Cuándo reflexionaremos, pues, juiciosamente? ¿Cuándo, poseidos de una santa indignacion, contra aquellos que vinieron á desacreditar las piadosas tradiciones de nuestros padres, volveremos á la senda recta y verdadera que ellos nos aconsejaron seguir? ¡Ah! si es que el ejemplo pueda servir para ilustraros, y para despertaros del letargo en este asunto, venid á considerar en esta noche la sólida piedad de Joaquin y Ana; los cuales, tan luégo como hubieron recibido del Cielo el querido don de su tierna hija, María, se dirigieron al Templo de Jerusalen para dar comienzo á ese solemne magisterio, ante todo, con el cumplimiento de aquello que la ley mosáica prescribía en tales casos. Y eso nos enseña, que negocio alguno se principia bien, si no se principia por Dios. Sí, mis amados hermanos; en tal ejemplo aprendereis la manera de atraer las bendiciones de Dios sobre vuestra cabeza, y sobre la cabeza de vuestros hijos. Veámoslo. A. M.

(1) Psalm. cx, 9.

cad primero el reino de Dios y su justicia: y todas las demás cosas se os darán por añadidura (1). Pedid y se os dará; buscad y hallareis: llamad y se os abrirá (2). ¡Ah! Señor; muévanos á tener esa fé y esa confianza en Tí la historia de tus Santos, y particulrmente la de estos modelos de las grandes virtudes del cristianismo, Joaquin y Ana, encumbrados por tu bondad á un grado de gloria tal, que criatura humana alguna, no diré pedir, pero ni siquiera concebir supiera. Así te lo suplicamos por los méritos de tu cara hija, y suya, María. Te lo suplicamos con toda nuestra alma; te lo pedimos con todas las fuerzas de nuestro corazon; toda vez que el dia que principiaremos á amarte y á confiar enteramente en tu misericordia, aquel dia ¡oh Señor! comenzaremos á ser salvos y bienaventurados. Así sea.

DIA QUINTO.

EL NOMBRE, LA OFRENDA Y LA PROMESA.

Nomen Virginis Maria.
El nombre de la Virgen es María.
(Luc I, 27).

Es tan grande, en realidad, mis amados hermanos, la dicha de tener hijos, que esa dicha es considerada por los orientales como uno de los mayores beneficios de la vida. En efecto; para todo aquel que ha recibido tal mision, no hay satisfaccion alguna tan cumplida, ni placer alguno tan exquisito, como el verse reproducido á sí mismo en otros tantos séres, como hijos ha tenido la dicha de engendrar. Y eso no debe entenderse simplemente en el sentido de la carne, sinó mucho más todavía en el órden del espíritu, dado que, en cierto modo, está en la índole y la naturaleza de toda facultad ó virtud, el reproducirse y multiplicarse á sí misma. Sirva de ejemplo, para el caso, lo que pasa al guerrero, al artista, ó al literato; los cuales ven,

(1) Matth. vi, 33.
(2) Idem. vii, 7.

allá en lo más recóndito de su imaginacion, la reproduccion de sí mismos en un plan de campaña, en una estátua, ó en un libro cualquiera; sintiéndose arrastrados hácia ella con tal cariño, que no reparan en sacrificar su tiempo, sus estudios y sus desvelos, sólo para que las concepciones de su entendimiento lleguen á ser una realidad ó manifestacion exterior. Empero, tocante á los hijos, para que pueda decirse en verdad, que su reproduccion es una verdadera bendicion, y que da sus frutos, es menester que ellos crezcan de manera, que sean el honor de sus padres, la gloria de su propia pátria y el apoyo de la familia y de la sociedad civil. En vano se intentará alcanzar tal propósito por otros medios cualesquiera, fuera de la religion. De ello nos suministra una prueba la historia de todas las naciones; donde échase de ver, que toda educacion, por solícita y esmerada que sea, resulta impotente para inclinar el corazon hácia la verdadera virtud, cuando no va unida con el temor de Dios. Por eso se nos ha dicho sábiamente: el temor de Dios debe ser, respecto de los tiernos hijos, lo que es el rocío matutino para las flores en tiempo de primavera (1); las cuales, si lo reciben, levántanse vigorosas y lozanas sobre sus tallos para desplegar su natural belleza; mas si aquél faltare, pronto éstas se marchitan, y apénas pueden vivir un solo dia. ¡Ah, padres cristianos! si meditaseis esa importante verdad (confirmada por la diaria experiencia), más de lo que soleis hacerlo, entónces no veríamos, á buen seguro, el linaje humano tan degenerado y corrompido en la juventud, ni vosotros derramaríais tantas lágrimas de amargura por haber dado hijos á la vida de este mundo. ¿Cuándo reflexionaremos, pues, juiciosamente? ¿Cuándo, poseidos de una santa indignacion, contra aquellos que vinieron á desacreditar las piadosas tradiciones de nuestros padres, volveremos á la senda recta y verdadera que ellos nos aconsejaron seguir? ¡Ah! si es que el ejemplo pueda servir para ilustraros, y para despertaros del letargo en este asunto, venid á considerar en esta noche la sólida piedad de Joaquin y Ana; los cuales, tan luégo como hubieron recibido del Cielo el querido don de su tierna hija, María, se dirigieron al Templo de Jerusalen para dar comienzo á ese solemne magisterio, ante todo, con el cumplimiento de aquello que la ley mosáica prescribía en tales casos. Y eso nos enseña, que negocio alguno se principia bien, si no se principia por Dios. Sí, mis amados hermanos; en tal ejemplo aprendereis la manera de atraer las bendiciones de Dios sobre vuestra cabeza, y sobre la cabeza de vuestros hijos. Veámoslo. A. M.

(1) Psalm. cx, 9.

El gozo de los dos afortunadísimos consortes había llegado á su colmo; y con justísimo motivo; no siendo posible imaginar dicha alguna mayor que la que ellos experimentaron, principalmente, despues de la revelacion del misterioso peregino que visitára su morada. De ahí, que la santa Iglesia, revistiéndose de extraordinaria solemnidad, exclame, arrebatada y como fuera de sí: «Tu Natividad ¡oh Vírgen! ha llenado el mundo de regocijo, porque de Tí nacerá el Sol de justicia, Jesucristo, Señor nuestro; el cual libertando al género humano de la maldicion, lo ha de colmar de bendiciones, y triunfando de la muerte, le ha de dar la vida eterna (1)!» Hé ahí unos sentimientos muy dignos de ser renovados en todos los corazones cristianos, los cuales no debieran permitir pasara ni siquiera un solo dia de su vida, sin decir á María, de rodillas, delante de alguna imágen suya, con sincera devocion: Sí; por Tí ¡oh bella Hija de Dios, y Madre suya milagrosa! nosotros obtuvimos la salvacion. ¡Seas por ello eternamente bendecida con tu dulce hijo Jesús! Y nuestros padres, al obrar de este modo, estrechaban su imágen contra su corazon con entrañable ternura, implorando con piedad y confianza su poderosísimo patrocinio. Mas ¡ay! ¿cómo me atrevo yo á decir, que la Vírgen debe ser venerada con los afectos del culto doméstico, ahora, en que casi en ninguna casa se encuentra siquiera su efigie, ni áun para la piadosa diversion de los niños? Hoy, bien léjos de ello (lo cual fuera increible si no fuera una verdad), vemos cierta clase de hombres (pocos, ciertamente, por la misericordia de Dios) que, siendo, en realidad, tan ignorantes en ciencia religiosa, como doctos, acaso, en las ciencias naturales (y ménos mal todavía si esos tales no se afiliaran en las infernales sectas que han jurado guerra á Cristo), no temen hacer la guerra á la bella Reina de los Ángeles, atacando su honor con la mentirosa autoridad de aquel libro (2), que siendo divino en sí mismo y en su integridad, se convierte en impío instrumento de toda iniquidad cuando se acepta adulterado por manos de la heregía; llevando su desfachatez hasta el punto (bien que blasonando siempre de católicos) de no tolerar en sus casas acto alguno que pudiera hallarse relacionado con el culto de esa Mujer inmaculada y divina. Y obran así (¡horror causa el decirlo!) para impedir que sus hijos no contraigan la costumbre de honrarla. ¡Oh hijos, en verdad infelices! ¡Oh consortes desdichados! ¡Oh familias dignas de lástima, allí donde gobiernan hombres déspo-

(1) Brev. Rom. *in die Nativit. B. Mariæ Virginis.*
(2) La Biblia.

tas de semejante naturaleza, á los cuales yo llamaría más bien demonios! ¡Almas piadosas é infortunadas, á las cuales os cupo la desdicha de vivir al lado de tales espíritus infernales! muy grande debe ser, en realidad, vuestro pesar, y vuestra vida un terrible martirio. Empero, no desmayeis; ántes bien, desde el fondo de vuestro lacerado corazon, elevad vuestros suspiros al Cielo, confiando en aquel Dios que todo lo puede, y tiene mil providenciales medios para fortaleceros en medio de vuestras tribulaciones. Cuanto más dura sea vuestra prueba, tanto más brillante será la corona que recibireis. Vosotros, empero, ¡oh impíos! temblad; puesto que llegará el momento, en que tambien vosotros acudireis á aquella bendita Mujer, á la cual estais haciendo la guerra con tan satánico furor; entónces buscareis con vuestros moribundos ojos los dulces rayos de su purísimo y divino rostro, para que venga á apaciguar la tormenta de vuestra agonía; pero ¿con qué confianza podreis implorarla, no habiendo, durante vuestra vida, alimentado en vuestro pecho más que el odio? Bien sabido es, que todo corazon obstinado y eternamente rencoroso, llega, por fin, á tal estado, que es incapaz ni áun de esperanza.

Empero, basta, por ahora, sobre ese triste asunto y volvamos á nuestra historia. Era costumbre, entre los Hebreos, que, nueve dias despues del nacimiento de un hijo, ó de una hija, los padres invitáran á un alegre banquete para una fiesta de familia, á todos los parientes y amigos; no ya por glotonería y para profanar la fiesta, segun se viene practicando en nuestros dias; sino, principalmente, para dar en comun gracias á Dios por el recibido beneficio (1); y de esta suerte se celebraba la imposicion del nombre que se daba al récien nacido. Joaquin y Ana, como celosos observadores de las tradiciones de sus padres, procedieron en tal ocasion segun la costumbre del pais, ó mejor dicho, segun la prescripcion de la ley; de suerte, que fué grande el número de las personas invitadas á la reunion, siendo ésta por demás solemne, por la piadosa y cordial alegría que reinó en ella. Y así, pues, mis amados hermanos, bien podeis imaginaros cuán vivamente desearían ver todos á la agraciada hijita de Ana; la cual, más que criatura terrena, pareció á todos un sér celestial; ¡tal era el resplandor que despedía su semblante! Cada cual expresaba de varias maneras su embeleso; y todos hubieran deseado tomarla en sus brazos, y no dejarla nunca, cubriéndola de besos; de modo que en poco estuvo para que no desmayara Ana, cuyo corazon nadaba en un mar, no sé si decir de gozos, ó de emociones miste-

(1) Véase: Orsini, *la Vergine*, etc., tom. I.

muchos fueron los que se indicaron para el caso, segun lo que á cada cual dictaban sus propios sentimientos, ó sus recuerdos particulares de la historia del pueblo de Dios. Empero Joaquin y Ana, inspirados por el Cielo (1), dijeron de comun acuerdo, que debía ser llamada «MIRIAM», que significa MARÍA. La concurrencia aplaudió este nombre milagroso, y así terminó el festivo banquete, al sonido de los cimbalos, las flautas y las trompetas, con cuyos instrumentos solian amenizarse tales solemnidades.

Y ahora, mis amados hermanos, observad el designio admirable del Cielo: MIRIAM, en lengua siriaca, significa: SEÑORA, DUEÑA, SOBERANA; y en hebreo: ESTRELLA DEL MAR; y éstos son, precisamente, los títulos con que debía ser ensalzada aquella, que un dia habia de ser la Reina de los cielos y la tierra, cuando en el firmamento de la Redencion de los pueblos apareciese Ella para ser la mística estrella, destinada á conducirnos al puerto de la salvacion eterna. Por lo mismo, ese nombre oculta y encierra en sí mismo poderosísimos atractivos de admirable dulzura; de tal suerte, que con sólo pronunciarlo, toda lengua se dulcifica, todo corazon se conmueve, los pensamientos y los efectos elévanse á un grado extraordinario de piedad, y el estilo se reviste de belleza y de esplendor divino. Es un nombre, diré aquí con mi seráfico San Antonio, más dulce al paladar, que un panal de miel, más grato al oido que suave armonía, y más delicioso al corazon que el gozo más puro (2). ¡Ah! tengámoslo, pues, mis amados hermanos, siempre en los lábios ese nombre dulcísimo; enseñadlo á vuestros hijos, desde su más tierna infancia; de suerte, que ninguna noche se acuesten, ni se levanten mañana alguna, sin dirigir un pensamiento de santo afecto á su querida Madre María. Y vosotras, ¡oh madres! si el Señor os concediese el beneficio de tener hijas ¡ah! no dejeis de imponerles ese nombre verdaderamente celestial, ó cuando ménos, debeis procurar que vaya siempre unido al principal; toda vez que debe serviros de advertencia indudable, que aún el simple nombre, á causa de las ideas que implica y de los recuerdos que trae á la memoria, tiene un poder misterioso para infundir en el alma de aquel ó aquella que lo lleva, no sólo útiles, sinó portentosos gérmenes de moralidad y de elevados y vivificadores conocimientos; por cuyo motivo debemos confesar, que fué sin duda muy profundo filósofo el primero, que renovó en los hijos los nombres de

(1) *«E Thesauro divinitatis Maria nomen evolvitur.»* S. Petr. Damiani.
(2) *«Nomen Virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, jubilum in corde.»*

los abuelos; lo cual, en definitiva, no es otra cosa que hacer renacer en su virtud el pasado, para convertirse por tal medio en padre del porvenir. Empero, prosigamos ya nuestro asunto.

Sabed, pues, que entre los Hebreos, á los ochenta dias del nacimiento de una niña, la mujer que la habia dado á luz, debia, al tenor de la ley, dirigirse al Templo, á fin de purificarse solemnemente, ofreciendo allí al Señor un corderillo, ó bien un par de tórtolas (1): el cordero debían ofrecerlo los ricos; las tórtolas los pobres. Joaquin y Ana, celosísimos observadores de la ley, una vez cumplidos los dias, encamináronse sin tardanza á Jerusalen, llevando consigo, como pobres que eran, las tórtolas prescritas. Empero, ellos añadieron á éstas un don tan estimable, que su precio sobrepujaba á cuantos habían sido ofrecidos hasta entónces, y debían ofrecerse á Dios hasta el fin del mundo, es decir, á su propia hija, que quisieron consagrar con aquel acto al Señor, prometiendo colocarla en el Templo, á su servicio, apénas hubiere llegado al uso de razon. Hé ahí, en verdad, una ofrenda agradable al Señor; la ofrenda de Aquella que, desde toda la eternidad, El mismo escogiera por su Hija predilecta, por su Madre, por su Esposa y por su solemne cooperadora en la obra de la Redencion. Además, es un verdadero reconocimiento por los beneficios que del Cielo recibimos, devolverle, con todo el corazon, cuanto debemos á su liberalidad, y poseemos de más caro en este mundo. Y no se diga, que nosotros no tenemos nada que ofrecerle, verdaderamente, puesto que cuanto á nosotros nos pertenece, es cosa suya, y una gracia de que El ha querido amorosamente enriquecernos. Pues ¡qué! ¿acaso no pudiéramos, por ejemplo, consagrar siquiera una parte de las horas tranquilas de la noche á ejercicios de piedad; ó con el tiempo concedido á las diversiones, y aún acaso á la murmuracion y á los banquetes y placeres, no pudiéremos procurarnos un tesoro para enriquecernos en virtudes, visitando alguna sagrada imágen de la Vírgen, ó á Jesús sacramentado en la iglesia más inmediata; y de este modo, haciéndonos agradables á Dios, gustar un poco de aquella grata dulzura que sólo de Él procede? ¡Oh, cristianos! muchos son, y aún infinitos, los medios y las cosas con que podemos hacernos agradables al Cielo, y trabajar para nuestra salvacion.

Así obraron Joaquin y Ana, no perdonando ocasion alguna para mostrarse afectuosamente sensibles y reconocidos á su Criador. Sigámosles entretanto al efectuar su regreso, desde la ciudad santa de

(1) LEVIT XII, 1.

Jerusalen á su pais natal, donde les estaban aguardando los pobres; para cuya hospitalidad se hallaba sin cesar abierta su casa con tanta generosidad, que bien puede decirse que era, al mismo tiempo, un santuario de su privada cuanto afectuosa devocion; devocion más fervorosa y ardiente que nunca, en reconocimiento de la milagrosa hija, cuya custodia les estaba confiada. ¡Oh, Nazareth, ciudad un tiempo tan oscura, y que ahora eres tan gloriosa para el universo entero! refiérenos la inefable dicha de que gozaron Joaquin y Ana desde aquel dia en adelante, empleando los instantes de su vida en amorosos y tiernos desvelos respecto de la cariñosa María! Como hija que era de la gracia, crecía ella como una flor del Paraiso, ó si se quiere, como uno de aquellos lirios del campo, ensalzados más tarde por su hijo Jesucristo, cuando dijo que su belleza era superior á todo el esplendor de la gloria de Salomon (1); como uno de aquellos lirios, repito, que, segun añade san Bernardo, embalsaman los aires, á los primeros resplandores del alba con el olor de la esperanza (2); de suerte, que basta contemplarlos para que el corazon quede prendado de ellos. Y era, que Ana, bien que anciana, la alimentaba con su propia leche, depositando ya, desde entónces, en su corazon la semilla de la religion, del amor y de la piedad. Y aquí, menester es observar, que en aquellos tiempos de ingénua simplicidad y virtud, las madres dispensábanse rarísima vez de alimentar á sus hijos por sí mismas y con su propia leche; de suerte, que no se lee, en toda la larga historia de las mujeres hebreas, más que de tres nodrizas que no fueran verdaderamente madres; cuales fueron la de Rebeca, la de Mifiboset, y la de Gioas. En nuestro dias, por el contrario (¡oh funestos efectos de la afeminada y corrompida civilizacion de nuestro siglo!); muchísimas madres, sin necesidad alguna, y enteramente desnaturalizadas, confian la lactancia de sus hijos á manos mercenarias, viviendo de esta manera separadas de ellos como si no los hubieran concebido; y áun, algunas veces, obran así para llevar una vida disipada y pecaminosa. ¡Oh madres, peores que las madres paganas! ¿Pudierais ignorar, por ventura, que Dios formó vuestro corazon enteramente para el amor, á fin de que con el aliento inefable que se desprende de vuestros lábios, formarais los frutos de vuestro seno para la vida de la inocencia y de la virtud, á fin de que, cual angelitos de la primera creacion, regocijen la tierra con su celestial sonrisa? ¡Ay de las criaturas que nunca recibieron el consuelo del ósculo materno! Ellas son como aquellas tiernas flores, que no siendo nunca refrigeradas por el rocío del cielo, perecen ó degeneran de tal suerte, que ya no son nada de lo que fueron al ser plantadas, trocándose, á menudo, en espinas, cuya semilla se vuelve luégo más maligna y áun ponzoñosa. Sabido es, que la verdadera vida de los hijos se forma para los sentimientos de religion y de piedad con la leche maternal: tal es el tierno jugo, que, más tarde, tiene que aumentarse con la sangre, á medida que ellos vayan creciendo en edad y en inteligencia: todo eso se hace imposible con el amor de una mujer que no sea verdadera madre; toda vez, que sólo del amor materno hizo Dios el portento de todos los amores.

(1) Matth. xi, 28.
(2) «*Habentes odorem spei!*»

Y á este propósito, dispensadme que os haga notar otra costumbre, de la cual ya no se hace caso alguno en nuestros dias; pero, que la experiencia aconseja que debiera tenerse muy presente, dado que es cierto, y muy cierto, que sobre el ánimo de los niños, ménos influencia ejercen las ideas que las imágenes de los objetos sensibles. Pues bien; allá, en los tiempos de nuestros mayores, cuando todavía no se había vuelto pagana la vida civil de los cristianos, sinó que todo se inspiraba en el espíritu religioso; tan pronto como los niños, apoyándose en sus propias fuerzas, empezaban á divertirse en el interior de sus propias casas, solíase poner en sus manos algunos objetos de tierna devocion católica; por ejemplo, imágenes de Ángeles, de Jesucristo, de la Vírgen María y de varios Santos. Así ellos se ejercitaban en representar sobre pequeños altares las sagradas ceremonias que habían visto por vez primera en la iglesia en la imponente celebracion de los augustos misterios de nuestra religion. Por medio de tales ejercicios, crecía tan viva y espontánea la piedad en sus corazones, que las familias ofrecían una verdadera imágen de lo que fué la sociedad católica en los primeros tiempos del cristianismo. ¡Oh, padres venerandos de los pasados siglos! Cuánto hemos nosotros degenerado, olvidando vuestros ejemplos y despreciando aquella sabiduría que nos legasteis en herencia, fruto de la experiencia de tantas generaciones! ¡Ah! hoy, desgraciadamente, se ofrece á los niños para su diversion, instrumentos de guerra, funciones teatrales, y pugilatos, que casi se parecen á los espectáculos de los antiguos gladiadores; acaso por el temor (¡desdichados de nosotros!) de que crezcan demasiado mansos, y con inclinaciones demasiado tiernas, en la sencillez de los hijos de Dios. ¡Oh padres! oh madres de familia! ¿hubierais, acaso, olvidado hasta las enseñanzas de la experiencia, por las cuales vemos, que las primeras

008546

impresiones de la infancia deciden, las más de las veces, de la suerte de la vida entera? Sí (tenedlo bien entendido); las primeras impresiones, sean éstas buenas ó malas, restan grabadas en el corazon de los niños tan profundamente, que en vano intentárais borrarlas. ¡Ah! obremos, pues, juiciosamente en asunto de tamaña importancia, del cual depende el bienestar, la prosperidad y el porvenir, no sólo de la Iglesia, sinó aún de la humana sociedad y de vuestras familias. No desprecieis, no, las tradiciones de nuestros padres, que de ello adquirieron, ántes que nosotros, la conviccion y la saludable experiencia; y creed, que en la imitacion de aquellos ejemplos consiste la verdadera sabiduría de la vida. Tal enseñanza, por otra parte, no puede ser para vosotros cosa de muy largos y costosos sacrificios. ¿Teneis, por ventura hijos? Pues bien, contemplad á Joaquin y Ana, aprended de su ejemplo el arte de educar á la familia. Ellos, enteramente ocupados en las tiernas, asíduas y piadosas solicitudes hácia su querida hijita María, tuvieron el dulce consuelo de verla crecer como un angelito del cielo: tierna, modesta y piadosa, hasta el punto de llenar de admiracion, no sólo la tierra, sinó aún el Paraiso! ¡Oh! bienaventurados aquellos que se atienen á esa sabiduría; sabiduría propia de los hijos de Dios!

Nosotros te saludamos ¡oh criatura celestial, preciosísimo reflejo de la mente de Dios, flor agraciada del Paraiso, dulcísima hija de Joaquin y Ana, María! ¡Oh! como Tú, apénas nacida, regocijas con tu sonrisa al universo! ¡Oh! cómo á medida que vas creciendo, muestras toda la abundancia de la gracia, de la cual serás eternamente la mirra escogida, el bálsamo suave, el cinamomo oloroso, la rosa de Jericó (1), la azucena de los valles (2), el decoro del Carmelo y de Saron (3), la estrella de la mañana, la delicia del Cielo, el consuelo de la tierra, la maravilla de los siglos! ¡Ah! contempla el gozo inefable de tus ancianos padres, y las tiernas lágrimas que derraman al contemplar tu rostro divino! ¡Haz, oh María, el que tambien á Tí dirijan sus miradas de admiracion y de complacencia todos aquellos que en la tierra son llamados al sublime ministerio de la paternidad; que todos ellos reconozcan cuán grande es la dicha de tener hijos, segun el corazon de Dios; que crezcan con el sonris de la inocencia y la virtud; la cual, empezando á manifestarse desde los primeros años de su infancia, regocija el seno del hogar doméstico, prometiendo abundantes frutos de honestidad y honor para el porvenir! ¡Oh, niña celestial! ¡Ah! que la imágen tuya, la cual representa los primeros años de tu vida al lado de tu madre Ana, regocije toda casa cristiana, y que al rayo de la luz purísima con que brillas cual aurora de nueva creacion para la tierra, la tierna generacion que hoy crece, se sienta movida de tal amor hácia la virtud, que surja de ella la regeneracion de la humana familia, corrompida tan miserablemente en el lodozal de los vicios; pues para esto te crió el Señor, esto es, para que reflejáras de una manera la más admirable la belleza de la gracia y de la inocencia en el universo. En Tí y por Tí, sea santificada, pues, la nueva generacion, á fin de que bendiga eternamente tu nombre; nombre que igualmente bendecimos cuantos nos hallamos aquí reunidos, al ver que, destruida de nuevo la maldicion por tu Natividad, hemos recuperado la bendicion; y, confundida la muerte, hemos vuelto al sendero que conduce á la vida eterna. Guíanos, Tú, pues, á todos por ese camino de vida y de salvacion, para que podamos conseguir la felicidad eterna. Así SEA.

(1) ECCLESI. XXIV, 18 et 20.
(2) CANT. II, 1.
(3) ISAI. XXXV, 2.

DIA SEXTO.

LA FIDELIDAD.

Si quid vovisti Deo, ne moreris reddere.
Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle.
(EXOD. V, 3.)

Bienaventurado el hombre, mis amados hermanos, que sustentado, desde sus primeros años, con la leche de la religion, juró guardar, y guarda fiel, sus promesas al Señor, despreciando los consejos de los impíos y los caminos de los pecadores, para los cuales no hay promesa sagrada, si se exceptua la del delito y de la iniquidad; con la cual se hacen ministros del Infierno para su propia perdicion y la de sus hermanos (1). Ved, pues (dice el Salmista), á ese tal, cre-

(1) PSALM. I, 1.

impresiones de la infancia deciden, las más de las veces, de la suerte de la vida entera? Sí (tenedlo bien entendido); las primeras impresiones, sean éstas buenas ó malas, restan grabadas en el corazon de los niños tan profundamente, que en vano intentárais borrarlas. ¡Ah! obremos, pues, juiciosamente en asunto de tamaña importancia, del cual depende el bienestar, la prosperidad y el porvenir, no sólo de la Iglesia, sinó aún de la humana sociedad y de vuestras familias. No desprecieis, no, las tradiciones de nuestros padres, que de ello adquirieron, ántes que nosotros, la conviccion y la saludable experiencia; y creed, que en la imitacion de aquellos ejemplos consiste la verdadera sabiduría de la vida. Tal enseñanza, por otra parte, no puede ser para vosotros cosa de muy largos y costosos sacrificios. ¿Teneis, por ventura hijos? Pues bien, contemplad á Joaquin y Ana, aprended de su ejemplo el arte de educar á la familia. Ellos, enteramente ocupados en las tiernas, asíduas y piadosas solicitudes hácia su querida hijita María, tuvieron el dulce consuelo de verla crecer como un angelito del cielo: tierna, modesta y piadosa, hasta el punto de llenar de admiracion, no sólo la tierra, sinó aún el Paraiso! ¡Oh! bienaventurados aquellos que se atienen á esa sabiduría; sabiduría propia de los hijos de Dios!

Nosotros te saludamos ¡oh criatura celestial, preciosísimo reflejo de la mente de Dios, flor agraciada del Paraiso, dulcísima hija de Joaquin y Ana, María! ¡Oh! como Tú, apénas nacida, regocijas con tu sonrisa al universo! ¡Oh! cómo á medida que vas creciendo, muestras toda la abundancia de la gracia, de la cual serás eternamente la mirra escogida, el bálsamo suave, el cinamomo oloroso, la rosa de Jericó (1), la azucena de los valles (2), el decoro del Carmelo y de Saron (3), la estrella de la mañana, la delicia del Cielo, el consuelo de la tierra, la maravilla de los siglos! ¡Ah! contempla el gozo inefable de tus ancianos padres, y las tiernas lágrimas que derraman al contemplar tu rostro divino! ¡Haz, oh María, el que tambien á Tí dirijan sus miradas de admiracion y de complacencia todos aquellos que en la tierra son llamados al sublime ministerio de la paternidad; que todos ellos reconozcan cuán grande es la dicha de tener hijos, segun el corazon de Dios; que crezcan con el sonris de la inocencia y la virtud; la cual, empezando á manifestarse desde los primeros años de su infancia, regocija el seno del hogar doméstico, prometiendo abundantes frutos de honestidad y honor para el porvenir! ¡Oh, niña celestial! ¡Ah! que la imágen tuya, la cual representa los primeros años de tu vida al lado de tu madre Ana, regocije toda casa cristiana, y que al rayo de la luz purísima con que brillas cual aurora de nueva creacion para la tierra, la tierna generacion que hoy crece, se sienta movida de tal amor hácia la virtud, que surja de ella la regeneracion de la humana familia, corrompida tan miserablemente en el lodozal de los vicios; pues para esto te crió el Señor, esto es, para que reflejáras de una manera la más admirable la belleza de la gracia y de la inocencia en el universo. En Tí y por Tí, sea santificada, pues, la nueva generacion, á fin de que bendiga eternamente tu nombre; nombre que igualmente bendecimos cuantos nos hallamos aquí reunidos, al ver que, destruida de nuevo la maldicion por tu Natividad, hemos recuperado la bendicion; y, confundida la muerte, hemos vuelto al sendero que conduce á la vida eterna. Guíanos, Tú, pues, á todos por ese camino de vida y de salvacion, para que podamos conseguir la felicidad eterna. Así SEA.

(1) ECCLESI. XXIV, 18 et 20.
(2) CANT. II, 1.
(3) ISAI. XXXV, 2.

DIA SEXTO.

LA FIDELIDAD.

Si quid vovisti Deo, ne moreris reddere.
Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle.
(EXOD. V, 3.)

Bienaventurado el hombre, mis amados hermanos, que sustentado, desde sus primeros años, con la leche de la religion, juró guardar, y guarda fiel, sus promesas al Señor, despreciando los consejos de los impíos y los caminos de los pecadores, para los cuales no hay promesa sagrada, si se exceptua la del delito y de la iniquidad; con la cual se hacen ministros del Infierno para su propia perdicion y la de sus hermanos (1). Ved, pues (dice el Salmista), á ese tal, cre-

(1) PSALM. I, 1.

ciendo de virtud en virtud, á la manera de una tierna planta de buena naturaleza, colocada por hábil agricultor junto á las aguas de manantial perenne; la cual, hermosa en breve por su lozano verdor y ramaje, produce en el debido tiempo sazonados y abundantes frutos, no cesando nunca de florecer (1). Todo lo contrario sucede con los impíos, cuya vida, á duras penas, se prolonga más allá de un dia, y los cuales desaparecen de la haz de la tierra como el tamo que arroja de la tierra el viento de la ira del Señor; el cual juró, que no subsistirán largo tiempo en la asamblea de los justos, sinó que destruirá sus caminos, y pereceran (2). ¡Oh verdad tremenda, anunciada tantas veces por los Profetas, confirmada por Jesucristo, y evidenciada por la historia de todos los siglos! ¿por qué no has de ser bien entendida y aceptada por los que se precian de profesar el cristianismo? ¡Cuán injustamente éstos se enojan por los infortunios que amargan su existencia, toda vez que, olvidando por completo los beneficios de que les colmára su Criador y Redentor, viven, absolutamente, como si éste no existiese, pisoleando las promesas de fidelidad y de amor que le juraron al ser regenerados en su gracia por medio del bautismo! ¿Acaso nosotros, á semejanza de los impíos, pudiéramos tambien creer, que Dios, confinado en lo más recóndito de los cielos, nada tiene que ver en los humanos destinos (3); ó bien, que despues de haber criado y ordenado el universo, renunció á todo cuidado y vigilancia respecto de él? ¡Oh! cuán insensatos somos pensando así, supuesto que El es el Dios celoso por excelencia de su honor y de su gloria (4)! Por eso decía á su pueblo: «Yo soy el Señor Dios tuyo, y no tendrás otros Dioses delante de mí! Acuérdate de santificar el dia de Sábado (5). Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle, pues le desagrada la promesa infiel (6)». Hé ahí, pues, unos preceptos venerandos sobre toda ponderacion, que en todos tiempos parecieron, con razon, terribles y espantosos en el corazon de los Santos que entendieron su elevado misterio; y de ahí, aquel escrupuloso celo con que cumplieron, hasta su último ápice, la divina ley, temerosos de ser maldecidos de Dios, á pesar de sus actos virtuosos y de sumo sacrificio. Este saludable ejemplo es, precisamente, el que consideraremos hoy en Joaquin y Ana, miéntras cumplen la promesa

(1) Psalm. I, 4 et. 5.
(2) Ibid, 6.
(3) Job. XXII, 14.
(4) Exod. XXIV, 14.
(5) Exod. XX. 2, 3 et 8.
(6) Ecclesi. V, 4.

que hicieran al Señor, de consagrarle á su hija María en el Templo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Joaquin y Ana, segun ya os indiqué, al presentar por vez primera á su tierna hija María al Señor en su Templo, hicieron allí el voto de conducírsela de nuevo y consagrarla en perpétuo servicio de aquel lugar santo, tan pronto como llegára al uso de razon. En consecuencia, cuando la vieron ya crecidita, dispusiéronse á cumplir el voto, por más doloroso que tal sacrificio pudiera ser para sus corazones. Era, á la sazon, la estacion de las lluvias; y la corriente del Cison, riachuelo que separa á Nazareth del monte Carmelo, ya corría turbia y caudalosa por las aguas aglomeradas y por los temporales del equinoccio; y á causa de la crudeza del viento, los verdes montes de la Galilea ya empezaban á ostentar en sus cimas la blancura de la nieve. A pesar de ello, los dos santos esposos emprendieron su camino, con tanta mayor voluntad, en cuanto aproximábanse las grandes solemnidades de la dedicacion del Templo; por cuyo motivo, Zacarías, príncipe de los sacerdotes, que residía en Hebron, había salido ya á su vez para Jerusalen (1). Dadas las costumbres de nuestra sociedad civil, vosotros os asombrareis, sin duda, mis amados hermanos, de que dos pobres ancianos con su hija, tan tierna y delicada, abandonáran su provincia natal en aquella estacion, movidos solamente del deseo de asistir á las solemnes festividades de su nacion. Empero, preciso es tener en cuenta, que en aquellos tiempos anteponíase á toda otra cosa el deseo de agradar á Dios y de honrarle, cualesquiera que fueran los motivos que para ello tuviera que sufrirse; en términos, que las solemnidades del culto eran consideradas, ni más ni ménos, como el alimento del espíritu, la vida del pueblo de Israel, y el carácter distintivo de su nacionalidad. Hé aquí, pues, una gran mengua para nosotros, toda vez que cuando se nos invita á algun banquete ó á algun espectáculo público, no bastan á contenernos el frio, ni el calor, ni las molestias, ni los gastos, ni sacrificio alguno; ántes bien, el vernos privados de ello fuera para nosotros un insoportable pesar; pero, tratándose de la gloria de Dios, ó del bien del alma, todo nos parece un sacrificio; la hora siempre se considera intempestiva, los negocios pendientes, y las obligaciones á que debemos atender, se miran como impedimentos invencibles, cual si ellos solamente debieran tener importancia á nuestros ojos. ¿A dónde has ido á parar ¡oh amor santo de Dios! que tantos y tan grandes

(1) Véase Orsini: *la Vergine*, etc., tom. I

prodigios de fé, de sacrificios y de acciones gloriosas y magnánimas obraste en nuestros mayores? ¡Ah! mis amados hermanos; eso significa en nosotros tibieza, ó falta de fé, sin señal alguna de caridad, siendo por demás extraño, que hallándose nuestra fé en tal estado, sea tan grande en nosotros la presuncion de salvarnos. Esa es una ilusion que se desvaneceria á la luz de aquella vela, que en la hora de la muerte hizo temblar á los mismos escogidos. ¡Oh! acaso no se halle ya muy lejana (1); y, sin embargo, nosotros ni siquiera pensamos en ella.

Entretanto, y prosiguiendo nuestro relato, bueno será ahora referir, que los dos bienaventurados consortes, por el temor de que su querida hija no tuviera que sufrir demasiado á causa de lo fragoso del camino que conducía á Jerusalen (cuyo camino no era otro que aquel que se extendía al través de las áridas llanuras los impetuosos torrentes y los profundos barrancos de la Judea y de la Samaria, donde los rigores del invierno dejábanse sentir principalmente), dirigiéronse más bien por las embalsamadas vertientes del Carmelo, por las cuales desciéndese á la fértil llanura de Saron, cuyo clima es tan templado y apacible, que en ella crecen los naranjos, los bananeros y las palmeras con toda lozanía (2). La pequeña María, bien que de edad tan tierna y tan delicada, caminaba enteramente gozosa y risueña; no sintiendo entónces otro pesar en su corazon, que el ver á sus virtuosos padres sobrellevando tantas penalidades. Y este es un ejemplo para vosotros ¡oh hijos! De vosotros los padres no esperan otra recompensa, por tantos cuidados como os están prodigando, y de los trabajos sin fin que sufren por vosotros, que la correspondencia de un verdadero y sincero amor; de ahí, que ellos, al veros indiferentes ó ingratos, experimenten un horrible martirio. ¡Ah! no olvideis, pues, que Dios amenaza con tremendos castigos á los hijos desagradecidos, mayormente si ultrajan á la madre que los llevó nueve meses en su seno, los alimentó con su propia leche, y los formó con su amor y con tales desvelos, que lengua alguna es apénas capaz de expresar. Por eso está escrito: honra á tu padre y madre, para que vivas largos años sobre la tierra (3).

Mas, ya Joaquin y Ana, venidos por la parte del monte Carmelo, llegan á Jerusalen, en donde penetran por la puerta de Efraim; y despues de haber cruzado algunas calles lóbregas y tortuosas compuestas de casas feas y cuadradas sin ventana alguna, coronadas de una azotea, y alineadas tristemente á guisa de una fortaleza, detiénense en un ángulo de la parte oriental de la ciudad, enfrente de un humilde meson, que todavía subsiste, y es indicado á los peregrinos con el nombre de casa de santa Ana (1). Allí, ante todo, hincaron sus rodillas para dar gracias á Dios por su feliz viaje; lo cual debiéramos hacer nosotros, igualmente, en toda circunstancia de la vida, por ejemplo, al principiar ó al terminar nuestro diario estudio; al emprender algun negocio cualquiera, ó despues de haberlo llevado á cabo felizmente; en una palabra, cuando comemos, cuando bebemos, al acostarnos, al levantarnos y en todo momento, como decía san Pablo. ¡Ah cristianos! al ménos no omitamos esa santa costumbre cristiana por la mañana y por la noche. Señor, digamos al amanecer, cuando los Angeles del amor agitan suavemente sus alas sobre nuestras cabezas; cuanto yo haga en este dia, sea todo con vuestro favor y con recta intencion, prefiriendo la muerte ántes que ofenderos. Por la noche, al caer las tinieblas sobre la tierra, cuando los demonios de la tentacion se agrupan en torno de nosotros para perdernos, exclamad: ¡Señor! puesto que me has guardado tan visible y amorosamente en este dia, haz que pase una noche tranquila, y que no sucumba á las inícuas sugestiones de Satanás, perdiendo tu gracia y tu amor.

Joaquin y Ana, despues de haber dado gracias á Dios, por el favor que les dispensára en su viaje, apresuraron á confortar con algun alimento á su querida hija María, bastante fatigada por lo largo del camino. Luégo, y despues de haber tomado ellos mismos el necesario reposo, empezaron á disponer lo conveniente para presentarla en el Templo al sumo sacerdote, despues del sacrificio que, segun prescribía el rito, debía ofrecerse primeramente (2). Hé aquí de que manera se efectuó dicha ceremonia. Reunidos los parientes que los dos esposos tenían en la santa ciudad, y preparando el cordero del sacrificio, dirigiéronse todos ellos hácia el Templo, llevando en pos un gran número de amigos, vestidos con los hábitos usados en las solemnidades; es decir, con magníficos mantos, en los cuales envolvían sus cuerpos, segun requerían la magestad de la casa de Dios y del acto religioso que iba á realizarse; no ya adornados con trajes á la moda ó teatrales, con la vana ó soberbia ostentacion de los paganos, como suelen practicar en nuestros dias aquellos que, sin embargo, blasonan de cristianos; los cuales cuando van al templo, se visten de tal manera, que nos hacen dudar si desean para sí propios el honor que

(1) Luc. xii, 46.
(2) Volney: *Viaje á Siria.*
(3) Exod. xx, 12.

(1) Chateaubriand: *Itinerar. de Paris á Jerusalen*, tom. ii.
(2) Véase Orsini: *la Vergine*, etc., tom. i, cap. iv, pág. 85 en la nota

sólo debe tributarse á Dios. Pues, qué! ¿acaso esos tales pudieran ignorar, que los sagrados templos se hallan enteramente consagrados al honor y á la magestad de Dios, y que Él habita allí en persona, cual se halla sentado sobre su trono en el cielo? Así nos lo enseñan las sagradas Escrituras (1), mis amados hermanos. Y ciertamente que si recordáramos, que un dia debemos entrar allí envueltos en una fúnebre mortaja, nos aterraría nuestra audacia, que tan poco se distingue de la impiedad. Y no obstante, nosotros no temblamos!

Así, pues, los dos venerables esposos, seguidos por un festivo cortejo de deudos y amigos, llegaron al Templo, el cual tenía en la parte anterior un pórtico, ó sea un patio exterior, donde no se permitía entrar á extranjero alguno, so pena de muerte. Segun nos refieren algunas antiguas tradiciones, por una secreta disposicion de la Providencia, al paso de la doncellica María, encontráronse reunidos muchos oficiales del rey, fariseos, doctores y otros ilustres personajes de aquella nacion (2), los cuales de tal manera, y sin saberlo ellos mismos, prestaron homenaje á la que un dia debía ser Reina del universo. Empero, la solemnidad mayor de aquella ceremonia procedió directamente del Cielo; puesto que, segun las mismas tradiciones que los santos Padres recuerdan en sus libros, los Ángeles custodios invisibles del Templo, descendiendo en aquel instante para cubrir con sus doradas alas á María, derramaron á sus piés olorosas flores del Paraiso, miéntras celebraban con melodiosos acordes su solemne ingreso en la casa del Señor (3). De esta suerte, la escogida milicia, avanzando su paso, llegó al pavimento de mármol del Chel, espacio de diez codos, entre el pátio de los gentiles y el de las mujeres, donde se detuvo unos diez minutos, miéntras que los fariseos ostentaban fastuosamente su Tefilim (tiras de pergamino con algunas sentencias de la Escritura, que solían llevar atadas en la articulacion del brazo izquierdo), echando sobre su altiva frente una de las puntas de su Taled, manto cuadrado de lana blanca muy fina, adornado de granadas de púrpura y de cordones de color jacinto (4). En esos fariseos podemos representarnos, mis amados hermanos, á los hipócritas, los cuales pasan su vida haciendo infinita ostentacion de prácticas de devocion, no ya para servir á los demás de ejemplo para bien obrar, sinó sólo para granjearse los

(1) II. Paralip., vii. 1

(2) «*Primarios quoque hierosolimytas, viros et mulieres interfuisse huicdeductioni, succinentibus universis Angelis*» Isid. de Tess.

(3) Sant' Andrea di Creta y Jorge de Nicomedia.

(4) Basnag., tom. v. lib. vii, cap. 17.

elogios y la admiracion de los hombres (1); ellos no son otra cosa que unos sepulcros blanqueados por fuera, como dijo Jesucristo, y llenos de cieno y de corrupcion por dentro (2). Esos tales no piensan, que si bien es posible engañar á los hombres, es cosa imposible engañar á Aquel que penetra los corazones y los afectos más íntimos; á nuestro altísimo Dios (3); que protesta detestarnos al vernos de tal suerte cubiertos con la mentira, toda vez que su religion exige de nosotros, no vanas y engañosas apariencias, sinó el espíritu y la verdad (4); esto es, una sincera humildad, la generosa caridad, la verdadera fé y la piedad del corazon, que, á semejanza suya, nos haga santos y perfectos, pues Él es la perfeccion y la santidad por esencia (5). Y así Él lo dispone y lo manda, á fin de que en nuestra vida, como en un espejo, resplandezca, no sólo la imágen, sinó aún el esplendor de su gloria; de suerte, que tambien nuestros hermanos se sientan con la fuerza de nuestro ejemplo, movidos á ensalzar con nosotros su santo nombre (6).

Asistían allí tambien, además de los fariseos, los capitanes de Herodes. Empero éstos, con altivez más descarada, y unos ademanes más desdeñosos, tan presto como vieron acercarse la bendita comitiva, hicieron gala de despreciarla, embozándose en sus ricos mantos, sujetos al cuello por un broche de oro, y con extraña negligencia. Fácil era ver figurados en ellos á los insolentes de nuestros dias, los cuales siempre que entran en los sagrados templos, lo hacen con tal distraccion, que bien pudiera creerse que asisten á alguna sesion académica, ó cosa peor todavía. ¡Extraño y doloroso, por demás, es tener que confesarlo! En público, en medio de la sociedad civil, esos hombres estudian la manera de manifestar que su compostura parezca modestia; mas en la celebracion de los divinos misterios en la casa de Dios, muéstranse altaneros, irrespetuosos y burlones; negándose, no sólo á doblar al suelo las rodillas, sinó aún cometiendo á veces tales irreverencias, como si intentaran derribar á Dios de su augusto trono. ¡Miserables! Y ¿cómo habeis de poder, vosotros, cuando ménos, reparar el escándalo que dais á los pequeñuelos del Señor? Grande fuera, en verdad, vuestro engaño, si creyerais que podeis ultrajarle impunemente, porque si ahora ca-

(1) Matth. xxiii, 5.

(2) Idem. ibid., 26.

(3) Ps. vii, 10.

(4) Joann. iv, 23.

(5) Matth. v, 48.

(6) Idem, Ibid., 16.

lla ,ya hablará con un tono espantoso en el dia de su furor. Y en aquel dia, tenedlo bien entendido, sí, en aquel dia, todos los impíos estarán llenos de confusion y de espanto, heridos por la maldicion eterna á la faz del universo entero. ¡Oh! sí, mis amados hermanos; tengamos muy presente aquel gran dia, y temblemos. Pensemos en la justicia que debe hacer un minucioso exámen de todas las humanas maldades; y detestando el orgullo de los pecadores, imitemos á María, cuando cruzando humilde y modesta la puerta de bronce, que cerraba á los profanos el sagrado recinto del Templo, va á depositar su corazon inmaculado en las manos de su Dios para ser suya eternamente.

¡Harto nosotros tambien, oh Dios mio, te ultrajamos una y mil veces con inaudita insolencia, olvidando el amor con el cual, Tú, benignísimo, nos engendraste para la vida de tu gracia celestial! ¡Oh indiferencia inconcebible! ¡Oh ingratitud sin ejemplo! Pues que Tú ¡Dios mio! no tienes necesidad alguna de nosotros, siendo bienaventurado por Tí mismo desde toda la eternidad, cuando nosotros necesitamos de Tí, aún para vivir y para respirar, por lo mismo que somos obra de tus manos! Y, sin embargo, no sólo osamos pisotear tu santa ley, sinó que aún llevamos nuestra osadía hasta el extremo de injuriarte, preguntando: ¿quién es ese Dios á quien debemos servir? No le conocemos (1)..... ¡Ay! ¿es ese, pues, el amor que te juramos en el bautismo? ¿Son esas las promesas que te hicimos de renunciar al mundo, al demonio y á la carne para servirte á Tí solo durante nuestra vida? Para que recordemos nuestro deber, ya no basta que Tú, de vez en cuando, descargues tu mano sobre nosotros, pues somos cobardes en el momento en que la vara de tu brazo nos hiere; pero no bien la levantas, volvemos inmediatamente á nuestro antiguo orgullo (2). ¡Ah! ¿qué será, pues, de nosotros, oh Señor, en el dia de tus venganzas? ¡Dígnate, Señor, concedernos la gracia, por los méritos y la intercesion de María, de que sepamos entrar en cuentas con nosotros mismos, para vernos libres de aquel tremendo juicio. Concédenos ahora la gracia de poder reparar hasta la más mínima de las ofensas que hicimos á tu bondad; sí, ahora, que aún es tiempo de misericordia, que aún es dia de salvacion (3). Esa gracia te la pedimos por la sangre de tu Hijo; por los méritos de todos los Santos, y, en especial, por los de tu querida hija María. ¡Oh María, tierna María! pide por nosotros misericordia;

(1) Jerem. ii. 6 et 20.
(4) Orat. Urban. viii, In fin. Brev.
(3) II, Corint. 6.

ruega por nuestra salvacion; puesto que, arrepentidos y avergonzados de nuestras culpas, juramos amar, desde hoy en adelante, al Dios nuestro y tuyo, sobre todas las cosas; cifrar toda nuestra dicha en la observancia de su santa ley; y de morir una y mil veces ántes que ofender á su paternal corazon. ¡Oh amor dulcísimo de Jesús! á Tí nos acogemos, y por Tí esperamos ser salvos! Asi sea.

DIA SÉPTIMO.

LA PRESENTACION.

Audi, filia... obliviscere domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.
Escucha, oh hija, olvida la casa de tu padre, y el Rey se enamorará de tu beldad.
(Sal. xliv, 11.)

No hay en el mundo, en mi concepto, hombre alguno, que no crea en la Religion, á ménos que por una aberracion monstruosa, hubiese alguien llegado á tal grado de perversidad, que hubiera llegado á borrar de su entendimiento hasta la luz del rostro de Dios, que nos imprimió al criarnos (1); luz que nos sirve para conocerle y amarle, en lo cual consiste, en sustancia, su religion. Por eso escribió un filósofo, aunque pagano, que era más fácil encontrar en el mundo una ciudad sin muros, ni cimientos, ni defensor alguno, que encontrar una ciudad sin leyes, ni templos, ni altar alguno consagrado al culto de Dios (2). Empero, no sucede lo mismo cuando se trata de las maneras y de los actos con los cuales debe ser adorada la divinidad. En esta parte es fácil encontrar muchos, que no reparan ni se avergüenzan de decir, que la Religion es un yugo insoportable; y no porque en realidad ella sea tal en sí misma, sinó porque los hombres,

(1) «*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*» Psalm. vi. 2.
(2) Plutarco.

lla ,ya hablará con un tono espantoso en el dia de su furor. Y en aquel dia, tenedlo bien entendido, sí, en aquel dia, todos los impíos estarán llenos de confusion y de espanto, heridos por la maldicion eterna á la faz del universo entero. ¡Oh! sí, mis amados hermanos; tengamos muy presente aquel gran dia, y temblemos. Pensemos en la justicia que debe hacer un minucioso exámen de todas las humanas maldades; y detestando el orgullo de los pecadores, imitemos á María, cuando cruzando humilde y modesta la puerta de bronce, que cerraba á los profanos el sagrado recinto del Templo, va á depositar su corazon inmaculado en las manos de su Dios para ser suya eternamente.

¡Harto nosotros tambien, oh Dios mio, te ultrajamos una y mil veces con inaudita insolencia, olvidando el amor con el cual, Tú, benignísimo, nos engendraste para la vida de tu gracia celestial! ¡Oh indiferencia inconcebible! ¡Oh ingratitud sin ejemplo! Pues que Tú ¡Dios mio! no tienes necesidad alguna de nosotros, siendo bienaventurado por Tí mismo desde toda la eternidad, cuando nosotros necesitamos de Tí, aún para vivir y para respirar, por lo mismo que somos obra de tus manos! Y, sin embargo, no sólo osamos pisotear tu santa ley, sinó que aún llevamos nuestra osadía hasta el extremo de injuriarte, preguntando: ¿quién es ese Dios á quien debemos servir? No le conocemos (1)..... ¡Ay! ¿es ese, pues, el amor que te juramos en el bautismo? ¿Son esas las promesas que te hicimos de renunciar al mundo, al demonio y á la carne para servirte á Tí solo durante nuestra vida? Para que recordemos nuestro deber, ya no basta que Tú, de vez en cuando, descargues tu mano sobre nosotros, pues somos cobardes en el momento en que la vara de tu brazo nos hiere; pero no bien la levantas, volvemos inmediatamente á nuestro antiguo orgullo (2). ¡Ah! ¿qué será, pues, de nosotros, oh Señor, en el dia de tus venganzas? ¡Dígnate, Señor, concedernos la gracia, por los méritos y la intercesion de María, de que sepamos entrar en cuentas con nosotros mismos, para vernos libres de aquel tremendo juicio. Concédenos ahora la gracia de poder reparar hasta la más mínima de las ofensas que hicimos á tu bondad; sí, ahora, que aún es tiempo de misericordia, que aún es dia de salvacion (3). Esa gracia te la pedimos por la sangre de tu Hijo; por los méritos de todos los Santos, y, en especial, por los de tu querida hija María. ¡Oh María, tierna María! pide por nosotros misericordia;

(1) Jerem. ii. 6 et 20.
(4) Orat. Urban. viii, In fin. Brev.
(3) II, Corint. 6.

ruega por nuestra salvacion; puesto que, arrepentidos y avergonzados de nuestras culpas, juramos amar, desde hoy en adelante, al Dios nuestro y tuyo, sobre todas las cosas; cifrar toda nuestra dicha en la observancia de su santa ley; y de morir una y mil veces ántes que ofender á su paternal corazon. ¡Oh amor dulcísimo de Jesús! á Tí nos acogemos, y por Tí esperamos ser salvos! Asi sea.

DIA SÉPTIMO.

LA PRESENTACION.

Audi, filia... obliviscere domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.
Escucha, oh hija, olvida la casa de tu padre, y el Rey se enamorará de tu beldad.
(Sal. xliv, 11.)

No hay en el mundo, en mi concepto, hombre alguno, que no crea en la Religion, á ménos que por una aberracion monstruosa, hubiese alguien llegado á tal grado de perversidad, que hubiera llegado á borrar de su entendimiento hasta la luz del rostro de Dios, que nos imprimió al criarnos (1); luz que nos sirve para conocerle y amarle, en lo cual consiste, en sustancia, su religion. Por eso escribió un filósofo, aunque pagano, que era más fácil encontrar en el mundo una ciudad sin muros, ni cimientos, ni defensor alguno, que encontrar una ciudad sin leyes, ni templos, ni altar alguno consagrado al culto de Dios (2). Empero, no sucede lo mismo cuando se trata de las maneras y de los actos con los cuales debe ser adorada la divinidad. En esta parte es fácil encontrar muchos, que no reparan ni se avergüenzan de decir, que la Religion es un yugo insoportable; y no porque en realidad ella sea tal en sí misma, sinó porque los hombres,

(1) «*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*» Psalm. vi. 2.
(2) Plutarco.

segun ellos dicen, le añadieron tantas y tan vanas ceremonias y ritos de culto externo, que despojándola enteramente de su primitiva sencillez, la cual la hacía aparecer como verdadera hija del corazon de Dios, la hicieron enojosa é impracticable. Es ese un razonamiento tan estúpido, que pudiera creerse como una negacion de toda inteligencia. ¡Pues qué! ¿acaso Aquel que promulgó y estableció la Religion entre los hombres para ser glorificado en toda la tierra, pudo despues abandonarla al capricho humano, de tal suerte, que ya no corresponda á su fin? ¿Qué sería entónces de su sabiduría, de su poder y de la gloria de su nombre? Hé ahí, pues, mis amados hermanos, á que monstruosas consecuencias conducen las doctrinas de los flamantes innovadores del siglo; los cuales quisieran modernizarlo todo, sin excluir la santa Iglesia de Jesucristo. Empero, además de no tener tal facultad; ¿qué saben ellos de los preceptos y de los misterios que á la Religion se refieren? Pues bien; yo declaro, por el contrario, y nada más fácil de demostrar, que en la economía sacrosanta de la Religion católica no hay acto alguno, por insignificante que parezca, que no nos haga admirar y venerar algunas sublimes verdades, y no sea orígen de santos afectos y de misteriosas comunicaciones del corazon humano con la suprema divinidad del cielo. Como, empero, esa apología fuera demasiado larga, y, acaso, no adecuada á la inteligencia de todos, me limitaré á hacerla de las prácticas del culto mosáico, del cual el nuestro es el complemento y la perfeccion, y especialmente hoy, de las ceremonias de la Presentacion de la Vírgen en el santo Templo, que sin duda escuchareis con placer en honor de la Madre de Dios y de los hombres, la dulce doncellica María. Pidamos la gracia: A. M.

Joaquin y Ana hállanse, pues, ya dentro del Templo, donde con solemnidad debe su hija María ser presentada y ofrecida al Señor. Al decir que ellos se hallan dentro del Templo, no debe entenderse del lugar propio del sacrificio: en dicho lugar no era lícito entrar á persona alguna, salvo á los sacerdotes de Jehová; á diferencia de lo que se practica entre los cristianos, los cuales, sean hombres ó mujeres, pueblo ó ministros, todos pueden entrar en la casa de Dios y colocarse en cualquier sitio de la misma. En aquellos tiempos el lugar de los sacrificios hallábase exclusivamente destinado para los oficios del ministerio sacerdotal; al pueblo sólo se le permitía asistir á ellos en un lugar aparte, de la manera que ahora voy á referir. A las mujeres, sobre todo, se las mantenía más alejadas de dicho sitio; toda vez que en la ley antigua su condicion se diferenciaba poco de

la de las esclavas (1). Así, pues, las mujeres, enteramente separadas de los hijos y de los esposos admitidos á la religiosa ceremonia en el interior de los recintos del átrio, ó sea de la antepuerta, debían, durante ella, permanecer y rezar sus oraciones como segregadas de la comunion de los hombres, encerradas en elevadas galerías y con la cabeza humildemente inclinada; desde cuyo punto á duras pénas podían ver en lontananza el magnífico techo del Templo, formado de maderas de cedro y tachonado de clavos de oro. En nuestros dias, por el contrario; ennoblecida la mujer por la gracia de Jesucristo, con excepcion de la dignidad y del ministerio sacerdotales, goza de libertad tan ámplia como los hombres en todo lo que concierne al culto religioso; y eso es debido, principalmente, al honor al cual encumbró su sexo con su excelsa dignidad de Madre de Dios, la doncellica María, en la cual fueron admirablemente bendecidas todas las mujeres, así como por la maldicion de Eva pecadora habíanse convertido en los séres más abyectos de la tierra (2). Esta abyeccion subsiste todavía entre los pueblos en los cuales no ha penetrado aún la luz del Evangelio, ó ha sido corrompida y adulterada por la heregía: en suma, allí donde no reina el Catolicismo, las mujeres son consideradas como unos objetos de muy ínfimo valor; siendo sólo codiciadas y queridas en tanto sirven de instrumentos de brutal placer, y nada más (3). Pues en esos pueblos no hay leyes que las protejan, ni ellas disfrutan de autoridad alguna en la familia, sinó que están destinadas á satisfacer ignominiosamente los bárbaros caprichos del despotismo de los hombres, y se las alimenta á título de caridad, como si fuesen la cosa más abyecta de la naturaleza. ¡Ah! bien veis, pues, vosotras, oh mujeres, las solemnes obligaciones que os ligan á la Vírgen Santísima del cielo, y el deber sagrado, pero, al mismo tiempo suavísimo, que teneis todas de amarla, despues de Dios, sobre todas las cosas! Ese amor debe consistir, principalmente, en la celosa imitacion de las virtudes que la ofrecieron como un grande portento á la faz de la tierra y del cielo; quiero decir, su fé, su piedad, su dulzura, la sencillez de su trato, la modestia de su aire y la inocencia de sus costumbres. De esas virtudes, tenedlo bien entendido, dependen vuestra verdadera gloria y grandeza. Por eso ha dicho admirablemente un distinguido escritor de nuestros tiempos: la mujer sencilla, púdica, y piadosa posee, en verdad, algo de misterioso, que nos la muestra, más bien que como una criatura terrenal, como una

(1) Véase Orsini: *la Virgen*, etc. tom. I.
(2) Véase al P. Ventura: *La Mujer Católica*, tom. I.
(3) Idem, ibid.

criatura divina; pero, jamás se mostrará tal la mujer descarada, orgullosa, que sólo piensa en adornos y deleites, la cual subleva y ofende al corazon.

Empero, volvamos nuestras miradas al santuario, donde la Vírgen va á ser presentada, finalmente, á su Dios. Segun la ley de Moisés, el presentar un hijo ó una hija al Señor, significaba confiarlos en manos del sacerdote, para que éste le hiciera el ofrecimiento de ellos y se los consagrara. Y, ante todo, ofrecíase un sacrificio llamado de Prosperidad (1); del mismo modo que nuestros mayores, ántes de realizar ó acometer una empresa ó algun negocio, solían hacer alguna solemne oracion, invocar á algun santo, ó hacer celebrar alguna misa, para que el Cielo les fuera propicio. Hé ahí una santa costumbre digna de ser practicada por todos en cualquier circunstancia; por medio de la cual los usos y negocios de la vida se enlazan, en admirable armonía, con las creencias y los sentimientos de la Religion, sólido fundamento de todo bienestar en este mundo. Así, pues, Joaquin y Ana, ántes de entregar á su hija María, presentaron á los sacerdotes y á los levitas, reunidos en el átrio más interior del Templo, el cordero que habían llevado consigo para víctima del sacrificio. Dicho sacrificio celebrábase de la manera siguiente. En primer lugar, preciso es saber, que en tal ceremonia los sacerdotes de Israel no llevaban de ningun modo su frente ceñida de laurel ni de verde ápio, como acostumbraban los paganos; sinó que llevaban en su cabeza una mitra redonda de lino, bastante calada, y en sus hombros una toga, igualmente de lino blanco, larga, mas algo estrecha, ceñida á la cintura con un ancho cinturon recamado de oro y de un color con mezcla de púrpura y de jacinto, cuyo ornamento solo era usado en la casa del Señor. Uno de dichos sacerdotes, pues, tomando el cordero, y colocando su cabeza hácia el norte, lo degollaba, recitando una breve oracion al Dios de Jacob; y la sangre que allí se derramaba, guardábase aparte para rociar con ella los cuatro ángulos del altar (2). Despues de este acto, poníanse en un plato de oro parte de las carnes todavía palpitantes de la víctima y los intestinos; y entónces el sacerdote subía con los piés desnudos la escalera del ara de los holocaustos, y en su última grada derramaba libaciones de vino y de sangre, y echaba en la ardiente llama flor de harina desleida en una copa de oro con aceite de olivas purísimo; depositando, finalmente, la pacífica ofrenda sobre la encendida leña, que suministraban los inmensos bosques de Sichem, y que había sido

(1) Orsini: *la Virgen*, etc., tom. I.
(2) Prideaux. *Historia de los Jud.*

escrupulosamente inspeccionada de antemano, y despojada de su corteza exterior por los oficiales del interior del Templo (1). Lo restante del cordero, á excepcion del pecho y de la espaldilla, que pertenecía á los sacrificadores, se entregaba á las personas que ofrecían el sacrificio, á fin de que éstos, á su vez, lo repartieran entre sus parientes. Así se hizo, pues, respecto del cordero de Joaquin y Ana, los cuales asistieron á dicha ceremonia, poseidos no sólo del más profundo respeto y devocion, sí que tambien de religioso temor, como podeis muy bien imaginar.

¡Ah! mis amados hermanos; permitidme que os lo diga: ¡plugiera al Cielo que nosotros honrásemos el sacrosanto sacrificio de la nueva ley, del mismo modo que los antiguos hijos de Israel honraban el que acabo de describiros! el cual, sin embargo, no era más que una leve sombra y figura del nuestro. ¡Oh! sí; allí ofrecíase un buey, un becerro, ó un cordero; mas aquí se ofrece en sacrificio el cuerpo vivo y real de Jesucristo; ante cuyo misterio, los Angeles mismos, en reverencia de tanta magestad, se inclinan para adorarla, y con sus alas, como con un velo, cubren su rostro; y al tiempo que el cielo brilla con nueva luz, luz de omnipotencia y de bondad, la tierra se siente regenerada con nueva vida, y el Infierno tiembla en el fondo de sus abismos! Y nosotros, en el acto en que se consuma tan augusto misterio ¿qué practicamos? ¡Oh, tiempo de ignominia para el pueblo cristiano! ¡Oh desdicha y afliccion de nuestra santa madre la Iglesia! Nosotros vemos cometerse tales profanaciones en la casa de Dios, en el acto mismo en que se ofrece al Cielo el tremendo sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que el ánimo no puede ménos de estremecerse. Nosotros vemos, á menudo, que al elevarse la hostia sacrosanta, unos le vuelven la espalda con la mayor desfachatez; otros, por necio amor á la limpieza de sus vestidos, niéganse á doblar la rodilla al suelo; y otros, finalmente, ¡horror causa solo el imaginarlo! echan con depravada intencion miradas de impureza en medio de aquel pavoroso silencio que recuerda la muerte del Hijo de Dios. ¡Ay de nosotros, cuando tales abominaciones se observan en el templo santo del Señor! Bien es verdad, que él sufre esos sacrílegos ultrajes; mas tened por seguro que no quedarán impunes, ni aún acá abajo, además del tremendísimo castigo que nos espera en la otra vida. Empero, prosigamos.

Cumplido por Joaquin y Ana el deber del sacrificio, miéntras aún éste ardía, y los últimos ecos de las trompetas de los levitas per-

(1) Correspond. de Oriente, tom. IV.

dianse en las elevadas bóvedas de las galerías, un sacerdote bajó al lugar en que estaban las mujeres para terminar la augusta ceremonia. Entónces Ana, teniendo á su lado su esposo, y llevando en sus brazos á María, adelantóse hácia el ministro del Altísimo, á cuyos piés depositó la jovencita, único fruto, y tan querido, de su seno, profiriendo, segun una tradicion árabe, estas palabras, consignadas en el Coran: «Esta es la ofrenda que yo te hago de Aquella de la cual ha de nacer Dios (1).» Y el sacerdote, en nombre de Aquel que fecunda el seno de las madres, aceptó el precioso depósito que confiaba en sus manos el espíritu de la piedad y del reconocimiento; y despues de haber bendecido á Joaquin y á su piadosa consorte, extendió sus manos sobre toda la multitud, que estaba postrada y reverente en su presencia, diciendo: «¡Oh, Israel! haga el Eterno brillar sobre tí la luz de su rostro; concédate prosperidad en toda cosa, y te dé la paz!» Y todo los circunstantes, formando sobre sus ojos y su rostros como un velo con las palmas de sus manos, para demostrar la debida reverencia á Jehová, que se hallaba oculto é invisible en la persona del sacerdote, respondieron con una sola voz: «¡ Amen!» A estas palabras siguió un armonioso cántico de regocijo y de reconocimiento, acompañado de las arpas sagradas; y así terminó la solemnidad (2).

Tal fué mis amados hermanos, la presentacion de la doncellica María en el templo en los últimos dias del mes de noviembre, en la ciudad santa de Jerusalen. En dicha ceremonia, los hombres, que, de ordinario, solo atienden á la superficie de las cosas, no vieron más que una jovencita de sorprendente belleza y admirable piedad, que era ofrecida y consagrada á Dios por sus padres. Y tal vez hubo, en tal ocasion, atendido al estado de corrupcion á que se hallaba reducido á la sazon el pueblo de Israel, quien de aquel acto de religion hiciera risible befa, como la hacen tantos en nuestros dias, de aquellos que consagran alguno de sus hijos ó hijas al servicio del Señor; ¡cual si fuera eso una ignominia, y no la más bella gloria á la cual pueda aspirar una familia cristiana cualquiera! Empero, los Angeles del cielo, á cuyo cuidado estaba confiada la custodia del santuario, viendo la misteriosa grandeza que rodeaba á la doncellica, la reconocieron por la futura Madre de Dios, por la Eva celestial, que venía á reparar la falta de la Eva pecadora; por la hija adoptiva y predilecta del Eterno, que Adan había contemplado ya, desde las sublimes alturas del terrenal Paraiso, destinada á ofrecer al mundo, con el gérmen divino

(1) D'Herbelot; *Bibl. Orient.*
(2) Bannag. lib. VII, cap. 15.

de su seno, la única tabla de salvacion despues del naufragio. De ahí, que todos ellos, gozosos al ver asomar, por fin, la aurora de los prometidos dias del Salvador del mundo, saludaran á aquella tierna flor, colocada allí para que creciera al pié del altar, como el olivo de la paz y de la renovada alianza entre la tierra y el Cielo.

Si ahora, mis amados hermanos, deseareis saber el nombre del sacerdote á quien cupo la suerte de admitir á la hija de Ana entre el número de las vírgenes del Señor, os diré, con san German, patriarca de Constantinopla, Jorge de Nicomedia, y otros (1); que fué, probabilísimamente, Zacarías, el padre de san Juan Bautista. En efecto; además de los vínculos de estrecho parentesco que unían á las familias de Zacarías y de Joaquin, nos inclinan á creerlo así, el grado elevado que Zacarías tenía en aquellos dias en el sacerdocio, y el tierno afecto que profesó siempre la bondadosa María lo mismo á él que á santa Elisabeth. Hé aquí, pues, á la querida hija de Joaquin y Ana entre las Almas del Templo, es decir, entre las vírgenes niñas, que encerradas en el santuario educábanse léjos de las miradas de los hombres; en la sagrada sombra, fecundadora de toda santidad, bajo la especial proteccion del Cielo. Y ahora apreciad el valor de esa antiquísima costumbre, criticada, sin embargo, tan insensatamente por la impiedad de nuestros dias, de colocar, desde edad temprana, á los hijos bajo la tutela de la Religion, y la natural conviccion universal, de que el único y eficaz medio para hacer buenos á los hijos, es colocarlos, en sus primeros años, bajo la inmediata proteccion, y casi estoy por decir, direccion del Cielo, para inspirarse en los dulces encantos de la angelical simplicidad, de la honestidad, y en suma, en el espíritu de los hijos de Dios, de lo cual deberán dar pruebas en el teatro del mundo cuando sean adultos. Eso debe entenderse, especialmente, de las mujeres, las cuales educadas en el retiro, en el trabajo, y bajo la celosa vijilancia de sí mismas, podrán ser un dia el consuelo de las familias, en las cuales sean destinadas con la santidad del matrimonio á ser el sostén de la virtud y de la economía doméstica; verdaderas antorchas, segun la expresion del Eclesiástico (2), colocadas para iluminar un lugar tenebroso; miéntras que si se forman con los principios del mundo, con el placer, con las diversiones y con los bailes, las vemos ser causa de la perdicion de sí mismas, de la casa en que entran, y de toda la sociedad civil.

¡Oh, Dios mio! ¿Cuándo será, pues, que nosotros, á imitacion de Joaquin y Ana, te haremos una ofrenda digna de tu excelsa majes-

(1) Véase Orsini, *La Virgen*, tom. I; y Trombelli, *B. V. M. vita cultusque*, etc.
(2) Ecclesiast. XXVI, 25.

tad, para darte gracias por el inmenso amor que nos profesas, desde que reinando solo, y siendo dichoso por Tí mismo en el cielo, ántes que comenzáran los siglos, te dignaste escogernos (1), destinándonos á vivir una vida de sabiduría y de bienaventuranza en la luz de la razon y en los consuelos de la gracia, para que nosotros, en cambio, con nuestra fiel sumision, nos hiciésemos dignos de tu gloria? ¡Ah! quién creyera jamás, que nosotros hemos hasta aquí pasado los dias ofendiéndote, consagrando á unas criaturas miserables el afecto que sólo debe estar reservado para Tí? Y, sin embargo, Tú, ya no nos pides ovejas, ó bueyes, ni los frutos de nuestros sudores, ni los productos de nuestros campos, que, no obstante, son dones gratuitos de tu liberalidad; sino que te contentas con el corazon y con el amor que Tú mismo nos inspiras; con aquel corazon que Tú formaste, tan inclinado hácia Tí, de modo, que sin Tí no puede vivir (2); siendo incapaces, como son, todas las cosas de este mundo de satisfacer el deseo que Tú nos infundiste de una vida feliz! Y, además del instinto interior de nuestra naturaleza; además de los suaves estímulos de la gracia; nos invitan á amarte los cielos mismos, que publican tu gloria (3), las flores de los campos, que reflejan tu belleza; la yerba, las plantas, los riachuelos, y, en suma, las criaturas todas, cuya vida no es otra cosa que un perpétuo himno de alabanza á tu grandeza y tu bondad. ¡Ah, Señor! cese, pues, en nosotros tan monstruosa ingratitud! ¡Haz que por tu gracia, comprendamos de una vez, que Tú, solamente, eres digno de nuestros afectos y de nuestro reconocimiento; Tú, que eres grande sin fin, omnipotente, bueno, misericordioso y Padre de todos los siglos! ¡Oh, sí, Dios mio! enciéndase en nuestros corazones aquella pura llama de caridad, que guió en este dia á Joaquin y Ana al Templo para ofrecerte su tierna hija María; y desde hoy en adelante, sea tu santa casa nuestra habitacion; tu altar nuestra delicia; y tu fiel servicio nuestra felicidad; á fin de que un dia, merezcamos ser participantes del premio admirable que tienes preparado en los cielos para aquellos que te aman y te sirven sinceramente. Ast sea.

(1) Jerem. xxxi, 3.
(2) San Agustin.
(3) *Cœli enarrant glorium Dei.* Psalm. xviii. 1.

DIA OCTAVO.

LA EDUCACION EN EL TEMPLO.

Eo quod reliqueris parentes tuos, et terram in qua nata es... plenam mercedem accipies.

Por cuanto has abandonado tus padres y tu país nativo, recibirás un cumplido galardon.

(Ruth. ii, 14.)

Cuando se trata de educacion, mis amados hermanos, trátase de una cosa de la cual, en nuestros dias, muy pocos tienen una exacta idea; dado que algunos creen que ella debe consistir, únicamente, en aspiraciones y prácticas religiosas, como si el hombre, salvo aquellas excepciones que hace la gracia divina con extraordinarios prodigios, no tuviera que vivir más que de oraciones, de obras de piedad, frecuentando los templos, y postrando su frente al polvo delante de los altares; es decir, sin ningun cuidado del mundo, ni solicitud alguna respecto de la direccion de la familia, ni pensar de ningun modo en los trascendentales deberes que impone el consorcio civil. Otros, por el contrario, partiendo del principio, que los negocios de la fé y de la religion deben estar enteramente separados, opinan, que la principal mira y cuidado de los padres consiste en educar á los hijos para los negocios de la tierra, bastando consagrar luégo á Dios, á la religion y á la Iglesia, las pocas horas que restan de aburrimiento y fastidio; y aún, á duras penas, los brevísimos y tristes dias de la decrépita ancianidad. ¡Extraño es, en verdad, mis amados hermanos, que deba pensarse tan miserablemente respecto al más importante de todos los intereses humanos en un siglo como el nuestro, que, sin embargo, se titula el siglo del saber! Siendo cierto, como es ciertísimo, que todos los extremos se tocan, é incurren en extravagantes defectos; es evidente, que esos dos sistemas se hallan muy distantes de la verdad. Pues ¡qué! ¿acaso no tiene el hombre deber alguno para con su Criador? Ciertamente que los

tad, para darte gracias por el inmenso amor que nos profesas, desde que reinando solo, y siendo dichoso por Tí mismo en el cielo, ántes que comenzáran los siglos, te dignaste escogernos (1), destinándonos á vivir una vida de sabiduría y de bienaventuranza en la luz de la razon y en los consuelos de la gracia, para que nosotros, en cambio, con nuestra fiel sumision, nos hiciésemos dignos de tu gloria? ¡Ah! quién creyera jamás, que nosotros hemos hasta aquí pasado los dias ofendiéndote, consagrando á unas criaturas miserables el afecto que sólo debe estar reservado para Tí? Y, sin embargo, Tú, ya no nos pides ovejas, ó bueyes, ni los frutos de nuestros sudores, ni los productos de nuestros campos, que, no obstante, son dones gratuitos de tu liberalidad; sino que te contentas con el corazon y con el amor que Tú mismo nos inspiras; con aquel corazon que Tú formaste, tan inclinado hácia Tí, de modo, que sin Tí no puede vivir (2); siendo incapaces, como son, todas las cosas de este mundo de satisfacer el deseo que Tú nos infundiste de una vida feliz! Y, además del instinto interior de nuestra naturaleza; además de los suaves estímulos de la gracia; nos invitan á amarte los cielos mismos, que publican tu gloria (3), las flores de los campos, que reflejan tu belleza; la yerba, las plantas, los riachuelos, y, en suma, las criaturas todas, cuya vida no es otra cosa que un perpétuo himno de alabanza á tu grandeza y tu bondad. ¡Ah, Señor! cese, pues, en nosotros tan monstruosa ingratitud! ¡Haz que por tu gracia, comprendamos de una vez, que Tú, solamente, eres digno de nuestros afectos y de nuestro reconocimiento; Tú, que eres grande sin fin, omnipotente, bueno, misericordioso y Padre de todos los siglos! ¡Oh, sí, Dios mio! enciéndase en nuestros corazones aquella pura llama de caridad, que guió en este dia á Joaquin y Ana al Templo para ofrecerte su tierna hija María; y desde hoy en adelante, sea tu santa casa nuestra habitacion; tu altar nuestra delicia; y tu fiel servicio nuestra felicidad; á fin de que un dia, merezcamos ser participantes del premio admirable que tienes preparado en los cielos para aquellos que te aman y te sirven sinceramente. Ast sea.

(1) Jerem. xxxi, 3.
(2) San Agustin.
(3) *Cœli enarrant glorium Dei.* Psalm. xviii. 1.

DIA OCTAVO.

LA EDUCACION EN EL TEMPLO.

Eo quod reliqueris parentes tuos, et terram in qua nata es... plenam mercedem accipies.

Por cuanto has abandonado tus padres y tu país nativo, recibirás un cumplido galardon.

(Ruth. ii, 14.)

Cuando se trata de educacion, mis amados hermanos, trátase de una cosa de la cual, en nuestros dias, muy pocos tienen una exacta idea; dado que algunos creen que ella debe consistir, únicamente, en aspiraciones y prácticas religiosas, como si el hombre, salvo aquellas excepciones que hace la gracia divina con extraordinarios prodigios, no tuviera que vivir más que de oraciones, de obras de piedad, frecuentando los templos, y postrando su frente al polvo delante de los altares; es decir, sin ningun cuidado del mundo, ni solicitud alguna respecto de la direccion de la familia, ni pensar de ningun modo en los trascendentales deberes que impone el consorcio civil. Otros, por el contrario, partiendo del principio, que los negocios de la fé y de la religion deben estar enteramente separados, opinan, que la principal mira y cuidado de los padres consiste en educar á los hijos para los negocios de la tierra, bastando consagrar luégo á Dios, á la religion y á la Iglesia, las pocas horas que restan de aburrimiento y fastidio; y aún, á duras penas, los brevísimos y tristes dias de la decrépita ancianidad. ¡Extraño es, en verdad, mis amados hermanos, que deba pensarse tan miserablemente respecto al más importante de todos los intereses humanos en un siglo como el nuestro, que, sin embargo, se titula el siglo del saber! Siendo cierto, como es ciertísimo, que todos los extremos se tocan, é incurren en extravagantes defectos; es evidente, que esos dos sistemas se hallan muy distantes de la verdad. Pues ¡qué! ¿acaso no tiene el hombre deber alguno para con su Criador? Ciertamente que los

tiene, y muy sagrados, como quiera que él es obra de sus manos é hijo de la Redencion; y tanto la Creacion como la Redencion nos obligan á mostrar con nuestros actos la más rigurosa correspondencia y gratitud al Autor del universo. Y el fundamento de tales deberes reside en la naturaleza misma del corazon humano, como lo demuestra aquel impulso irresistible é incesante del alma, que nos obliga, eternamente, á elevar nuestras aspiraciones más alla de la esfera de las cosas criadas, de las cuales ni una siquiera es capaz de satisfacer y llenar nuestros deseos. De tales premisas cada cual puede deducir, fácilmente, la absoluta necesidad que tenemos de una educacion principalmente religiosa. Empero, al mismo tiempo, toda vez que esta tierra es la morada, bien que temporal del hombre, no le es lícito á éste vivir sin gozar honestamente de ella, puesto que tal es el fin que se propuso el Criador al colocarlo aquí; pero debe obrar de manera, que con el uso moderado de la vida, se haga digno de Él. Claro está, por lo tanto, que una parte, no pequeña, de nuestra educacion debe consistir en ejercitarnos en los deberes que acá en la tierra nos ligan á la familia y á la sociedad civil. Esa doctrina hállase enteramente en consonancia con la santidad de los preceptos de la vida cristiana, de la cual nos ofreció el primer ejemplo Jesucristo, y luégo los Apóstoles y los Santos, los cuales vivieron en el mundo como los demás hombres, y cumplieron con los comunes deberes de familia y de sociedad; de manera, que el espíritu de la nueva ley sólo añadió de suyo, en esta parte, que en todas las cosas es necesario atender á la sobriedad, á la justicia, al órden, á la rectitud y á la gloria de Dios (1). En el sistema de educacion judáica que se dió á María, veremos un bellísimo ejemplo, y aún el modelo de esa excelente doctrina. Hé aquí, pues, el asunto que en esta noche va á ocupar exclusivamente nuestra atencion. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

En el recinto fortificado del Templo había un espacio, sobre el cual alzábase el sagrado edificio destinado á albergar á las vírgenes que se consagraban al servicio del mismo (2). Allí fué, pues, introducida por su deudo Zacarías la hija de Joaquin y Ana, una vez dedicada al servicio del culto del Señor. Pues bien; es seguro que yo haría brotar de vuestros ojos lágrimas de inefable consuelo, si tratara de describir el acto de la separacion de los dos ancianos de la tierna

(1) I. Corinth. x, 31.
(2) Corresp. de Oriente, tom. v.

hija á la cual amaban más que á sí mismos. Figuráoslos, pues, tales como eran, agobiados bajo el peso de los años, sufriendo todas las privaciones de la vida, solos, y sin alma alguna viviente que endulzara los trabajos de su vejez, abandonando, y acaso para no volverla á ver más, una niña tan portentosa como María; y fácilmente podreis adivinar aquello que yo quisiera ahora deciros, pero que jamás acertára á expresar con mis palabras. Bien me parece, mis amados hermanos, ver á Joaquin estrechando á María contra su seno con un trasporte de inefable amor, y diciéndole: ¡Hija mia! el grande Jehová te sea siempre propicio y todas sus bendiciones desciendan sobre tu cabeza! ¿Qué diría luégo Ana? Os confieso que me siento impotente para describir tal escena, que debió ser la más conmovedora de cuantas registran las historias. ¡Oh vosotros los que decís, que no podeis renunciar á tal ó cual placer, que tantos años há, tiene aletargada vuestra alma; ni olvidar tal ó cual ódio que os está tiranizando cruelmente, desde tanto tiempo, y desgarra vuestro corazon; ¡venid, pues, á contemplar á la anciana Ana al separarse, para agradar á Dios, de su única y queridísima hija, que ella ama con amor tan extraordinario, con un amor tal, como es capaz de contener un corazon humano, inmenso, insuperable. ¡Ah! ¿cuáles serán vuestras excusas en el dia tremendo del juicio, cuando Jesucristo, mostrándoos su cruz, sus llagas y su sangre, os pedirá la correspondencia de su amor tan grande? ¡Qué dia tan amargo y funesto no será aquel para vosotros!

Así, pues, una vez la virtuosa doncellica vióse abandonada y sola entre las Almas, es decir, las vírgenes del Templo, es muy natural suponer, que éstas se agrupáran afectuosas y amables en torno de ella, para consolarla del inocente pesar que la separacion de sus padres no podía ménos de causar en su alma; y que, entónces, algunas de ellas besáran tiernamente su rostro; otras la estrecháran contra su seno, y que resplandeciera en todas ellas aquella alegría que infunde la inocencia y que tiene algo de divino. Y ahora, ciertamente, os placerá, y no sin provecho, el saber quiénes eran aquellas Almas, entre las cuales, y con las cuales, María quedó al servicio del Señor. Todas ellas eran doncellitas, que habían sido allí colocadas para alimentarse con la pura leche de la educacion religiosa, y para desempeñar al mismo tiempo su elevado cargo en las ceremonias del culto de Jehová. El orígen de tal institucion remóntase á la más remota antigüedad, toda vez que al leer los sagrados Libros, hállase que ya, desde los tiempos de Moisés, dichas vírgenes existían, y que guiadas por María, hermana de dicho profeta, celebraron el paso del Eri-

treo (1), mar Rojo, con danzas y cánticos triunfales, acompañados de los acordes de las flautas, los cimbalos, y los tímpanos. Más tarde, vemos á dichas vírgenes, desde Egipto, establecidas en el desierto; y en el libro de los Jueces leemos, que las de Silo, consagradas al servicio de Adonai, ó sea de Dios, danzaron al sonido de los salterios y de las arpas sagradas, no muy léjos del lugar santo, durante una fiesta del Señor (2). De ahí colegimos, que el guardar el voto de virginidad es una institucion religiosa y una costumbre de la veneranda antigüedad, hácia la cual Dios mostró siempre una especial predileccion, supuesto que la virginidad es, segun reveló más tarde Jesucristo, la virtud que hace á los hombres semejantes á los Angeles de Dios en el cielo (3). Sí, mis amados hermanos; Dios se deleita de una manera especial en las delicadas azucenas, bien que ama tambien á la rosa, al geranio y al jacinto, símbolos de castidad, del pudor y de todas aquellas virtudes de las cuales es preciso, que todos los hombres se hallen provistos sobre esta tierra; aún cuando no fuera más que por el decoro y por el verdadero goce de la vida, que es imposible poseer fuera de la virtud. He dicho, que deben hallarse dotados de tales prendas todos los hombres; porque, en nuestros dias, muchos de ellos, más, acaso, por necesidad que por malicia, creen que el vivir con la pureza y la inocencia sólo conviene á los jovencitos. No, no; la pureza y la inocencia, la honestidad y el pudor son unas prendas y unos deberes propios, á la vez, de todas las edades y todas las condiciones. Respecto de los jóvenes, deber suyo es, huir de aquellas funestas ocasiones y de aquellas malas compañías, que tienden á su pudor lazos y asechanzas, á fin de que los afectos de su corazon se eleven siempre como el perfume matutino de las flores, en presencia de Dios. Tocante á los casados, tienen éstos la sagrada obligacion de guardar la fé que solemne y mútuamente se juraron al pié de los sagrados altares, de cuya fé fué el símbolo el anillo que se pusieron en la mano derecha para significar, no ménos la union del cuerpo, que la del espíritu. En cuanto á los viudos, es menester que se empleen, como escribe san Pablo, en obras de caridad y en la perfecta santificacion de sí mismos. Es el deber de todos, en una palabra, porque todos fuimos criados para reproducir en nosotros, tanto como fuere posible, la imágen de Dios para hacernos dignos de su amor.

Empero, vengamos ya, por fin, á la clase de educacion que recibió María en el Templo bajo la influencia de la Religion. Ciertamente,

(1) R Sal Yarhhi, véase: Orsini, lug. cit.
(2) Judic. xxi, 21.
(3) Matth. xxii, v. 30.

en cuanto lo permitian los conocimientos de aquellos siglos y las costumbres de los Hebreos, dicha educacion fué de las más esmerada y provechosas; consistiendo, principalmente, en aquellas enseñanzas que deben formar á la mujer para el discreto gobierno de la familia (1). Sólo os manifestaré, que alimentada María con la leche de la más pura instruccion y disciplina de la ley mosáica, y mostrándose docilísima á las más mínimas insinuaciones de sus preceptores, levantábase en hora temprana de la cama, ó sea, al canto matutino de las aves, en aquella hora en que, al decir de un escritor de las costumbres orientales, enmudecen los ángeles malos, y las oraciones de los justos suben más puras al cielo (2). Y en verdad, momento alguno del dia conmueve tan profundamente el corazon, como aquel en que asoma la aurora para despertar al universo. En efecto; los primeros rayos de ésta, que, esparciéndose por el cielo, parecen como los festivos precursores de la majestad del dia; las brisas, que saliendo de su nocturno reposo, empiezan á mover las verdes hojas de los árboles; las avecillas, que despertadas y sacudiendo sus alas, dan amorosamente principio á su canto; el mar, que tranquilo como un lago que apénas se mueve, semeja á un niño que se divierta besando la orilla; y el corto número de estrellas, que brillando todavía en el firmamento, parecen decir con su trémula luz: tambien yo he terminado ya mi curso; todo, en suma, desde las más encumbradas cimas de los montes, hasta el más humilde insecto de los valles, invita al hombre, con sublime lenguaje, á adorar á Dios. En aquella hora, pues, habiendo salido la Vírgen de su reposo, y vestida con presteza y honestidad, segun convenía á su estado, daba, con un afecto, que nosotros no supiéramos siquiera concebir, gracias especiales á Dios por el nuevo dia que le concedia, y por haberla preservado durante la noche de las asechanzas del demonio tentador (3). No pasaba mucho tiempo en adornarse; sus vestidos no consistían en brazaletes, ó cadenas de oro engastadas en plata, ni en púrpura preciosa, como usaban aún las doncellas de su nacion; sinó en un simple vestido de color de jacinto, que reflejaba una suave luz aterciopelada, como la flor de este nombre, que tanto nos place ver en los campos; y sobre de dicho vestido una túnica, ceñida al cuerpo con un cinturon enteramente igual, que pendía flotante sobre el lado derecho; luégo en su cabeza llevaba un velo sin artificiosos pliegues, para poder con él cubrirla con presteza y cumplidamente; y, en fin, su cal-

(1) Nicolás: *La Vírgen María segun el Evangelio*, cap. vii.
(2) Basnag. tom. v.
(3) Psalm. xc. 5 y 6.

zado consistía en unas sandalias ó chapines de forma oriental, que armonizándose con lo demás, hacía de la jovencita hebrea, como aún hoy puede verse, un ideal divino (1).

Tal era, ¡oh tiernas mujeres! la manera sencilla, pero no ménos graciosa, con que se adornaba María, bien que se hallara en la flor de su edad, y descendiera de la estirpe de los gloriosos reyes de Israel. Y vuestro vestuario ¿cuál es? En honor de la verdad, no puedo aquí disimular, que de algunos años á esta parte, y despues de tantas indecencias que ofendían á todo corazon honesto, hoy se vuelve á la gravedad de la decencia de los antiguos tiempos. Empero, dispensadme, que añada, igualmente, que esa enmienda dista mucho de ser completa. ¿Qué significa, sinó, ese extraordinario fausto y ese irritante lujo que hoy se nota en los vestidos, y esos frívolos adornos, que menoscaban en gran manera vuestras familias, y acaso, aún, vuestra virtud, y siempre vuestro honor á los ojos de las personas prudentes é ilustradas? ¿Qué quiere decir esa repugnancia á presentaros en público del modo que os conviene, esto es, con todo decoro, adornadas con un ancho manto que cubra enteramente vuestros cuerpos, y sea el celoso custodio de la dignidad y la virtud de las cuales procede vuestro honor? Bien yo sé, cuáles son los pretextos que se alegan para disculpar la vanidad y el espíritu licencioso de nuestro siglo; empero, yo os aseguro, que todos ellos no son más que artificios de refinada malicia para rebajar vuestra dignidad, y aún para acabar con todo vuestro decoro. Preciso es no olvidar, que la mujer es, y debe ser, en el trato civil como una cosa sagrada, colocada por Dios en medio de los hombres para estímulo de las virtudes contra los desórdenes del mundo, y para consuelo en los infortunios que sobrevienen á menudo durante nuestra existencia. ¡Ah! no os dejeis seducir si preciais en algo vuestra verdadera honra, y estimais vuestra verdadera belleza; ésa dimana de la honestidad, y sólo subsiste por medio de ella, defendiéndoos del desprecio de aquellos á los cuales os esforzais en agradar; toda vez que tan sólo el ser agradables á las personas discretas puede causarnos una verdadera satisfaccion.

Empero, volvamos á hablar de María. Retirada, como hemos visto, y verificadas en union con sus compañeras y las piadosas matronas, responsables ante Dios y los sacerdotes de tan raro depósito, las rituales abluciones, dirigíase con ellas á la tribuna del santuario, que era el lugar destinado á las Almas para la oracion (2). Entre-

(1) Lamartine: *Viaje á Oriente.*
(2) De ello hablan Orígenes, san Basilio, san Gregorio de Niza y san Cirilo.

tanto el sol empezaba á dorar con sus rayos los lejanos montes de la Arabia; el águila surcaba las nubes con sublime vuelo, y el sacrificio empezaba á arder sobre el altar al sonido de las trompetas sacerdotales. María, entónces, inclinada su cabeza bajo su velo, rezaba con inocente piedad y ardiente fervor las diez y ocho oraciones de Esdras (1), pidiendo al Eterno, con todo el pueblo de Israel, al Salvador suspirado hacía tantos años por los patriarcas y los profetas, y esperado con ánsia siempre creciente por todas las generaciones. Tal era la súplica que las Almas rezaban todos los dias. Terminado ese rito religioso de la nacion, las sagradas vírgenes volvían á sus ordinarias ocupaciones, las cuales consistían, ya en hacer girar los husos, engrosándolos con hilo de lana ó de lino; ya en adornar de púrpura, de jacinto ó de oro los velos del templo, que bordaban de finísimos realces; ya en hacer funcionar el telar sidonio, en el cual ejecutaban variados dibujos de magníficos tapices; de aquellos tapices por los cuales alcanzó tantos aplausos la mujer fuerte de Salomon en todo Israel (2). Por demás es decir, de qué manera la doncellita María sobresalía en tales labores, tan celebrados por la antigüedad, entre todas sus compañeras; pues, como afirma san Epifanio, sus bordados en lana, tisú y oro, eran tan perfectos, que no se halló nunca quien la aventajara. En efecto, en Oriente consérvase la tradicion de su incomparable destreza en hilar el lino de Pelusio; en términos, que los cristianos de Occidente, para perpetuar en ello la memoria, llamaron hilo de la santísima Vírgen aquellas blanquísimas redecillas que brillan con el rocío matutino, el tejido casi invisible que tan primorosamente tejen las arañas entre los céspedes de los valles; y las desposadas de los primitivos tiempos del Cristianismo, cuando se hallaban próximas á contraer matrimonio, por religioso recuerdo de las virtudes de la Vírgen, y como en augurio de su feliz enlace, poco tiempo ántes que éste se realizara, acercábanse al pié de algun altar consagrado á María, y allí depositaban un huso adornado de cintas de púrpura cubierto de limpísima lana: costumbre que subsiste todavía en algunas comarcas del norte y del mediodia de Francia (3).

¡Oh tiempos dichosos! en los cuales todo se inspiraba y se ennoblecía con el divino y purísimo espíritu de la religion, sin excluir al mismo amor, que, por tal medio, volvíase celestial, seráfico y fuente de magnánimas acciones. Ahora, nosotros, en nuestra altivez,

(1) Prideaux: *Historia de los Judios.*
(2) Parab. cap. XXXI.
(3) Orsini, lug. cit.

despreciamos aquellas sencillas costumbres de nuestros mayores, relegando á la edad media todo cuanto se diferencia de los modernos hábitos de nuestra vida. Empero, una vez desterrada aquella modesta y noble simplicidad, y eliminada de nuestros usos domésticos ó sociales, toda inspiracion ó influencia de la religion que profesamos; ¿á qué se halla reducida nuestra civilizacion? Nosotros, procediendo con lijereza, siendo ineptos para las generosas resoluciones, incapaces para estudios profundos y obras magnánimas, nos hemos vuelto, por decirlo así, bárbaros; y, no conociendo ya los caros y tiernos afectos que inspira la fé, hacemos, y con nosotros lo hace la sociedad civil, una vida material, ridícula, y lo que es peor, la alimentamos con hábitos brutales y voluptuosidades. El interés, hé aquí todas nuestras aspiraciones; los bienes y los goces de la inteligencia y del espíritu nos parecen sueños; y como un sueño, consideramos, igualmente, nuestra felicidad eterna, no reconociendo ya otra felicidad que la de la materia. Nuestra educacion es no solamente bárbara y pagana, sinó atea. Pues bien; decidme con la mano sobre vuestra conciencia; ¿quién de vosotros no se consideraría muy honrado con una prole semejante á María y á sus santas compañeras consagradas al servicio del Templo de Jerusalen? ¿No es verdad que derramaríais lágrimas de inefable gozo, si os vierais rodeados de tan bella corona? ¿Acaso puede causaros satisfaccion ver á vuestros hijos, como á menudo, teneis, tal vez, que verlos, no sólo olvidados de los deberes que nos imponen la religion y la familia, sinó aún sumidos en la impiedad, afeminados, ociosos, altivos, sólo ávidos de diversiones, de placeres, del teatro, de públicos espectáculos, y de bailes, donde además de derrochar los sudores de vuestros trabajos, ó los pingües patrimonios heredados de vuestros padres, á menudo, pierden todo pudor, con tanta mengua para vosotros mismos y para vuestra más remota descendencia? ¡Oh, cristianos! reflexionemos un poco, y volvamos en nosotros mismos, para que teniendo á raya las pasiones, atemperemos nuestros juicios y la regla de nuestra conducta á la luz de nuestros verdaderos intereses de la religion, cuya sombra, únicamente, podemos encontrar el verdadero honor y gozar de verdadera y tranquila paz.

¡Oh! cuándo comprenderemos, pues, Dios mio, que sólo del triunfo de la virtud, para la cual Tú nos criaste, puede venir la paz á las familias, el honor y la satisfaccion! ¡Cuándo los padres serán maestros y ejemplos de honestidad, de doméstica solicitud y de verdadera y sólida piedad para los hijos; y éstos, hoy todavía vírgenes por su inocencia, se inspirarán en aquéllos, y crecerán para su gloria, su

sostén y su consuelo! Nosotros mismos lo sabemos por experiencia; pues desde que nuestras casas se han convertido en moradas de pecado, no gozamos un solo instante de verdadera felicidad; sinó que, por el contrario, nos sentimos siempre atormentados por los remordimientos, las iras, las envidias y perpétuos disturbios, cubiertos como con un manto de confusion, y heridos por la maldicion divina.

Y despues de esas enseñanzas tan terribles de la cotidiana experiencia de la vida; ¿pudiéramos todavía dejar de suspirar por los goces de que disfrutan, sin interrupcion alguna, los hijos de la gracia? ¡Oh! bellos son, en realidad, Dios mio, los tabernáculos de Jacob y las tiendas de tu siervo Israel (1)! ¡Despierte, pues, con el auxilio de tu gracia, nuestro corazon, y resuélvase á gustar cuán dulce es vivir virtuosamente en medio de las delicias de la paz doméstica! ¡Oh, María! ¿qué alma no se conmoverá al considerar el suave y modesto contento de que Tú gozaste en el Templo santo de Dios, enteramente empleada en sacrificarte á Tí misma en la oracion y en los virtuosos ejercicios de aquellos trabajos, los cuales, al paso que recrean al espíritu, son un homenaje que se ofrece á la infinita sabiduría y bondad del Criador, que nos crió para ser glorificado en todos los actos de nuestra vida? ¡Oh, Vírgen bella y poderosa! alcánzanos de Dios la gracia que nos haga imitar tantos y tantos ejemplos como Tú nos ofreciste durante tu vida. Es, en verdad, cierto, que vale más un solo dia pasado en la casa donde habita el Señor, que mil en la morada de los impíos (2). ¡Oh María! ruega, sí, ruega por nosotros; pide á tu dulce Hijo Jesús, que con su divina luz disipe las tinieblas de nuestros entendimientos, y con su santo amor mueva y convierta nuestros corazones, á fin de que volviendo á ser suyos, como suya Tú fuiste siempre, tambien nosotros gustemos de la dicha que acompaña su bendicion, y, honrándole en todos los actos de nuestra vida acá en la tierra, lo poseamos eternamente dichosos en el Cielo. Así sea

(1) Numer. xxvi, 5.
(2) Psalm. lxxxiii, 10 y 11.

DIA NOVENO.

EL PERFECCIONAMIENTO.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.
El Altísimo ha santificado su tabernáculo.
(SALM. XLV, 5.)

Segun ayer os manifesté, mis amados hermanos, la verdadera educacion ha de tener por base dos principios fundamentales; esto es: la Religion y el amor al trabajo, en el cumplimiento de nuestros deberes en aquel estado en el cual plugo á la Providencia colocarnos; atemperando á tales reglas, desde nuestra más tierna edad, nuestro corazon y los primeros hábitos de nuestra vida. Empero, á decir la verdad, con esas primeras semillas de toda perfecta educacion, no podremos conseguir el fin para el cual fuimos criados; es preciso, además, que el hombre, por su parte, ponga un especial estudio en hacerlos fructificar dentro de sí mismo, á fin de que ellos se reflejen, enteramente, hasta en los actos más simples de su existencia. Notad, sinó, como obra todo entendido y diligente agricultor, cuando se propone cultivar una hermosa y tierna planta en el huerto de su propia casa. Dicho agricultor no se contenta, simplemente, con haber introducido sus raíces en el suelo, sinó que la riega, la desmocha y la cultiva como objeto de todo su cariño; de lo cual resulta, que ella vejeta y crece maravillosamente, recompensando los afanes de aquél con abundantes frutos. Tal es, igualmente, el caso respecto de la virtud, cuando es infundida en el corazon humano para que germine en él: abandonada á sí misma, se seca, ó bien arrastra una vida de languidez; mas, cuando es cultivada con amor y diligencia, llega á florecer y á fructificar de tal manera, que deja colmadas la esperanzas de la familia y de la sociedad. Empero, ¿cuáles medios deben emplearse para conseguir este propósito? El mundo os dirá, sin duda alguna, que esos medios consisten en el buen tono, en el trato social, en los

ejemplos y el espíritu del siglo; y ¡pluguiera al Señor, que todos nosotros fuéramos ménos dóciles en darle crédito y en seguir sus enseñanzas! Obrando así, no tuviéramos que deplorar, ciertamente, el cúmulo de iniquidades y de infortunios, que tan á menudo vienen á amargar nuestra miserable existencia. ¡Ah! mis amados hermanos; la diligente vigilancia sobre nosotros mismos, la frecuencia de los santos sacramentos, y la lectura de los Libros sagrados; hé ahí los verdaderos medios, como nos lo enseña la Religion, que nunca han fracasado, porque ésta es, en realidad, y no otra alguna, el aura vital, merced á la cual la virtud crece vigorosa y se eleva ufana hácia el cielo. De ello os dará la prueba, durante esta noche, la doncellica María, cuya educacion social y religiosa alcanzó su perfeccion en el Templo santo de Sion, con tales luces é inspiraciones celestiales. ¡Oh, Vírgen excelsa! que los encantos de la belleza que en Tí resplandece, creciendo al soplo del aura del amor de Dios, excite y mueva nuestros corazones á imitarte dignamente! Meditemos el asunto, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

La educacion que la Vírgen recibía en el Templo, consistía enteramente, conforme habeis visto, en primer lugar, en el cumplimiento de los deberes de Religion para con Dios; y luégo, en amaestrarse en aquellas cosas que forman de la mujer el sostén de la casa, haciéndola aparecer á nuestros ojos como modelo de recato, de laboriosidad y de piedad; ora como hija, ora como madre, destinada y elegida para gobernar y educar á la familia. Empero, no se contentó con eso, simplemente, la admirable hija de Joaquin y Ana, sinó que aprovechaba, además, los momentos que le dejaban libres la oracion y el trabajo para cultivar su inteligencia con la lectura de los sagrados Libros. Así, al paso que iban trascurriendo los años, crecía en virtud y lucimiento, á la manera de una planta escogida, con el riego incesante de las aguas saludables de cristalino y puro manantial (1). En efecto; segun san Ambrosio, entre las prendas que adornaban á María, y las dotes singulares con las cuales sobresalía entre todas sus compañeras, poseía el don de interpretar maravillosamente las divinas Escrituras, algunos textos de las cuales leía todos los dias. Y san Anselmo añade, que poseía un perfecto conocimiento de la lengua mosáica, lengua primitiva, que empleó Josué al detener el curso del sol en el valle de Ayalon (2), para coronar su victoria en el combate empeñado contra los enemigos de su nacion; lengua con la cual Dios

(1) PSALM. I, 3.
(2) Tradicion hebráica referida por Basnage y D'Herbelot: *Bibl. orient.* Tomo II.

mismo grabó en las tablas que entregára á Moisés, los diez mandamientos de su ley divina. Pues bien; ya fuera que María, meditando dia y noche en ese primitivo idioma, llegára á penetrar los sublimes conceptos de los profetas; ó que recibiera un soplo de inspiracion del Espíritu Santo, como aquel que hacia vibrar dulcemente las cuerdas del arpa de David (1); ello es cierto, que su enamorado corazon rebosaba tal plenitud de afectos ardientes y poderosos, que, á menudo, sus lábios entonaban algun himno cuyo canto se difundía en torno suyo cual armonía inefable del Cielo. Una muestra nos ofrece de ello el MAGNIFICAT ANIMA MEA DOMINUM, cántico que será considerado en todos los siglos y por todos los pueblos, como una composicion poética de primer órden, de un lirismo incomparable precisamente por ser divina (2). ¡Ah! cuántas veces, pues, cuando en las primeras horas de la noche, la luna vagaba en silencio por las espaciosas bóvedas del firmamento, María, con los ojos fijos en el astro que parece encerrar algo de divino en su suave y dulce luz, elevaba su alma á Dios, entonando himnos de amor en su alabanza, hasta derramar lágrimas de emocion, segun la costumbre hebrea! ¡Ah! no creais, mis amados hermanos, que eso sea mera poesía; y si fuere poesía, es de tal género, que dice la verdad; es poesía divina, toda vez que la verdadera educacion no está reñida con las honestas expansiones del espíritu, ántes bien ella las produce; y esas recreaciones sirven para avivar la piedad. Son recreaciones suavísimas y dulcísimas, que jamás podrán alcanzarse con músicas y cantos profanos y lascivos, ó con la lectura de novelas, que, como dice un moderno escritor, atizan el tremendo fuego de las pasiones (3); las cuales, una vez desatadas, con dificultad se las somete de nuevo al yugo de la razon.

¿Las novelas he dicho? ¿Quién es capaz de calcular los daños ocasionados por la lectura de tales fábulas, que han sustituido á las historias sagradas del antiguo y nuevo Testamento y á las Vidas de los Santos? ¡Las Vidas de los Santos! ¡Ah! harto comprendo yo mismo, que esa lectura ya no es posible, maleadas como se hallan las inteligencias y los corazones con un género de literatura, que no es otra cosa que la restauracion del paganismo! No sucedía así en los tiempos de nuestros mayores; ántes bien, de aquella lectura surgía el fuego divino, en el cual se encendían y se alimentaban los más caros y poderosos sentimientos de fé, de amor, de esperanza, y de dulzuras

(1) Orsini: *La Vergine*, etc., tom. I. cap. V. in nota, pág. 113.
(2) Véase Nicolás: *La Virgen María segun el Evangelio*, cap. XI.
(3) Tonso: *Cuaresmal.*

domésticas, que hacian á la sociedad civil dichosa y afortunada. Y, en verdad, yo no sé que libro alguno suministre á personas de toda edad y condicion pasto más suave y nutritivo al entendimiento, á la imaginacion y al corazon, como el libro de las Vidas de los Siervos de Jesucristo. Allí se ofrecen á nuestra consideracion, ora vírgenes puras, cual flores de eterna frescura y de fragancia celestial; ora esposas, que hicieron la dicha de sus casas y la admiracion de su siglo. Allí podreis contemplar madres venerandas, ó viudas, que enaltecieron la virtud hasta el punto de hacer amable cuanto hoy ofrece la vida de más duro y penoso. Aquí encontrareis matronas insignes y reinas, que edificaron con su piedad á ciudades enteras, reinos é imperios; confesores, que vivieron tranquilos en medio del lento martirio de sus penitencias; y trágicas escenas de mártires, que forman la más sublime epopeya de la historia de la Iglesia. Ora, finalmente, recrearán vuestro corazon los encantos de la vida solitaria, como por ejemplo, la de los anacoretas; la santidad de los afectos de familia, entre las madres y los hijos, entre las esposas y sus consortes, los hermanos y las hermanas, los amigos y los deudos; todo lo cual constituye una série de estupendas y maravillosas escenas, siempre llenas de candor y belleza celestial; en una palabra, en los sagrados Libros, en las historias y leyendas de nuestra augusta Religion (1), encuéntrase cuanto de más ameno y asombroso puede ofreceros para solaz y deleite de vuestro ánimo la literatura en general, sin exceptuar la literatura pagana de todos los siglos. Empero; ¿quién hoy hace ya caso de esas delicias del Catolicismo? Ninguno, ó poco ménos; y la razon de ello es la misma que os he indicado poco há; es decir: el renacimiento del espíritu del paganismo, sustituido al espíritu de la fé de Jesucristo. Sí, lo repito; es el triunfo del paganismo sobre el Catolicismo; eso es lo que os está indicando ese torrente de libros malvados é impíos que nos envuelve por todos lados; no habiendo ya hoy casi familia alguna en cuyo seno no os sea dado encontrarlos; cuyos libros pervierten la inteligencia, corrompen el corazon, siembran la discordia entre los padres y los hijos, entre los maridos y las esposas, y entre los ricos y los pobres; por cuya causa la sociedad entera hállase en un espantoso desquiciamiento; libros capaces, y este es el triste fin á que aspiran, de borrar del corazon de la juventud todo sagrado sentimiento de la naturaleza y de la Religion, y de arrastrarla, no sólo á las envidias, á los rencores y al más desenfrenado libertinaje, sí que tambien á los infames y espantosos delitos y

(1) Véase: *La Mujer católica, por el P. Ventura*, part. II.

á la más espantosa desesperacion. Tal es, mis amados hermanos, la terrible calamidad de nuestro siglo, que está amenazando envolver no sólo á la Europa, sinó aún al mundo entero.

¡Oh, María! De un modo bien diferente obraste Tú, en la eleccion de las deliciosas lecturas, de las cuales alimentábase tu espíritu con tanta avidez y con frutos tan asombrosos. ¡Oh, hermanos mios, que escuchais mis palabras! contemplad, os lo suplico, á esa criatura celestial, que debió, en gran parte, á la lectura de los sagrados Libros el cúmulo de virtudes con las cuales aparece adornada á la faz de todas las generaciones; toda vez que, segun refieren las tradiciones orientales, las sagradas Escrituras del pueblo de Dios formaban todas sus delicias durante el dia y la noche. Alimentándose con ellas, como de una fuente divina, su entendimiento y su corazon, hé ahí como pudo alcanzar tal grado de virtud y ser colmada de divinas gracias, hasta el punto de que jamás tendrá en la tierra semejante (1). En todas las acciones de María notábase una decencia suma; era buena, afable y compasiva para con todos; y á menudo, su limosna, acompañada de los tiernos afectos de su corazon, caía en el cepillo del Templo, donde más tarde Jesús vió descender el óbolo de la Viuda, que mereció á ésta los elogios del mismo Dios (2). Comedida y sóbria en palabras, sus lábios jamás se abrían en vano; ni jamás los manchó con mentira alguna, ni áun la más leve. Su voz era dulce y persuasiva; y sus discursos, llenos de uncion y de celo, llevaban la tranquilidad y el reposo en el ánimo de cuantos la escuchaban. Entre todas sus compañeras, Élla era siempre la que mostraba más vigilancia y exactitud en el cumplimiento de la divina ley; la primera en la humildad, la más dócil en la obediencia, la más perfecta en todo género de virtudes. En ocasion alguna viósela enojada, ni jamás ofendió, ni contristó á persona alguna, ni siquiera en lo más mínimo. Enemiga de ostentaciones, graciosa en el hablar, y agradable en sus modales, huía toda ocasion de ostentarse, bien que fuera bella; sin que amara el adornar su persona, bien que fuera jóven; ni hacer alarde alguno de su linaje, bien que fuera noble; ni ambicionara las riquezas, por más que fuera pobre; sinó que todo su ahinco consistió en ocultar celosamente á los ojos del mundo los inestimables tesoros de su espíritu y de su corazon. Hé ahí porque con su sola presencia, no sólo regocijara á cuantas personas la rodeaban, sinó que aún alejaba de sus ánimos todo pensamiento que tuviera resabios de terrenal. Su cortesía, además, no se

(1) Sofron. *Serm. de Ass.*
(2) Luc. XXI, 3.

concretaba únicamente á las palabras; sinó que consistía en una sincera expresion de universal benevolencia para con todos. En suma; todas sus palabras, todas sus acciones y todas sus miradas, hacían presentir que ella sería la Madre de las misericordias, de las gracias y del perdon.

Pues bien; decidme con sinceridad, mis amados hermanos: ¿notais, acaso, ni la sombra siquiera de tales virtudes en los jóvenes de nuestros tiempos? ¿Ah! cuán al contrario ello sucede! Los jóvenes de nuestros dias, presumidos y pagados de sí mismos, despreciando á sus semejantes, como si no fueran sus hermanos y de la misma condicion terrenal, les vemos rencorosos, desobedientes, insolentes, incrédulos; en una palabra, un verdadero azote en el seno de la sociedad civil! ¡Ah! harto lo sabeis vosotros, padres y madres de familia: decidme lo que son hoy vuestros hijos, y cuál es su manera de vivir. ¿Acaso no son todos ellos disolutos en sus amores, dados á las malas compañías, á la frecuentacion de cafés, de botillerías y de garitos, en donde se ultraja al pudor, se blasfema de la virtud, y se pide la destruccion de la Iglesia católica, de la cual, sin embargo, son hijos? Pues bien; para corregir ese desórden que se observa, con tanta mengua y desdicha de la familia, no existe más que un medio (no nos alucinemos lastimosamente sobre ese punto); procurar con la más exquisita vigilancia y el más severo rigor alejar de sus corazones todo aquello que huela á impiedad, á irreligion y á licencia. Obrando de otra manera cualquiera, sólo crecerán para ser la corrupcion y la ignominia del mundo; y vosotros tendreis que sufrir los tremendos juicios que Dios, en sus secretos, ha jurado hacer contra los padres débiles y neciamente indulgentes, que no saben usar de severidad respecto de sus hijos.

Ahora, empero, sacando el debido fruto de los nuevos ejemplos que se nos ofrecen para nuestra instruccion, veamos de qué manera, María, además de alimentar su corazon con las máximas piadosas y sublimes de los sagrados Libros, segun los usos de su nacion, se habituaba, igualmente, á ejercitar su cuerpo en obras de penitencia, especialmente con ayunos; los cuales, al decir de san Ambrosio (1), eran frecuentes y rigurosísimos. En efecto; los ayunos, en Oriente, consistían en una absoluta abstinencia de todo género de comida, desde la salida del sol, hasta que las estrellas de la noche empezaban á aparecer en el cielo. Y sin embargo, nosotros nos quejamos todavía de los rarísimos ayunos que la Iglesia, nuestra madre, nos ordena para

(1) *De Virg.* lib. II.

nuestro bien; los cuales, comparados con aquellos que solían practicar los antiguos, son nada, en realidad. ¡Y aún pluguiera al cielo, que tales quejas reconocieran siempre por fundamento motivos de salud, ú otros parecidos, achaques de nuestra naturaleza! pero, con grande escándalo del Cristianismo, nos quejamos de los ayunos sólo por satisfacer la gula; y ¡ojalá no hubiera corazones aún más perversos, los cuales no quieren oir hablar de cuaresma, de vigilia, ni áun en aquel dia sagrado en que murió el Salvador del mundo; ofreciendo el espectáculo de una sociedad de viles animales, en la cual, como suele decirse vulgarmente, todo se da de barato, ultrajando impiamente la santidad de la Religion! ¡Oh, María! qué diferencia entre Tú y nosotros; entre nuestros cristianos y el pueblo al cual Tú perteneciste! Ella, durante el tiempo prescrito para los ayunos, absteníase, piadosamente, de todo cuanto pudiera de algun modo lisonjear su corazon, añadiendo á ello el no perdonar molestia alguna para practicar todas las obras de caridad que fueran posibles. Cubría, además, su cuerpo con los vestidos más pobres que tenía á mano; dormía sobre el duro suelo; y en tales dias de mortificacion y de llanto, que á menudo prolongábanse durante semanas enteras, no tomaba más que una lijera refaccion de pan cocido en el rescoldo, algunas amargas legumbres, y un vaso de agua de la fuente de Siloe (1). Añádase á esto las contínuas oraciones, que hacía con tal recogimiento de espíritu, que ni áun el bramar de la tempestad, á cuyo fragor solía el César ocultarse en los subterráneos de su palacio (2), no lograba conmoverla en lo más mínimo, absorta enteramente como se hallaba en la meditacion ante el Autor del universo, más allá de los confines del mundo, en las regiones de lo infinito. ¡Ah! no, mortal alguno vióse jamás dotado, dice san Ambroso (3), de un don tan elevado de contemplacion como el que poseyó María; cuyo espíritu, siempre en consonancia con su corazon, nunca llegó á perder de vista á aquel Dios, que amaba más ardientemente que todos los Serafines del cielo juntos. En una palabra; su vida fué un contínuo ejercicio del más perfecto amor hácia el Criador; en tal grado, que cuando el sueño pesaba sobre sus párpados, su corazon permanecía vigilante y en actitud de fervorosa oracion. Tal fué, mis amados hermanos, la vida de la Vírgen en el Templo, donde brillaba con una especie de luz nueva y enteramente celestial en medio de sus jóvenes compañeras, como lo estrella vespertina en medio de las demás estrellas del firmamento. De ahí, que

(1) Basnag. lib. VII, cap. XVIII; y Fleury; *Costumbres de los hebreos.*
(2) Svetonio.
(3) Loc. cit.

siempre que los ancianos del santuario, encanecidos por las fatigas sacerdotales, acertáran á pasar por delante de ella, no pudieran ménos de detenerse para bendecirla, como un prodigio jamás visto en Israel. Y de ahí, igualmente, si no me engaño, que se propagára entre las tribus cristianas de los primeros siglos de la Iglesia aquella admirable leyenda, de la cual se hace mencion en el Corán, es decir, que Zacarías, siempre que se le ocurría visitar á María, hallaba cerca de ella cierta cantidad de frutos bellos y frescos, fuera de estacion, cuya vista embelesaba la mirada; y que al preguntarle éste de donde procedían, ella respondiera: que dichos frutos eran un don de Dios, que provee admirablemente á sus criaturas racionales, cuando le place (1). Y en verdad, á todos los justos que viven sujetos á las disposiciones de la Providencia, y aman de veras á Dios, nunca les falta lo necesario, ántes bien son socorridos por Él con milagrosa abundancia.

Empero, no creais, mis amados hermanos, que esas pocas cosas que yo hasta ahora he sabido á duras penas balbucear, diseñen la admirable figura de María: bien siento yo mismo la pobreza del retrato que me he esforzado en presentaros, y lo reconozco tan indigno de Élla, que quisiera borrarlo. ¿Quién, jamás, en la tierra, ni en el cielo, pudiera decir lo que fué la Doncellica en el Templo, excepto Dios mismo, que la había criado para sí, y la preparaba para recibir dignamente en su seno al Verbo de la gloria? Su vida externa en el Templo fué apénas una sombra, una sombra solamente, de las íntimas relaciones de su alma con Dios, por las cuales aquella alma fué verdadero templo, ley, profecía, Biblia, matriz del misterio. María, en presencia de Dios, representaba el género humano, porque en Élla se reunieron todas las perfecciones que el humano linaje hubiera debido alcanzar; pero, que léjos de ello, no sólo no las había alcanzado, sinó que había pasado á ser la negacion absoluta de las mismas. Y de un modo más especial aún, María representaba delante de Dios, en aquellos últimos dias, el pueblo sacerdotal, toda vez que en ella juntabánse todas las virtudes religiosas que habían resplandecido en tiempos anteriores; pero, aisladas é imperfectas en los más gloriosos dias de aquella nacion. Por lo tanto, todas las virtudes que debían practicarse, y no se practicaron por tantos millones y millares de millones de vivientes en el trascurso de cuarenta siglos; todos los diversos aspectos de virtud que debían aparecer, y que no aparecieron; todos los grados de virtud que debían ser alcanzados y

(1) D'Herbelot, *Bibl. Orient.*

no se alcanzaron; todas las pruebas y triunfos de la virtud, las virtudes propias de todos los estados y de todas las condiciones de la vida, las virtudes religiosas, civiles y domésticas, todo el cúmulo de virtudes, en suma, que el Criador había prefijado al género humano como la primera etapa, ó el primer estadio del camino terrenal, pero que la humanidad no había cumplido; todo quedó concentrado en María. Esto significa, que Élla reunió en sí misma todas las virtudes y toda la fortaleza de las virtudes que faltaron á todos. Por tal motivo, una vez aparecida María en el mundo, si la virtud pudiera verse con los ojos del cuerpo, este planeta en que vivimos hubiérase ofrecido á nuestras miradas como la estrella más esplendorosa del cielo, desde el momento en que la futura Madre de Dios sentó en él sus plantas. Empero, si así no sucedió respecto de los ojos groseros y carnales del mundo, dicha estrella comenzó á brillar á los ojos de Dios; y, Élla, la Vírgen, ilustró y ennobleció el humano linaje con sus virtudes, de tal manera, que lo hizo digno de ser salvado. ¡Oh criatura nobilísima y divina! ¿será, pues, posible, que hombre alguno rehuse doblar ante Tí su frente con reverencia?

Considerando ahora á María como una criatura tan rara, y como verdadera delicia del santuario, donde tanto resplandecian los singulares privilegios de que Dios la dotára de una manera tan maravillosa, tal vez os mueva el deseo de saber bajo qué apariencias se ocultaba un alma tan excelsa. San Epifanio, citado por Nicéforo, nos dejó de ella la pintura siguiente, tomándola de la tradicion y de los manuscritos que posteriormente se perdieron. Su estatura no era alta, sinó algo más que mediana: el color de su tez era ligeramente moreno, como el de la Sulamite, tostada por el sol de su pátria (1): los cabellos rubios, los ojos perspicaces, las pupilas de color aceitunado; las cejas bellísimas, trazando una graciosa y delicada curva; la nariz suavemente afilada; el lábio de color de rosa; el rostro deliciosamente ovalado; y las manos y los dedos como delicado marfil. Todos los demás Padres de la Iglesia hablan, asimismo, de ella como de un prodigio. Entre ellos, san Dionisio Areopaguita, que tuvo la dicha de contemplarla con sus propios ojos, lleva su elogio hasta el punto de afirmar, que de no haber existido las sagradas Escrituras, la hubiera adorado como Dios. Y san Ignacio mártir, añade, que acudía de todas partes extraordinario concurso de gentes para verla y oirla hablar. Era la belleza de María una belleza divina, que emanaba de la belleza interior de su alma inmaculada, iluminada contí-

(1) Cant. I, 4 y 5.

nuamente por la sonrisa de Dios: era, en suma, la más hermosa de las mujeres, toda vez que Élla era la más santa de todas las hijas de Eva (1).

Salve ¡oh bella hija de Dios! aparecida en medio del universo para infundirle nueva vida, nueva belleza y nuevo esplendor! Tú pareciste y fuiste siempre bella, inmensamente bella, bella sobre todo encarecimiento; siendo la maravilla de todas las generaciones y de todos los siglos, por el esplendor de la santidad interior que recibiste del Criador en tu admirable concepcion, y por el amor ardentísimo que hácia Él te impelía, haciéndote siempre más divina! ¡Oh, Vírgen querida y celestial! ¿cuándo, pues, comprenderemos nosotros, igualmente, que sólo con la posesion de la santidad podemos ser dignos de nosotros mismos, y dignos de Dios, nuestro Padre, y conocer la sublimidad de nuestros destinos? ¡Ah, desdichados! reflexionemos ya de una vez, reconociendo que las cosas terrenas y todas sus agradables, fugaces y mortales bellezas, no son más que polvo, tinieblas y muerte. ¡Oh, María! dígnate iluminar con tu inefable esplendor nuestro entendimiento, de manera que entendamos de una vez, y de veras, que no existe verdadera belleza fuera de la tuya y de la de Dios; á fin de que elevando nuestras miradas hácia el Cielo, donde se halla la fuente de lo bello y del bien, comencemos á gustar, aún acá en la tierra, la verdadera felicidad. Sí, ¡oh divina Madre del Señor, bello Templo de amor! muéstrate á nuestro espíritu tal cual eres, hermosa y graciosísima, á fin de que no nos seduzcan las vanas apariencias del mundo; y el rayo esplendoroso de tu belleza nos embriague de santo amor; de aquel amor que es principio de vida, júbilo, consuelo y ensayo de la vida beatífica é inmortal del Cielo. Así sea.

(1) Orsini: *La Vergine*, etc., tom. I.

DIA DÉCIMO.

EL ÚLTIMO VIAJE Y EL PRIMER DOLOR.

In filiis agnoscitur vir.
Al hombre se le ha de conocer en sus hijos.
(Eccl. xi, 30.)

Figuraos, hermanos mios, un anciano labrador, dueño de un campo fértil, que desde los albores de su juventud se dió en cultivar con amorosa industria, enriqueciéndolo con toda suerte de fructíferas plantas, para que, en su dia, produjesen abundantes frutos que compensasen los sudores de su frente. Cierto, que este hombre, está de tal modo en cuerpo y alma en su heredad, que de dia piensa en ella, y pasa la noche lleno de esperanzas; y por poco que deba vivir alejado de ella, no halla reposo en ninguna parte. Plantas ternísimas de los padres fueron, en otro tiempo, considerados los hijos engendrados por ellos á la vida de esta tierra; de ahí la gran solicitud por el lugar en que se hallaban, ora para atender á su educacion, ora para sustentarlos con el trabajo, ó para recrearlos viajando, y amaestrándolos, al mismo tiempo, en el modo de vivir cual conviene: solicitud tan viva como justa, que no se daban momento de reposo, hasta ver florecientes y prósperos en virtudes y santidad á aquellos suaves frutos de su ternura. Pero ¡ah! este amor, como tantos otros, vida de la familia y fuente del bienestar público, se ha entibiado. ¿Qué digo? ha, al parecer, desaparecido casi enteramente, á consecuencia de las perversas doctrinas del siglo, encaminadas todas ellas á destruir la obra de la regeneracion social, debida á la redencion de Jesucristo; puesto que no es raro, hoy dia, ver hijos abandonados tan á sí mismos, como si fueran huérfanos de padres; peor de lo que se veía en el paganismo. ¿Qué tiene de extraño, pues, que en nuestros dias, los hijos se perviertan y tropiecen de precipicio en precipicio; y los padres, en justo castigo de su negligencia, se vean

abandonados y faltos de toda ayuda, y abandonados á su dolor en los dias de mayor necesidad? ¡Oh padres de familia! venid, venid esta noche á instruiros y edificaros en el arte imperioso de vuestro espinoso estado, viendo de qué manera Joaquin y Ana se portaron con su dulce hija María, y, por consiguiente, los frutos de temporal y eterna felicidad que alcanzaron del Cielo. Pidamos ántes la gracia. A. M.

Tal era el amor de que se sentían llevados Joaquin y Ana hácia su amada hija, que no pudiendo soportar por más tiempo no tenerla en su compañía, determinaron establecer su morada lo más cerca posible del Templo de Jerusalen. Cierto, que este viaje no les era nuevo ni extraordinario, puesto que lo hacían muchas veces al año para concurrir á las grandes solemnidades de su nacion, solícitos y celosísimos de cumplir exactamente la ley, á cuya observancia estaban acostumbrados desde la más temprana juventud. Y sabida es la sentencia del Espíritu Santo, que la senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien en la más tarda y reflexiva vejez (1); esto es: que áun en los últimos años de nuestra vida, seremos ni más ni ménos, lo que ahora somos. Por consiguiente, si al presente frecuentamos los sacramentos, si oramos y si somos honrados, cuando ancianos, seremos dichosos; por el contrario, aquel que dice, que habrá tiempo para pensar en la salvacion del alma en edad madura, sin duda alguna ese tal, llegará á la hora de la muerte manchado de muchos pecados. Pues si tan remisos andamos ahora, que nos hallamos en la plenitud de las fuerzas vitales y es más firme la voluntad; ¿cómo podremos lisonjearnos de suficiente energía, cuando, llenos de años y de pecados, permaneceremos en un profundo letargo? ¡Ah, Señor! ilumina nuestra mente para que hagamos justo aprecio de nuestros intereses, y evitemos el precipicio de la eterna ruina, guiados siempre por el espíritu de disciplina de tu gracia.

El ánimo y la vida de Joaquin y Ana estaban profundamente informados por esta disciplina, acostumbrados, desde su primera juventud, á todas las prácticas religiosas de su nacion, de suerte, que hasta en la vejez les eran familiares, como tranquila era su vida; y la incomodidad del camino no les causaba molestia, por lo mismo que les atraía el amor á su amada hija María. Y aquí imaginémonos con cuanta alegría en el corazon cogería la buena Ana su velo de viaje, apresurando con su deseo el emprender el camino de la ciudad santa. ¡Oh!

(1) Prov. xxii, 6.

cuán interminables debían parecerle aquellos caminos, que veía serpentear desde léjos sobre las alturas de los montes, y abajo por las llanuras, medidos con la rapidez de sus desos! ¡Cuán eternos aquellos bosquecillos de higueras y palmas, y aquellos floridos grupos de encinas y sicomoros que desfilaban á su vista de trecho en trecho! ¡Oh madres cristianas! ¿teneis vosotras este vivo y tierno amor para con vuestras hijas? Si así fuese, no estando colocadas como María, no consentiríais nunca dejarlas solas, especialmente en compañía de confianza dudosa, ni les consentiríais peligrosas correspondencias, aparentemente inocentes; pues, sencillas palomas como son, de un sólo punto, y áun os diré de una mirada inocente, suele en este mundo depender su ruina. No os excuseis, diciendo: que sea esto fastidiosa severidad, pues la experiencia, maestra que no engaña, os dice, que una muchacha abandonada á sí misma es un milagro que llegue á buen fin. Y hecha esta advertencia para vuestro bien, volvamos al hilo de nuestra historia.

Una vez hecha la resolucion del viaje, y llegado que hubieron á Jerusalen, se acomodaron, definitivamente, en un pobre y humilde albergue, cerca del Templo. Ana, como podeis presumir fácilmente, tuvo de ello un extraordinario contento, porque con toda comodidad podia aquí, mejor acaso que en Nazareth, servir al Señor, y tambien por ofrecérsele ocasion de ver con frecuencia á su amada y bendita hija María. ¡Oh mujer afortunada! ¿quién sabe cuántas veces en las tranquilas y bellas noches de verano, hilando sentada en el umbral de tu casa, te escapó el huso de la mano, toda absorta como estarías pensando en tu hija María, fijos los ojos al dorado techo del Templo? Luégo, entrando en él para orar, y al verla pasar delante con sus jóvenes compañeras sollozando de dulzura y de júbilo (1): ¡Bendita tú, diría, dentro poco ya no te veremos más, cuando tu padre y yo estaremos en la tumba! Raras veces engañan ciertos presentimientos del ánimo conmovido, pues, en verdad, al cabo de pocos dias sobrevino á Joaquin una imprevista enfermedad, no tardando en manifestarse los señales de su cercana muerte. Pronto acudieron los deudos y amigos á rendirle un testimonio del afecto de su corazon, pues, en aquellos dichosos tiempos, las familias estaban unidas entre sí con lazos de sincera y afectuosa benevolencia; tan diversa de nuestras amistades de ahora, que ostentamos grande cariño miéntras el amigo no esté en necesidad de nuestra ayuda; pero, en el dia de la miseria, ó del infortunio, queda abandonado y

(1) Orsini: *La Vergine*, tom. 1, cap. VI.

solo, y muere en brazos de la desolacion. Así, pues, hallándose el venerable Joaquin rodeado de benévolos y afectuosos amigos y parientes, derramó dulces lágrimas de ternura, y luégo empezó á decirles: «Os ruego que no os aflijais por mí: he vivido bastante sobre esta tierra, y poco me importa que el soplo de la muerte venga á allanar mi tienda; ántes estoy contentísimo de que esté próximo el momento de pasar de este planeta de lodo á otro mundo, mucho más bello y risueño que éste, al seno de Abrahan, en donde me será dado reposar eternamente.» ¡Dichoso aquel, hermanos mios, que en la hora de la muerte puede con seguridad proferir esas consoladoras palabras, indicio cierto de la predestinacion divina! Pero, para gustar tales sentimientos de tranquilidad y esperanza, ¡cuánta virtud no ha sido necesario practicar! y ¡cuán rectamente se ha de haber andado siempre por los caminos de la justicia y de la santidad!

Esto es, precisamente, lo que había cumplido el buen Joaquin; y así, al sentir que sus fuerzas vitales iban extinguiéndose, hizo, segun era costumbre entre los Hebreos, en presencia de todos los circunstantes, con voz tranquila, la confesion de aquella faltas ó defectos que hubiese podido cometer, ya que ni los justos están exentos de ellos; y despues de ofrecer su muerte al Juez supremo en expiacion de los mismos, se abandonó confiado en su piedad y misericordia (1). Cumplido este deber, mandó por su hija María para verla y bendecirla por última vez sobre la tierra: la cual, con permiso de los sacerdotes, fué al instante á su presencia (2). ¡Ah! no me pregunteis, hermanos mios, lo que sentiría en aquel momento el delicado corazon de María, pues me confieso incapaz de expresarlo. Angel de sensillez y de inocencia, y espejo de ternura y amor filial el más puro y santo de todos los de la tierra, arrodillose, y anegada en lágrimas, no pudo en aquel momento proferir un sola palabra. Y Joaquin, moribundo, mirándola piadosamente con expresion de tal tristeza, que hizo derramar lágrimas á todos los circunstantes, y como padre amoroso y justo, alzó sus moribundas manos para bendecirla. ¡Pobre padre! Mas en aquel instante se abrió á sus ojos el espectáculo de la grandeza y de la gloria que la aguardaba en la tierra y en el cielo; á cuya vista se manifestó en su rostro la alegría de los Ángeles; y así, anticipadamente bienaventurado, inclinando dulcemente la cabeza, entregó su alma á Dios. ¡Oh muerte de los justos, verdaderamente preciosa en la presencia del Señor (3)! No; tú no eres muerte, sinó

(1) Basnage: lib. VIII, cap. XXIV.
(2) Orsini: *La Vergine*, tom. 1, cap. VI, en la nota, pág. 128.
(3) PSALM. CXV, 4.

un dulce sueño, ó como si dijéramos, un dulce tránsito de esta miserable tierra á la felicidad del Cielo. ¿Qué tiene que temer de tí el justo? Eres una amiga, que vienes á romper las cadenas que le sujetan acá abajo. Y si debe dejar los frágiles despojos de que se hallaba revestido su espíritu en la tierra, sabe que resucitarán gloriosos é incorruptibles en el último dia. ¡Oh muerte de los Santos, dulce, suave y preciosísima en presencia del Señor!

Luégo que hubo espirado el venerable Patriarca, todas las personas presentes prorumpieron en llanto y agudos ayes. Las mujeres golpeábanse el pecho y se mesaban los cabellos (1); los hombres cubrían su cabeza con ceniza, y rasgaban sus vestiduras: se abrieron todas las ventanas de la casa (2); y cerca del cadáver se puso á arder una lámpara de cobre de varias luces, que arrojaba melancólica luz, reflejada por el pálido, pero sereno rostro del varon justo, que acababa de fallecer. Entónces quedó en poder de las personas que estaban encargadas de lavarlo, para llevarlo despues á la sepultura (3). ¡Tal fué, hermanos mios, la muerte del justo Joaquin! Pero no olvidemos, que esta muerte tan sólo está reservada á aquellos que hayan procurado amoldar su vida á los mandamientos del Señor, á fin de que puedan decir en la última hora: por la gracia de Dios, no tengo remordimientos que me torturen, y estoy pronto á comparecer en la presencia del Criador y Redentor, confiando en su misericordia. Pero, aguardar tal muerte con el aguijon en el alma de una cadena de pecados cometidos hasta aquel instante, no sé si llamarlo necedad ó delirio.

Miéntras tanto, se habían reunido una multitud de mujeres que lloraban amargamente, y tañedores de flauta, segun la costumbre hebráica, delante de la casa del finado (4): pasaron en primer lugar los allegados, y subieron al aposento principal, en donde cargáronse sobre las espaldas el cadáver de Joaquin, y luégo se dirigieron hácia la sepultura por las calles de Jerusalen, recitando cánticos fúnebres, confundidos con el triste y melancólico sonido de las flautas y los agudos lamentos de las mujeres que componían el cortejo; con éstas iban, segun costumbre hebráica, Ana y María, que andaban con la cabeza inclinada en medio de matronas de su familia, llorando copiosamente. La comitiva salió fuera por la puerta del Ganado, llamada despues por los cristianos la puerta de la Vírgen; y llegado que hubieron al

(1) San Jerónimo.
(2) Maimonide.
(3) Basnage: lib. VII. cap. XXIV.
(4) Fleury: *Costumbres de los Hebreos.*

lugar de la sepultura, suspendido el sonido de las flautas y los lamentos de los que lloraban, el que presidía la fúnebre comitiva dirigió al cadáver esta alocucion: «¡Bendito sea Dios, que te formó, nutrió, mantuvo, y, por último, te quitó la vida! ¡Oh muertos! Él sabe cuantos sois; y un dia os resucitará. ¡Bendito Aquel que quita la vida y la devuelve (1)!» ¡Oh palabras de suave consolacion! Dios nos quita la vida, pero nos la devolverá. ¡Bendita sea su sabiduría, su bondad y misericordia! ¡Oh! abandónense á desesperado dolor los que no tienen fé, ni saben cuán dulce cosa es sufrir por aquel Dios que nos crió y redimió! Pero, quien ama y cree, repetirá en vida y muerte, en el dolor como en la alegría: ¡Bendito sea Dios! bendito, si nos envía una enfermedad; bendito, si nos deja caer en la pobreza; bendito, si por la muerte nos priva de las personas más amadas (2), puesto que, cuanto hace ó permite, lo ordena y dispone todo á altísimos y santísimos fines: esta consideracion debe bastarnos para tranquilizarlos y bendecirle.

Concluida la alocucion, se puso sobre la cabeza del difunto un saquito de tierra, luégo se cubrió y cerró el féretro; y, finalmente, se cavó la fosa en una gruta oscura, llamada por los fariseos: LA CASA DE LOS VIVIENTES (3), donde el Patriarca debía dormir su último sueño, aguardando uno á uno á todos los indivíduos de su familia. En aquel instante resonaron de todas partes agudísimos ayes, que destrozaban el corazon: arrojóse Ana sobre el féretro para dar el último á Dios al pacífico compañero de su vida, y se debió levantarla desvanecida. Y sin otra ceremonia, se confiaron á la tierra los restos mortales del varon justo, rotulando y adaptando á la entrada de la caverna sepulcral una enorme piedra, que nadie podía remover sin incurrir en pena de excomunion. Entónces el llanto empezó de nuevo, si cabe más desgarrador y doloroso que nunca; miéntras tanto los circunstantes, arrancando por tres veces del suelo un poco de yerba y echándola hácia atrás sobre la gruta, proferían estas palabras á medida que se retiraban: «Reflorecerán un dia como la yerba de los campos (4)!» Así terminaron las exequias del descendiente de los reyes de Judá, padre de María, y abuelo de Jesucristo, segun la carne, san Joaquin. Y en la tumba acaban, por último, todas las glorias y grandezas humanas, no quedando para más allá que la virtud y el

(1) Leone di Modena, *Costumi de' Giudei.*
(2) JOB I, 21.
(3) Basnage; lib. VII, cap. XXIV.
(4) Fleury. *Costumi degli Ebrei;* Leone di Modena, *Costumi de' Giudei;* Basnage, lib. VII; *Correspond. d' Orient.*, tom. V.

vicio; aquélla, para hacernos bienaventurados y gloriosos; y éste, para marca terrible de infamia y de eterna condenacion. Hermanos mios, no desprecieis estas mis palabras diciendo en vuestro corazon: harto lo sabemos; ni es menester que, con tanta frecuencia, resuenen en nuestros oidos semejantes gritos de muerte. ¿Qué decís? ¿Decís que lo sabeis? Pues yo os pregunto: ¿por qué, sabiéndolo, lo tomais á broma, sin embargo, como un juego de vuestra última hora, cual si fuese mentira? ¿Lo sabeis? y no obstante, solo pensais en delicias y placeres mundanos, sin fijar la atencion por un solo instante, en que dentro poco, deberá disolverse vuestro tan complacido cuerpo, no quedando señales del mismo. ¿Lo sabeis? y, con todo, en vuestro delirio desafiais la muerte, que ya llama á la puerta de vuestra casa, y dentro poco, reducidos á polvo, cambiará vuestras sacrílegas chanzas en gritos de eterno furor. ¡Oh estúpidos! oh insensatos! oh locura jamás oida en los siglos! gozarse con un pasajero placer de un dia, de un momento, para ser castigados por Dios con eterna desolacion!

¡Ah, Dios mio! ¿y quién podrá jamás comprender la estupidez con que nosotros, al pecar, corremos alegremente en busca de la muerte, que nos persigue y rodea por todas partes, y se nos muestra bajo mil aspectos, y derriba cada dia á nuestra vista nuevas víctimas, á fin de que para nuestro bien y nuestro gobierno, nos despierte del sueño, y nos llame de nuevo? Nos llame de nuevo, he dicho, para que consideremos atentamente nuestro futuro destino; pero nosotros, como si esto nada nos interesara, decimos con aquellos miserables de que hacen mencion los Libros santos: Venid, gocemos, coronémonos de frescas rosas, pues el porvenir es nuestro, y nadie podrá turbar nuestros placeres, ¡Desgraciados! La muerte llama ya á la puerta, y no la vemos; llama, y nos tapamos los oidos para no oirla; y casi nos gloriamos de haberla rechazado de este modo, y habernos sustraido á su imperio. ¡Ah! ven, Dios mio, ven á despertarnos con tu poderosa gracia de este profundo letargo, que pronto va á precipitarnos para siempre en el abismo; y haz que, por fin, comprendamos cuán terrible será la muerte, despues de la cual nuestra suerte quedará decidida por toda una eternidad. ¡Oh Joaquin! á tí no te causó espanto, porque tu vida fué vida de virtudes: pero ¿cómo se presentará á nosotros, miserables y llenos de culpas? ¡Gran Patriarca! por tus méritos y por los de tu dulce hija María, alcánzanos la gracia de comprender la grande importancia que envuelve el paso del tiempo á la eternidad, para que, temblando útilmente á la vista de la muerte, no nos aterre cuando venga á arrebatarnos, sinó que nos consuele, como ángel que nos llama á vida más feliz; á la vida del

amor y de la gloria que Dios tiene preparada á todos aquellos que habrán sido fieles sobre esta tierra á sus sagrados preceptos, abrazado su cruz, y de este modo, mediante su gracia, se habrán hecho dignos de la eterna retribucion. ¡Así sea!

DIA UNDÉCIMO.

LA PÉRDIDA DE LA MADRE.

Omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur.
Todos nos vamos muriendo, y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.
(II Reg. xiv, 14.)

Hermanos mios; cuando Job dijo, que la vida del hombre es una perpétua guerra sobre la tierra (1), compendió en pocas palabras toda la historia del género humano, rebelado contra su Criador por la culpa de nuestro primer padre. En efecto; contemplad á este sér misterioso, que se llama y es, verdaderamente, rey del universo. ¡Infeliz! nacido de mujer, apénas vive un cortísimo tiempo, y en medio de horribles miserias: nace por la mañana cual orgullosa flor, y por la noche ya no existe: huye con la rapidez de la sombra: pasando de cambio en cambio, hasta abismarse en la tumba para siempre (2). O si queremos servirnos de otra comparacion, diremos que nuestra vida es un torrente, que persiguiendo precipitadamente á sus olas, desaparece al pasar, sin que quede el menor rastro de su orgullo y furor. Así es como los años van acumulándose sobre nuestra cabeza, y con ellos los disgustos, las tribulaciones y los dolores. Bien quisiéramos, de trecho en trecho, detener el paso,

(1) *Militia est vita hominis super terram.* Job. vii, 1.
(2) Job. xiv, 1 y 2.

vicio; aquélla, para hacernos bienaventurados y gloriosos; y éste, para marca terrible de infamia y de eterna condenacion. Hermanos mios, no desprecieis estas mis palabras diciendo en vuestro corazon: harto lo sabemos; ni es menester que, con tanta frecuencia, resuenen en nuestros oidos semejantes gritos de muerte. ¿Qué decís? ¿Decís que lo sabeis? Pues yo os pregunto: ¿por qué, sabiéndolo, lo tomais á broma, sin embargo, como un juego de vuestra última hora, cual si fuese mentira? ¿Lo sabeis? y no obstante, solo pensais en delicias y placeres mundanos, sin fijar la atencion por un solo instante, en que dentro poco, deberá disolverse vuestro tan complacido cuerpo, no quedando señales del mismo. ¿Lo sabeis? y, con todo, en vuestro delirio desafiais la muerte, que ya llama á la puerta de vuestra casa, y dentro poco, reducidos á polvo, cambiará vuestras sacrílegas chanzas en gritos de eterno furor. ¡Oh estúpidos! oh insensatos! oh locura jamás oida en los siglos! gozarse con un pasajero placer de un dia, de un momento, para ser castigados por Dios con eterna desolacion!

¡Ah, Dios mio! ¿y quién podrá jamás comprender la estupidez con que nosotros, al pecar, corremos alegremente en busca de la muerte, que nos persigue y rodea por todas partes, y se nos muestra bajo mil aspectos, y derriba cada dia á nuestra vista nuevas víctimas, á fin de que para nuestro bien y nuestro gobierno, nos despierte del sueño, y nos llame de nuevo? Nos llame de nuevo, he dicho, para que consideremos atentamente nuestro futuro destino; pero nosotros, como si esto nada nos interesara, decimos con aquellos miserables de que hacen mencion los Libros santos: Venid, gocemos, coronémonos de frescas rosas, pues el porvenir es nuestro, y nadie podrá turbar nuestros placeres, ¡Desgraciados! La muerte llama ya á la puerta, y no la vemos; llama, y nos tapamos los oidos para no oirla; y casi nos gloriamos de haberla rechazado de este modo, y habernos sustraido á su imperio. ¡Ah! ven, Dios mio, ven á despertarnos con tu poderosa gracia de este profundo letargo, que pronto va á precipitarnos para siempre en el abismo; y haz que, por fin, comprendamos cuán terrible será la muerte, despues de la cual nuestra suerte quedará decidida por toda una eternidad. ¡Oh Joaquin! á tí no te causó espanto, porque tu vida fué vida de virtudes: pero ¿cómo se presentará á nosotros, miserables y llenos de culpas? ¡Gran Patriarca! por tus méritos y por los de tu dulce hija María, alcánzanos la gracia de comprender la grande importancia que envuelve el paso del tiempo á la eternidad, para que, temblando útilmente á la vista de la muerte, no nos aterre cuando venga á arrebatarnos, sinó que nos consuele, como ángel que nos llama á vida más feliz; á la vida del

amor y de la gloria que Dios tiene preparada á todos aquellos que habrán sido fieles sobre esta tierra á sus sagrados preceptos, abrazado su cruz, y de este modo, mediante su gracia, se habrán hecho dignos de la eterna retribucion. ¡Así sea!

DIA UNDÉCIMO.

LA PÉRDIDA DE LA MADRE.

Omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur.
Todos nos vamos muriendo, y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.
(II Reg. xiv, 14.)

Hermanos mios; cuando Job dijo, que la vida del hombre es una perpétua guerra sobre la tierra (1), compendió en pocas palabras toda la historia del género humano, rebelado contra su Criador por la culpa de nuestro primer padre. En efecto; contemplad á este sér misterioso, que se llama y es, verdaderamente, rey del universo. ¡Infeliz! nacido de mujer, apénas vive un cortísimo tiempo, y en medio de horribles miserias: nace por la mañana cual orgullosa flor, y por la noche ya no existe: huye con la rapidez de la sombra: pasando de cambio en cambio, hasta abismarse en la tumba para siempre (2). O si queremos servirnos de otra comparacion, diremos que nuestra vida es un torrente, que persiguiendo precipitadamente á sus olas, desaparece al pasar, sin que quede el menor rastro de su orgullo y furor. Así es como los años van acumulándose sobre nuestra cabeza, y con ellos los disgustos, las tribulaciones y los dolores. Bien quisiéramos, de trecho en trecho, detener el paso,

(1) *Militia est vita hominis super terram.* Job. vii, 1.
(2) Job. xiv, 1 y 2.

y extender la mano sobre la florida orilla; pero, una fuerza invencible y misteriosa nos arrastra adelante, hasta que nos trague el precipicio. En vano lloramos y nos enojamos; no nos queda más que el dolor y la muerte. Por consiguiente, ¡dichosos, mil veces dichosos aquellos, que persuadidos de la caducidad y amargura de esta vida, dirigen y levantan sus pensamientos al Cielo, para hallar esperanza y consuelo en el seno de Dios! Allí arriba está nuestra pátria, donde hemos sido destinados á alabarle por los siglos de los siglos con los Angeles y Bienaventurados.

Y son, en verdad, bienaventurados aquellos que llegan á aquella pátria inmortal. María, hermanos mios, va á demostraros esta noche una tan importante verdad; pues, huérfana de padre, hé aquí que ahora pierde, además, á su tierna madre Ana, que toca al fin de su mortal destierro. ¡Dichosos nosotros, oh María, si imitando tu ejemplo, levantamos el corazon donde lo tuviste siempre fijo, buscando proteccion en la misericordia del Cielo; pues solo allí podemos hallar esperanza, fortaleza y consuelo! Lo vereis, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Visteis, hermanos mios, ó más bien, de la escena que os describí ayer de la muerte de Joaquin, dedujisteis el inmenso dolor de la cándida jovencita Vírgen María, especialmente al ver cerrar para siempre la caverna sepulcral, donde quedaban custodiados los restos mortales de su amado padre, para no volver á levantarse hasta el último dia. Fué tal su llanto, que conmovió á los que se hallaban presentes, por más extraños que fueran á los afectos del parentesco. Y enternecía tanto más, cuanto bebía aquel amargo cáliz con tan admirable resignacion á la voluntad divina, que no hubiera hecho otro tanto la más consumada virtud. Docilidad de espíritu, que habia aprendido, en parte, cuando niña, con las instrucciones y los ejemplos de su buen padre. ¡Ah! nadie en el mundo puede comprender la impresion que tales instrucciones, ó ejemplos paternos, ejercen sobre el ánimo tierno de los hijos. ¡Oh! no puedo ménos de exclamar con mucha frecuencia: si tantos desventurados padres, en vez de entregarse, en todas las contrariedades de la vida, á la ira, á la impacencia, prorumpiendo en detestables y deshonestas palabras; se mostrasen ejemplares de costumbres religiosas y sociales, ¡cuánta ménos corrupcion viéramos en los jóvenes y en la sociedad! Pues, aún suponiendo que fueran malos por su propia culpa, no osarían presentarse irrespetuosos y disolutos á la presencia de sus padres morigerados. Pero, ¡desventurados! ¿qué puede esperarse de ellos,

si el padre prorumpe en blasfemias, y la madre descarga su ira, haciendo tornos como la serpiente? Con tales modelos, ¿podrán crecer como angelitos del Paraiso? ¡Oh padres! ¿habeis nunca reflexionado sériamente sobre el particular.

Pero la tierna María, consolando á su madre del mejor modo que supo, volvió con ella á la ciudad, donde vistieron ambas de luto, y segun el estilo hebráico, permanecieron sentadas en el suelo durante siete dias, con un grosero sayo encima, ajustado y sin dobleces, llamado cilicio, la cabeza y los piés desnudos, y el rostro cubierto con una extremidad del vestido, y observando un riguroso ayuno. Pasados esos dias, Ana hizo encender una lámpara en la Sinagoga, para pedir sufragios por su esposo, añadiendo una limosna, segun sus facultades; miéntras la dulce María, ingresando nuevamente en el Templo, tomaba la costumbre de ayunar cada semana en el dia que quedó huerfanita, rogando mañana y tarde por el descanso del alma de su buen padre: ayunos y oraciones, que, segun el rito hebráico, se continuaban durante once meses cumplidos (1). ¡Y ahora vengan los novadores á decirnos, que el sufragio por los difuntos no era conocido en la antigua ley de Dios, y que ha sido una invencion de la Iglesia en el siglo once! Observad, además, hermanos mios, la diferencia entre esta tan tierna y solícita piedad de los Hebreos para con sus difuntos, y la nuestra, tan lijera y de tan poca duracion. Si la muerte nos arrebata el padre los hermanos, los amigos, tambien nosotros lloramos por un instante; pero, pasados apénas algunos dias de cortés tristeza, ¿quién se acuerda de ellos? ¡Oh! recordad, hermanos mios cristianos, que la piedad para con los difuntos es un deber sagrado de justicia, cuando no hubiera otra cosa más, por razon de los beneficios que de ellos hemos recibido, y por tantas solicitudes como emplearon para con nosotros: y así sucederá, que segun nos portemos con ellos, se portarán, igualmente, para con nosotros, nuestros nietos y descendientes! *Eadem mensura qua mensi fueritis, remetietur et vobis.*

No necesito decir aquí, que la sensible Ana, por la pérdida de su dulce compañero quedó sumergida en profundo y contínuo dolor: su único consuelo, aparte del auxilio divino de la Religion, era su amada hija María, que tiernísima para con su afligida madre, salía frecuentemente del Templo para visitarla, juntamente con algunas compañeras suyas, pero siempre con permiso del sacerdote encargado

(1) Se rezaba el Salmo: «*Deus Deorum Dominus.*» Leone di Módena, y Basnage.

de dirigirlas. Mas ¡ay! no tardó María en advertir, que tambien iba á desvanecerse el dulce y único consuelo que le quedaba, de la madre! Imagínese quien pueda el pesar que debía abrumarla, al verse próxima á quedar enteramente sola en el mundo, sola como una caña en el desierto. No obstante, ponía toda su confianza en Dios; y cuando de lo íntimo del alma venía á oprimirle el corazon tan horrible pensamiento, levantados los ojos al Cielo, y derramando ardientes lágrimas, exclamaba: ¡Oh Jehová! hágase tu voluntad. En efecto, apénas trascurridos quince meses del primer infortunio, le sobrevino el segundo, ménos inesperado, pero no ménos doloroso.

Era una de aquellas misteriosas tardes de verano, que, al ponerse el sol, parece tomar la atmósfera un tinte de misteriosa melancolía. Siente uno oprimírsele el alma de tristeza, é ignora la causa; si se pregunta qué va á suceder, no sabe qué contestarse: la inquietud del alma indica que una tormenta avanza, y, sin embargo, no aparece ninguna señal en el cielo. Mas hé aquí que un enviado al Templo, de parte de Ana, pregunta por María; la cual, sin explicacion alguna, adivina la triste nueva; los presentimientos de su sensible corazon no la engañaban; por consiguiente, partió volando hácia la oscura calle donde habitaba su anciana madre Ana, y desde la cual vió arder una sola lámpara en la habitacion superior, y luégo las personas que lloraban reunidas en el umbral del patio; no dudó ya, pues, que iba á extinguirse el último rayo de esperanza que le quedaba en este mundo. Subió inmediatamente donde estaban reunidos los parientes y amigos más íntimos de la familia. ¿Quién podría expresar aquí con que mano de hielo sintió la asustada Vírgen oprimírsele el corazon, al ver á su madre tendida en el suelo y en la última agonía? ¡Madre mia! madre mia! gritó, abrazando aquella cabeza amada. ¡Oh! ¿quién es capaz de expresar lo que en aquel instante pasó allí entre la madre y la hija? Entónces Ana, reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y mirándola conmovida la bendijo. Despues de recomendarla á los más próximos allegados, y, sobre todo, á Aquel, que bajo las alas de su amor acoge, padre amorosísimo, á los huerfanitos y desgraciados (1), exclamó: ¡Oh Jehová! Aquí estoy; yo vengo! y diciendo esto espiró. María, dado un grito de dolor, abrazose más estrechamente que nunca al helado rostro de su madre; y mezclados sus blondos cabellos con los de la finada, formaban un contraste que desgarraba el corazon: parecía como si quisiera despertarla de su sueño; pero, solo el soplo de Dios puede

(1) Psalm. ix, 37

resucitar, y resucitará, efectivamente, los muertos el último dia del mundo.

¡Así acaba, hermanos mios, todo lo del mundo! El uno despues del otro, todos nos vamos á nuestra habitacion natural, á la tumba (1). Ni sobre ella quedará señal de nuestra existencia; hasta la oscura yerba del cementerio hará desaparecer, poco á poco, el surco del azadon que lo cavó. Por consiguiente, bienaventurados aquellos á quienes cabrá la honra de ser lamentados en memoria de sus virtudes y beneficios; y éstos serán tan solo los fieles observadores de la ley divina, que viven como honrados ciudadanos, piadosos, caritativos y misericordiosos, espejo de toda escogida y benéfica virtud (2). Vosotros, padres y madres, si deseais, verdaderamente, que vuestros hijos se acuerden de vosotros despues que hayais muerto, es necesario que os vean afables, cariñosos y solícitos de su verdadero bien. Sí; bienaventurados los padres que bajan á la tumba, dejando la familia educada y bien informada del santo temor de Dios, y colocada en el recto camino de la honradez y de la justicia, pues, vivirán benditos hasta la cuarta y quinta generacion. Pero ¡ay de los que la hayan dejado en pos de los placeres y de las diversiones, en los manejos y en los fraudes de la malicia humana! no habrá para ellos sinó maldiciones execrables, ó, cuando ménos, eterno olvido. En realidad; ¿de dónde dimanaba que María llorase tanto á su amada madre Ana, sinó por haber perdido en ella la más amorosa de las madres, que á costa de sacrificios y de un extremado y suavísimo amor la había cultivado con el solícito cuidado de una flor del Paraiso que se le había confiado? ¡Oh madres! con cuánta elocuencia debe hablar este ejemplo en vuestro corazon!

María se halla ahora sola, desamparada sobre la tierra, salvo la Providencia, que amorosa vela sobre ella desde el Cielo. ¿Qué hará? Nosotros, tal vez, en semejante situacion, vencidos por el dolor, nos hubiéramos levantado contra el Cielo, que quisiéramos nos secundase, no solo en los honestos deseos, sinó hasta en nuestros más vanos antojos. No así María, que semejante á una cándida paloma perseguida por la tormenta, se refugió en el seno de Dios, desde donde, resignada y tranquila, miró de léjos el huracan que tan duramente la había sacudido; vió y comprendió lo que es la vida de esta tierra: una escena que pasa, y no deja tras de sí más que gemidos y dolor; escena de amargas luchas, de contrariedades y desolacion. Así debiéramos obrar tambien nosotros; y concluir, por las miserias sin fin

(1) Job. xvii, 13 y 14.
(2) «*In memoria æterna erit justus.*» Psalm. cxi, 6.

de que está lleno el mundo, y por tocar con la mano todos los dias, que acá abajo no hay nada firme, que la tierra no es, propiamente, nuestra morada, y desapegarnos, poco á poco, del mundo. ¿Sabeis, acaso, cuáles son los fines de Dios, al visitarnos, de vez en cuando, con enfermedades, tribulaciones, ó con la muerte de las personas que nos son más queridas? Pues son avisos de que nuestra pátria está en el Cielo (1). Enseñanza misericordiosa, que debiéramos aprovechar sábiamente, diciendo á nosotros mismos, con las palabras de los hermanos del hebreo José: Si nos visita y castiga, bien merecido lo tenemos (2): nos visita porque nos ama, y nos quiere salvos. Pero ¡ah! nosotros, por el contrario, nos servimos de los divinos castigos para prevaricar aún más; y este es, hermanos mios, el orígen de todas nuestras miserias, ya que nadie combate impunemente contra Dios, ni resiste á sus llamamientos sin experimentar nuevos y mayores males; porque si es infinita su bondad, es, al mismo tiempo, un Dios omnipotente, que no sufre que nadie resista á lo que él dispone.

Se me figura ahora, que deseais saber lo que fué de María huérfana de padres, y cuál su conducta de allí en adelante. Héos aquí la respuesta. Sea que Joaquin, al morir, la recomendase á la especial proteccion del sacerdocio; ó que los magistrados, á quienes incumbía el cuidar de los huérfanos, le destinasen tutores en la poderosa familia de Aaron, á la cual estaba unida por parte de madre; ó finalmente, que la tutela de los hijos consagrados al servicio del Templo perteneciese de derecho á los levitas, lo cierto es, que María, despues de la muerte de los piadosos autores de sus dias, tuvo tutores de estirpe sacerdotal. Y si cabe hacer una conjetura, no parece inverosímil que fuese elegido para tan noble cargo el piadoso marido de santa Elisabeth, Zacarías; el cual, por el título de más próximo pariente de la Virgen María, y por la gran reputacion de virtud de que gozaba entre su pueblo, parecía como naturalmente llamado, á preferencia de cualquier otro, para el honorífico cuidado de tan virtuosa y preclara doncella. Y en verdad, la prisa que se dió María, algunos años más tarde, á atravesar toda la Judea para rendir oficios de congratulacion á la madre del Bautista, y la no corta estancia que hizo en los montes de Hebron, parecen demostrar más íntimas relaciones de las que suelen mediar en un simple parentesco. Pero, dejando aparte tales cuestiones, claro está que quedó segura bajo la proteccion del Señor del Cielo (3), en quien había

(1) PHILIP., III, 20.
(2) *Merito hæc patimur*, etc., GENES. XLII, 21.
(3) PSALM. XC, 1.

puesto toda su esperanza, y por eso no sufrió confusion alguna, sinó que llevó una vida tranquila y consolada; consolada, digo, con aquel socorro que dimana de la conciencia inocente, á la cual sonrie la gracia del amor y la práctica de aquellas virtudes que obligan, mal de su grado, á los malvados del mundo, á admirarlas y hasta estimarlas. ¡Oh, sí, cristianos! tal es la sola verdadera felicidad que podemos gozar en este mundo: el vivir tranquilo y suave de la virtud; las dulzuras de las costumbres domésticas; el servir á Dios; y las santas aspiraciones en que, fijos los ojos al Cielo, prorumpe fácilmente el corazon cuando la muerte rompe los dulces lazos de familia y de amistad. Bienaventuranza inmutable, y no aparente, como la que promete el mundo; bienaventuranza tal, que el hombre justo que disfruta de ella, haciéndose superior á sí mismo, se lanza con vuelo de águila y llega hasta á la divinidad, en cuyo seno sosiega y reposa. Por cuyas razones, donde el voluptuoso mundano languidece y desmaya por el tédio que dimana de sus mismas disipaciones, y por el asíduo trabajo que sus placeres le exigen; el virtuoso, por el contrario, lleno el ánimo de suavidad celestial, entona un himno de accion de gracias á Dios, celebrando su bondad infinita, que en el túrbido torrente de la vida terrena infunde en el corazon copioso consuelo, bastante para mitigar cualquier dolor. Los Santos, todos, obtuvieron este consuelo, precisamente, porque el mundo los despreció; y es preciso que á este consuelo recurran cuantos saben por experiencia, cuán miserable destierro es la vida de este mundo.

¡Oh, Dios mio! preciso es que, al fin, busquemos un refugio en tu amor, y bajo las alas de tu poderosa proteccion, si deseamos, verdaderamente, sostener con resignacion y alegría las adversidades de esta miserable vida. ¿Por qué, pues, confiar tan neciamente en las esperanzas humanas, ó en el auxilio de aquellos que, ó no pueden ayudarnos, por ser más miserables que nosotros; ó, pudiendo, no quieren, concentrados como están enteramente en el amor de sí mismos; compasivos con las palabras, pero crueles en realidad para con sus hermanos; ó que si están unidos á nosotros por un sincero afecto, nos son arrebatados por la muerte, que á todos nos empuja, finalmente, hácia el sepulcro? ¡Espantosa inconsecuencia, hermanos mios! Mil veces hemos experimentado, y hasta confesado públicamente, que son vanas todas las esperanzas del mundo; y, sin embargo, las ambicionamos contínuamente con anhelo, duplicando en nosotros mismos aquel dolor; anhelo que, con tanta frecuencia, nos arrastra á una horrible desesperacion, miéntras que Dios nos está diciendo á todas horas, con toda suerte de amorosos llamamientos: «Venid á mí cuantos os halleis

atribulados, que yo os consolaré.» ¡Oh insensatez! oh ceguedad! ¡Ah! ¿cuándo reflexionaremos? cuándo nos resolveremos, finalmente, á gustar la suavidad del divino amor, y la tranquila y dulce paz de aquellos que se refugian en el seno de su celestial misericordia? ¡Oh Señor! que tu voz resuene fuertemente en nuestro corazon, y con la eficacia de tu gracia, nos atraiga á Tí, que eres el único refugio de los atribulados, y el puerto de salvacion tras el naufragio! Y Tú ¡oh María! por cuyas manos descienden á los mortales las divinas gracias (1); Tú, amorosa Madre y protectora nuestra; interpon tu poderoso patrocinio cerca del trono de la misericordia, á fin de que, fortalecidos por el soplo de la inspiracion celestial, rotos para siempre los vínculos de la culpa, con que estamos ligados á las miserias del mundo, gocemos de la libertad y vivamos la vida de los hijos de Dios. Así sea.

DIA DUODÉCIMO.

LA ORFANDAD DE MARÍA.

Ego ipse consolabor Vos.
Yo mismo os consolaré.
(Isai. li, 12.)

Si tales y tantas son las miserias de la vida presente, que nadie ha podido hallar en ella la felicidad, sinó que, por el contrario, todos han tenido y tienen que sufrir angustiosas tribulaciones, amargos desengaños y dolores cruentísimos, no hay para que dudar, de que toda nuestra esperanza sólo descansa en Dios, que, segun el lenguaje de las santas Escrituras, es padre de los pobres, tutor de los huérfanos, defensor de los perseguidos y protector de las viudas (2). Pero, esta verdad, por más que haya sido predicada continuamente por los

(1) San Bernardo.
(2) Psalm. *passim.*

ministros del santuario, sin embargo, no es bastante atendida por los cristianos, que juzgando, no por la realidad, sinó por la apariencia de las cosas, y no conociendo todas las particularidades de la vida de los hombres, en quienes resplandece la infinita sabiduría y providencia del Criador, sucede con harta frecuencia, que desdeñen recurrir á Él en sus infortunios; ú obran de manera, que demuestran, evidentemente, que no tienen verdadera fé en las promesas del Cielo. Y así, vacío el ánimo de fé verdadera, óyense despues, como es natural, horribles blasfemias, que hacen temblar de espanto: Dios no existe, dicen, y si existe, no se cuida para nada de las cosas de este mundo; ó si se cuida de ellas, sírvese con tanta parcialidad de su poder, que no merece el nombre de verdadero Padre, sinó más bien de tirano. ¡Desgraciados, que tan necia y sacrílegamente hablais! ¿Acaso habeis recurrido alguna vez con fé viva á su amor, procurando haceros dignos de sus beneficios con humilde sumision á las disposiciones de su infinita sabiduría? La verdad es, que leyendo la historia de los verdaderos siervos del Señor, no hallamos ni uno tan solo, que no haya experimentado la prodigiosa proteccion del Cielo en el dia de tribulacion, sacando á este milagrosamente de la cárcel; proveyendo á aquel de pan en medio de los bosques é inhospitalarios desiertos; librando á uno de los asaltos de furiosos asesinos; salvando á otro de horrible tempestad en la mar, ó curándolo de grave enfermedad ó muerte segura. No; ni uno solo confió en vano en nuestro Padre que está en los cielos; y grato me es presentaros en esta noche, más que otra cosa, una nueva y solemne prueba de esta verdad en María, que habiendo salido del Templo en su orfandad, al parecer, tenía que quedar del todo abandonada á sí misma, sin esperanza humana en su porvenir, por un prodigioso y alto consejo de la Providencia, se le preparó el más dulce y suave consuelo que hubiera podido desear. ¡Oh Providencia divina! cuán maravillosamente resplandeces en la vida de aquellos que tienen fé en Tí y recurren á tu piedad! y nosotros, ciegos, no te vemos, ni aún cuando disfrutamos de los bienes, que son don tuyo; y sin tus misteriosos consejos, que, aunque indignos, nos socorren en todos sentidos, ya hubiéramos caido mil veces víctimas de la desesperacion. Lo veremos despues de saludar á María: A M.

Había quedado María, como queda dicho, bajo la inmediata proteccion de los sacerdotes del Templo. Cualesquiera que fueran aquellos á quienes cayó en suerte ejercer esta proteccion, es cierto que cumplieron con religiosa solicitud la santidad de tal deber; por cuyo

atribulados, que yo os consolaré.» ¡Oh insensatez! oh ceguedad! ¡Ah! ¿cuándo reflexionaremos? cuándo nos resolveremos, finalmente, á gustar la suavidad del divino amor, y la tranquila y dulce paz de aquellos que se refugian en el seno de su celestial misericordia? ¡Oh Señor! que tu voz resuene fuertemente en nuestro corazon, y con la eficacia de tu gracia, nos atraiga á Tí, que eres el único refugio de los atribulados, y el puerto de salvacion tras el naufragio! Y Tú ¡oh María! por cuyas manos descienden á los mortales las divinas gracias (1); Tú, amorosa Madre y protectora nuestra; interpon tu poderoso patrocinio cerca del trono de la misericordia, á fin de que, fortalecidos por el soplo de la inspiracion celestial, rotos para siempre los vínculos de la culpa, con que estamos ligados á las miserias del mundo, gocemos de la libertad y vivamos la vida de los hijos de Dios. Así sea.

DIA DUODÉCIMO.

LA ORFANDAD DE MARÍA.

Ego ipse consolabor Vos.
Yo mismo os consolaré.
(Isai. li, 12.)

Si tales y tantas son las miserias de la vida presente, que nadie ha podido hallar en ella la felicidad, sinó que, por el contrario, todos han tenido y tienen que sufrir angustiosas tribulaciones, amargos desengaños y dolores cruentísimos, no hay para que dudar, de que toda nuestra esperanza sólo descansa en Dios, que, segun el lenguaje de las santas Escrituras, es padre de los pobres, tutor de los huérfanos, defensor de los perseguidos y protector de las viudas (2). Pero, esta verdad, por más que haya sido predicada continuamente por los

(1) San Bernardo.
(2) Psalm. *passim.*

ministros del santuario, sin embargo, no es bastante atendida por los cristianos, que juzgando, no por la realidad, sinó por la apariencia de las cosas, y no conociendo todas las particularidades de la vida de los hombres, en quienes resplandece la infinita sabiduría y providencia del Criador, sucede con harta frecuencia, que desdeñen recurrir á Él en sus infortunios; ú obran de manera, que demuestran, evidentemente, que no tienen verdadera fé en las promesas del Cielo. Y así, vacío el ánimo de fé verdadera, óyense despues, como es natural, horribles blasfemias, que hacen temblar de espanto: Dios no existe, dicen, y si existe, no se cuida para nada de las cosas de este mundo; ó si se cuida de ellas, sírvese con tanta parcialidad de su poder, que no merece el nombre de verdadero Padre, sinó más bien de tirano. ¡Desgraciados, que tan necia y sacrílegamente hablais! ¿Acaso habeis recurrido alguna vez con fé viva á su amor, procurando haceros dignos de sus beneficios con humilde sumision á las disposiciones de su infinita sabiduría? La verdad es, que leyendo la historia de los verdaderos siervos del Señor, no hallamos ni uno tan solo, que no haya experimentado la prodigiosa proteccion del Cielo en el dia de tribulacion, sacando á este milagrosamente de la cárcel; proveyendo á aquel de pan en medio de los bosques é inhospitalarios desiertos; librando á uno de los asaltos de furiosos asesinos; salvando á otro de horrible tempestad en la mar, ó curándolo de grave enfermedad ó muerte segura. No; ni uno solo confió en vano en nuestro Padre que está en los cielos; y grato me es presentaros en esta noche, más que otra cosa, una nueva y solemne prueba de esta verdad en María, que habiendo salido del Templo en su orfandad, al parecer, tenía que quedar del todo abandonada á sí misma, sin esperanza humana en su porvenir, por un prodigioso y alto consejo de la Providencia, se le preparó el más dulce y suave consuelo que hubiera podido desear. ¡Oh Providencia divina! cuán maravillosamente resplandeces en la vida de aquellos que tienen fé en Tí y recurren á tu piedad! y nosotros, ciegos, no te vemos, ni aún cuando disfrutamos de los bienes, que son don tuyo; y sin tus misteriosos consejos, que, aunque indignos, nos socorren en todos sentidos, ya hubiéramos caido mil veces víctimas de la desesperacion. Lo veremos despues de saludar á María: A M.

Había quedado María, como queda dicho, bajo la inmediata proteccion de los sacerdotes del Templo. Cualesquiera que fueran aquellos á quienes cayó en suerte ejercer esta proteccion, es cierto que cumplieron con religiosa solicitud la santidad de tal deber; por cuyo

motivo al rayar María á los quince años de su edad, trataron de darla un esposo que fuese digno de su corazon. Pero, este consejo, que habría regocijado á otra doncella cualquiera de su edad, lo recibió ella con grandísima pena; ora porque de ánimo tan puro como el primer hálito de la creacion, había hecho al Señor voto de virginidad (1); ora porque, si bien jovencita, comprendía perfectamente á que género de vida gravosa y de grande importancia debía colocarla la disposicion de sus tutores. De manera que, segun un autor muy antiguo, citado por San Gregorio Niceno, se mantuvo firme en su propósito por largo tiempo, suplicando encarecidamente que la dejasen libre en el Templo para llevar allí una vida, inocente y oculta del todo á los ojos del mundo. Hé ahí, hermanos mios, un ejemplo de verdadera sabiduría: no apresurar, indiscretamente, por ímpetu de afectos las grandes resoluciones de la vida; sinó meditar acerca de ellas con madurez de juicio, para no llevar más tarde, por haber obrado con precipitacion, un amargo arrepentimiento. Empero, si el obrar de esa suerte, que á muchos parecerá exagerado, es necesario para la eleccion de cualquier estado, lo es mucho más tratándose del matrimonio, por ser éste el más difícil y solemne de todos en la economía del humano consorcio; el más grande de los sacramentos instituidos por Jesucristo para la santificacion de la familia y de la sociedad, como dice el Apóstol San Pablo (2); y ese estado y sacramento lleva consigo cargos y deberes muy delicados, de cuyo cumplimiento depende, en gran parte, el bienestar ó la ruina del mundo. Y, sin embargo, en nuestros dias, muchísimos van á recibir ese sacramento como si se tratara de un banquete ó baile, no teniendo en cuenta para nada los lazos fuertísimos con que se obligan, y de que no pueden desligarse jamás. ¡Por eso, tambien, son tan excepcionales las familias felices! casi ninguno de los cónyuges está enteramente contento; y rarísimas veces reina la paz entre ellos, deplorando, nécios, no haber meditado cuán grave peso era el que se imponían con el matrimonio. Pero debiais haberlo ántes meditado; pues, á decir verdad, causa desden, y hasta compasion, ver á jóvenes de tiernísima edad, lanzarse atrevidos y audaces por un camino que hace temblar aún á los más prudentes y discretos. Es preciso reflexionar de antemano, que tomar el estado conyugal no es andar solazándose dentro de un ameno y florido jardin, sinó que se entra en un campo de agudas y espesísimas espinas, que lastiman por todas partes. Importa

(1) Calmet, Trombelli, Santo Tomás, etc.
(2) Ephes. v, 32.

nada ménos que concretarse á fundar una familia, y despues, regirla y gobernarla, no sólo por lo que mira á su sustento, que no es cosa de tan poca monta, sinó, especialmente, en las relaciones morales de familia honrada, social y cristiana; para cuyos cuidados se necesita muchísima paciencia, plena abnegacion de sí mismo y gran prevision por todo cuanto pueda ocurrir; en una palabra, se necesita verdadera virtud, virtud varonil; pero tal, que todo jefe de familia debería ser un fiel trasunto de la antígua dignidad de los Patriarcas, lo cual no puede conseguirse sin una extraordinaria bendicion de Dios.

Todas estas cosas, pues, las comprendía perfectamente María, porque el Cielo la iluminaba de un modo extraordinario; pero, rehusaba especialmente el estado del matrimonio por mantenerse casta y vírgen, como lo había prometido solemnemente á Dios. Mas á una hija de David no le era lícito eximirse de tal obligacion, mayormente en aquellos dias, que el pueblo de Dios esperaba con la venida del Mesías, que, levantando su verde estandarte, pondría en fuga á las águilas romanas. Por consiguiente, la familia de la Vírgen, no queriendo renunciar á la esperanza de contar á este Salvador entre sus descendientes, deliberó, que María debía ceder de su propósito, escogiendo por esposo á uno de la descendencia de David. Y ella, cierta de que Dios le conservaría su virginidad, aunque fuera necesario un milagro, consintió resignada á los deseos de sus parientes. Luégo se hizo saber esta resolucion á todos aquellos que pudieran aspirar á su mano para que se presentasen, y se pudiera entre ellos escoger; y segun antiguas tradiciones del país, no fueron pocos los pretendientes que se presentaron, cada uno con cualidades propias que les recomendase al corazon de María. Este era un jóven distinguido y valiente; aquél dueño de fértiles campos, de viñas, de rebaños y olivares; acá valerosos capitanes, ricos en despojos de los vencidos enemigos; acullá Nabales, ó sea jefes de tribus, que la hubieran cubierto noblemente con telas de la India tejidas en oro, y con púrpura de Tiro, teñida dos veces de encarnado. Y, por último, hijos de ricos mercaderes, con esmeraldas de Egipto en la mano, turquesas de Irán, y perlas del golfo Pérsico, prontos á deponerlas á sus piés, con brazaletes de oro de gran precio, y pendientes bastantes para el rescate de un príncipe. Empero, todas esas ofrendas fueron repudiadas, prefiriendo por esposo á un hombre del pueblo, que había vivido siempre en castidad (1) y modestia, quien, en su humilde fortuna, se

(1) Orsini: *La Vergine*, ec., cap. vi, y propiamente la nota de la pág. 142.

contentaba con ganarse el pan con el sudor de su rostro: era éste José de Nazareth.

¡Cuán diferente es la sabiduría de Dios de la de los hombres! El Cielo me libre de alabar aquí aquellos padres, que con refinado estudio, y á veces con violencias manifiestas, inducen, ó más bien imponen á los hijos matrimonios repugnantes á las inclinaciones inocentes de su corazon: por el contrario, como á ministro del Señor y pregonero de la verdad evangélica, afirmo solemnemente, ser éste uno de los más graves delitos que se pueden cometer, porque equivale á arrojar dos almas al Infierno y abrir una larga série de escándalos, de discordias y de toda suerte de pecados los más horribles y execrables, bastante para contristar á toda la parentela, á los vecinos, y, tal vez, no solo á la ciudad donde esto tuviese lugar, sinó al país entero. ¿Quién ignora, que por tales motivos, se han cometido, algunas veces, horribles delitos? Pero, al mismo tiempo, no puedo ménos de decir á los jóvenes, que en negocio de tanta importancia se dejen guiar por los consejos de hombres discretos, y aún más por las enseñanzas de la Religion; de lo contrario, se colocarán al borde de un tremendo precipicio. No; no es el efímero esplendor de las riquezas, de la belleza, ó del talento, lo que constituye la felicidad de los esposos, el decoro de las familias y el bienestar del humano consorcio; sinó la virtud, la honestidad, la santidad de costumbres; la piedad, la modestia, y, finalmente, la práctica de los preceptos y consejos de la divina ley de Jesucristo. Las dotes exteriores expresadas no duran; ántes bien, pasados algunos dias ó meses de matrimonio, toman diferente aspecto; de ahí, el que aquella union, que poco ántes, se juzgaba que debía ser dulcísima y eterna, se cambie en antipatía, en rencores, en odios manifiestos, en litigios y escándalos de todo género; y ¡ojalá, que no terminen en separaciones y amargos divorcios! El tiempo no podrá reparar tanta ruina; ántes ésta se hará cada dia más espantosa; y no bastará á impedirla el peligro ni el temor de cercana muerte. Estas verdades, evidentes por razon de principios y por la experiencia, quisiera yo que penetrasen en el corazon de los jóvenes, á quienes me es grato augurar lo que los santos Padres afirman tuvo lugar en la eleccion de José por esposo de María. Por consiguiente, dignaos escuchar la tradicion, que sobre el particular se refiere en la historia del Monte Carmelo.

Dice, pues, la tradicion, que siendo muchos los que aspiraban á la mano de la Vírgen, segun queda dicho, los sacerdotes establecieron, que se verificase la eleccion consultando la voluntad del Cielo; todos los pretendientes fueron citados en una determinada tarde,

llevando una vara seca de almendro, y escrito su nombre en la misma; y que sería elegido esposo aquel cuya vara se hallase verde y florida á la mañana siguiente. Así se hizo: y como quiera que solo la vara de José, hijo de Natan, reverdeciese y ostentase flores, como un fresco ramillete que nace en primavera, los ancianos adjudicaron á la Vírgen María por esposa de José. De ahí la costumbre entre los artistas de pintar ó esculpir la imágen del santo Patriarca con la vara florida en la mano, con la cual tanto se embellece su efigie, y se hermosea el arte cristiano, como con sublimidad hizo, entre otros, en su celebre cuadro del Desposorio de la Vírgen, Rafael de Urbino. Luego, añade la misma historia, que uno de los jóvenes concurrentes, llamado Agabo, de una de las más ilustres familias de la Judea, visto el prodigio, rompió su vara, significando así su agudo dolor, corriendo enseguida á encerrarse en una gruta del Carmelo, en solitario consorcio con los misteriosos discípulos de Elías (1), como se ve en el expresado cuadro de Urbino. ¡Desdenes de amor contrariado, con frecuencia funestos y hasta criminales, cuando se rompe en excesos de desesperada melancolía, ó en peores desórdenes; pero á veces, en manos de Dios, próvido dispensador de la suerte humana, instrumentos de útiles y recomendables resoluciones, que fecundadas por la divina gracia, crean perfecciones de vida y de santidad admirables!

Confirmada con tal prodigio la eleccion del esposo, los tutores la comunicaron á María, la cual inclinó dócilmente la cabeza, por más que tuviera que abandonar, desde aquel instante, las elegantes labores, suaves perfumes, melodiosos cánticos y encantadoras magnificencias de su permanencia en el Templo, cuyas delicias tenía que trocar, dentro poco, por la vida oscura y las vulgares ocupaciones que le esperaban en la casa de un humilde artesano. Sin embargo, esta union conyugal, que á primera vista se reputaría una vil cosa, y hasta extravagante, fué el más noble de los vínculos matrimoniales que se hayan visto sobre la tierra. ¿Y sabeis por qué, hermanos mios? Porque Dios no dió por esposo á la Vírgen un hombre, cuyo mérito consistiese únicamente en tener á su disposicion una vasta posesion de campos, de viñas, ó de numerosos rebaños; cosas del todo pasajeras, que cambian de dueño, de suerte, que quien poco ántes estaba en posesion de esas riquezas, al cabo de poco se ve despojado de todas ellas; sinó que le dió un hombre justo, cuyo tesoro de virtudes no le serían robadas por toda la eternidad. Esto quiere

(1) *Hist. del Monte Carmelo*, cap. XII.

decir, que Dios sapientísimo, no mira las cosas por lo que parecen, sinó por lo que son; no la pompa exterior, que se aleja y desaparece como las sombras, sinó la virtud del corazon. Por consiguiente, puesto que Él deputó por esposo de María, su futura Madre, al humilde José, que con tal motivo debía llegar á la dignidad de padre putativo del Salvador del mundo, con solo esto se demuestra, en sentir de los Padres (1), que José poseía un tesoro de gracia y de santidad, hasta el punto de aparecer á sus divinos ojos digno de aquel elevado cargo, que no confió á ninguna inteligencia angélica; y no solo el primero en virtud, sin parangon, en medio del pueblo escogido; sinó que tambien en el órden sobrenatural sobrepujaba, sin comparacion, á toda otra criatura que existiese sobre la tierra (2). Por esto la Virgen debía ser confiada, no al más poderoso, sinó al más digno, al hombre verdaderamente justo, pues, en la presencia de Dios, solo la virtud es cosa real, y las grandezas humanas vanidad y humo.

Y hé ahí, cristianos, otro magnífico ejemplo á los padres de familia, para que al tratar del estado de sus hijos, miren, ántes que á las conveniencias de la vida y á la gloria, á la sólida virtud, al espíritu evangélico de Jesucristo, sin cuyas cosas en vano se lisonjearán de hallar paz, felicidad y contento. El matrimonio, conviene repetirlo, es la más abrumadora de las cargas á que el hombre pueda someterse en esta vida: es la union de dos almas en una sola fé y un mismo espíritu, para dar nuevos miembros á la sociedad y á la Iglesia de Jesucristo: mision difícil, penosa, gravísima, é imposible de cumplir sin un virtuoso y entero acuerdo de amor entre ambos contrayentes, ayudándose recíprocamente para llevar la carga, fortalecidos por la gracia del Cielo; sin la cual, no solo la union conyugal, sinó todo otro estado, no son más que terribles alternativas de alegrías aparentes y de reales dolores; un torbellino, que rueda y desaparece sin producir utilidad alguna; un meteoro, que aparece y se pierde, dejando tras sí un silencio sepulcral. Sí, hermanos mios; el hombre separado de Dios y de la Religion, vale tanto como un cadáver; que si nos place, podemos muy bien hacerlo mover por un instante, pero que luego se convierte en cenizas, que se esparcen por la inmensidad de los espacios, sin dejar tan solo rastro de su existencia.

¡Oh, Señor Dios nuestro amorisísimo! por los méritos y la intercesion de tu amada hija María, te pedimos ahora la gracia de que infundas en nuestro entendimiento luz de celestial sabiduría, para

(1) Véase: P. Ventura; *La scuola dei Miracoli, Paneg. de S. Giuseppe.*
(2) Orsini: *La Vergine;* tom. 1, cap. VII.

conocer esta gran verdad, de que entrando en el estado de vida, segun los dictámenes de tu Evangelio, hallaremos paz, amor, tranquilidad y contento; y que donde Tú no moras, solo hay tinieblas, llanto y desolacion. ¡Ah, Dios mio! cuántas familias viven en el mundo miserables y desconsoladas, solo porque se alejaron de Tí! Cuántas almas sacrificadas sobre el altar del dolor, porque no confiando en tu bondad, no pidieron ni recibieron de Tí la inspiracion de la vida! ¡Ah, Padre piadoso! suaviza con el dulce bálsamo de tu gracia preveniente las llagas sangrientas de su corazon; ilumínalos y conmuévelos de tal modo, que vuelvan á Tí y se salven! Tú ¡Dios mio! dirige nuestros pasos por la senda de la verdadera sabiduría, ya que solo Tú puedes señalar el camino que conduce al Cielo: y bondadoso como eres, sostén nuestras débiles fuerzas para el cumplimiento de los deberes del estado en que te serviste colocarnos; y no permitas que en las vicisitudes de la vida cerremos el oido á tus inspiraciones y advertencias, ni mucho ménos á las sacrosantas prescripciones de tu ley. Solo así, triunfando de nosotros mismos y del mundo, de sus peligros y asechanzas, un dia nos será concedido cantar eternamente, que Tú eres bondad infinita, y que tu misericordia no tiene límites. Así sea.

DIA TRECE.

LOS ESPONSALES Y EL MATRIMONIO.

Pars bona, mulier bona, in parte timentium Deum dabitur viro pro factis bonis.
Es una suerte dichosa la mujer buena: suerte que tocará al que teme á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.
(Eccl. xxvi, 3.)

La mayor parte de los hombres contraen matrimonio, el gran sacramento de la Iglesia, como le llama San Pablo. Y con razon; porque de este sacramento nace el principio con que se mantiene viva, crece y prospera la humana familia, y el reino de Jesucristo se multiplica siempre con nuevos hijos. Sin embargo, son muchísimos los arrepentidos, y rara vez recogen tales frutos que satisfagan sus esperanzas. ¿Por qué esto, hermanos mios? ¿Acaso no es el matrimonio, en realidad, lo que significa, segun derecho, ó sea, aquella religiosa, social y solemne institucion, cuya grandeza anunciaba el Apóstol de las naciones á los hijos de la Redencion? Sí; esta institucion es grande y maravillosa, y nobilísimo el estado que de ella proviene en la sociedad; pero el Apóstol añade, que esa grandeza y excelencia viene de Jesucristo y de su Iglesia. Lo cual significa, que el matrimonio, además de representar, mediante la santidad, la mística union que existe entre Jesucristo y la Iglesia, es necesario que se efectue bajo los auspicios de la Religion, no solo por lo que se refiere á las ceremonias con que suele celebrarse, sinó tambien, y muchísimo más, en cuanto al espíritu que la Religion infunde y fecunda en el corazon de los contrayentes; quienes deben de antemano conocer perfectamente el fin á que fué ordenado por Dios; y considerar, asimismo, todas las cargas, no por cierto ligeras, que le son inherentes, las cuales es imposible sobrellevar sin el auxilio de la gracia divina. Y aquí confieso, verdaderamente, que no llego á comprender el por

qué en nuestros dias haya hombres, que quisieran encerrar este estado fundamental de la vida de la humana familia y del consorcio civil, en los estrechos y miserables límites de un contrato meramente humano, prescindiendo por completo de la Religion. Pues, si á pesar de los esfuerzos de esa custodia divina de los tálamos y maestra de las virtudes, con harta frecuencia se rompe y huella la fé conyugal, y se olvidan los más sacrosantos deberes de familia; ¿dónde iríamos á parar, si el matrimonio careciese de sancion celestial? ¡Oh, hermanos mios! los paganos serán los que formulen nuestra condenacion en el tribunal de Dios, pues todos ellos, en todo tiempo y en todo lugar, consideraron el matrimonio como el acto más solemne de la vida, y por lo mismo, lo sancionaban con actos religiosos. Israel, tipo y figura del verdadero pueblo de Dios, y depositario de la tradicion primitiva, ¿acaso no invocaba el auxilio y la gracia del Cielo para santificar el matrimonio, bien que por la dureza de su corazon, profundamente viciado y corrompido, le hubiera Dios permitido lo que no lo era en su primitiva institucion divina? Esto es, precisamente, lo que veremos esta noche para nuestra saludable enseñanza en la celebracion de los esponsales y de las bodas de María! Pidamos ántes la gracia: A. M.

Para proceder con órden, conviene recordar, que entre los Hebreos, ántes del acto religioso del matrimonio, se celebraban, indispensablemente, esponsales, que, como es sabido de todo el mundo, son la solemne promesa que ha de cumplirse en el tiempo establecido por ambos contrayentes. Dichos esponsales tienen razon de contrato, en el cual se determinan las condiciones conocidas y aceptadas por ambos esposos. Esta promesa, segun antiguas memorias, hacíase por escrito del modo siguiente. «El año tercero, por ejemplo, el dia diez del mes de Tirsi, José, hijo de Natan, ha dicho á María, hija de Joaquin: Tú serás mi esposa, segun el rito de la ley de Moisés y de Israel. Prometo honrarte y proveerte de alimentos y de vestidos, como lo practican los maridos Hebreos que honran á sus mujeres, y las mantienen, segun se conviene. Miéntras tanto te doy en dote doscientos zusi (unas doscientas cincuenta pesetas), conforme lo manda la ley; y te prometo, además de los alimentos, del vestido y todo cuanto necesitares, la amistad conyugal, cosa comun á todos los pueblos de la tierra (1).»

Expliquemos brevemente esa fórmula por su antigüedad veneranda, y rica en útiles enseñanzas. En primer lugar, pues, decía el

(1) Orsini: *La Vergine*, tom. I, cap. VII.

futuro esposo á su prometida: «Prometo honrarte.» Ahora bien: creo yo, que honrar á la mujer, ante todo, equivale á decir, respetarla en su fé religiosa y en la delicada piedad de su corazon. Por consiguiente, el prohibir á la mujer, como sucede con harta frecuencia hoy dia entre nosotros, ir á misa, confesarse, y, en una palabra, vivir segun los principios y las obligaciones de su fé, creo, repito, que no solo es impiedad, sinó tambien tiranía, de que no se hallan ejemplos en la historia; ni aún entre los pueblos bárbaros y salvajes, cuyas mujeres son esclavas. Por lo mismo que la mujer tiene un alma que santificar, goza de los derechos sacrosantos é inviolables de libertad religiosa, que ninguna autoridad de amo ni de esposo puede coartar. Y además, ella es compañera del hombre, no esclava suya, ó instrumento de que pueda usar y disponer caprichosamente; es carne de su carne, y hueso de sus huesos (1). «En segundo lugar, prometo, decía el esposo hebreo, proveerte de alimentos y vestidos, como lo hacen los maridos hebreos que honran á sus mujeres, segun se conviene.» Con esto se comprende, fácilmente, que abandonarlas á sí mismas, y suministrarlas el sustento de un modo que apénas puedan vivir, el vestido más preciso para que no vayan desnudas, y exigirles con repugnante avaricia las cuentas del dinero invertido mañana y tarde para las minuciosas necesidades de la casa, miéntras que, por otra parte, se derrocha el caudal en comilonas, diversiones, fantasías y antojos; ¡quiera Dios que no fuera para cometer delitos! es barbárie, feroz tiranía y crueldad contra la propia sangre. «Te prometo, decía, finalmente, la amistad conyugal; cosa comun á todos los pueblos de la tierra.» Y aquí, verdaderamente, hermanos mios, si me fuera lícito en este lugar santo hablar con toda libertad, y no temiera ofender los castos oidos, como ministro de Dios tendría que referir gravísimas cosas, y revelar tremendos delitos. No obstante, no puedo ménos de decir, que el hombre á quien el rostro virginal y la primera maternidad de su compañera no bastan para ligarle con un amor estable, ni mantenerse casto dentro los límites del santuario del tálamo nupcial; ese hombre, por cierto, no tiene entrañas ni corazon; y así, no espere jamás en su vida contento ni felicidad, sinó más bien execrables maldiciones de su esposa y de sus hijos, y el horror de todo hombre honrado, y además, deberá dar cuenta de ello á la divina justicia. Puede decirse que ese tal no es verdaderamente hombre, sinó bestia.

Así, pues, como queda dicho, hechos los esponsales entre José y

(1) GÉNES. III, 23.

María, y haber dejado transcurrir, segun la costumbre hebrea, algunos meses de espera, se llegó, por último, al desposorio; al que, conforme á la ley, eran llamados á asistir todos los parientes, á fin de revestir la religiosa y doméstica ceremonia de la mayor solemnidad posible. Ahora bien; ántes de proseguir, investiguemos, hasta el punto que nos es lícito, el motivo por que la Vírgen estaba en los decretos divinos destinada al matrimonio. Muchas razones, y todas luminosísimas, aducen para ello los antiguos Padres de la Iglesia, que se refieren á Jesucristo de un modo especial. Yo observaré, solamente, que en este desposorio se cumplió la renovacion del Eden, que empezó en María, desde el primer instante de su concepcion, no contrayendo la culpa original, que causó la ruina de nuestros primeros padres y de toda su descendencia. Es decir: del mismo modo que Eva fué vírgen y esposa durante el tiempo que vivió en el Eden, así vírgen y esposa fué María; pero lo fué siempre, y no un solo instante de su vida. Destinada á representar y santificar todos los estados de la vida, todos coexistieron en ella, miéntras que en toda hija de Eva se suceden el uno al otro; y en todos alcanzó la perfeccion, pues fué esposa de José, y luego Madre de Jesús, sin dejar de ser vírgen. Toda mujer, además, al casarse, acepta y hace suya la nacion y la familia del hombre á quien se une; y así lo hizo la Vírgen, la cual, con el desposorio, se ligó, voluntariamente, como lo era por naturaleza, puesto que esa era la voluntad de Dios, al destino del pueblo de Israel; y más particularmente al de la casa de David, cuyo destino era de que diese á luz al Mesías redentor del Universo. Y al unirse ella al destino de aquel pueblo y de aquella casa, se unía al destino de todo el género humano, al cual venía á salvar su divino Hijo. Finalmente, el estado conyugal, á que la había destinado el Cielo, además de enriquecer, como enriqueció, á su alma de perfecciones y virtudes propias de aquel estado, sin detrimento de la perfeccion de la virginidad, había tambien de servir, como en realidad sirvió, para multiplicar las relaciones humanas de Jesucristo en la vida terrena, preparándole un hombre á quien debiese honrar como á esposo de su Madre, y serle grato como á bienhechor propio. Y, realmente, José amó, protegió, y procuró tanto bien á la infancia de Jesucristo, como se procura á la de un hijo natural; por consiguiente, no puede dudarse que Jesucristo le amó con correspondencia, y, por lo mismo, se le manifiesta siempre reconocido; lo cual debía resultar, como ha resultado, en beneficio nuestro; habiendo adquirido por este medio en José, un poderosísimo intercesor nuestro en el Cielo. Y si Jesucristo amó á José, ciertamente se hizo digno de ello, puesto que Jesucristo apreció

las personas y las cosas tales cuales eran. Y de ahí se viene en conocimiento de cuán grande y maravillosa sea la dignidad de san José. Al reflexionar, que él fué la única persona humana á quien Jesucristo debió, en justicia, en rigurosa justicia, mostrarse agradecido, no podemos ménos de admirar su grandeza; y esta grandeza nos obliga á honrarle, y nos enseña el por qué son honrados los Santos. Ya que Jesucristo, á quien todo se lo debemos, le quedó agradecido, tambien nosotros debemos serle gratos, y completar, ó más bien, adornar la adoracion á Jesucristo con la veneracion de José. Y tal es, en general, la veneracion de los Santos: de donde se sigue, que no conocen bastante la obra cristiana nuestros hermanos disidentes, los protestantes, que nos reprenden del culto á los Santos. ¿Qué injuria puede hacerse á Jesucristo, honrando á aquellos que Jesucristo honró? Me lisonjeo de que os habrá sido agradable que haya aquí ocupado vuestra atencion sobre esta grandeza del santo Patriarca; de esta figura sencilla, modesta y venerable, porque dentro poco desaparecerá del lado de su bendita esposa María: pero nosotros no debemos olvidar su memoria, ni dejar de amarle. Ahora volvamos al relato.

Corría, pues, la noche del dia veinte y dos de enero, y la luna, saliendo lentamente tras los montes de la Arabia, esparcía desde el firmamento su misteriosa y argentina luz; cuando hé aquí que se dirigió hácia la casa de la Vírgen una muchedumbre de mujeres ricamente vestidas, con el correspondiente cortejo de siervos, que llevaban en la mano antorchas de abeto encendidas; y era maravilla verlas, pues aquella luz, reflejada por los dorados cíngulos, por las redecillas de perlas y medias lunas de joyas que coronaban su frente, y por los diamantes de sus tiaras de Persia (1), se esparcía por todos lados como por un prisma investido de los rayos del sol. Si se añade á este atavío, el que, segun la costumbre de aquellos tiempos, se teñían de negro la parte superior é inferior de las cejas, y de minio y encarnado, como el cáliz de la rosa selvática, las extremidades de los dedos, puede imaginarse el efecto que produciría aquella suerte de adornos femeniles que se usaban para las solemnidades de los matrimonios. Y así que hubieron llegado al umbral de la habitacion de María, fueron introducidas en la sala principal, donde ella estaba sentada honoríficamente, en medio de las piadosas matronas y deudos que le formaban corona; las cuales, despues de abrazarse mutuamente, ante todo, ensalzaron y bendijeron á Dios que había criado al esposo y á la esposa, á quienes ofrecieron, en homenaje de benevo-

(1) Isai., cap. III.

lencia, congratulaciones y augurios, como en festiva preparacion para el solemne acto que iba á celebrarse. Es de inferir, que estas ceremonias conmoverían profundamente á María, al verse objeto de tanto cariño: ceremonias que se usaban en la nacion hebrea, y que, por lo tanto, debemos suponer que se practicaron, igualmente, en el matrimonio de María.

Ella, pues, segun costumbre, debía vestir de fiesta, con una larga túnica de Tiro, parecida á la de las vírgenes de Judá en los dias más solemnes de su nacion; llevar preciosos pendientes, y brazaletes de oro en los brazos, en memoria de los tiempos y costumbres patriarcales; don indispensable que le hizo José en el dia de los esponsales (1); además, un magnífico collar de perlas, guarnecido de brillantes, que descendía del cuello al pecho; y sobre la cabeza, en vez del áurea corona en forma de torre, que solían llevar las esposas de los ricos (2), una sencilla guirnalda de mirto, que debía hacer dulce contraste con sus blondos cabellos; y finalmente, un velo de Sidon, recamado de oro y plata, que la cubría majestuosamente de piés á cabeza, ondeando como una nubecilla vespertina dorada por los rayos del sol poniente. ¡Bello adorno, era, por cierto, el que se usaba en aquellas orientales regiones, y, al propio tiempo, sencillísimo, que me figuro haría aparecer á aquella criatura, ya de suyo divina, tan sorprendente, hasta el punto de quedar arrobado todo corazon! He dicho aquella criatura ya de suyo divina, puesto que era la misma inocencia salida purísima de las manos de Dios: y esta inocencia, y no los ornamentos, confería reputacion y esplendor á todos sus actos y á toda su persona; verdadera causa de su belleza, de sus atractivos y de sus gracias celestiales. La inocencia, hermanos mios, que conservada entera como la recibimos nosotros en el bautismo, ó adquirida de nuevo por medio de los demás sacramentos, es, en los jóvenes, el candor de la virginidad; en los esposos, la integridad y custodia de la virtud conyugal; en los ancianos, la sonrisa de una conciencia purificada y limpia de pecado; en todos, el rayo de la faz de Dios, que nos embellece con su belleza y atestigua al mundo que somos su imágen y semejanza. ¡Oh bella inocencia! oh virtud del todo celestial y divina! ¿Dónde moras? pues acá en la tierra, solo veo ahora desconciertos, liviandades y todo género de pésimas costumbres.

Pero, prescindamos, en este momento, de la gloria con que tanto

(1) *Correspond. d' Orient.; lettera* 147.
(2) Basnage: lib. VII, cap. XII.

resplandeció la bellísima Vírgen María, en el cortejo nupcial, y acompañémosla, segun el rito, á la nueva habitacion, que le estaba preparada en la casa de su esposo. Ved ya dispuestos cuatro jovencitos israelitas, que, segun la usanza hebráica (1), desplegado un dosel de precioso lienzo, la toman y conducen como en triunfo: tiene á uno de sus lados á una matrona, que figura su madre Ana, y al otro su querida prima María Cleofé (2); y así, al son de arpas, tímpanos, flautas y tamboriles, se dirigen hácia el lugar designado, miéntras que la regocijada muchedumbre del pueblo, saliendo por el camino, agita por los aires ramos de mirto, de olivos y palmas: finalmente, viene José, llevando en la cabeza una corona formada de terroncitos de sal trasparente como un cristal, todo al uso propio de aquella nacion, seguido de numeroso cortejo de amigos, que manifiestan su alegría con aclamaciones y cánticos, que un moderno viajero, á quien cupo ver semejantes usos en la Siria, compara al festivo tropel de segadores ó de vendimiadores de las colinas en tiempo de la cosecha. Entretanto, las mujeres de Israel, colocadas en doble fila, á derecha y á siniestra, por donde ha de pasar el nupcial cortejo, arrojan flores y ramos á los piés de los esposos, y de trecho en trecho, segun usanza tomada de los Egipcios, parándose María, le echan encima olorosas esencias de rosa (3). Eran costumbres que aquel pueblo había recibido por tradicion de sus padres; y esto bastaba para que las observase escrupulosamente; de todo lo cual se infiere, la grande importancia que daban al matrimonio; y no hay para que decir, que todas esas costumbres estaban profundamente informadas de religion, que infundía místico color en todos los actos de dichas ceremonias. ¡Plugiese á Dios que interviniese, igualmente, la santidad de la inspiracion de la fé en la celebracion de los desposorios de nuestros dias, y que este acto tan solemne de la vida humana no se hiciese consistir únicamente en puras y vanas apariencias, como acontece con harta frecuencia en la mayor parte de nuestros países, aunque cristianos y católicos!

De esta suerte, pues, llegó la regocijada comitiva á la casa nupcial. Antes de pasar el umbral, era costumbre gritar: «¡Bendito aquel que viene!» ó sea el esposo. Al entrar en la sala, José envuelto en su manto, y María en su velo, fueron á sentarse, el uno al lado del otro, debajo el dosel. Luego José, despues de colocar el anillo en el dedo de María «Tú eres, le dijo, mi mujer, segun el rito de Moisés y de Israel.»

(1) Niebuhr, *Viaggio in Arabia*, tom. 1.
(2) *Ricerche storiche su la persona di Gesia Cristo e di Maria.*
(3) Orsini: *La Vergine*, etc. tom. 1, cap. VII.

Y la cubrió con su manto, segun leemos que Booz lo hizo con Ruth (1). Entónces uno de los más próximos parientes derramó vino en una taza, y despues de haberlo probado, dió de beber á los esposos, miéntras que los demás arrojaban por el aire puñados de trigo; finalmente un muchacho, tomando el vaso, lo arrojó contra el suelo, reduciéndolo así á pedazos (2). Despues de este acto, toda la reunion se levantó, y bendijo de nuevo al Señor, que había criado al hombre y la mujer; pasaron á la sala del banquete. Así, pues, la Religion entre los Hebreos, pueblo escogido de Dios, era la sustancia y la informacion de todo acto de la vida, tanto pública como privada; un feliz augurio en el principio, y feliz término y corona en el fin. Práctica útil y recomendable, que quisiera ver adoptada por todos los cristianos, conforme lo practicaban ya nuestros mayores en todas sus operaciones, persignándose á lo ménos con la augusta señal de la cruz: que no es, en suma, una cosa de tan poca importancia y vergonzosa, como piensan algunos; no, no es cosa pequeña ni vergonzosa el hacer públicamente la señal de la cruz, cuando con esta señal se adornan el pecho, aún en nuestros dias, los grandes de la tierra, y la llevan esculpida los reyes en sus coronas.

Pero hé aquí que llega, finalmente, la fiesta de las bodas de María, pasados los siete dias señalados por las costumbres hebráicas para tales regocijos; por eso los dos santos esposos se encaminan, en compañía de los parientes y amigos, alegres con el festivo acorde de flautas, címbalos y tamboriles, hácia la fuente de Anathoth, su país natal, que era Galilea. Largo era el viaje, siendo necesario atravesar los montes de Samaria, los bosques de Sichem, el país de Garizim, y las elevadas cumbres de Ebal y de Sebaste, hasta que á mitad de la segunda jornada empezaron á aparecer el monte Thabor, las pendientes del Líbano y las selváticas cimas del Ermon, donde las cabras apacentábanse de tiernos pimpollos; y desde allí, pasando por la deliciosa llanura, que á manera de inmenso jarro de flores se extiende por delante, llegaron á Nazareth. Bella es esa ciudad, situada en un valle sembrado de cebada, trigo y trébol, donde todo vegeta maravillosamente, y se respira el fresco vientecillo de primavera, mucho más caluroso y suave que en nuestras regiones. Una luz límpida y dorada colora y embellece el cielo de tal manera, que arroba de encanto; riegan aquellos lugares frescos y cristalinos riachuelos; y veíanse tambien en aquellos dias elevarse aquí y allá ricas aldeas, rodeadas de bellos bosquecillos de palmeras, y de

(1) Buxtorf.
(2) Basnage, lib. VII, cap. XXI. *Instituz. di Mosé*, lib. VII. cap. I.

trecho en trecho, alguna escarpada peña, donde las guardias del país hacían centinela para precaverse de los ladrones nocturnos y de los Arabes del desierto. En el centro de este encantador valle, ceñido todo de montes, situado en el confin de la tierra de Esdrelon, se eleva sobre hermosa colina la pequeña Nazareth, en donde José y María hicieron su humilde entrada, puesto que su grande virtud solo era conocida del Señor del Cielo. ¡Salve, afortunados esposos, que no hubieron ni habrán iguales sobre la tierra! ¡Salve, almas puras é inocentes, unidas por los vínculos de un amor enteramente divino, como aquel que unió felizmente en un solo corazon á Adan y Eva, inocentes, en el paraíso terrenal! ¡Salve, noble estirpe de David, de presencia humilde é insignificante á los ojos de la sabiduría humana, pero siempre grande en virtud, y ahora más que nunca grandísima, pues se aproxima el dia en que va á venir para colocarte de nuevo en toda la grandeza de tu antiguo esplendor el Deseado de los siglos!

¡Oh! sí, grande sobre toda ponderacion y divino es, Dios mio, el espectáculo de la virtud y de la paz doméstica que gozan en Nazareth José y María, hechos esposos en cumplimiento de los designios de tu infinita misericordia para salvacion del universo! ¡Oh sublime alegría de la inocencia, que brilla en los ojos de María, bajo la sombra protectora de su venerable esposo José, cuya alma está toda absorta en los profundos misterios de la divina Providencia, que le unió tan admirablemente á aquella criatura divina! ¡Oh mundo desventurado é infeliz, que tan neciamente de ries de la paz que desciende del Cielo! muéstranos una familia tan tranquila y bienaventurada, donde tú entras á mandar con tus caprichos, con tus pasiones y con tantas promesas como haces de una completa felicidad. ¡Oh, Dios mio! que este espectáculo, tan conmovedor, que admiramos en José y María, brille en la mente de aquellos que se sienten llamados al elevado y gravísimo estado del matrimonio, y no podrá ménos de conmovérseles el corazon hasta derramar lágrimas! ¡Oh José! oh María! mostraos piadosos como fuisteis esposos de amor casto é inmaculado, á los jóvenes cristianos y á las inocentes doncellas; y aprendan de vosotros aquellas virtudes que santifican acá en la tierra, llevando en sí la bella y santa imágen de vuestra divina union, para descansar despues en el tálamo inmortal del Esposo de nuestras almas, Jesucristo, en el Cielo. Así sea.

DIA CATORCE.

LA ANUNCIACION.

Missus est angelus Gabriel ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph.

El ángel Gabriel fué enviado á una vírgen desposada con cierto varon llamado José.

(Luc I, 27.)

Figuraos, hermanos mios, un hermoso y fértil campo enteramente cubierto de variada y exuberante vegetacion, que en su tiempo haya sido cultivado y recibido oportunamente los ardores del sol y la benéfica lluvia del Cielo; vereis crecer en él bellas y ufanas plantas, llenarse en breve de flores, y cargarse de frutos, prometiendo así recompensar con abundancia los sudores con que el agricultor lo ha regado; y le cobrará tanto afecto, que empleará en él todos sus haberes y formará las delicias de su corazon. Lo propio sucede en una familia criada en los santos principios de la Religion, bajo la égida de la proteccion divina: adelantando cada dia más en virtud y en santidad, será en breve espectáculo de solemne maravilla para el mundo, los Angeles y los hombres (1), que quedarán suspensos de estupor. ¡Figuraos, despues, cuánto se complace Dios y goza en colmarla abundantemente de sus más gratas bendiciones! Entre muchos de los ejemplos que podría aducir, mirad, os diré, á las familias de Noé, de Abrahan, de Isaac, de Jacob y de todos los virtuosos y venerables patriarcas de la antigua alianza: no solo gozaron con abundancia de toda suerte de bienes que puede honradamente suministrar la tierra, sinó que, además, elegidos por su fé y piedad sincera para recibir revelaciones sobrenaturales, que un dia debían manifestarse á todas las

(1) I Corinth. IV, 9.

trecho en trecho, alguna escarpada peña, donde las guardias del país hacían centinela para precaverse de los ladrones nocturnos y de los Arabes del desierto. En el centro de este encantador valle, ceñido todo de montes, situado en el confin de la tierra de Esdrelon, se eleva sobre hermosa colina la pequeña Nazareth, en donde José y María hicieron su humilde entrada, puesto que su grande virtud solo era conocida del Señor del Cielo. ¡Salve, afortunados esposos, que no hubieron ni habrán iguales sobre la tierra! ¡Salve, almas puras é inocentes, unidas por los vínculos de un amor enteramente divino, como aquel que unió felizmente en un solo corazon á Adan y Eva, inocentes, en el paraíso terrenal! ¡Salve, noble estirpe de David, de presencia humilde é insignificante á los ojos de la sabiduría humana, pero siempre grande en virtud, y ahora más que nunca grandísima, pues se aproxima el dia en que va á venir para colocarte de nuevo en toda la grandeza de tu antiguo esplendor el Deseado de los siglos!

¡Oh! sí, grande sobre toda ponderacion y divino es, Dios mio, el espectáculo de la virtud y de la paz doméstica que gozan en Nazareth José y María, hechos esposos en cumplimiento de los designios de tu infinita misericordia para salvacion del universo! ¡Oh sublime alegría de la inocencia, que brilla en los ojos de María, bajo la sombra protectora de su venerable esposo José, cuya alma está toda absorta en los profundos misterios de la divina Providencia, que le unió tan admirablemente á aquella criatura divina! ¡Oh mundo desventurado é infeliz, que tan neciamente de ries de la paz que desciende del Cielo! muéstranos una familia tan tranquila y bienaventurada, donde tú entras á mandar con tus caprichos, con tus pasiones y con tantas promesas como haces de una completa felicidad. ¡Oh, Dios mio! que este espectáculo, tan conmovedor, que admiramos en José y María, brille en la mente de aquellos que se sienten llamados al elevado y gravísimo estado del matrimonio, y no podrá ménos de conmovérseles el corazon hasta derramar lágrimas! ¡Oh José! oh María! mostraos piadosos como fuisteis esposos de amor casto é inmaculado, á los jóvenes cristianos y á las inocentes doncellas; y aprendan de vosotros aquellas virtudes que santifican acá en la tierra, llevando en sí la bella y santa imágen de vuestra divina union, para descansar despues en el tálamo inmortal del Esposo de nuestras almas, Jesucristo, en el Cielo. Así sea.

DIA CATORCE.

LA ANUNCIACION.

Missus est angelus Gabriel ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph.

El ángel Gabriel fué enviado á una vírgen desposada con cierto varon llamado José.

(Luc I, 27.)

Figuraos, hermanos mios, un hermoso y fértil campo enteramente cubierto de variada y exuberante vegetacion, que en su tiempo haya sido cultivado y recibido oportunamente los ardores del sol y la benéfica lluvia del Cielo; vereis crecer en él bellas y ufanas plantas, llenarse en breve de flores, y cargarse de frutos, prometiendo así recompensar con abundancia los sudores con que el agricultor lo ha regado; y le cobrará tanto afecto, que empleará en él todos sus haberes y formará las delicias de su corazon. Lo propio sucede en una familia criada en los santos principios de la Religion, bajo la égida de la proteccion divina: adelantando cada dia más en virtud y en santidad, será en breve espectáculo de solemne maravilla para el mundo, los Angeles y los hombres (1), que quedarán suspensos de estupor. ¡Figuraos, despues, cuánto se complace Dios y goza en colmarla abundantemente de sus más gratas bendiciones! Entre muchos de los ejemplos que podría aducir, mirad, os diré, á las familias de Noé, de Abrahan, de Isaac, de Jacob y de todos los virtuosos y venerables patriarcas de la antigua alianza: no solo gozaron con abundancia de toda suerte de bienes que puede honradamente suministrar la tierra, sinó que, además, elegidos por su fé y piedad sincera para recibir revelaciones sobrenaturales, que un dia debían manifestarse á todas las

(1) I Corinth. IV, 9.

naciones, alcanzaron tanta gloria, que con solo pronunciar su nombre, nos vienen á la mente ideas de la grandeza y magnificencia más extraordinarias. Por consiguiente, deducid, hermanos mios, el sublime destino que esperaba tambien sobre la tierra á José y María; aquél, hombre justo por excelencia (1), casto y puro como los Angeles del Cielo; ésta, hija primogénita de la gracia del Eterno (2), que desde el primer instante de su bienaventurada concepcion, pura y libre de toda culpa, había nacido al mundo y desarrollado su vida como cosa propia del Paraíso. ¡Oh Nazareth! oh santa casa de Dios! ¿quién podrá referir las maravillas que en tí han de cumplirse? ¡Oh David, fiel siervo del Señor! aquí tendrán, finalmente, efecto las grandes promesas que te fueron juradas (3); es decir, el grande prodigio de la divina misericordia que salvará al mundo, y se perpetuará en la tierra hasta la consumacion de los siglos! Esta es, hermanos mios, la materia que nos ocupará esta noche. Empecemos, despues de saludar á María. A. M.

Establecidos ya, finalmente, María y José en su amada ciudad de Nazareth, parece que fueron á morar en la antigua casa de santa Ana. ¡Cuán dulce y bendita sería su vida en aquellos primeros y bienaventurados meses de su matrimonio, solo Dios podría decírnosio. La paz del Señor reinaba en aquella humilde, pero santa habitacion; y dividían su tiempo entre el trabajo y la oracion, elementos esenciales de la vida, desde que el hombre, pecando, perdió la inocencia. Y segun la antigua costumbre de los Hebreos, que subsiste todavía entre los Arabes, y en muchísimos otros países de Oriente, raras veces se permitía á las mujeres conversar con los hombres: José ejercía su oficio de carpintero en un local separado enteramente de aquel que ocupaba María. No es que yo pretenda, ciertamente, hermanos mios, tanta delicadeza y circunspeccion en nuestros dias; pero, no puedo dejar de manifestar, que siempre deben emplearse grandes y delicadas consideraciones, sin excluir á los mismos casados, en la sociedad doméstica, para mantener íntegra la virtud; ya que todos estamos amasados de pasiones, y para todos, del vicio á la virtud no hay más que un paso, que una vez dado, nadie sabe hasta dónde irá á parar; y con harta frecuencia se encuentran con dificultades que otros hubieran creido imposibles á primera vista.

(1) MATTH. I, 19.
(2) ECCLES. XXIV.
(3) PSALM. LXXXVIII, V. 4.
(4) De Geramb; *Pellegrinaggio a Gerusalemme.*

El taller, pues, en que trabajaba José constaba de una estancia á planta baja, de unos doce pasos de ancho por catorce de largo, en cuyo umbral exterior había un asiento de piedra para comodidad del peregrino; asiento cubierto con una estera de palma para resguardo de los ardorosos rayos del sol (1): y aquí fabricaba arados, yugos, rústicos carros, casas de madera y tiendas movibles, á propósito para custodiar los campos (2); á cuyo fin iba con frecuencia á cortar sicomoros en los vecinos bosques de Sichem, y negruzcos terebintos en las cimas del Monte Carmelo. Esto lo practicaba con muchísima alegría, instruido como estaba por la divina historia, que el trabajo es una condicion indispensable de nuestra vida; condicion dura y penosa despues de la culpa, pero natural al hombre; tal, que si se hubiese mantenido inocente como Dios le había criado, no hubiera sido más que un fácil y dulce ejercicio de sus fuerzas naturales. En efecto, el Génesis nos dice, que Dios puso al hombre á cultivar la tierra, apénas le hubo criado; y solo despues de la culpa le hizo saber, que, de allí en adelante, aquel trabajo se le haría pesado, y tendría que alimentarse de pan con el sudor de su frente, y que solo le produciría espinas y abrojos, miéntras que sin la culpa hubiera sido la tierra un ameno y delicioso jardin (3).

Pero, no tan solo José conservaba en su corazon esta verdad para atesorar méritos, sinó tambien su santa esposa María cumplía con toda la diligencia posible, los humildísimos quehaceres que atañen á una mujer de familia. En efecto, aunque de régia estirpe, nunca jamás buscó siervos ni esclavos para su servicio; ántes se deleitaba en tejer con sus propias manos la tosca estera de hojas de palma y de caña que cubría la éra de la casa. Luego hilando, torcía á su huso lino grosero; ó machacando, segun la costumbre de las mujeres hebreas, el trigo, la cebada y otros granos (4), amasaba con aquella gruesa y amarilla harina pequeñas y redondas hogazas para la frugal comida. Además, cubierta con su cándido velo, iba como las mujeres de los patriarcas á buscar agua en la vecina fuente con un cántaro sobre la cabeza (5), y á lavar sus azules túnicas en las corrientes de los riachuelos, como las princesas de Homero. No creais, hermanos mios, que estas cosas sean invenciones ó exageraciones mias. Jesucristo, testigo de vista de la vida laboriosa de esta admirable Mujer, su Ma-

(1) Burckhardt; *Viaggio in Arabia*, tom. I.
(2) San Ambrosiò, lib. III, *in Luc.*
(3) GENES. II, 15.
(4) Burckhardt, *loc. cit.*
(5) De Geramb, *loc. cit.*

dre, alude muchas veces á ella en sus parábolas; alusiones que puede descubrir fácilmente el que estudie bien las páginas del sagrado Evangelio (1).

¡Bello y útil ejemplo para vosotras, oh mujeres, especialmente para aquellas que, recien casadas, cambian enteramente de lo que ántes eran; poco há, vivas, fuertes, hacendosas, elegantes, limpias, todo alma y vida, que con solo verlas enamoraban aún á los más esquivos; ahora, delicadas, perezosas, débiles, y tan abandonadas é indolentes, que se atraen el desprecio hasta de los maridos más complacientes! ¡Y luego se quejan, como si no tuvieran ellas la culpa, de que no sean tenidas en estima y amor como al principio! Pero ¿á quién ha de culparse? ¿Por qué, para mantener siempre tierno y constante el amor de vuestros esposos, no conservais aquel mismo arte que empleasteis con tan finas agudezas para conquistar su corazon? Este arte consiste, principalmente, en atender con amorosa diligencia á vuestros deberes de mujeres honradas y caseras, y procurar solo el agrado de aquellos á quienes consagrasteis vuestro amor y vuestra vida.

Así se portaba precisamente María, que ocupada todo el dia en varias labores, al anochecer, cuando los pájaros van en busca de abrigo, y se anidan en los bosques debajo las hojas de los árboles, disponía la pulida y sencilla mesa que José había labrado con sus propias manos, poniendo sobre la misma el manjar que había preparado; ó sea pan de cebada, lacticinios, frutas y legumbres secas, ordinaria y legal comida de los descendientes de los príncipes de Judá; y esto una sola vez al dia, despues del trabajo al anochecer. Sí, hermanos mios; aquellos sencillos manjares, preparados con sinceridad de corazon, eran el alimento principal del antiguo pueblo de Dios; gente tan discreta como sóbria, que en la necesidad sabía contentarse con pan y agua (2). No pretendo decir con esto, que debamos nosotros practicar lo mismo, atendidos el cambio de tiempos, usos y hábitos en que vivimos; pero me parece puesto en razon, que en todas partes fuese más honrada de lo que es la virtud de la parsimonia, lo cual redundaría no poco á favor de la economía; y así, satisfaciendo las justas necesidades del presente, se podría atender más fácilmente á las del porvenir. Debieran hacerse cargo de ello, principalmente, las clases humildes del pueblo, que dejándose llevar en nuestros dias de toda suerte de francachelas y comilonas, y

(1) Luc. xiii, 21. Matth. xiii, 33. etc. Orsini: *La Vergine* etc., tom. I, capítulo VIII.

(2) Fleury: *Costumi degli Ebrei.*

entregándose muy á menudo á la ociosidad, ponen en peligro, las más de las veces, la posibilidad de ganarse la vida en lo futuro, siempre incierto, por razon de los inciertos y con frecuencia funestos sucesos de la vida.

Pero, además de las expresadas virtudes, otras no ménos bellas y santas adornaban á María, de las cuales me limitaré á referir tan solo una para vuestra edificacion. Cuando José, fatigado por el trabajo del dia, volvía á casa al ponerse el sol, se apresuraba á traerle un vaso de agua tibia para lavarse, segun la costumbre de los Hebreos, las plantas de los piés, y luego otro de fresca y cristalina para hacer las acostumbradas y religiosas abluciones ántes de la cena (1). ¡Oh mujeres, hermanas mias! con solo que tuvierais la mitad de este amor diligente para con vuestros maridos, estoy cierto de que recibiriais en cambio un amor semejante al vuestro; y así podríamos esperar ver entre nosotros á más de una familia parecida á la de José y de María. ¡Admirable familia, donde estas dos criaturas, el primero, tan grave, tan sencillo y de patriarcal continente; la otra, tan santa, solícita y amorosa, formaban la más bella pareja conyugal que jamás se hubiese visto sobre la tierra (2)!

Entretanto, habían ya trascurrido dos meses desde que los dos santos esposos llevaban tan tranquila y santa vida; cuando se cumplió, finalmente, el tiempo establecido por el Eterno, para efectuarse la obra tan suspirada de la Redencion humana. Daba la hora vespertina, y María ,como fuera del comercio de los sentidos y recogida en profunda meditacion, con el rostro hácia donde estaba Jerusalen, ofrecía la oracion de la noche al Dios de Jacob. Los ojos, medio cerrados, las manos juntas, y el alma absorta en el piélago del amor divino, se espaciaba por las altas regiones del infinito; cuando uno de los siete bienaventurados espíritus que permanecen constantemente delante del trono de Dios en el cielo, se le aparece de repente, y cubriéndola toda con su radiante luz, le dice: «Dios te salve, oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres (3).» A estas palabras, María quedó profundamente turbada, temiendo que fuese una asechanza urdida contra su pureza, virtud tan cara á ella sobre todo lo criado. ¡Hé ahí un saludable ejemplo para nosotros, hermanos mios, que cuidamos tan poco de custodiar el depósito de la pureza de nuestro corazon!

El Angel, al ver aquella delicada turbacion, la tranquilizó, diciendo:

(1) Orsini, *La Vergine*, etc., tom. I, cap. VIII.

(2) P. Groiset, *Esercizi di pietá*, tom. XVIII.

(3) Luc. i, 28.

«¡No temas, oh María, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David; y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin (1).» Y María, mucho más sorprendida, respondió: «¿Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco varon alguno? El Angel en respuesta le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el Santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios! Y ahí tienes á tu parienta Elisabeth, que en su vejez ha concebido tambien un hijo: y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes, porque para Dios nada es imposible (2).» ¡Oh palabras sublimes! ellas solas bastan para mostrarnos que ese mensajero era verdaderamente un Angel del Paraíso; ya que en esto consiste precisamente el sumo sér de Dios, que es, no solo la razon de toda existencia, sinó tambien de la posibilidad de todas las cosas, las cuales son posibles por el Verbo divino, y por Él fueron criadas y duran en su existencia.

En efecto; María, á tales palabras del Angel, comprendió claramente el misterio; por eso no opuso más resistencia, sinó que cedió, y consintió en tener parte en el cumplimiento de la obra inefable de la Redencion. Virtud tanto más recomendable, en cuanto que otras hubieran querido, primeramente, saber las razones, el cómo y el cuándo; pero María, inclinando humildemente la cabeza, contestó: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra (3)!» El Angel entónces desapareció, y en el mismo instante de en medio los esplendores del cielo bajó el Hijo de Dios á tomar naturaleza humana en el seno de la Vírgen para habitar entre nosotros, cuya gloria se difundiría para dar vida á todo el universo; gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad (4). ¡Qué estupenda revelacion en este coloquio del Angel con María! Si yo no creyese en la divinidad de nuestra fé, este coloquio me bastaría para creer en ella. ¡Jamás se han dicho cosas tan grandes, ni con tan admirable sencillez! Cierto, preciosa poesía, se dirá, atendida la infinita belleza del hecho y del relato; pero el poeta es Dios, que poetiza creando la realidad de las cosas: su primer poema fué el universo. Y ahora, llegada la ocasion de entrar en escena María, el autor

(1) Luc. I. 30, 31, 32 y 33.
(2) Luc. I, 34, 35, 36 y 37.
(3) «Ecce ancilla Domini, etc.» Luc. I, 38.
(4) Joann. I, 14.

desciende y la ocupa Él mismo juntamente con nosotros, en medio de nosotros, como uno de nosotros, y nos recita su parte. Y por eso el Universo, que hasta entónces había vivido de su vida, de la vida que recibiera de Dios en la creacion, empieza desde luego á vivir de una vida divina, de la vida de Dios, que sin quitar nada al Cielo, dióse á sí mismo á los hombres en el seno de la Vírgen. Por tanto ¿quién, Dios mio, llegará á comprender jamás la grandeza de tal acontecimiento, el *non plus ultra* de tu bondad y omnipotencia? ¡Oh bondad de Dios! oh gloria inmortal de María! oh portento único desde la eternidad! oh estupor! oh milagro de milagros! oh dignidad incomparable la de la Vírgen de Nazareth! Tú sola, entre todas las mujeres, fuiste digna ¡oh María! de ser escogida para tanta excelencia de gloria, que no existe ni existirá en todos los siglos otra criatura, ni aún entre los más elevados coros de las inteligencias celestiales; el mismo Dios no pudo criar otra gloria mayor.

Hermanos mios; detengámonos aquí, no pasemos más adelante, os diré con el Crisóstomo (1), pretendiendo penetrar ese abismo de gloria, ni intentemos saber de que modo recibió María en su seno, por obra del Espíritu Santo, esa milagrosa fecundidad, mediante la cual llegó á ser Madre de Dios; puesto que tal es el misterio, que no solo fuera infernal arrogancia, sinó tambien locura quererlo comprender, ni aún en parte. No obstante, si á alguno se le hiciera difícil creerlo, le diría: la encarnada rosa, que concibe el puro rayo del sol, y lo presenta luego revestido de la propia sustancia, ¿no es un claro símbolo, y aún diría, figura de la Vírgen, que concibió y parió á su Criador? Pero nosotros, creyentes, consideremos más bien la alegría que, por tanto prodigio de la bondad divina, se difunde del uno al otro confín del universo, el cual siente cercana su Redencion, y cantemos la grande misericordia del Señor. ¡Ved como los astros del firmamento, poco ántes ofuscados por las negras tinieblas con que los cubría la divina condenacion por el pecado de Adan, brillan con nuevo esplendor; y como las avecillas cantan alegres y festivas, fuera de lo acostumbrado, entre las frondosidades del bosque, saludando á la naciente aurora! La tierra toda recobra el vestido de fiesta, con que apareció en los dias de la creacion, y despiertan por todas partes tiernos sentimientos de alegría y júbilo, con la esperanza del próximo rescate. En una palabra, doquiera se vuelva la vista es todo magnificencia; doquiera se trasporte el hombre con el rápido pensamiento, la naturaleza renace á la vida, y la gracia abre los te-

(1) Serm. IV.

soros de la eternidad. Todo nos repite, que surgió un nuevo dia para alegría de los mortales. ¡Oh salve, dia del Señor! nosotros te consideraremos siempre como el más sublime de los dias; y al renovarse tu memoria, cantaremos himnos eternos de amor á la infinita misericordia (1). Hoy la justicia y la paz se reconciliaron con el ósculo de la nueva alianza (2); hoy quedamos libres de la maldicion de la culpa, y recobramos las delicias de la gracia, constituidos nuevamente herederos de aquella eterna bienaventuranza, que para siempre habíamos perdido, miserablemente, pecando.

Te adoramos ¡oh Verbo divino! hecho carne en el seno inmaculado de María para nuestra redencion. ¡Oh bondad infinita! ¡oh nueva y nunca oida misericordia! puesto que el ofendido se humilla al ofensor; el padre, al hijo; el dueño, al esclavo; el Criador, á la criatura, que pecando brutalmente, se habia propuesto derribar de su trono á Aquel, que por solo amor la habia sacado de la nada para que participase de su vida. ¡Oh dulce Hijo de Dios y de María, esplendor eterno de la gloria de los Santos (3)! ¿cómo podremos nosotros mostrarte nuestra gratitud y reconocimiento? Nosotros no podemos con palabras darte las debidas gracias, ni siquiera concebir el pensamiento de dártelas, si Tú con la gracia no creas en nosotros un corazon nuevo (4), un corazon capaz de comprender la grandeza del beneficio que nos otorgaste con tu encarnacion. ¡Oh María! habla Tú por nosotros; dí Tú al bendito fruto de tu seno, que ya procuraremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de amarle. Ahora somos pecadores; todavía estamos cogidos en los lazos de la culpa, y tenemos necesidad de ser libertados de ella. Y Tú sola ¡oh Madre divina! Tú, á quien fué dado por Dios ser fecunda del divino Verbo, y por lo tanto, gloriosísima Madre de su Hijo, Dios lo mismo que su eterno Padre; Tú sola puedes con el Verbo, hecho hijo tuyo, obrar el prodigio que nos regenere á su gracia y á su amor. Esta gracia te pedimos hoy, postrados al pié de tu altar. Escúchanos ¡oh Madre dulcísima! pues para Tí, Madre amorosa, nada es imposible, habiendo sido digna de ser escogida entre todas las mujeres para dar vida al Omnipotente; y nosotros, con el auxilio divino, nos mostraremos agradecidos, viviendo fieles á tu Jesús en esta vida mortal, hasta que contigo lleguemos á verle cara á cara y gozarle en la pátria bienaventurada de los Santos. Así SEA.

(1) Prac. *liturg.*
(2) PSALM. LXXXIV, 11.
(3) HEB. I, 3.
(4) EZECH. XVIII.

DIA QUINCE.

LA VISITA Á ELISABETH.

Esurgens Maria abiit in montana... et salutavit Elisabeth.
Partió María, se fué á las montañas, y saludó á Elisabeth.
(LUC. I, 39.)

No son pocos en nuestros dias, los que víctimas de una preocupacion, ó más bien, de un error bastante funesto para la Iglesia de Jesucristo, van diciendo, que la Religion hace á los hombres tan tacaños y medrosos, así en la especulacion de la ciencia, como en la práctica de la vida, que son incapaces de toda generosa empresa ó accion magnánima. Esta trivial afirmacion del número infinito de los nécios, nos causaría más bien compasion que despecho, si entre nosotros fuese considerable el número de los sábios, y fueran ellos los reguladores de la opinion pública; pero como, por desgracia nuestra, han logrado los malvados, con sus perversas doctrinas heréticas é impías, corromper, con harta frecuencia, la sencilla fé de las naciones, es de todo punto necesario impugnarlos. ¡Ea, pues, enemigos de Jesucristo! oid, y presentadnos las razones que teneis á favor vuestro. ¿Cuál es, y cuál ha sido, contestad, la secta que, como la Religion Católica, haya impulsado los hombres á recorrer mares, montes é inmensos desiertos, hasta los últimos confines de la tierra, con el único fin de apartar á los salvajes de la feroz degradacion de la barbárie, y reducirlos al estado de civilizacion con la luz divina del Evangelio? ¿Quién de vosotros se dedicó, como los católicos, con solemne juramento, al servicio de los enfermos, sin excluir los apestados, ir en busca del viajero extraviado en medio de las eternas nieves de los montes, llevar consuelos en el fondo de las oscuras cárceles, y, finalmente, socorrer toda suerte de infortunios, y enjugar tantas lágri-

soros de la eternidad. Todo nos repite, que surgió un nuevo dia para alegría de los mortales. ¡Oh salve, dia del Señor! nosotros te consideraremos siempre como el más sublime de los dias; y al renovarse tu memoria, cantaremos himnos eternos de amor á la infinita misericordia (1). Hoy la justicia y la paz se reconciliaron con el ósculo de la nueva alianza (2); hoy quedamos libres de la maldicion de la culpa, y recobramos las delicias de la gracia, constituidos nuevamente herederos de aquella eterna bienaventuranza, que para siempre habíamos perdido, miserablemente, pecando.

Te adoramos ¡oh Verbo divino! hecho carne en el seno inmaculado de María para nuestra redencion. ¡Oh bondad infinita! ¡oh nueva y nunca oida misericordia! puesto que el ofendido se humilla al ofensor; el padre, al hijo; el dueño, al esclavo; el Criador, á la criatura, que pecando brutalmente, se habia propuesto derribar de su trono á Aquel, que por solo amor la habia sacado de la nada para que participase de su vida. ¡Oh dulce Hijo de Dios y de María, esplendor eterno de la gloria de los Santos (3)! ¿cómo podremos nosotros mostrarte nuestra gratitud y reconocimiento? Nosotros no podemos con palabras darte las debidas gracias, ni siquiera concebir el pensamiento de dártelas, si Tú con la gracia no creas en nosotros un corazon nuevo (4), un corazon capaz de comprender la grandeza del beneficio que nos otorgaste con tu encarnacion. ¡Oh María! habla Tú por nosotros; dí Tú al bendito fruto de tu seno, que ya procuraremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de amarle. Ahora somos pecadores; todavía estamos cogidos en los lazos de la culpa, y tenemos necesidad de ser libertados de ella. Y Tú sola ¡oh Madre divina! Tú, á quien fué dado por Dios ser fecunda del divino Verbo, y por lo tanto, gloriosísima Madre de su Hijo, Dios lo mismo que su eterno Padre; Tú sola puedes con el Verbo, hecho hijo tuyo, obrar el prodigio que nos regenere á su gracia y á su amor. Esta gracia te pedimos hoy, postrados al pié de tu altar. Escúchanos ¡oh Madre dulcísima! pues para Tí, Madre amorosa, nada es imposible, habiendo sido digna de ser escogida entre todas las mujeres para dar vida al Omnipotente; y nosotros, con el auxilio divino, nos mostraremos agradecidos, viviendo fieles á tu Jesús en esta vida mortal, hasta que contigo lleguemos á verle cara á cara y gozarle en la pátria bienaventurada de los Santos. Así SEA.

(1) Prac. *liturg.*
(2) PSALM. LXXXIV, 11.
(3) HEB. I, 3.
(4) EZECH. XVIII.

DIA QUINCE.

LA VISITA Á ELISABETH.

Esurgens Maria abiit in montana... et salutavit Elisabeth.
Partió María, se fué á las montañas, y saludó á Elisabeth.
(LUC. I, 39.)

No son pocos en nuestros dias, los que víctimas de una preocupacion, ó más bien, de un error bastante funesto para la Iglesia de Jesucristo, van diciendo, que la Religion hace á los hombres tan tacaños y medrosos, así en la especulacion de la ciencia, como en la práctica de la vida, que son incapaces de toda generosa empresa ó accion magnánima. Esta trivial afirmacion del número infinito de los nécios, nos causaría más bien compasion que despecho, si entre nosotros fuese considerable el número de los sábios, y fueran ellos los reguladores de la opinion pública; pero como, por desgracia nuestra, han logrado los malvados, con sus perversas doctrinas heréticas é impías, corromper, con harta frecuencia, la sencilla fé de las naciones, es de todo punto necesario impugnarlos. ¡Ea, pues, enemigos de Jesucristo! oid, y presentadnos las razones que teneis á favor vuestro. ¿Cuál es, y cuál ha sido, contestad, la secta que, como la Religion Católica, haya impulsado los hombres á recorrer mares, montes é inmensos desiertos, hasta los últimos confines de la tierra, con el único fin de apartar á los salvajes de la feroz degradacion de la barbárie, y reducirlos al estado de civilizacion con la luz divina del Evangelio? ¿Quién de vosotros se dedicó, como los católicos, con solemne juramento, al servicio de los enfermos, sin excluir los apestados, ir en busca del viajero extraviado en medio de las eternas nieves de los montes, llevar consuelos en el fondo de las oscuras cárceles, y, finalmente, socorrer toda suerte de infortunios, y enjugar tantas lágri-

mas, cuantos son los dolores de la vida? No basta contestar, que estos hechos son excepcionales, siendo manifiesto á todo el mundo, que proceden de la intrínseca naturaleza del Catolicismo, cuya historia forman, desde Jesucristo, hasta nosotros; en la cual debe abarcarse tambien la del pueblo Hebreo, que fué su preparacion. Y en la misma historia del pueblo Hebreo, aunque fuera tan solo la preparacion del Catolicismo; ¿á quienes podriais vosotros oponer á Moisés, á David, al hebreo José, á Judith y á los Macabeos? ¡Ah! rendíos, al fin, y confesad, que la religion católica hace capaces á los hombres de grandes acciones, y los pone en condicion de obrar maravillas de heroismo, del cual no tienen ejemplo las historias profanas. De cuya verdad, me es grato esta noche presentar como prueba á la Vírgen de Nazareth, que aunque lleve en su seno el fruto divino, no obstante, impulsada por el fuego de caridad, emprende un penosísimo viaje por los elevados montes de la Galilea. Pidamos ántes la gracia. A. M.

Apénas María supo por el Arcángel la milagrosa fecundidad de su parienta Elisabeth, se dirigió en persona, impulsada por el amor, á los montes de la Judea para darle el más afectuoso parabien. Este fué el motivo, y no otro, segun indicaron maliciosamente algunos herejes, dispuestos siempre á empañar los divinos relatos, de que queria asegurarse de aquel prodigioso suceso; pues su alma, cándida como la misma inocencia, no conocia el desolador excepticismo, que invade tan miserablemente en nuestra época á todos los entendimientos, y desnaturaliza todos los corazones; sinó que, por el contrario, porque prestó plena fé al anuncio angélico, emprendió inmediatamente el camino, cediendo al impulso de la hidalga benevolencia de su corazon; enseñando así al mundo, que la fé debe ser fácil y pronta en lo relativo á las manifestaciones del poder y de la misericordia de Dios para con los hombres; ora haga Él mismo oir su voz en la cumbre del Sinaí; ora hable al corazon de los patriarcas y de los justos de toda edad; ó ya enseñe á las naciones por el sublime magisterio de su Iglesia. Y aquí no puedo ménos de exhortaros á que os guardeis de una nueva costumbre de nuestro siglo, que al paso que protesta y pretende ser católico, en realidad, con sus inconsiderados discursos y sus obras inícuas se separa del gran centro de la Iglesia de Jesucristo.

Yo ya creo, dicen algunos, en el santo Evangelio; pero, no se me hable de la Iglesia católica, ni de su cabeza el Sumo Pontífice, á quien se pretende conferir el atributo de la infalibilidad, como si no fuese un hombre como otro cualquiera, sujeto á error, sinó más bien

una divinidad. Yo acepto la fé en el Evangelio; pero, no hablemos de lo demás. ¡Este lenguaje, hermanos mios, es puramente herético, y aún peor: así hablaron Arrio, Focio, Lutero, Calvino, y todos los heresiarcas y cismáticos de las edades pasadas y de los tiempos más próximos á los nuestros; los cuales, con la Biblia en la mano, y sus falsos principios en el corazon, decían: Aquí teneis las santas Escrituras, que contienen la Religion verdadera que debemos profesar. Pues bien; la historia nos enseña cuales han sido los frutos de su predicacion: han destruido en algunos pueblos la fé, la Iglesia, los Libros santos, la misma razon humana, todo. Y para instruirnos algun tanto acerca de este importantísimo argumento, dejando aparte que la Iglesia es una sociedad verdadera, y que no puede existir sociedad sin autoridad gubernativa, ni gobierno sin jefe supremo; les pregunto tan solo: ¿el Romano Pontífice tiene, ó no, sobre los demás fieles alguna prerogativa? pues sabemos que á él solo, esto es, á Pedro, el primero de los Pontífices Romanos, dijo Jesucristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: contra ella no prevalecerán las fuerzas del infierno, y á tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos (1).» Y solo á él dijo: «Apacienta mis corderos (los fieles): apacienta mis ovejas (los obispos, puestos aquí y allá para gobernar con él, y dependientes de él, mi Iglesia) (2). Además de esto; ¿qué seguridad tendría yo en la fé, si aquel que es su cabeza pudiese errar, y llevarme á su error? ¡Ah, hermanos mios! no demos oidos á tales blasfemias, no nos dejemos arrastrar por tales razonamientos infernales! Y aún ménos os dejeis sorprender cuando oigais declamar, que el Papado ha cumplido su tiempo, y que este ó aquel es, ó será el último Jefe de la Iglesia. Volved la vista al Vaticano en estos dias de tan terrible y universal tempestad de la sociedad cristiana: el espectáculo de aquella piedra inconmovible contra todos los golpes de las furiosas olas, miéntras se derrumban y desaparecen para siempre tronos, instituciones y reinos enteros, debe bastar para convencernos, de que no dejarán de cumplirse las palabras de Jesucristo: *portæ inferi non prævalebunt.* Depositario de las prodigiosas llaves, sin ejército, ni proteccion; rodeado de encarnizados enemigos; embestido constantemente por desencadenada tempestad; amenazado de hierro y fuego; blanco de maldiciones, de tormentos y de muerte; ha visto, no obstante, desfilar á su presencia diez y

(1) Matth. xvi, 18 y 19.
(2) Joann. xxi, 16 y 17.—Act. xx, 28.

nueve siglos, todos más ó ménos adversarios suyos, sin que nadie haya tenido fuerza bastante para derribarlo de su trono; miéntras desaparecieron, una tras otra, todas las potestades de la tierra que cantaban el propio triunfo. ¡Oh, hermanos mios! si no nos place argumentar como católicos, hagámoslo al ménos como filósofos, dejándonos amaestrar por la historia; y la historia aquí está para persuadirnos, que el Catolicismo es la piedra que nunca será removida por ningun poder de la tierra; y que quien quiera que osare combatir contra ella, saldrá con la cabeza rota y aplastadas las sienes. Mostrémonos, pues, sensatos en una materia tan importante y necesaria para la salvacion.

¡Oh! cuán bella es la fé de los sencillos, y bellísima y sublime la de María, de la cual aquí nos ocupamos! Creyendo Ella verdaderamente, que, segun lo anunciado por el Arcángel, Elisabeth era madre por milagro, se fué apresuradamente á visitarla. Y á propósito, pregunta San Ambrosio: ¿por qué tanta y tan tierna solicitud en María para visitar á su prima Elisabeth en su nuevo estado? Porque la caridad verdadera, responde el santo Doctor, no sufre dilacion: habiendo sido Ella, desde su más tierna infancia, llena de benevolencia y de amor, sentía ansiedad de comunicar á sus parientes más caros, de quienes había sido más particularmente protegida en la infancia, aquella abundancia de santificacion y de gracia de que estaba colmado su seno, por Jesucristo su Hijo, y verdadero Hijo de Dios (1); bien así como el arroyuelo que baja espontáneo de los montes, se extiende manso y benéfico por los prados, hace crecer las yerbas y los vástagos, para que no falte pasto al rebaño que el pastor conduce allí por la mañana. Este es para nosotros un bello ejemplo, que nos enseña de que manera hemos de ejercer la caridad, con la fácil y natural difusion de un corazon amoroso, aunque no tuviéramos que socorrer las necesidades agenas: puesto que caridad significa, y es, amor que sale del corazon, y obra el bien por solo amor al bien. Por cuyo motivo, al dar limosna se ha de procurar que, al paso que se socorre al pobre y se alivia su necesidad, no nos domine el interés, ú otra baja pasion que destruya su mérito, y la despoje de su celestial belleza; pues no es caridad cuando, contra el precepto evangélico, sabe muy bien la siniestra mano lo que hace la derecha (2). Tampoco es caridad, cuando se hace con tan poca modestia, que el pobre se ve precisado á sonrojarse; ni cuando se da por segundas intenciones de política, para adquirir reputacion, ó satisfacer el fausto y el orgullo; y mucho

(1) Orsini: *La Vergine*, tom I.
(2) MATTH. VI, 3.

ménos si se quiere sacar inícuo provecho de la miseria de nuestros hermanos. La caridad ha de ser expansion del puro amor de Jesucristo.

Y purísimo amor fué la benevolencia de María, la cual, apénas hubo resuelto visitar á su parienta Elisabeth, partió al instante, sin atender á lo largo del viaje, ni á su delicadeza, y que estaba en cinta. Elisabeth vivía en Ain, á dos leguas hácia el mediodía de Jerusalen; y para trasladarse allí, eran necesarios cinco dias de camino; debiendo atravesar parte de la Galilea, toda la Samaria, y la tierra de Judá; país interrumpido á cada paso por escabrosos montes, torrentes y terroríficos desiertos. Además de que los caminos eran ruines sobremanera, por la condicion del terreno, donde sucedía, frecuentemente, que se hundiesen al paso de los camellos, y á cada instante pusiesen al viajero en grave peligro. Añádase, el tener que acostarse por la noche sobre el duro suelo, bajo la desgarrada tienda de alguna caravana del desierto; y el temor de ser asaltados por los Árabes, que vivían constantemente de la rapiña. Pero María en nada de esto pensó, impaciente como estaba de hacer participante á su prima de las divinas bendiciones que había recibido del Cielo, ¡Prodigios de benevolencia, de que solo es capaz un amor verdadero é intenso! Me refiero al amor que desciende de lo alto, pues todo otro amor, creedme, hermanos mios, es efímero, dura un solo dia, rechaza todo pesar y todo sacrificio, á no ser muy ligero, y tan sólo por razon de satisfaccion propia.

Los eruditos discuten, si la Vírgen emprendió aquel viaje en compañía de su esposo José, ó bien sola. Algunos pretenden que fuese esto último, por lo mismo que el Evangelio no hace mencion alguna de José. Pero es preciso tener en cuenta, que los Evangelistas no escribieron minuciosamente todo cuanto sabían de Jesús y de su Madre María, pues, habría sido necesario, dice San Juan, escribir una infinidad de volúmenes (1). Está, pues, fuera de toda verosimilitud, que un hombre tan piadoso y lleno de sabiduría como José, dejase andar sola, expuesta á las incomodidades y peligros que hemos apuntado, á una esposa jóven, bella, sencilla, delicada, y que ignoraba completamente los usos y las artes del mundo, confiada, y sin abrigar sospecha alguna como la misma inocencia salida de las manos de Dios Además, que nadie acostumbraba viajar solo, y ménos las mujeres, por los desiertos de la Siria; donde, aún en nuestros dias, se va en compañía de numerosas caravanas, cuando ménos, para

(1) JOAN. XXI, 25.

defenderse de los ataques de los Árabes, que infestan constantemente aquellas tierras, y asaltan, roban y asesinan á cuantos encuentran al paso (1). Por último, no carece de fuerza para persuadirnos que José acompañó en aquel viaje á su dulce esposa María, la pintura, acorde con las antiguas tradiciones, que nunca nos representa la bella escena de la visitacion de María á su muy amada prima Elisabeth, sin figurar en ella la risueña imágen de su esposo José.

María, pues, llegó á la ciudad sacerdotal despues de cinco dias de viaje, donde Zacarías moraba con su familia. Y llegado que hubo á la casa de Elisabeth, ¿quién sería capaz de escribir lo que pasó en ella, y en aquellas dos almas celestiales reunidas por tan extraordinarios prodigios del Cielo? Una jóven esposa tan amada como María, que despues de cinco dias de fatiga, ve, por último, á su venerable prima, á la cual tanto amaba; y la afectuosa y venerable Elisabeth, que, sin esperarlo, admira en su presencia á la divina Madre del Salvador, es una escena que no puede describirse con palabras humanas. Su salutacion fué la siguiente: María, con la mano puesta sobre el corazon, dijo á Elisabeth: «La paz sea contigo.» A estas palabras Elisabeth quedó arrobada como fuera de sí, encendiéndosele el rostro de una viva llama; y fué colmada de tal gracia, que hasta el milagroso fruto de sus entrañas dió señales de regocijo. Es decir, que Juan sintió la presencia de Jesucristo, y Elisabeth conoció y creyó la encarnacion del divino Verbo en el vientre de su parienta. Por cuyo motivo exclamó, y dijo á María: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oidos, que dar saltos de jubilo la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada tú que has creido! porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor (2).»

¡Oh santa y dulce amistad de los tiempos patriarcales! cuán gratas y conmovedoras son las escenas de tus sagrados amores! Pero esta fué una escena más que patriarcal, escena de Paraíso. ¡Oh hermanos mios! nosotros, aunque tan diferentes de esas almas escogidas, tan degradados y encenegados brutalmente en los vicios siempre crecientes de la mal llamada civilizacion del siglo, con solo quererlo, podremos tambien consolarnos con el placer de semejantes amistades, sinceras, justas y cordiales. He dicho queriendo, para significar, que las inspiraciones de nuestros afectos y de nuestras ternuras

(1) Volney, *Viaggio in Siria*.
(2) Luc. I, 42.

debieran proceder del santo amor de Jesucristo; y de ese amor procederían siempre, si recordásemos que todos hemos sido criados á fin de constituir una sola familia de santos acá en la tierra, para trasformarse despues en una sola familia celestial en la bienaventuranza. A este fin vino el Salvador al mundo, para enseñarnos el amor de Dios y del prójimo, en lo cual está cifrada toda su ley (1), único orígen de toda alegría verdadera; la alegría que inundó al alma de la Vírgen y la de Elisabeth. De ahí, pues, el que la bellísima Madre de Dios la contestara con aquella admirable improvisacion del Magnificat, el más bello y sublime cántico de cuantos hayan salido de la boca de los profetas en los éxtasis de inspiracion divina. ¡Oid pueblos, cielos oid; oid mares, rios y montes; yerbas, plantas, flores y animales; oid esta armonía celestial! «Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios salvador mio. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazon de los soberbios. Derribó del sólio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericodia, acogió á Israel su siervo, segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahan y á su descendencia por los siglos de los siglos (2).» ¡Oh cántico! oh palabras! oh sentidos arcanos de Paraíso! Pues que indudablemente María, en tal éxtasis de amor tiernísimo que la arrebató en el seno de su Criador, vió el cumplimiento perfecto de todas las profecías, y su futura gloria en la de su hijo Jesús, cuyo imperio no tendrá fin en el Cielo, en la tierra y sobre el Infierno! Y ¡oh inefable conmocion, con la cual debió sentir mezclarse en su corazon los más santos y sublimes afectos, viéndose elevada, no ya sobre toda criatura terrena, sinó sobre los Querubines, los Serafines y todas las gerarquías angélicas de la celestial Sion; Madre de Dios, y todo el género humano redimido; Reina del universo, á la cual se levantarían templos en toda playa, se consagrarían altares en todas partes, y cantarían todos los hombres festivos himnos de alabanza! ¡Oh! sí, abre ¡oh María! tus labios para cantar; motivos tienes para ello. ¡Tu nombre, despues del de tu Hijo Jesús, está destinado á resonar gloriosísimo en el Cielo y en la

(1) Matth. xxii, 40.
(2) Luc. I, 47 y siguientes.

tierra por todos los siglos, y no habrá otro que como el tuyo sea exaltado, bendito é invocado para alcanzar la salvacion!

Hermanos mios; si hoy algun adulador hiciese semejante prediccion á una mujer elevada extraordinariamente por la fortuna á un trono, ¿acaso la creeriais, y la creyera ella misma? Contemplad los terribles acontecimientos de que es teatro la Europa, y con esto os habreis contestado á vosotros mismos. ¡Ah! las orgullosas fortunas de esta tierra son siempre infelices; infelices cuando caen y cuando suben; porque en el mismo acto de subir, está la causa de su caida. «Dios, dice la Virgen, derribó del sólio á los poderosos y ensalzó á los humildes; colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada.» Los poderosos, los soberbios, los ricos, aunque cristianos, pertenecen á la sociedad vieja, á la sociedad que decae, hasta en sus triunfos: y, por el contrario, los que temen á Dios, los humildes, componen la sociedad nueva, vaticinada por María, y fundada por su Hijo Jesucristo; sociedad que durará eternamente, y vivirá siempre feliz. María la predijo, y, en cierto modo, la formó en sí misma; y por esto todas las generaciones la llamaron y la llamarán bienaventurada.

¡Oh, Señor! tambien Tú obraste en nosotros cosas grandes sobre toda ponderacion; pero ¡ah! cuán léjos estamos de mostrarnos agradecidos por ello, cual lo hizo religiosamente tu amada Hija y Madre María! Obraste en nosotros cosas grandes, sacándonos de la nada por sola tu bondad, dándonos un alma hecha á tu imágen y semejanza, capaz de conocerte y de amarte; vistiéndonos de la original justicia y santidad, con que pudiéramos aspirar al Cielo; y además de esto, poniéndonos en medio de un jardin lleno de delicias, donde tu beneficencia derramó toda suerte de dones naturales y de gracia. Y todo eso ¡Dios mio! no bastó para mantenernos en tu amor, sinó que, por el contrario, como si no te conociéramos, de esto mismo sacamos motivo para pervertirnos; de tal modo, que hasta deseábamos ocupar el sólio de tu gloria. ¡Ingratitud, delito, monstruosidad! Pero no; basta. Bondadoso como eres, y Padre de infinita misericordia, quisiste socorrernos con la gracia de tu perdon; y enviando á la tierra á tu único Hijo, consubstancial á Tí, obraste en nosotros nuevas y más estupendas maravillas, redimiéndonos de la maldicion eterna con su vida y su muerte dolorosísima de cruz; y poniéndonos en el seno de la Iglesia, que fundó con su propia sangre, en provecho nuestro, hasta la consumacion de los siglos; y procurándonos en ella un sinnúmero de medios para reconciliarnos contigo, cuantas veces pecaremos de nuevo, con los sacramentos, los ritos y las solemnidades de tu culto; en fin, abriste en provecho nuestro todos los tesoros de tu infinita benignidad. Y á tantos milagros de amor hemos correspondido con negra ingratitud. ¡Ah! llénate, alma mia, de vergüenza y de confusion, indigna, como eres, de mirar al Cielo. Mas, si en tu confusion te humillas y confiesas tu pecado, Dios amoroso te abrirá otra vez los tesoros de sus gracias y de sus misericordias. Así sea.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA RESIDENCIA EN AIN.

Mansit María cum illa quasi mensibus tribus.
Detúvose María con Elisabeth cosa de tres meses.
(Luc. I, 19.)

Dios crió al hombre para que fuera feliz, y por eso lo constituyó rey de toda la naturaleza en el jardin del Eden, lugar de todas las delicias, donde cuantas maravillas existen en la tierra resplandecían siempre con nueva y más espléndida magnificencia. ¡Ah! si el hombre hubiera conservado la inocencia y la justicia de que le había revestido el Señor (1)! Solo con eso, atendido el fin de su creacion, todas las cosas le hubieran servido como de gradas para elevarse al Criador; más aún: en cada una de ellas, desde las estrellas más encumbradas del firmamento, hasta el humilde riachuelo que se oculta bajo las yerbas del valle, hubiera visto y admirado su hermosa imágen, y suspirado por él con todo el trasporte de su corazon. Mas ¡ay! el infeliz pecó; y la culpa ofuscó de tal suerte su inteligencia, y pervirtió de tal manera su voluntad, que, perdiendo

(1) Gen. I, 15.

tierra por todos los siglos, y no habrá otro que como el tuyo sea exaltado, bendito é invocado para alcanzar la salvacion!

Hermanos mios; si hoy algun adulador hiciese semejante prediccion á una mujer elevada extraordinariamente por la fortuna á un trono, ¿acaso la creeriais, y la creyera ella misma? Contemplad los terribles acontecimientos de que es teatro la Europa, y con esto os habreis contestado á vosotros mismos. ¡Ah! las orgullosas fortunas de esta tierra son siempre infelices; infelices cuando caen y cuando suben; porque en el mismo acto de subir, está la causa de su caida. «Dios, dice la Virgen, derribó del sólio á los poderosos y ensalzó á los humildes; colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada.» Los poderosos, los soberbios, los ricos, aunque cristianos, pertenecen á la sociedad vieja, á la sociedad que decae, hasta en sus triunfos: y, por el contrario, los que temen á Dios, los humildes, componen la sociedad nueva, vaticinada por María, y fundada por su Hijo Jesucristo; sociedad que durará eternamente, y vivirá siempre feliz. María la predijo, y, en cierto modo, la formó en sí misma; y por esto todas las generaciones la llamaron y la llamarán bienaventurada.

¡Oh, Señor! tambien Tú obraste en nosotros cosas grandes sobre toda ponderacion; pero ¡ah! cuán léjos estamos de mostrarnos agradecidos por ello, cual lo hizo religiosamente tu amada Hija y Madre María! Obraste en nosotros cosas grandes, sacándonos de la nada por sola tu bondad, dándonos un alma hecha á tu imágen y semejanza, capaz de conocerte y de amarte; vistiéndonos de la original justicia y santidad, con que pudiéramos aspirar al Cielo; y además de esto, poniéndonos en medio de un jardin lleno de delicias, donde tu beneficencia derramó toda suerte de dones naturales y de gracia. Y todo eso ¡Dios mio! no bastó para mantenernos en tu amor, sinó que, por el contrario, como si no te conociéramos, de esto mismo sacamos motivo para pervertirnos; de tal modo, que hasta deseábamos ocupar el sólio de tu gloria. ¡Ingratitud, delito, monstruosidad! Pero no; basta. Bondadoso como eres, y Padre de infinita misericordia, quisiste socorrernos con la gracia de tu perdon; y enviando á la tierra á tu único Hijo, consubstancial á Tí, obraste en nosotros nuevas y más estupendas maravillas, redimiéndonos de la maldicion eterna con su vida y su muerte dolorosísima de cruz; y poniéndonos en el seno de la Iglesia, que fundó con su propia sangre, en provecho nuestro, hasta la consumacion de los siglos; y procurándonos en ella un sinnúmero de medios para reconciliarnos contigo, cuantas veces pecaremos de nuevo, con los sacramentos, los ritos y las solemnidades de tu culto; en fin, abriste en provecho nuestro todos los tesoros de tu infinita benignidad. Y á tantos milagros de amor hemos correspondido con negra ingratitud. ¡Ah! llénate, alma mia, de vergüenza y de confusion, indigna, como eres, de mirar al Cielo. Mas, si en tu confusion te humillas y confiesas tu pecado, Dios amoroso te abrirá otra vez los tesoros de sus gracias y de sus misericordias. Así sea.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA RESIDENCIA EN AIN.

Mansit María cum illa quasi mensibus tribus.
Detúvose María con Elisabeth cosa de tres meses.
(Luc. I, 19.)

Dios crió al hombre para que fuera feliz, y por eso lo constituyó rey de toda la naturaleza en el jardin del Eden, lugar de todas las delicias, donde cuantas maravillas existen en la tierra resplandecían siempre con nueva y más espléndida magnificencia. ¡Ah! si el hombre hubiera conservado la inocencia y la justicia de que le había revestido el Señor (1)! Solo con eso, atendido el fin de su creacion, todas las cosas le hubieran servido como de gradas para elevarse al Criador; más aún: en cada una de ellas, desde las estrellas más encumbradas del firmamento, hasta el humilde riachuelo que se oculta bajo las yerbas del valle, hubiera visto y admirado su hermosa imágen, y suspirado por él con todo el trasporte de su corazon. Mas ¡ay! el infeliz pecó; y la culpa ofuscó de tal suerte su inteligencia, y pervirtió de tal manera su voluntad, que, perdiendo

(1) Gen. I, 15.

la divina luz de lo verdadero, y arrastrado por sus sentidos hácia la tierra, hallóse sumido en tal abismo de tinieblas, que no pudo ménos de estremecerse de horror, bien que ya casi no se reconociera á sí mismo. ¡Desdichada criatura! ¿qué se ha hecho de tu bienaventuranza? dónde está aquella dulce sonrisa que atestiguaba la alegría de tu corazon, y en cuya aura gustabas, anticipadamente, las delicias del Paraíso? Y ahora ¡miserable de tí! ¿quién te proporcionará el medio para hallar de nuevo el Criador que perdiste, para volver á unirte á Él con los vínculos del amor y de la paz? Consolémonos, empero, hermanos mios; la Redencion nos lo ha procurado; así es, que el universo, el cual se presentaba como un horrible desierto á los ojos del género humano, que gemía bajo la maldicion divina, ahora se aparece á nuestras miradas revestido de su primitiva belleza; y con tal que nosotros procuremos conservar, por nuestra parte, nuestro corazon en la inocencia readquirida por medio de los sacramentos, el cielo, el mar, la tierra y todas las cosas criadas, vuelven á hablar á nuestra alma el sublime lenguaje del divino amor. ¿Y qué dicha la de gozar de tan supremo privilegio? De este misterio de amor voy á ocuparme esta noche; contemplaremos á María durante su residencia en casa de Elisabeth, en los montes de la Galilea. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Ayer dejamos á la Vírgen en la casa de su querida prima Elisabeth en los montes de Hebron. Segun una tradicion, María permaneció allí, por espacio de tres meses, en el fondo de un valle sombrío y fértil, poco distante de la ciudad, en el cual, Zacarías, segun la costumbre de los Hebreos, tenía su casa de campo (1). Ahora bien; para que nosotros podamos formarnos una idea de la clase de trabajos ó faenas en que María se ocupó durante ese tiempo, preciso es conocer en qué consistía la belleza de aquella tierra clásica, bendecida por el Señor de un modo tan extraordinario. Figuraos, pues, una série de pintorescos montes, escalonados gradualmente, y que os ofrecen la más bella perspectiva. Un cielo despejado y sereno por la mañana, como la sonrisa de Dios, y coronado de noche por estrellas tan resplandecientes y en tal profusion, cual si fuera el pabellon de la gloria de Jehová. Bosques frondosos, colinas deliciosas, arroyuelos que con murmullo se precipitan en los valles; riachuelos que discurren por la llanura, pausados y fecundos; y, finalmente, el mar de la Siria, cuyas olas, ora suavemente encrespadas besan amorosamente

(1) Viag. de G. C.

sus orillas; ora azotadas por los vientos, elévanse tumultuosas, ofreciendo una sublime imágen del poder del Criador del universo. A la vista, pues, de aquel paisaje admirable en todos sus detalles, y armonizado con arte tan supremo, donde todo era bello, grandioso, maravilloso y divino; las yerbas, las plantas, las flores, las mariposas, el aire, la luz, y los astros, destinados á cruzar en medio del silencio nocturno los inmensos espacios del firmamento; ¡oh! cómo el alma tierna y sublime de María debía de elevarse y enternecerse, derramando en presencia de su Dios lágrimas de amor purísimo y divino! No, no nos alejaremos de la verdad, si nos la imaginamos con los ojos elevados humildemente al Cielo, y exclamando: ¡Cuán grande eres Tú, oh Dios mio! cuán grande eres y poderoso en las obras de tu diestra! Tú mandas á la estrella de la mañana, y ella, temblando graciosamente, aparece para embellecer con sus encantos el firmamento. Das tus órdenes á la aurora, y ésta, candorosa y sonrosada, asoma para derramar sus primeros albores sobre la tierra. Das tu mandato al relámpago, y éste despréndese centellante del seno de las nubes; hablas al rayo, y éste, esparciendo siniestros fulgores, cae para herir las elevadas cimas de los montes; diriges tu voz al trueno, y éste, retumbando por los aires, hace estremecer profundamente los valles vecinos y los lejanos. Empero, Tú, no solo eres grande y poderoso; eres, además, infinitamente bueno; tan bueno ¡oh Dios mio! que el corazon no puede dejar de amarte. Tú otorgaste el don de la sabiduría al hombre; el instinto al bruto; y á todas las criaturas, aún á aquellas que carecen de razon, la facultad de sentir cada una de ellas, segun su naturaleza y su especie, la armonía que, juntamente, conforme á tus órdenes, debían formar el universo. No basta; Tú, cual Padre amoroso y benéfico, incesantemente socorres y provees á sus necesidades. Tú empollas el huevo del avestruz en la arena del desierto; velas el behemot cuando se adormece en medio de los rústicos cañaverales á la sombra de los sauces, á lo largo del torrente; y preparas y suministras el sustento á los pollitos del cuervo, cuando aún impotentes para remontar el vuelo, levantan sus graznidos hácia Tí, y luego, cuando crecidítos, divagan errantes y hambrientos por los campos. ¡Cuán bueno eres Tú, pues, oh Dios mio! ¡Ah! yo siento tu bondad, tu tierna é inmensa bondad en los latidos de mi corazon! De esta suerte, pues, mis amados hermanos, arrebatada su alma en sublime éxtasis de amor, María expresaba los tiernos afectos del corazon á su Criador, invitando al universo entero á ensalzarle y bendecirle con ella.

Y en esto consiste la sabiduría verdadera, en elevarse, como dice

San Pablo (1), desde la belleza de las cosas visibles, hasta el conocimiento y el amor de las invisibles; las cuales todo aquel que tiene fé se complace en contemplar acá en la tierra, y que veremos y admiraremos claramente por toda la eternidad en el Cielo. Si nuestro corazon permanece insensible á la vista de la obra portentosa de la creacion es, porque encenagado nuestro corazon en el lodazal de viles amores, nos hemos convertido en viles esclavos de nuestras pasiones; y nuestro pensamiento ya no se eleva hácia Aquel que todo lo sacó de la nada, y puso en la creacion tanto órden, y tanta belleza, que ella sola basta para probarnos su existencia. ¡Ah! una vez sumida el alma en el lodazal de la culpa y sin pensar jamás en purificarla en las aguas saludables de la penitencia; ¿cómo queremos ver la luz purísima del Cielo y gustar la suavidad del amor divino? Empero, no sucedió así, respecto de las almas de los Santos; que yo, por el contrario, debo llamar naturalmente sensibles y aún noblemente sublimes; las cuales en todas las cosas, aún las más insignificantes, veían con los ojos de la fé, y hallaban poderosísimos motivos para elevarse á Dios y ensalzar su bondad, su sabiduría y su gloria, adelantando siempre más en su santo y perfecto amor.

Ved sinó á David, que á la vista de las criaturas, siente su alma conmovida por tantos y tan poderosos afectos, que, tomando en sus manos el arpa, invita á las estrellas, las lluvias, los rocíos, los vientos, las tempestades, los calores del verano y los hielos del invierno: los montes, los valles, las yerbas, las flores, los rios y las fuentes, á entonar himnos y cánticos de alabanza al Criador (2). Hé aquí, igualmente, al melífluo Bernardo, que á la vista de una flor de los campos siente enternecerse su alma, hasta el punto de derramar lágrimas de amor. Tierno, además, sobre toda ponderacion, y admirable, ofrécese á vuestras miradas mi patriarca san Francisco, el cual ama en Dios y con tal ternura á los corderillos, las tortolillas, las alondras, las golondrinas y cuantas otras agraciadas criaturas existen en el universo que no acierta á darles otro nombre que el de hermanos y de hermanas, deseando que se unan á él para cantar las glorias de su Señor (3), que lo es al mismo tiempo de todas ellas.

Volviendo ahora á ocuparnos de la santísima Vírgen, creo conveniente deciros, que detrás de la deliciosa granja del gran sacerdote Zacarías, donde ella permanecía, extendíase un ameno jardin, por el estilo de aquellos que se veían entre los persas, llamados paraísos;

(1) Rom. I, 20.
(2) Psalm. CXLVIII-IX-I.
(3) Floretti, etc.

cuya idea los israelitas tomaron de los pueblos de Ciro y de Semiramis; y al regresar del cautiverio de Babilonia la introdujeron en su propio país. Pues bien; en dicho jardin había árboles bellísimos á la vista, preciosos céspedes coronados de lindísimas flores, olorosos naranjos y otras muchas plantas bellas y fructíferas, las cuales, regadas por cristalinos riachuelos, que se deslizaban por debajo de las pendientes ramas de los sauces, llenaban los aires de la más agradable frescura. Allí, pues, Elisabeth y María, esas dos candorosas almas, enteramente ocupadas en los trabajos propios de su sexo, pasaban sentadas las más bellas horas del dia en tiernos coloquios. ¿Quién pudiera decirnos jamás la santidad de que rebosaban las domésticas é íntimas conversaciones entre María, adornada con los rayos de su inocencia, jóven, sencilla, ignorante enteramente del mal, como Eva en el Eden, apénas salida de las manos de Dios; y Elisabeth, llena de años, contenta con el tenor de su vida, y dotada de larga experiencia sobre todas las cosas de este suelo; ambas santísimas y objeto de las más tiernas complacencias de Dios? Ciertamente no nos engañaremos creyendo, que la Vírgen recogiese con el mayor cuidado todas las palabras y sentencias de su amada prima, depositándolas como un tesoro en el fondo de su corazon.

Hé ahí, pues, un bello ejemplo para que vosotras, jovencitas, léjos de mirar con indiferencia, y hasta con desprecio, como se acostumbra en nuestros dias, las palabras, bien sea de vuestra madre, bien de las venerables ancianas de vuestras casas, que con sábios consejos os guian por la senda del bien, considereis, por el contrario, sus amonestaciones como sagradas, y aún como beneficios del Cielo, para sacar de ellas el provecho debido, á fin de que os sirvan de sábia regla para ordenar vuestra vida. Harto sabido es, que la experiencia es la madre de todo bello y útil saber, y que merced á ella, son consideradas como autorizados oráculos las instrucciones y las sentencias de los ancianos. Empero, al mismo tiempo, es menester, que las mujeres, al llegar á la veneranda edad de la ancianidad, imiten á Elisabeth, ofreciéndose á los ojos de las jóvenes como modelos de virtud y de sábias enseñanzas; que no sean locuaces, regañonas, propensas á la murmuracion; sinó más bien con noble gravedad, muéstrense prudentes y cautas en todas sus palabras, santamente severas en todas sus acciones, sin dejar de ser siempre amables, para inspirar el amor y ganar los corazones. Sin embargo, ¡cuán raro es encontrar en nuestro siglo tales ejemplos! Hoy, por el contrario, tenemos que ruborizarnos y estremecernos, con harta frecuencia, al ver que los ancianos se hacen maestros de iniquidad y de

escándalo. ¡Ay! y mil veces ¡ay! de vosotros, ancianos, indignos de nombre tan venerando, que haceis befa de la inocencia en medio de la sociedad cristiana, cuando debierais edificar con toda suerte de ejemplos de piedad y de sabiduría; procurando imitar tambien vosotras, ancianas, aquellas venerables matronas y aquellos varones virtuosos, cuyos gloriosos hechos habeis oido referir tantas veces, ó cuyas vidas santas y edificativas habeis visto con vuestros propios ojos.

Volviendo ahora á la historia de María, que con su querida parienta Elisabeth se recrea entre los deliciosos objetos de la granja de Zacarías, en Ain, bueno será que sepais, como al caer de la tarde, cuando la luna principiaba á derramar su candorosa luz por entre el verde ramaje de los árboles y los pámpanos de los frescos emparrados, ambas disponíanse, segun costumbre de los Hebreos, á tomar el refrigerio de la cena, bien fuera debajo las extendidas ramas de alguna higuera, ó á la sombra de los elevados y frondosos sarmientos de alguna vid (1). Dicha cena consistía, las más de las veces, en un cordero engordado con las yerbas aromáticas en el vecino monte, ó en un cuarto de cebado cabrito, ó en peces del mar de Sidon, con un panal de miel silvestre hallado en el tronco de alguna secular encina; y además, dátiles de Jericó, albaricoques de Armenia, melocotones de Alepo y pepinos de Egipto, bien acondicionados en verdes y primorosos cestillos tejidos con hojas de palma. Coronaba la campestre cena un sorbo de vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, segun la costumbre hebrea, tenia reservado en una ánfora de piedra (2), servido en límpidos vasos, que llenaban domésticas de jovial carácter. Y ahora considero casi ocioso el hablaros de la compostura que guardaban los Hebreos en la mesa, siendo tan sabida como es la gravedad de las costumbres orientales, aún en nuestros dias. Básteos saber, pues, que toda comida ofrecía un espectáculo imponente de sencillez, de modestia y de social templanza, cual convenía á personas patriarcales. Por lo tanto, ya podeis imaginaros cuán bella y digna de veneracion, por su noble comedimiento en los ademanes y las palabras, debía aparecer María en tales actos. En efecto; en tales circunstancias la hubierais admirado con su vista recogida, con sus lábios y su rostro aparentando una franca jovialidad, satisfecha con tomar alguna que otra fruta, ó lacticinio, y apagar su sed con el agua de la vecina fuente.

Hé ahí, pues, una compostura que convendría en gran manera fuese imitada por las mujeres de nuestros dias; las cuales, mostrándose demasiado esquivas respecto del trato social, nos ofrecen en sus modales algo de salvaje, resultando de ahí el ridículo para nuestra Religion; como si ningun caso hicieran de la verdadera civilizacion, es decir, de la civilizacion cristiana; ó demasiado libres, no se ruborizan de usar ciertos ademanes y ciertas palabras que huelen á garito. Empero, entre unas y otras, es preferible verlas tímidas é ignorantes de los usos admitidos entre la sociedad, que descaradas y disolutas. Preciso es no olvidar, en esta parte, que la mujer no fué criada, ciertamente, para el recreo de los libertinos, sinó para ser entre los hombres tipo y modelo de modestia, de honestidad, y de santo recato, donde quiera que ella se encuentre. Si la mujer se conduce de otro modo, no puede dejar de infundir sospechas respecto de su virtud, y ser ocasion de escándalo y de ruina. Tampoco la amabilidad consiste en la ligereza de carácter, sinó en el pudor, en la decencia de los modales, en la delicadeza, y casi estoy por decir, celosa custodia del propio corazon; á semejanza de una flor, la cual es tanto más bella y preciosa, cuanto más oculta se halla entre la espesura de las hojas, y protegida por las espinas que la circuyen; y por el contrario, con solo arrancarla de su tallo, y hacerla pasar de mano en mano, pierde todos sus encantos. Ni sirve tampoco para justificaros el alegar cual excusa, la malicia y la refinada astucia de los hombres; eso quiere decir, que cuanto más licenciosos y descarados sean ellos, tanto más la mujer debe contenerse dentro de los límites de la reserva cristiana, procurando, en vez de satisfacer su propia vanidad, inspirar con su conducta sentimientos de respeto, de aprecio y de veneracion.

Tal fué, pues, mis amados hermanos, la vida de María en los tres meses de residencia en Ain con Elisabeth, donde esperó para asistirla hasta el nacimiento del Bautista, el predestinado precursor de su Hijo Jesucristo. Despues de dicho suceso, María, obedeciendo á nuevos designios de la Providencia, volvió á Nazareth. Cuáles fueron las bendiciones que la Vírgen atrajo del Cielo sobre la familia sacerdotal durante su residencia en medio de ella, mejor podeis imaginarlo vosotros mismos, que yo manifestároslo. Si el Señor bendijo á Obededom y á cuantas cosas le pertenecían por haber dado acogida en su casa al Arca que contenía las tablas de la antigua ley (1); ¿qué no haría respecto de Zacarías, por haber hospedado tan generosamente á María, que llevaba en su seno al eterno Verbo divino, encarnado en él para la redencion del universo? Básteos saber para el caso,

(1) Fleuri: *Costumbres de los Hebreos.*
(2) Niebhur. *Viag. en Arab.*

(1) II. Reg. vi.

como dice san Ambrosio, que la pureza en la cual vivió siempre el Bautista, fué efecto de la gracia y la uncion del Espíritu Santo, derramada sobre su alma con la presencia de la Vírgen, hecha Madre de Dios. Siendo ello así, ¿por qué, pues, no hemos de procurar obrar de manera, que la santa Madre del Señor habite contínuamente en nuestras moradas, y dentro de nuestros propios corazones? ¡Oh! qué gozo no experimenta el corazon en el cual habita María! ¡Oh! cuán dichosas no son aquellas familias en las cuales ella reina con su hijo Jesucristo! El milagro que se obró en el hijo que Elisabeth llevaba en su seno, verificase tambien, en cierto modo, en esas familias afortunadas; sus tiernos hijos sienten los santos influjos de la Madre divina y del fruto bendito de su seno; y esos influjos fecundan admirablemente la gracia que ellos recibieran en el bautismo.

¡Oh Vírgen bella, y la sola en el mundo sin ejemplo, que con los esplendores de tu belleza llegaste á enamorar el Cielo! ¡Oh María, templo vivo y purísimo de virginidad, milagrosamente fecunda del Hijo de Dios! ¡Ah! desciende de nuevo del Cielo sobre esta miserable tierra; desciende, y á tu sola aparicion, ante la luz que se desprende de tu rostro celestial, ante la fragancia que se exhala de tu inmaculado seno, donde se oculta el Rey de la gloria, se disiparán todas las tinieblas del error que nos rodean por todas partes; y ningun imperio ejercerán sobre nuestro corazon las impuras emanaciones de Satanás; y sin otro recurso nos hallaremos de nuevo en el aura de la inocencia y de la felicidad, que, aún acá abajo, nos hace santos é inmortales. Sí, ven ¡bella Vírgen de Nazareth! tierna Madre del Salvador; ven, puesto que tambien nosotros, á imitacion de Zacarías y Elisabeth, poseidos de admiracion ante tus sublimes merecimientos, te trataremos con profunda reverencia, postrados á tus sagradas plantas, ahora, y siempre, hasta el último instante de nuestra vida, esperando poder continuar nuestros homenajes en el cielo, en medio de los cánticos de la eterna bienaventuranza. Sí, cariñosa María, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos, y vivir bajo el poderoso manto de tu patrocinio; siempre ocupados en amar y practicar la virtud bajo tu benigno y sábio magisterio, guiados por la luz de tus divinos ejemplos. ¡Ah! ven, pues, repito, sin atender á la miseria del lugar en que vivimos, ni á nuestra indignidad. Ven, y con los celestiales encantos de tu rostro, atráenos á la virtud, á la inocencia, á la felicidad, y á la vida verdadera de la gracia, de la cual Tú eres, entre todas las criaturas, el modelo y el esplendor. Ven ¡oh María! que nosotros queremos ser tuyos, enteramente tuyos, miéntras permanezcamos en este miserable destierro, para ser luego

tuyos en el cielo; y cantar allí por los siglos de los siglos las divinas misericordias con los celestiales coros de los Angeles. Así sea.

DIA DIEZ Y SIETE.

MARÍA RECONOCIDA MADRE POR JOSÉ.

Joseph vir ejus, cum esset justus, voluit occulte dimittere eam.

José su esposo, siendo, como era, justo, deliberó dejarla secretamente.

(Mat. I, 19.)

Háse dicho, y es ciertísimo, que la historia de los Santos, cualquiera que haya sido su condicion y la mision que recibieron del Cielo, debe llamarse la historia de los padecimientos, de las tribulaciones y de los dolores; empero, dolores, tribulaciones y padecimientos que les merecieron una corona inmortal. Dicha verdad es, sin embargo, para muchos un misterio inexplicable; porque no comprenden, siendo tan fácil comprenderlo, que el hombre, tan poderosamente inclinado á la tierra por su viciada naturaleza, jamás elevaría sus ojos al Cielo, donde se halla su verdadera felicidad, si Dios, con su misericordia, no le diera á conocer por medio de las amarguras y las tribulaciones la nada de esta miserable vida. Hé aquí un ejemplo de ello. ¿Creemos, por ventura, que Job, hubiera alcanzado aquel grado de virtud, por el cual, miéntras dure el universo, se nos ofrecerá cual modelo del heroismo que vale al hombre la admiracion del Cielo y de la tierra, si despojado de todos sus bienes, privado de sus hijos, hecho blanco de las iras de su mujer y de las befas de sus amigos, y cubierto todo su cuerpo de asquerosas llagas, desde los piés hasta la coronilla de la cabeza, no hubiera bebido con sublime resignacion, con aquella resignacion que le eleva infinitamente sobre todos los más famosos héroes de la historia, el cáliz de una tribulacion, de la cual no es posible hallar otro ejemplo? Sin ese carácter distintivo de los

como dice san Ambrosio, que la pureza en la cual vivió siempre el Bautista, fué efecto de la gracia y la uncion del Espíritu Santo, derramada sobre su alma con la presencia de la Vírgen, hecha Madre de Dios. Siendo ello así, ¿por qué, pues, no hemos de procurar obrar de manera, que la santa Madre del Señor habite contínuamente en nuestras moradas, y dentro de nuestros propios corazones? ¡Oh! qué gozo no experimenta el corazon en el cual habita María! ¡Oh! cuán dichosas no son aquellas familias en las cuales ella reina con su hijo Jesucristo! El milagro que se obró en el hijo que Elisabeth llevaba en su seno, verificase tambien, en cierto modo, en esas familias afortunadas; sus tiernos hijos sienten los santos influjos de la Madre divina y del fruto bendito de su seno; y esos influjos fecundan admirablemente la gracia que ellos recibieran en el bautismo.

¡Oh Vírgen bella, y la sola en el mundo sin ejemplo, que con los esplendores de tu belleza llegaste á enamorar el Cielo! ¡Oh María, templo vivo y purísimo de virginidad, milagrosamente fecunda del Hijo de Dios! ¡Ah! desciende de nuevo del Cielo sobre esta miserable tierra; desciende, y á tu sola aparicion, ante la luz que se desprende de tu rostro celestial, ante la fragancia que se exhala de tu inmaculado seno, donde se oculta el Rey de la gloria, se disiparán todas las tinieblas del error que nos rodean por todas partes; y ningun imperio ejercerán sobre nuestro corazon las impuras emanaciones de Satanás; y sin otro recurso nos hallaremos de nuevo en el aura de la inocencia y de la felicidad, que, aún acá abajo, nos hace santos é inmortales. Sí, ven ¡bella Vírgen de Nazareth! tierna Madre del Salvador; ven, puesto que tambien nosotros, á imitacion de Zacarías y Elisabeth, poseidos de admiracion ante tus sublimes merecimientos, te trataremos con profunda reverencia, postrados á tus sagradas plantas, ahora, y siempre, hasta el último instante de nuestra vida, esperando poder continuar nuestros homenajes en el cielo, en medio de los cánticos de la eterna bienaventuranza. Sí, cariñosa María, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos, y vivir bajo el poderoso manto de tu patrocinio; siempre ocupados en amar y practicar la virtud bajo tu benigno y sábio magisterio, guiados por la luz de tus divinos ejemplos. ¡Ah! ven, pues, repito, sin atender á la miseria del lugar en que vivimos, ni á nuestra indignidad. Ven, y con los celestiales encantos de tu rostro, atráenos á la virtud, á la inocencia, á la felicidad, y á la vida verdadera de la gracia, de la cual Tú eres, entre todas las criaturas, el modelo y el esplendor. Ven ¡oh María! que nosotros queremos ser tuyos, enteramente tuyos, miéntras permanezcamos en este miserable destierro, para ser luego

tuyos en el cielo; y cantar allí por los siglos de los siglos las divinas misericordias con los celestiales coros de los Angeles. Así sea.

DIA DIEZ Y SIETE.

MARÍA RECONOCIDA MADRE POR JOSÉ.

Joseph vir ejus, cum esset justus, voluit occulte dimittere eam.

José su esposo, siendo, como era, justo, deliberó dejarla secretamente.

(Mat. I, 19.)

Háse dicho, y es ciertísimo, que la historia de los Santos, cualquiera que haya sido su condicion y la mision que recibieron del Cielo, debe llamarse la historia de los padecimientos, de las tribulaciones y de los dolores; empero, dolores, tribulaciones y padecimientos que les merecieron una corona inmortal. Dicha verdad es, sin embargo, para muchos un misterio inexplicable; porque no comprenden, siendo tan fácil comprenderlo, que el hombre, tan poderosamente inclinado á la tierra por su viciada naturaleza, jamás elevaría sus ojos al Cielo, donde se halla su verdadera felicidad, si Dios, con su misericordia, no le diera á conocer por medio de las amarguras y las tribulaciones la nada de esta miserable vida. Hé aquí un ejemplo de ello. ¿Creemos, por ventura, que Job, hubiera alcanzado aquel grado de virtud, por el cual, miéntras dure el universo, se nos ofrecerá cual modelo del heroismo que vale al hombre la admiracion del Cielo y de la tierra, si despojado de todos sus bienes, privado de sus hijos, hecho blanco de las iras de su mujer y de las befas de sus amigos, y cubierto todo su cuerpo de asquerosas llagas, desde los piés hasta la coronilla de la cabeza, no hubiera bebido con sublime resignacion, con aquella resignacion que le eleva infinitamente sobre todos los más famosos héroes de la historia, el cáliz de una tribulacion, de la cual no es posible hallar otro ejemplo? Sin ese carácter distintivo de los

verdaderos siervos del Señor, tampoco resonaría con eco tan solemne la gloria de David, bien que éste fuera el fundador de la monarquía de Israel; ni la de Susana, honra notabilísima de la misma nacion; y lo mismo podemos decir de todos los profetas y más célebres Santos del antiguo pueblo de Dios. La tribulacion, mis amados hermanos, es el fuego sagrado donde la humana naturaleza se desprende de todo lo terreno, y adquiere una luz tan pura y divina, que muestra con toda evidencia el poder sobrenatural de quien procede, que no es otro que el poder de Dios. Si suprimís esa prueba ¿qué resta ya del hombre pecador, más que lodo, miseria y vileza? Así, pues, esa tribulacion, que fué el fundamento de la santidad de todos los escogidos del Cielo en la antigua ley, y debía ser el carácter distintivo de todos los de la nueva, no podía faltar á José y á María, ántes bien ellos debían sufrirla sobre todos los demás y en grado eminente; toda vez que solo bajo tales condiciones merecieron ser encumbrados á tal grado de gloria, que deja ofuscada toda otra cualquiera; y ver humildemente postrados á sus plantas todos los pueblos poseidos, no solo de admiracion, sinó del más profundo asombro. Hé ahí, pues, el asunto de que vamos á tratar en esta noche; asunto interesantísimo, que merece vuestra especial atencion. Pidamos á este fin los auxilios de la gracia: A. M.

María, pues, luego que su cuñada Elisabeth hubo dado á luz al precursor de Jesucristo, Juan el Bautista, despidióse de ella, poniéndose de nuevo en camino para regresar á Nazareth su pátria. Ciertamente dicha separacion no podía ménos de ser dolorosa, toda vez que á María pareciale haber encontrado en Zacarías y Elisabeth á los autores mismos de su vida. Empero, los deberes de familia no le permitían más larga demora; y por esto partió. Una vez de vuelta en Nazareth con su santo esposo José, é instalada de nuevo en su casa, prosiguió sus quehaceres domésticos con la misma sencillez, actividad y diligencia de ántes, uniendo á ellos, igualmente, la oracion, y la lectura de las divinas Escrituras, por medio de las cuales continuaba alimentando maravillosamente en su alma aquella virtud, en la cual, al decir del Salmista, consiste todo el honor de la hija de un príncipe (1); esto es: la piedad y el sábio gobierno de la casa. Este honor es el verdadero y único honor, especialmente respecto de las madres; pues la voluntad de Dios y nuestra santificacion, al decir de san Pedro, consisten en el exacto cumplimiento de los deberes de nuestro pro-

(1) Psalm. xliv, 14.

pio estado, sin el cual no hay verdadera piedad; y la Religion, en vez de ser provechosa al alma, vuélvese ocasion de daño y de discordia en las familias. Jesucristo no nos predicó, por cierto, el ocio cubierto bajo el manto de la piedad, sinó el trabajo y la fatiga ordenados como un acto de Religion para gloria de su Padre; trabajo y fatiga proporcionados al estado de cada uno, y santificados por medio de la Religion.

Tales eran los principios de educacion civil y religiosa de los cuales estaba penetrada el alma de María; por cuyo motivo ella resplandecía en su casa como una antorcha (1); y José, que era el esposo que le había designado el Cielo, era feliz por ello. Mas ¡ay del hombre, como ya lo hemos observado, si en su presente estado, y siendo encumbrado sin cesar por la fortuna, no conociera lo que es el dolor! En este caso, perdiendo en breve el saludable sentimiento de su dependencia de la voluntad divina, y creyéndose autor de su felicidad, llevaría su infernal orgullo hasta insolentarse con Aquel que le crió, y su perdicion fuera segura; como lo fué, entre otros, la de Faraon, el cual se atrevió á contestar á Moisés, que le pedía la libertad del pueblo de Israel en nombre de aquel Dios que lo había hecho pueblo suyo: ¿Quién es ese señor para que yo haya de escuchar su voz? Yo no conozco á ningun señor superior á mí (2). Empero ¿qué digo Faraon? ¿Cuántos de entre nosotros no temen hacerse reos del mismo infernal ultraje? Hé aquí, pues, porque siendo Dios infinitamente misericordioso, en su admirable providencia dispone, que no haya un solo justo en el mundo que no deba pasar por el fuego de la tribulacion; á fin de que caminando humildemente bajo la poderosa mano del Señor (3), por la senda que conduce á la virtud, no incurra, como Lucifér, en eterna condenacion. Por tal prueba va á pasar ahora José.

María, como ya oisteis, fecundada por la virtud del Altísimo, había concebido en su seno un Hijo, el cual naciendo santo, pues que como Verbo del divino Padre era la misma santidad por esencia, debía ser llamado, segun las palabras del arcángel Gabriel, Hijo de Dios, sentarse en el trono de su padre David, y reinar eternamente en la casa de Jacob (4). Dicho fruto divino iba creciendo en el casto seno de María y sus señales comenzaron á hacerse ostensibles. José, al principio, no se apercibió de ello; mas, por fin, sus ojos no pudieron

(1) Eccl. xxvi, 22.
(2) Exod. v, 2.
(3) I Petr. v, 5.
(4) Luc. i, 22

ménos de notar el misterio que él ignoraba, y, naturalmente, su alma debió sentir una perturbacion profunda. No que cruzara nunca por su imaginacion la más mínima sospecha respecto de la virtud de su esposa, la cual veía siempre bella y venerable, en el aura de la inocencia que la rodeaba; mas el hecho era cierto; y solo Dios podía poner término á su dura prueba. Y José, como tipo verdadero de los tiempos patriarcales, en Dios pone toda su confianza. Él no se deja, ciertamente, vencer por las sospechas, ni se entrega á una loca desesperacion, como con harta frecuencia lo hacemos nosotros, en tales casos, y, á menudo, sin visos siquiera de razon, en detrimento de nuestros prójimos; sinó que su alma permanece tranquila, y confiada en Dios, del cual ha recibido su elevada mision; y si algun pesar experimenta, es por lo que María puede sufrir, viendo que él ha venido en conocimiento del hecho cuyo misterio ignoraba hasta entónces. En una palabra, su corazon hállase lleno de tierna piedad, y aguarda con resignacion que Dios le libre de su congoja. ¡Pobre José! Los Cielos regocíjanse ya ante la proximidad del nacimiento del Salvador; la tierra siente por ello un misterioso alborozo, juntando sus alabanzas á las de aquéllos; el Infierno, tiembla y teme su inminente ruina; y, sin embargo, el venerable patriarca, tan bienaventurado por tener dentro de su propia casa al Mesías, y con él, el inmenso tesoro de las divinas alegrías, vive en la más terrible inquietud por ignorar el cumplimiento del sublime misterio de Dios.

Empero, observad, mis amados hermanos; como José se distingue de todos los hombres de su nacion, en su tiempo. El no obra ya como los Hebreos, los cuales huían con desden del trato de sus semejantes, é iban á desahogar su mal humor en la soledad, declarándose enemigos, ó poco ménos, de la sociedad á la cual pertenecían. Ni obra tampoco como los Saduceos, que no se curaban de la ley, ni hacían distincion alguna entre el bien y el placer; pues con tal que gozaran, nada les importaba todo lo restante: José, en tales circunstancias, da muestras de amar las leyes pátrias, y de que aún la sombra del mal perturba su conciencia. Ni siquiera muestra el venenoso celo de los fariseos, los cuales bien que se mostraran celosos tocante á las prácticas exteriores de la justicia, no tenían, sin embargo, fé alguna en ella; en términos, que el rigor de la ley no era para ellos más que un pretexto para satisfacer el odio que alimentaban en sus corazones. Así, pues, José, en medio de su pueblo, ofrécese á nuestros ojos como un hombre de otra época, como el hombre de los tiempos patriarcales. El sabe positivamente, que María, su esposa, es más pura y más santa que los Angeles del cielo; y la ama con un amor

santo y celestial, como convenía á una criatura tan sublime; por otra parte, ve un hecho que no comprende; un hecho del cual no puede dudar; empero, él se guardará mucho de investigarlo, de juzgar, ó de denunciar por ello á la Vírgen, segun la ley ordenaba, y ni aún de turbar en lo más mínimo la tranquila inocencia de su alma: eso fuera á sus ojos un delito, al cual él prefiriéra la muerte. ¿Qué hará, pues?

¡Oh, vosotros, que considerais dura la tribulacion, con la cual Dios castiga nuestras iniquidades, ó nos purifica de nuestros terrenales afectos, para que lleguemos á ser dignos de Él! venid á contemplar la conducta del patriarca de la nueva alianza; del hombre justo por excelencia (1); del inocente José, bajo la mano poderosa del Cielo, que pone á prueba su virtud. ¡Ah! ¿qué significan todos vuestros padecimientos respecto de los suyos, y en comparacion de aquellos, por medio de los cuales fué puesto á prueba el amor de los Santos? ¿Habeis observado alguna vez, á qué precio adquirieron todos ellos la corona? Nunca os olvideis, mis amados hermanos, de la sentencia de nuestro divino maestro Jesús; es decir: que no es digno de Él aquel que no carga con su cruz y no le sigue por la dolorosa senda del Calvario (2). ¡Ancho y espacioso es el camino que conduce á la perdicion; pero difícil y estrecho el que conduce á la gloria (3)! Ni tampoco olvideis nunca, que los cielos y la tierra pasarán; pero que la palabra del Señor permanece y permanecerá siempre inmutable. Pues bien; hé aquí la resolucion de José; resolucion dolorosísima para su alma, pero santa y justa en las condiciones en que se halla: romper tácitamente los vínculos que le unen con la hija de Joaquin y Ana, dejando que solo Dios cuide de una criatura tan misteriosa y sublime; considerando que Dios solamente era digno de ella, toda vez que era toda suya, y la había destinado para obrar maravillas nunca vistas (4). ¡Oh justicia admirable respecto de Dios, respecto de la ley y respecto de la Madre del Verbo divino! ¡Oh espléndida y viril virtud, que nos recuerda los tiempos de Abrahan, de Isaac y de Jacob, dejándonos entrever algo de lo que fué el hombre inteligente, justo y santo al salir de las manos de Dios! ¡Ah! ¿volverá á resplandecer tal virtud sobre la tierra?

José, pues, disponíase ya á ejecutar su designio, que ciertamente debía causar un atroz martirio á un corazon tan bueno y afectuoso como el suyo. Empero, cuando se obra por Dios, no solo hácese

(1) Matth. I, 19.
(2) Matth. XVI, 24.
(3) Idem. VI, 13, 14.
(4) Idem. I, 19.

suave todo sufrimiento, sinó que hasta la muerte misma pasa á ser agradable. José abandonará, por lo tanto, su morada, confiando en la providencia del Cielo, respecto de cuanto pueda sobrevenir. Mas ¡ah! cuán grandes y admirables son, oh Señor, tus designios! Tú nos pones á prueba; pero solo lo haces para nuestro bien, y poder coronarnos de gloria. Tú permites, y aún quieres, que, de vez en cuando, nuestras almas vivan sumidas en el llanto; mas con el solo fin de acrecentar nuestro gozo ¡oh Dios mio! cuando hayas visto que nuestro amor realmente te pertenece. Y, en efecto, así se verificó entónces con el venerable patriarca, puesto que durante la última noche que éste había resuelto pasar al lado de María, y en tanto hallábase entregado al reposo, hé aquí que se le aparece un Angel del Señor, y le dice: «José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa; porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Así que, parirá un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús: pues Él es el que ha de salvar á su pueblo de los pecados.»

Lo que experimentó el venerable patriarca á esa angélica vision, imaginadlo vosotros mismos, si podeis, puesto que yo me siento incapaz de todo punto de expresároslo. Por mi parte, solo me figuro, que su alma debió sentirse arrebatada por un éxtasis de amor, cuyo contento hubiera sin duda agotado completamente sus fuerzas, si Dios no le hubiera fortalecido con su poder. El Evangelio solo dice, sobre el particular, las siguientes simplicísimas, pero, por lo mismo, sublimísimas palabras: «José, al despertarse, hizo lo que le mandó el Angel del Señor; y recibió á su esposa.» Empero, yo no vacilo en afirmar, que José, á la luz de esas divinas palabras, vió á su esposa María sobre el altísimo trono de gloria, resplandeciente de tanta belleza, que el Cielo y la tierra y toda la Jerusalen celestial hermoseábanse maravillosamente con ella. Vió estupefacto, inclinarse ante María las miriadas de Angeles que cantan el hosanna interminable al Altísimo; vió á los patriarcas, los profetas, y todos los santos reyes de Israel, contemplarla en tal arrobamiento, como si apénas osaran dar crédito á tal portento; vió generaciones y pueblos, y tribus de toda lengua y region del globo, penetrando en aquella luz, y con los ojos y las manos levantadas hácia la Reina del universo, prorumpir en cánticos de indecible armonía para celebrar su gloria. ¡Oh vision! oh gozo del Paraíso!

¡Dios eterno! Y ¿quién pudiera, pues, decir las delicias que Tú tienes preparadas en el Cielo para tus fieles siervos que te siguen con amor por el árduo camino de la cruz, si tan grande es el gozo de que

inundas sus almas despues de la prueba valerosamente sufrida, acá abajo, en este destierro (1)? Ahora concibo, Dios mio, por qué Job, agobiado bajo el peso de la desgracia, con su cuerpo hecho una horrible llaga, desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, exclamaba, tranquilo y dichoso: «¡Bendito sea el nombre del Señor (2)!», sin que saliera de sus lábios ni una palabra que pudiera ofenderle. Ahora comprendo el divino entusiasmo de Teresa y de Magdalena de Pazzi, las cuales, como arrebatadas y fuera de sí, por el contento que sentían al verse agobiadas por las enfermedades, corrían por el interior del monasterio exclamando: «¡O padecer ó morir!» ó estas otras: «¡Padecer, Dios mio, y no morir!»·¡Oh cruz de Jesucristo, tú no eres, pues, como nosotros creemos, insensatamente, un insoportable martirio; muy al contrario, eres la fuente de dulzuras que exceden á todo terrenal placer para aquellos que animosos te abrazan; bien que á la vista parezcas tan áspera y dura, y solo motivo de inmenso dolor! ¡Oh Dios de bondad y de misericordia! infunde en nuestras almas ese amor de tu cruz, de tal manera, que ésta sea en la tierra nuestra única delicia y nos sirva como de escala para subir al Paraíso. Por esa misteriosa escala volvió á Tí tu querido Hijo, que descendió á este suelo para redimirnos; y por esa vía caminó siempre con Él su inocente Madre, María, asociada á su divina mision, por la cual vino á redimirnos y salvarnos. Y por dicha vía caminó tambien, de un modo especialísimo, su querido esposo José, el padre putativo de tu Hijo y el más maravilloso ¡de todos los Santos. Infúndenos, repito, el amor de la cruz, y que este amor nos sostenga en las luchas de esta vida, nos alcance la victoria en el artículo de la muerte sobre nuestro más poderoso enemigo, y triunfantes, nos introduzca en la bienaventurada pátria del Cielo. Así SEA.

(1) II. CORINT. II.
(2) JOB. II. 21.

DIA DIEZ Y OCHO.

VIAJE DE MARÍA Á BELEN.

Ascendit Joseph a Galilæa in Judæam... ut profiteretur cum Maria.

José vino desde Galilea á la Judea para empadronarse con María.

(Luc. II, 4.)

Es una verdad, mis amados hermanos, tan admirable como cierta, confirmada por la historia de todos los siglos, y expresada en dos palabras por el buen sentido del pueblo cristiano; que los hombres, en todas las cosas de acá abajo, proponen, pero que Dios es siempre quien dispone. Eso significa, que nada sucede ni puede suceder en el universo, sin que su providencia, abarcando con mano fuerte de un cabo á otro todas las cosas, y ordenándolas todas con suavidad (1), lo haga redundar todo en mayor bien del hombre y á mayor gloria del Criador. Para cerciorarnos de tal verdad, basta leer la historia del mundo, la cual, á cada paso, desde Adan, hasta nosotros, nos ofrece de ello el testimonio más claro y solemne. Ved ahí, por via de ejemplo, á Moisés. Este nace miéntras el pueblo de Israel gemía bajo una feroz tiranía, cual nunca se había visto en Egipto; en términos, que para salvar su vida, su madre vése reducida á la necesidad de tener que aventurarlo dentro de una cesta de juncos, en un carrizal de la orilla del Nilo (2). ¿Quién no creyera entónces, que aquel niño se hallaba á merced del acaso? Y, sin embargo, no era así; ántes bien el Cielo, con tan misteriosos medios, dispone introducirle, conforme sucedió, en la régia morada del bárbaro monarca, á fin de que de allí salga un dia como salvador de su pueblo y operador de grandes prodigios.

(1) Sapient. viii, 1.
(2) Exod. ii, 3.

Ved tambien á José, hijo predilecto del patriarca Jacob. Envidiosos sus hermanos de su inocente amabilidad, y del tierno afecto que su padre le profesa, lo venden á los mercaderes de Egipto (1); ¿quién, en tal caso, no hubiera creido, que la vida de José debía ser corta y su fin desgraciado? Y, no obstante, por tal vía Dios le conduce como por la mano al elevado cargo de virey de aquel país (2), destinado con prevision profética, á salvarlo de la carestía que debía reducir por espacio de siete años á la más dura miseria una gran parte del mundo; y, salvando á Egipto, debía salvar, igualmente, á su propia nacion. Empero, sin necesidad de recordar ahora otros hechos, de los infinitos que refieren las divinas Escrituras, bastará para el caso el ejemplo que ofrece á nuestros ojos la vida de María, que estamos meditando; ejemplo tan luminoso y extraordinario, que de seguro, no hay necesidad de aducir otro alguno para quedar convencidos, de que sin el querer divino nada, absolutamente nada sucede en el universo. Tal hecho nos lo suministra el viaje de la Vírgen con su esposo José, desde Nazareth á Belen, obedeciendo el edicto de César Augusto, emperador de Roma, por el cual, así ellos, como todas las demás gentes de su pueblo, debían dirigirse á dicho punto para ser inscritos en el padron general del imperio. Y sin otro preámbulo entremos en materia: A. M.

Dos famosas profecías, entre otras, corrían de boca en boca respecto del nacimiento del Salvador; la una era la de Balaam; la otra, de Jacob; aquélla aseguraba, que el Mesías aparecería cuando el poder romano hubiera llegado al apogeo de su gloria; la segunda decía, que dicha aparicion tendría efecto cuando el cetro y el gobierno de Israel no se hallaría ya en manos de los descendientes de Judá, hijo de aquel patriarca (3). Pues bien, ambas profecías estaban ya á punto de cumplirse. La primera, porque á la sazon los descendientes de Rómulo habían llevado sus águilas hasta los últimos confines de la tierra entónces conocida; por cuyo motivo aún los más apartados pueblos del Asia, aterrados de aquel formidable poder, que parecía tener algo de divino, apresurábanse á enviar solemnes embajadas á César, para obtener en cambio su amistad y su favor. La segunda, porque el Egipto, la Siria y la Palestina habían sido ya declaradas provincias romanas; bien que Herodes, como rey de los Judíos, continuara rigiendo el gobierno de las mis-

(1) Génes. xxx, 28.
(2) Ibid. xli.
(3) Génes. lix, 40.

DIA DIEZ Y OCHO.

VIAJE DE MARÍA Á BELEN.

Ascendit Joseph a Galilæa in Judæam... ut profiteretur cum Maria.

José vino desde Galilea á la Judea para empadronarse con María.

(Luc. II, 4.)

Es una verdad, mis amados hermanos, tan admirable como cierta, confirmada por la historia de todos los siglos, y expresada en dos palabras por el buen sentido del pueblo cristiano; que los hombres, en todas las cosas de acá abajo, proponen, pero que Dios es siempre quien dispone. Eso significa, que nada sucede ni puede suceder en el universo, sin que su providencia, abarcando con mano fuerte de un cabo á otro todas las cosas, y ordenándolas todas con suavidad (1), lo haga redundar todo en mayor bien del hombre y á mayor gloria del Criador. Para cerciorarnos de tal verdad, basta leer la historia del mundo, la cual, á cada paso, desde Adan, hasta nosotros, nos ofrece de ello el testimonio más claro y solemne. Ved ahí, por via de ejemplo, á Moisés. Este nace miéntras el pueblo de Israel gemía bajo una feroz tiranía, cual nunca se había visto en Egipto; en términos, que para salvar su vida, su madre vése reducida á la necesidad de tener que aventurarlo dentro de una cesta de juncos, en un carrizal de la orilla del Nilo (2). ¿Quién no creyera entónces, que aquel niño se hallaba á merced del acaso? Y, sin embargo, no era así; ántes bien el Cielo, con tan misteriosos medios, dispone introducirle, conforme sucedió, en la régia morada del bárbaro monarca, á fin de que de allí salga un dia como salvador de su pueblo y operador de grandes prodigios.

(1) Sapient. viii, 1.
(2) Exod. ii, 3.

Ved tambien á José, hijo predilecto del patriarca Jacob. Envidiosos sus hermanos de su inocente amabilidad, y del tierno afecto que su padre le profesa, lo venden á los mercaderes de Egipto (1); ¿quién, en tal caso, no hubiera creido, que la vida de José debía ser corta y su fin desgraciado? Y, no obstante, por tal vía Dios le conduce como por la mano al elevado cargo de virey de aquel país (2), destinado con prevision profética, á salvarlo de la carestía que debía reducir por espacio de siete años á la más dura miseria una gran parte del mundo; y, salvando á Egipto, debía salvar, igualmente, á su propia nacion. Empero, sin necesidad de recordar ahora otros hechos, de los infinitos que refieren las divinas Escrituras, bastará para el caso el ejemplo que ofrece á nuestros ojos la vida de María, que estamos meditando; ejemplo tan luminoso y extraordinario, que de seguro, no hay necesidad de aducir otro alguno para quedar convencidos, de que sin el querer divino nada, absolutamente nada sucede en el universo. Tal hecho nos lo suministra el viaje de la Vírgen con su esposo José, desde Nazareth á Belen, obedeciendo el edicto de César Augusto, emperador de Roma, por el cual, así ellos, como todas las demás gentes de su pueblo, debían dirigirse á dicho punto para ser inscritos en el padron general del imperio. Y sin otro preámbulo entremos en materia: A. M.

Dos famosas profecías, entre otras, corrían de boca en boca respecto del nacimiento del Salvador; la una era la de Balaam; la otra, de Jacob; aquélla aseguraba, que el Mesías aparecería cuando el poder romano hubiera llegado al apogeo de su gloria; la segunda decía, que dicha aparicion tendría efecto cuando el cetro y el gobierno de Israel no se hallaría ya en manos de los descendientes de Judá, hijo de aquel patriarca (3). Pues bien, ambas profecías estaban ya á punto de cumplirse. La primera, porque á la sazon los descendientes de Rómulo habían llevado sus águilas hasta los últimos confines de la tierra entónces conocida; por cuyo motivo aún los más apartados pueblos del Asia, aterrados de aquel formidable poder, que parecía tener algo de divino, apresurábanse á enviar solemnes embajadas á César, para obtener en cambio su amistad y su favor. La segunda, porque el Egipto, la Siria y la Palestina habían sido ya declaradas provincias romanas; bien que Herodes, como rey de los Judíos, continuara rigiendo el gobierno de las mis-

(1) Génes. xxx, 28.
(2) Ibid. xli.
(3) Génes. lix, 40.

mas, toda vez que éste no era rey sinó de nombre y en apariencia. Por lo tanto, puesto que veíanse ya confirmadas las mencionadas profecías, era evidente de todo punto, que había dado ya la hora en la cual el Hijo de Dios debía aparecer sobre la tierra. Empero, á esos divinos oráculos parecía oponerse otro, segun el cual el Mesías había de salir de Belen, puesto que estaba escrito en Micheas: «Y tú ¡oh Belen! llamada Efrata, tú eres una ciudad pequeña respecto á las principales de Judá; pero de tí me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad (1).» Es como si dijera; de tí saldrá el Mesías, el prometido Salvador de las gentes. Empero, ¿cómo puede ese Reparador del mundo nacer en Belen, si la Vírgen, que le ha concebido divinamente en su seno, habita en Nazareth, que dista cinco largas jornadas del primer punto? En verdad, discurriendo humanamente, el caso parece extraño. Mas ¿se puede, por ventura, considerar hecho alguno segun el criterio humano solamente, cual si sucediera alguna cosa sin la intervencion de la Providencia divina, ó sea sin lo sobrenatural? Esto es lo que la filosofía no ha sabido comprender todavía; y, sin embargo, ahí está la clave de toda ciencia posible.

Miéntras iba á verificarse el gran portento de la divina misericordia, promulgose un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todos los súbditos del imperio Romano. Consistía este empadronamiento en inscribir, en determinados libros, cuantos bienes y personas pertenecían al imperio, para que Roma, capital de todo el mundo entónces conocido, tuviese un registro universal de todos sus súbditos. Para ser inscrito en esos libros era necesario que cada cual se trasladase á la ciudad de su estirpe. Este empadronamiento, como dice San Lúcas, fué el primero que se hizo en la Siria, por Cirino, gobernador de ella. Por este motivo, San José tuvo que salir con su esposa la Vírgen de Galilea para trasladarse á la ciudad de David, llamada Belen, en Judea (pues descendía de tan ilustre monarca); y anunciado estaba, que en Belen nacería el Cristo, que María llevaba en su seno por obra del Espíritu Santo(2). «Por aquellos dias, dice el evangelista San Lúcas, promulgose un edicto de César Augusto mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento por Cirino, gobernador de la Siria: y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de

(1) Mich. v, 2.
(2) Luc. ii.

Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta (1).»

Pues bien, hagamos aquí una suposicion: ¿Qué hubiera contestado César, si, en tanto hallábase ocupado en ese censo ó empadronamiento de su imperio, presentándosele delante algun profeta del Señor, le hubiese dicho: Señor; grande y magnífico es el trabajo que tú has ordenado, y por él tu nombre será inmortal en todos los siglos venideros; porque tú eres el primero, entre los supremos gobernantes, que has creado, bien que en gérmen solamente, la alta ciencia del Estado, y, además, pones de manifiesto á todo el universo, por vez primera, que él no constituye más que una familia, la cual tiene por cabeza y centro la ciudad de Roma, que todas las generaciones futuras llamarán eterna. Grande, sin embargo, fuera tu error, ¡oh César! si en este hecho no vieras más que un consejo de tu sabiduría. Sabe, pues, que en tal acto, tú no eres otra cosa que un instrumento en manos de Dios; ya en el llamar y sujetar á la vida de sociedad universal á todos los pueblos, de los cuales ha de ser Roma el centro y la cabeza; ya, y esto es inmensamente más importante, bien que tú lo ignores, en dar cumplimiento á la profecía acerca del lugar en que ha de nacer el Rey de reyes, el prometido Salvador del género humano perdido. Bien podeis juzgar, pues, amados hermanos, de qué manera Augusto hubiera recibido tal anuncio y tratado el tal profeta al oir este discurso, como quiera que en él hallábase personificado aquel orgullo pagano, que en tal ocasion no hubiera podido ménos de manifestarse con todo su furor. Empero, si levantándose del sepulcro, y oyendo referir la historia de lo acontecido, desde su muerte hasta nosotros, se enterase de la total trasformacion que la humanidad ha venido experimentando por el nacimiento del Niño de Belen, cuya cruz tremola y tremolará siempre gloriosa sobre la cúpula del Capitolio; ¿qué dijera entónces? Ciertamente creyera estar soñando; mas por último, no pudiendo ménos de dar crédito á la historia y á la voz de su propia conciencia, exclamaría: ¡Ah! confieso que soy una miserable nulidad: ¿quién se atreverá ya á hacer alarde de sabiduría y de poder en presencia del Señor del universo? Así contestaría César, toda vez que no podría responder de otro modo. Ante ese ejemplo desearía yo que entendieran, cuán nécios y desdichados son aquellos que se declaran enemigos de la religion de Jesucristo, y tratan de vencerla, creyéndose superiores al poder de los juicios de Dios. ¡Desgraciados! Dios se rie de nuestra soberbia, y

(1) Idem. *idem.*

cuando ménos lo pensamos, nos hallamos sumergidos en la nada. La Religion estriba en un fundamento eterno, como Dios y su palabra, del cual procede (1); á pesar de todas las persecuciones de que viene siendo el blanco, no prevalecerán nunca contra ella la espada, ni los engaños, ni las calumnias. Diez y nueve siglos de triunfos debieran bastar, al parecer, para que se prestara fé á mi aseveracion; al paso que de cuantos la han perseguido, ni uno solo es capaz de mostrarnos subsistente todavía la obra de su malvado ingenio. Tiranos, heresiarcas, incrédulos; todos desaparecieron de la faz de la tierra, y acaso de la memoria de los hombres, como ligero polvo al soplo del viento, sin que el mundo sepa siquiera que han existido.

Empero, prosigamos nuestro interrumpido relato. Era á fines de otoño: los torrentes precipitábanse ya con estrépito en el fondo de los valles; el aquilon batía las copas de los altos terebintos; y el cielo, cubierto de pardas nubes, anunciaba la próxima caida de las nieves. Entónces, pues, en una oscura mañana del año setecientos cuarenta de Roma, vióse á un ciudadano de Nazareth, enteramente atareado en los preparativos de un viaje, que no podía ya retardar; y que debía verificar en compañía de su jóven esposa, bellísima, y cuyo embarazo hallábase muy adelantado y en su último mes. Un humilde jumento era el destinado para llevarla; y en uno de los costados de dicho jumento, veíase atada, no sé con qué habilidad, una cesta tejida con hojas de palma, que contenía algunos dátiles, higos, pasas, y algunas hogazas de harina de maíz; y en el otro lado, un vaso de barro de Ramla para llenarlo de agua en las fuentes ó pozos que se encontraran al paso. Despues de haber colocado sobre el lomo del animal aquella delicada criatura, su esposo echóse sobre su espalda un saco lleno de paños; envolviendo luego su cuerpo en un manto de piel de cabra; y sin otro recurso, con un palo corvo en su mano derecha y el cabestro del asno en la izquierda, pónese en camino, alentado por los felices augurios de los parientes y los amigos que le dicen: Id en paz! Es por demás, hermanos mios, que os diga ahora quién era ese ciudadano de Nazareth, que con su esposa María, y obedeciendo al mandato de César, iba á hacer inscribir sus nombres en los registros del imperio Romano.

Y aquí, en primer lugar, es de advertir, que el censo ó padron ordenado por César en la Palestina, y ejecutado por Cirino, venía á confirmar, admirablemente, que la estirpe de Jesucristo descendía de David, segun debía suceder y estaba vaticinado; toda vez que dicho

(1) Isai. xl.

censo, poniendo de manifiesto los fundamentos del pueblo hebreo, mostró que José era verdaderamente descendiente de David y de Judá, como lo era tambien María, su santa esposa, que le era consanguínea; y por María, su querido hijo Jesucristo, en cuanto hombre. Y por medio de Judá pudo verse, que éste procedía de Abrahan; y por medio de Sem, de Noé; y por medio de Set, de Eva; y, por consiguiente, de Adan, puesto que Eva fué sacada y formada de una de sus costillas miéntras él dormía. Tenemos, pues, que Jesucristo es verdaderamente hermano nuestro, segun la sangre; y en cuanto Dios, nuestro Criador y Redentor. En segundo lugar, la estadística ordenada por el César dió á conocer á los Romanos, y por tanto al mundo entero, al Cristo de todas las naciones prometido en el Eden, el cual debía un dia reparar la culpa cometida por los padres de todo el humano linaje, y en él su orígen, y el orígen de todos los hombres que proceden de un solo tronco, que fué Adan. Además, la inscripcion de los nombres de José, María, y Jesús en los registros del Romano imperio, era (como notó ya Tertuliano) un documento incontrastable, de la real existencia del Salvador; cuyo hecho y documento bastan para destruir todas las extravagantes teorías con las cuales se ha pretendido demostrar, que la historia de Jesús era un mito, ó por decirlo más claro, una invencion imaginaria; y que no debe admitirse hecho alguno como histórico de cuantos nos refieren de Él los Evangelios. De esta suerte la admirable sabiduría de Dios confirmaba la real historia de su hijo Jesucristo, encarnado para nuestra salvacion, en el acto mismo en que éste nacía en el pesebre de Belen.

Hechas dichas observaciones, volvamos ya á José y María, en camino para la ciudad de su abuelo David; los cuales con tal acto destruyen otra de las calumnias lanzadas contra los católicos; es decir: que se niegan á obedecer á las potestades de la tierra, cuando la política de éstas no sea de su agrado. Es una calumnia infame, solemnemente desmentida desde el primitivo orígen del Cristianismo; esto es, desde el viaje del Hijo de Dios humanado en el casto seno de María, acompañada del venerable patriarca; al cual fué confiada la custodia del uno y de la otra; quiero decir, desde el viaje de Nazareth á Belen para obedecer al César. Ved, sinó, como los dos santos esposos, apénas oyen el edicto, pónense en camino sin dilacion, ni queja alguna, á pesar de los crudos rigores de la estacion, y en un país tal como la Palestina; en cuyo tiempo debieron sufrir en extremo, especialmente la Vírgen, cuya naturaleza era muy delicada y se hallaba en el noveno mes de su embarazo, habiendo concebido en su seno por obra

del Espíritu Santo, el Hijo del Eterno. ¡Ah! no, no somos nosotros los enemigos del César, puesto que sabemos, que Dios nos impone el inviolable precepto de dar al César lo que es del César; del mismo modo que debemos dar á Dios, lo que es de Dios (1). No somos nosotros, repito; porque nosotros reconocemos, que toda potestad dimana del Cielo, y creemos, firmemente, que todo aquel que resiste á la potestad, resiste al mismo Dios; estando obligados á honrarla y respetarla, no ya por razon de la espada de que dispone, sinó por deber de conciencia (2). Nada tenemos nosotros de comun con los hombres de partido, ó mejor dicho, de secta, cuya vida es una contínua conspiracion contra la tranquilidad de las naciones: esos hombres de partido salen siempre de las filas de aquellos que nos hacen la guerra, siendo enemigos de la fé y de las enseñanzas y de las doctrinas de la Iglesia de Jesucristo; lobos disfrazados con piel de oveja para seducir á los incautos, y arrastrar á los pueblos á los motines y á la rebelion. A nosotros se ha dicho: obedeced á aquellos que os gobiernan, puesto que tal es la voluntad de Dios.

Así, pues, al cabo de cinco dias de viaje, los dos benditos esposos divisaron de léjos á Belen, cuya ciudad, situada en la cima de un collado, en medio de una corona de amenos viñedos, olivos y palmeras, parecía una flor de maravillosa belleza. Así nos la pintan todos los viajeros de la Palestina. Situada Belen sobre una eminencia, bien que poco elevada, otros montes más bajos parecen formar una preciosa corona á su alrededor. En unas partes, vénse praderas; allá campos cultivados, rebaños, chozas de pastores, olivos é higueras; y en el fondo, hácia Oriente, un valle que termina en las áridas llanuras del Mar Muerto. Luego, por el lado del Norte, á pocas millas de distancia, hállase Jerusalen; que por estar rodeado de montes no se descubre; pero, vése el villorio de Rama, situado hácia la mitad del camino que conduce á dicha ciudad. Esa Belen, ciudad de David, distinta de otra ciudad del mismo nombre situada en la tribu de Zabulon, es aquella Belen, en la cual Micheas había contemplado ya en espíritu el nacimiento del Hijo de Dios, y vaticinado la gloria que por tal causa alcanzaría, bien que fuera muy pequeña, comparada con las demás ciudades de Judá. Su vista produjo en José y María una profunda emocion; y luego, tomando el camino que conducía directamente á la ciudad, encontraron un tropel de gentes que iban y venían. Veíanse allí camellos, sobre los cuales cabalgaban mujeres envueltas en mantos de púrpura; corceles árabes corriendo

(1) Luc. xx, 25.
(2) San Pablo.

á rienda suelta, espoleados por jóvenes caballeros ostentando magníficos trajes; y, finalmente, algunos grupos de ancianos que, montados en asnos blancos, caminaban con paso lento, entregados á graves meditaciones, como solían hacerlo en sus viajes los antiguos jueces de Israel. Al llegar á las puertas de la ciudad, José, sin otra ceremonia, dirigióse á la pública posada. Era ésta un vasto edificio de forma cuadrada, situado extra-muros, rodeado de verdes olivos, con cuyo color armonizábase vistosamente la blancura de sus paredes.

Dejo á vuestra consideracion, mis amados hermanos, el juzgar si los dos esposos debían sentir la necesidad de reposo, tras un viaje tan largo y penoso, en especial la Vírgen, hallándose próxima al parto divino. Bien todos comprendereis cuanto debió Élla sufrir en tal ocasion. De esta suerte empezaba, juntamente con Jesús, á satisfacer por nosotros á la justicia del Cielo. Y, sin embargo, no se lamenta, ántes bien regocíjase al sentir que tocaban á su término los dias de la desolacion, que á causa de la culpa original venía afligiendo, desde tantos siglos, el humano linaje; y al ver, que la justicia y la paz iban á darse el ósculo de amor, por cuya reconciliacion debía cesar el reinado del pecado y de la maldicion, sobre cuyas ruinas debía elevarse el de la gracia y de la misericordia. ¡Ah! si nuestra atencion se fijára en esos hechos tan edificantes de la vida de la Vírgen, seguro estoy de que nos sentiríamos tan conmovidos, que lloraríamos inconsolablemente al solo pensamiento de haber ofendido y disgustado, pecando, á una Madre tan tierna, que ofreció generosamente el sacrificio de su vida por nuestra salvacion. ¡Oh! ¿quién nos ha amado más que Élla? ¿quién sufrió tanto para que nosotros volviéramos á la gracia del Cielo? Sí; Élla, desde la primera revelacion del Arcángel, acerca de la futura suerte de la humanidad por medio del nacimiento del Hijo de Dios, del cual era elegida Madre; no solo entró en los ocultos designios de la divina misericordia con todo el noble y sublime ardor de su corazon, sinó que renunció con generosa voluntad, y á costa de un sacrificio solemne, á cuantas comodidades hubiera podido hallar en esta vida.

Si ¡oh María! por nuestra salvacion, por el amor tiernísimo que tenías á la humanidad pecadora, que gemía desventurada bajo la cólera del Cielo; Tú, inocente y bella con la primera sonrisa que recibiste de Dios, que te crió para su gloria, te ofreciste cual víctima de abnegacion á la justicia divina, para que ésta se reconciliara con la tierra. Instruida, desde tus primeros años, en los misterios de los Libros sagrados, que fueron el pasto cotidiano de tu corazon, y favorecida con las revelaciones del Altísimo, Tú conocías los padecimientos,

los oprobios y las persecuciones á los cuales debía someterse el Salvador del mundo, y con Él, la Mujer destinada para ser su Madre. Y, sin embargo, al anuncio de que Tú eras esa Mujer, léjos de afligirte por ello, inclinas la frente, humilde y resignada, regocijándote por entrar en tal vía de amarguísima tribulacion para el universal rescate. Tú entras en ella, magnánima y generosa, recorriéndola hasta el fin con un heroismo inaudito en todos los siglos. ¡ Y héte aquí hoy en tal camino, llegando á Belen, desconocida de todo el mundo, como la última mujer, en busca de un albergue cualquiera, con tu esposo José; Tú, descendiente de régia estirpe; Tú, hija primogénita de Dios; Tú, gloria de Jerusalen; Tú, alegría de Israel; Tú, honra suprema de la creacion ! Y en vista de ello ¿pudiera haber hombre alguno que no te admirara, que no te amara, que tuviera la osadía de posponerte á una miserable criatura contaminada con la culpa y llena de toda suerte de imperfecciones? Obre así, enhorabuena, el mundo réprobo, sobre el cual ha caido la maldicion de tu Hijo, Jesucristo; pero no nosotros; aunque tuviéramos que sacrificar nuestra vida. Nosotros te amaremos ¡oh María! sí, te amaremos siempre con todo el afecto de nuestro corazon; hoy hacemos de ello el más firme propósito, y así te lo prometemos del modo más solemne. Tú, entretanto ¡oh María divina ! dígnate presentar nuestra promesa á las plantas de tu Dios, y nuestro, á fin de que la bendiga, la corrobore, la santifique, y haga duradero nuestro propósito hasta el momento de nuestra muerte. Así sea.

DIA DIEZ Y NUEVE.

MARÍA EN EL PORTAL DE BELEN.

Cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret.
Hallándose allí, le llegó la hora del parto.
(Luc. II, 6)

Las disposiciones de la divina Providencia son siempre objeto de tanta admiracion y consuelo para aquellos que conocen los admirables caminos del Señor y sus adorables designios, como de terrible amargura para el corazon de los malvados y orgullosos, que adoran su propia razon como una divinidad. Dichas miras son sublimes y consoladoras para los hombres humildes de corazon, porque éstos saben, que acá abajo solo vemos la corteza, ó la superficie de las cosas, hallándose oculto á nuestros ojos aquel hilo misterioso que á todas las coordina para la consecucion del fin que se propone la divina sabiduría; la cual solo se nos manifestará en todos sus pormenores, cuando Dios, descorriendo á nuestras miradas el velo que separa al tiempo de la eternidad, dará solemnemente á todas las naciones la razon de su justicia y de su misericordia. Y esa verdad amarga desgarra contínuamente el corazon de los inicuos y orgullosos, porque no comprendiendo ellos los misterios de la vida futura, á los cuales la presente se refiere íntimamente, vénse, en cierto modo, confinados en un desierto, contemplando ante sí un inmensurable y pavoroso horizonte, del cual ignoran el fin y el misterio. Esos son aquellos desdichados de quienes está escrito: «No conocieron el sendero de Dios, y por eso perecieron miserablemente (1).» Si tales hombres escucharan la voz de los pequeñuelos del Evangelio, á los cuales el

(1) Psalm. XIII.

los oprobios y las persecuciones á los cuales debía someterse el Salvador del mundo, y con Él, la Mujer destinada para ser su Madre. Y, sin embargo, al anuncio de que Tú eras esa Mujer, léjos de afligirte por ello, inclinas la frente, humilde y resignada, regocijándote por entrar en tal vía de amarguísima tribulacion para el universal rescate. Tú entras en ella, magnánima y generosa, recorriéndola hasta el fin con un heroismo inaudito en todos los siglos. ¡ Y héte aquí hoy en tal camino, llegando á Belen, desconocida de todo el mundo, como la última mujer, en busca de un albergue cualquiera, con tu esposo José; Tú, descendiente de régia estirpe; Tú, hija primogénita de Dios; Tú, gloria de Jerusalen; Tú, alegría de Israel; Tú, honra suprema de la creacion ! Y en vista de ello ¿pudiera haber hombre alguno que no te admirara, que no te amara, que tuviera la osadía de posponerte á una miserable criatura contaminada con la culpa y llena de toda suerte de imperfecciones? Obre así, enhorabuena, el mundo réprobo, sobre el cual ha caido la maldicion de tu Hijo, Jesucristo; pero no nosotros; aunque tuviéramos que sacrificar nuestra vida. Nosotros te amaremos ¡oh María! sí, te amaremos siempre con todo el afecto de nuestro corazon; hoy hacemos de ello el más firme propósito, y así te lo prometemos del modo más solemne. Tú, entretanto ¡oh María divina ! dígnate presentar nuestra promesa á las plantas de tu Dios, y nuestro, á fin de que la bendiga, la corrobore, la santifique, y haga duradero nuestro propósito hasta el momento de nuestra muerte. Así sea.

DIA DIEZ Y NUEVE.

MARÍA EN EL PORTAL DE BELEN.

Cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret.
Hallándose allí, le llegó la hora del parto.
(Luc. II, 6)

Las disposiciones de la divina Providencia son siempre objeto de tanta admiracion y consuelo para aquellos que conocen los admirables caminos del Señor y sus adorables designios, como de terrible amargura para el corazon de los malvados y orgullosos, que adoran su propia razon como una divinidad. Dichas miras son sublimes y consoladoras para los hombres humildes de corazon, porque éstos saben, que acá abajo solo vemos la corteza, ó la superficie de las cosas, hallándose oculto á nuestros ojos aquel hilo misterioso que á todas las coordina para la consecucion del fin que se propone la divina sabiduría; la cual solo se nos manifestará en todos sus pormenores, cuando Dios, descorriendo á nuestras miradas el velo que separa al tiempo de la eternidad, dará solemnemente á todas las naciones la razon de su justicia y de su misericordia. Y esa verdad amarga desgarra contínuamente el corazon de los inicuos y orgullosos, porque no comprendiendo ellos los misterios de la vida futura, á los cuales la presente se refiere íntimamente, vénse, en cierto modo, confinados en un desierto, contemplando ante sí un inmensurable y pavoroso horizonte, del cual ignoran el fin y el misterio. Esos son aquellos desdichados de quienes está escrito: «No conocieron el sendero de Dios, y por eso perecieron miserablemente (1).» Si tales hombres escucharan la voz de los pequeñuelos del Evangelio, á los cuales el

(1) Psalm. XIII.

Altísimo complácese en comunicar la ciencia que oculta á los sábios y prudentes de la tierra (1), tambien ellos poseerían el gran secreto que une el Cielo con la tierra; la materia con el espíritu; la naturaleza con la gracia, y esta vida con la eternidad; y entónces ya no verían escándalos, anomalías, casualidades, sinó que en todas las cosas y en todas partes resplandecería á sus ojos el órden, la armonía y la infinita sabiduría; aquella sabiduría que hace brotar la luz de las tinieblas y el bien del mal, para el mayor triunfo de su omnipotencia. Esa sabiduría, hermanos mios, es la que contemplaremos esta noche en la desgracia que sobrevino á José en Belen, y por la cual cumpliéronse las profecías acerca del nacimiento del Salvador del mundo. Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Ayer dejamos á José con su divina María á la puerta del hospicio de los peregrinos, donde todo el mundo tenía el derecho de pedir y obtener un pequeño aposento, siempre que no estuvieran todos ellos ocupados. Tal edificio, segun refiere el mismo Volney (2), existe todavía, bien que enteramente destruido y desmoronado por el tiempo; en términos, que solo vénse de él miserables escombros de derruidas paredes, verdaderas madrigueras de escorpiones, donde, sin embargo, el viajero halla grato el reposar durante la noche, envuelto en una estera de juncos. José, pues, penetrando en el patio, pidió lo que á ninguno había sido nunca negado. ¡Oh Providencia de Dios! cuán inexcrutables son tus designios, y por que vías tan misteriosas conduces á la humanidad hácia su regeneracion! ¿Hubiera podido creer jamás David, aquel rey tan glorioso de Israel, que sus descendientes, ó más bien, el vástago de Jacob, el Mesías de los oráculos, el Cristo, el Deseado de las naciones, al cual él, cantando al sonido de su arpa enamorada, saludaba de léjos como á su Señor (3); debía verse reducido al extremo de tener que pedir á unas gentes pobres y oscuras un asilo por caridad, casi como si fuera el sér más desamparado de su nacion?

Empero, en tales circunstancias, no solo ambos esposos debían implorar la caridad, sinó que ni aún habían de obtenerla, á fin de que quedara confirmado, que el Hijo de Dios, al nacer, no tendría donde reclinar su cabeza ¡Así debía ser expiada la culpa primera! Y en efecto; los criados del meson respondieron á José: Aquí ya no hay sitio para vosotros: idos en paz. ¡Oh José! ¿quién pudiera decirnos el pesar que en aquel momento debió sentir tu corazon, no por tí, seguramente, sinó por la Madre del Hijo de Dios, confiada á tu proteccion y á tu cariño? Y tu alma ¡oh dulce María! ¿qué experimentó en tal instante? ¡Oh! nosotros no nos equivocamos, ciertamente, creyendo que en tal apuro, Tú, divinamente resignada y risueña, dirigiste una mirada á tu santo esposo, y que con ella le dijiste que vuestro consuelo vendría del Cielo. ¡Ah! sin duda debías en aquel instante aparecer sublime, si es verdad que el pesar de la resignacion es el perfeccionamiento de la humana belleza. Empero, la prueba no había terminado todavía. José, no habiendo encontrado lugar en el hospicio de los peregrinos, penetró en la ciudad llevando del diestro su humilde jumento, con la esperanza de que algun caritativo betlemita le daría asilo por amor de Dios. ¡Vana esperanza! El concurso de forasteros era tal, á la sazon, que para él, siendo pobre, bien que tan santo, y llevando consigo una compañera tan delicada y tan pacientísima, no halló una guarida, un asilo cualquiera donde preservarse del frio y de la inclemencia de la noche. ¡Ah! ¿quién lo creyera?¿ Acaso era concebible que en toda la ciudad, por pequeña que fuera, no se hallara ya un lugar para ellos? Es lo cierto, á pesar de todo, hermanos mios, que José y María no encontraron ni un corazon siquiera que se apiadara de su apurada situacion. *Non fuit eis locus in diversorio*, ¡Oh! ¿dónde se halla, pues, esa tan ponderada humanidad respecto de los propios hermanos, de la cual hácese tanto alarde, considerándola como una gran virtud, si la pobreza no encuentra conmiseracion alguna? ¿Acaso esa pretendida humanidad consiste meramente en pomposas palabras, cuando no hay necesidad alguna de socorrer; ó solo tiende la mano cuando por tal motivo se recibe el incienso de la gloria, ó algun otro interés es su amplia compensacion? El caso de José era sobremanera apurado á causa de los rigores de la estacion. ¡Ah! la vista de su santa esposa María, cuya palidez era ya extremada, bien que siempre confiada en Dios y risueña, despedazaba su corazon. ¡Pobre José!

Y, hé aquí, hermanos mios, siempre más patente la gran revelacion que el Hijo de Dios, al encarnarse en el seno de la Vírgen, nos hizo; esto es, que la vida presente no puede ménos de ser, y no ha de ser otra cosa que padecimientos, tribulaciones y dolor. Esa revelacion, bien lo sé, nos espanta; mas es ciertísimo, que no es posible ir al Cielo por otro camino. Despues de la culpa, la única escalera para subir á aquella mansion es la penitencia. ¡Bienaventurado, por lo mismo, aquel que tiene la suerte de comprender ese gran misterio,

(1) Luc. x, 21.
(2) Viaje en Siria.
(3) Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis. (Psalm. cix. 1.)

y posee la virtud y el saber suficientes para conformarse con él! Y puesto que esa divina doctrina es el compendio de toda la vida humana, por eso el divino Salvador nos ofrece ejemplos de dicha enseñanza en la vida de todos los Santos. Y toda vez que ahora tratamos de este asunto, espero que no os pesará el oir el siguiente diálogo entre mi seráfico patriarca, san Francisco, y el hermano Leon, su compañero. Viajando, pues, esos dos siervos de Dios, desde Perugia á Santa María de los Angeles, y sufriendo un frio intensísimo, Francisco habló de esta manera al hermano Leon: Leon, escribe lo que te digo: Bien que los frailes menores dén en todo país grandes ejemplos de santidad y de sólida edificacion, escribe: que no consiste en eso solamente la perfecta alegría. Y añadió: ¡Oh Leon! bien que el fraile menor alumbre á los ciegos, arroje á los demonios, vuelva el oido á los sordos, el habla á los mudos y resucite á los muertos, escribe: que no consiste tan solo en eso la perfecta alegría. Y siguió diciendo: Ni aunque el fraile menor supiera todas las lenguas, todas las ciencias y todas las Escrituras, y profetizara y revelara todas las cosas futuras, escribe: que tampoco en eso estriba la perfecta alegría. Y añadió además: ¡Oh hermano Leon, ovejuela de Dios! bien que el fraile menor supiera predicar tan admirablemente que convirtiera á todos los infieles á la fé de Cristo, escribe: que ni siquiera en eso está la perfecta alegría. Y prosiguiendo (segun refiere la crónica) en tan singular discurso por espacio de dos largas millas, el hermano Leon profundamente admirado, dirigióle esta pregunta: Yo te suplico, pues ¡oh padre! que me digas de parte de Dios, ¿en qué consiste la perfecta alegría? A cuya pregunta respondió san Francisco: Demos el caso que al llegar nosotros esta noche, y en hora bastante avanzada, á la puerta del convento, mojados por la lluvia, transidos de frio y atormentados por el hambre, y suplicando que se nos admita en él, el portero, en vez de abrir la puerta para recibirnos caritativamente, considerándonos como unos malhechores, nos dijera: Fuera de aquí, ladrones, que robais las limosnas de los pobres! y no nos abriera, dejándonos toda la noche en la intemperie. Pues bien; sepas, que si tuviéramos el valor suficiente para sufrir con paciencia tal injuria, sin sentir por ello el menor disgusto, ni murmurar, adorando, con humildad y resignacion la voluntad de Dios, que nos quiere mortificados; ahí, hermano, ahí, precisamente, hallaríamos la perfecta alegría. Y si nosotros prosiguiéramos llamando, el portero saliera fuera enteramente exasperado, nos cogiera por la capilla, nos arrojara al suelo, nos cubriera de nieve y nos apaleara reciamente con un ñudoso garrote, y nosotros sufriéramos todo eso

con paciencia, pensando en los padecimientos de Cristo bendito, lo cual debemos padecer tambien nosotros por su amor; ¡oh hermano Leon! escribe: que ahí, que ahí, repito, está la perfecta alegría. Empero, escucha la conclusion: Sobre todas las gracias y dones del Espíritu Santo, las cuales Cristo concede á sus amigos, la gracia mayor es el vencerse á sí mismo; y el sufrir voluntariamente y por su amor, las penas, las injurias, las molestias y toda suerte de adversidades. La leyenda es bella, hermanos mios, y su aplicacion fácil; por eso voy á terminar nuestra historia.

José, pues, rechazado del hospicio y de los betlemitas, abandonóse enteramente á la Providencia del Cielo, abroquelado en la tranquilidad y la resignacion de su conciencia. En efecto; si recibimos de las manos del Señor la prosperidad, decía Job, ¿por qué habríamos de rehusar el infortunio cuando éste viene para probarnos? Estad bien persuadidos, sin embargo, de que la Providencia conducirá á José y á la Vírgen al lugar destinado, desde la eternidad, para el nacimiento del Redentor del mundo. José, habiendo salido de la ciudad con su tierna compañera, dirigióse hácia el campo, seguro de que aquel mismo Dios que le había protegido tan bondadosamente hasta entónces, acudiría en su auxilio. Conviene indicar ahora, que todo el territorio de los alrededores de Belen es montañoso, y cubierto por doquiera de rocas, por cuyo motivo existen acá y acullá gran número de cuevas, que servían de refugio á los caminantes; y allí, Dios, no sin un gran misterio, había preparado un asilo para los dos santos y humildísimos esposos. He dicho, no sin un gran misterio, porque la cueva en que éstos entraron hállabase situada precisamente en los escombros de la antigua torre ó palacio de David, tronco de su régia descendencia; de aquel David, al cual habíale sido prometido por el Cielo, que, por medio del Mesías, su progenie no perecería jamás; y ántes bien se perpetuaría hasta la consumacion de los siglos. *Et semen ejus in æternum manebit* (1).

Dicha torre habíala hecho edificar David, despues de haber sido elegido y consagrado rey de Israel; mas derruida paulatinamente por el tiempo, veíase trasformada, á la sazon, en una cueva, que ora servía de establo comun á los betlemitas, ora de asilo á los pastores, cuando durante la noche la tempestad arreciaba. Y ¿no había sido vaticinado por los profetas, que el Salvador nacería en un pesebre en medio de dos animales (2)? Allí, pues, por vías tan misteriosas, la divina sabiduría había conducido á la Vírgen que le llevaba en su seno.

(1) Psalm. lxxxviii.
(2) Cant. Habac.

¡Oh cueva de Belen! tú eres, en realidad, afortunada y gloriosa, toda vez que mereciste recibir en tu recinto á Aquella, en cuyas castas entrañas albergábase, bajo humanas apariencias, el Criador del universo. ¡Oh! qué cosas tan grandes se referirán de tí, solo por haber dado acogida durante una noche á la Madre del Señor! Eso probará que Dios te amó, verdaderamente, más que á todas las tiendas magníficas de Jacob(1). Sí, puesto que en tu oscuro seno cumpliráse la misericordia más grande que vieron los siglos; el beneficio de la Redencion, con el nacimiento del tan suspirado Salvador de la tierra. Inclinémonos, hermanos mios, ante el portal de Belen, y besemos, reverentes, su suelo, puesto que aquel es el tabernáculo santo del Dios de la Redencion (2). ¡Oh desdichada Belen, que no tuviste un ángulo para albergar al Hijo de Dios! semejante hecho demuestra, que la sociedad que existía entónces (la humanidad corrompida por la culpa original), nada tenía que ver con Cristo, y que su fin había llegado: y demuestra tambien que Cristo, al cual rehusó recibir en su seno, porque no participaba de su corrupcion, y que por lo mismo, que nada tomaba de ella, era, como debía ser, inmaculado, segregado de los pecadores; vestido, sí, de la humanidad; pero de la humanidad purísima que había tomado del seno virginal de su Madre, María, daba principio á un nuevo mundo, una nueva humanidad, una sociedad nueva, y un nuevo órden de cosas y de siglos.

Y ese es el fundamento ¡oh Vírgen bella y divina! de tu inefable grandeza, que excede á toda concepcion humana y angélica, mostrándonos claramente tu original integridad, por la cual fuiste digna de hospedar en tu seno al Hijo de Dios! Y sin embargo, ¡oh dolor! en el momento mismo en que debías darlo á luz, nosotros te vemos obligada á guarecerte en una miserable cueva, en una noche crudísima de invierno, donde á duras penas se refugiaban los animales al verse acometidos por la tempestad. ¡Ah! en vista de un suceso tan extraordinario, nuestra razon se confunde y nuestro corazon siéntese desgarrado por el pesar. Solo para Tí no debía haber un ángulo para albergarte en la ciudad de tus abuelos; para Tí, hija primogénita del Altísimo, flor de belleza, de inocencia, y excelsa sobre todas las hijas de Israel! para Tí, ya madre, hacía nueve meses, del Criador del universo; y en el corazon de un rigurosísimo invierno. ¡Ay de tí, oh Belen, vituperio de Israel! ¿Qué dirán de tí las futuras generaciones, cuando la gloria de esa Vírgen, unida á la de su Hijo, sea la

(1) Psalm. lxxxvi, 1.
(2) Præ. Liturg. in Nat. Dom.

gloria mayor del universo? Empero ¿qué digo, oh santísima Vírgen, si nosotros mismos, infinitamente peores que los hijos de Judá, los cuales, al fin y al cabo, no te conocían; nosotros, que sabemos cual es tu excelencia y tantas veces hemos experimentado tu tiernísimo afecto, te rechazamos tan brutalmente de nuestro corazon para hacer reinar en él las infames pasiones del mundo, de la carne y de la sangre? ¡Oh, Madre de misericordia! ten piedad de tus ingratos hijos, que ya ni siquiera merecen pronunciar tu dulce nombre! Ten, sí, piedad de nosotros ¡oh María! que ya detestamos tanta iniquidad, y prometemos una saludable enmienda. Sí ¡oh Madre amorosa! nosotros, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos; amarte á Tí sola, despues de Dios, Hijo tuyo y Redentor nuestro; queremos amarte para siempre, con todo el afecto de nuestro corazon, para ser siempre tuyos, y únicamente tuyos, en este mundo y en la eternidad. Así sea.

DIA VEINTE.

MARÍA VÍRGEN Y MADRE.

Peperit filium suum primogenitum et reclinavit eum in præsepio.
Parió á su hijo primogénito, y recostóle en un pesebre.
(Luc. ii, 1.)

Infinitas son las diferencias que median entre los hombres y Dios, hermanos mios, y la principal consiste, en que aquéllos hacen mil ofertas de ayuda, de amistad, de proteccion en todas las necesidades de la vida, y no cumplen ninguna; miéntras que la palabra del Señor permanece eternamente. Laban jura á Jacob darle por esposa á Raquél, si le ayuda durante siete años en la tarea de apacentar rebaños: y Jacob acepta el pacto y cumple todo el tiempo del largo sa-

¡Oh cueva de Belen! tú eres, en realidad, afortunada y gloriosa, toda vez que mereciste recibir en tu recinto á Aquella, en cuyas castas entrañas albergábase, bajo humanas apariencias, el Criador del universo. ¡Oh! qué cosas tan grandes se referirán de tí, solo por haber dado acogida durante una noche á la Madre del Señor! Eso probará que Dios te amó, verdaderamente, más que á todas las tiendas magníficas de Jacob(1). Sí, puesto que en tu oscuro seno cumpliráse la misericordia más grande que vieron los siglos; el beneficio de la Redencion, con el nacimiento del tan suspirado Salvador de la tierra. Inclinémonos, hermanos mios, ante el portal de Belen, y besemos, reverentes, su suelo, puesto que aquel es el tabernáculo santo del Dios de la Redencion (2). ¡Oh desdichada Belen, que no tuviste un ángulo para albergar al Hijo de Dios! semejante hecho demuestra, que la sociedad que existía entónces (la humanidad corrompida por la culpa original), nada tenía que ver con Cristo, y que su fin había llegado: y demuestra tambien que Cristo, al cual rehusó recibir en su seno, porque no participaba de su corrupcion, y que por lo mismo, que nada tomaba de ella, era, como debía ser, inmaculado, segregado de los pecadores; vestido, sí, de la humanidad; pero de la humanidad purísima que había tomado del seno virginal de su Madre, María, daba principio á un nuevo mundo, una nueva humanidad, una sociedad nueva, y un nuevo órden de cosas y de siglos.

Y ese es el fundamento ¡oh Vírgen bella y divina! de tu inefable grandeza, que excede á toda concepcion humana y angélica, mostrándonos claramente tu original integridad, por la cual fuiste digna de hospedar en tu seno al Hijo de Dios! Y sin embargo, ¡oh dolor! en el momento mismo en que debías darlo á luz, nosotros te vemos obligada á guarecerte en una miserable cueva, en una noche crudísima de invierno, donde á duras penas se refugiaban los animales al verse acometidos por la tempestad. ¡Ah! en vista de un suceso tan extraordinario, nuestra razon se confunde y nuestro corazon siéntese desgarrado por el pesar. Solo para Tí no debía haber un ángulo para albergarte en la ciudad de tus abuelos; para Tí, hija primogénita del Altísimo, flor de belleza, de inocencia, y excelsa sobre todas las hijas de Israel! para Tí, ya madre, hacía nueve meses, del Criador del universo; y en el corazon de un rigurosísimo invierno. ¡Ay de tí, oh Belen, vituperio de Israel! ¿Qué dirán de tí las futuras generaciones, cuando la gloria de esa Vírgen, unida á la de su Hijo, sea la

(1) Psalm. lxxxvi, 1.
(2) Præ. Liturg. in Nat. Dom.

gloria mayor del universo? Empero ¿qué digo, oh santísima Vírgen, si nosotros mismos, infinitamente peores que los hijos de Judá, los cuales, al fin y al cabo, no te conocían; nosotros, que sabemos cual es tu excelencia y tantas veces hemos experimentado tu tiernísimo afecto, te rechazamos tan brutalmente de nuestro corazon para hacer reinar en él las infames pasiones del mundo, de la carne y de la sangre? ¡Oh, Madre de misericordia! ten piedad de tus ingratos hijos, que ya ni siquiera merecen pronunciar tu dulce nombre! Ten, sí, piedad de nosotros ¡oh María! que ya detestamos tanta iniquidad, y prometemos una saludable enmienda. Sí ¡oh Madre amorosa! nosotros, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos; amarte á Tí sola, despues de Dios, Hijo tuyo y Redentor nuestro; queremos amarte para siempre, con todo el afecto de nuestro corazon, para ser siempre tuyos, y únicamente tuyos, en este mundo y en la eternidad. Así sea.

DIA VEINTE.

MARÍA VÍRGEN Y MADRE.

Peperit filium suum primogenitum et reclinavit eum in præsepio.
Parió á su hijo primogénito, y recostóle en un pesebre.
(Luc. ii, 1.)

Infinitas son las diferencias que median entre los hombres y Dios, hermanos mios, y la principal consiste, en que aquéllos hacen mil ofertas de ayuda, de amistad, de proteccion en todas las necesidades de la vida, y no cumplen ninguna; miéntras que la palabra del Señor permanece eternamente. Laban jura á Jacob darle por esposa á Raquél, si le ayuda durante siete años en la tarea de apacentar rebaños: y Jacob acepta el pacto y cumple todo el tiempo del largo sa-

crificio; entónces Laban, faltando á lo prometido, se muestra el hombre más desleal é ingrato de la tierra (1). Saul promete á David darle su hija Micól, si se ve con ánimo de derribar al gigante Goliath y otros mil Filisteos; y David, lleno de noble atrevimiento y confiando en el Dios de sus padres, emprende la lucha y la lleva á efecto; pero Saul, en vez de darle, agradecido, la merced prometida, le hace blanco de sus fieras persecuciones, hasta en los últimos desiertos de Farán (2). No se vaya á creer, que esos fueran hechos, del todo personales, de los cuales no pueda deducirse lo universal: por el contrario, es esta la dolorosa historia de todas las generaciones pasadas. Muy al contrario obra Dios cuando promete á los hombres su infinita misericordia: su palabra es decreto infalible de su sabiduría, que nunca falta. En efecto; yo veo á Abrahan hecho padre de una generacion inmensa, solo porque se mostró dispuesto á sacrificar á Dios su único hijo Isaac, como se lo había ordenado (3). Tambien veo á Moisés, que conduce á través del Eritreo para la conquista de la tierra prometida á su pueblo, libertado de la esclavitud egipcia, tan solo porque, dócil á los divinos mandatos, se presentó intrépido á Faraon, y, en nombre del Dios que le enviaba, le intimó que dejase libre á la nacion hebrea (4). Pero de esta verdad tan consoladora voy á ofreceros esta noche una prueba magnífica y solemne sobre todas las demás; prueba que, llenos de entusiasmo religioso, os haga exclamar con el profeta: «Alabad al Señor, porque es bueno; porque hace brillar eternamente su misericordia (5).» Y esta prueba es el prodigio más estupendo que haya podido admirar el mundo, esto es, el nacimiento del Salvador prometido á nuestros primeros padres en el Paraíso, mostrado á los Patriarcas en un porvenir lejano, vaticinado por los Profetas, y suspirado largo tiempo por las naciones todas. Miéntras la tierra se consideraba completamente abandonada á desesperada desolacion, ese nacimiento vino á alegrarla con la más magnífica de las redenciones. Vais á verlo, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Anoche dejamos á José y María en la cueva de Belen; cueva que servía de abrigo á los viandantes, y donde los pastores acostumbraban reunir sus rebaños en las noches borrascosas. Natural es

(1) Génes. xxix.
(2) I. Reyes.
(3) Génes. xxii.
(4) Exod. ix.
(5) Psalm. cxvii.

inferir, que, ante todo, darían fervorosas gracias á Dios por haber encontrado aquel refugio: y luego José, como podeis imaginaros, acomodaría del mejor modo posible en el rincon más á propósito de la cueva, sobre la escasa paja y el heno que pudo recoger, á la Vírgen divina: y luego despues de retirarse él á otro rincon con su jumento, su único convoy, se recostaría sobre su estera de juncos, meditando los misterios de la infinita sabiduría divina. Al ver reducido á tanta humildad, por no decir miseria, al más virtuoso de los hombres, no podemos ménos de sentir, hermanos mios, embargado nuestro ánimo de tiernísima compasion, diciendo interiormente: ¡hé ahí lo que es el mundo! Allá en la ciudad, se canta y se baila al son de flautas y al ruido de címbalos y de tamboriles, despues de haber cenado opíparamente; y aquí, en esta cueva misteriosa, la Madre de Dios, el ángel de la inocencia y de la belleza, el honor de la casa de David con su esposo José, tras un largo y en todos conceptos penosísimo viaje, se encuentran sin humano socorro, sin un lábio amigo que les sonría, acurrucados sobre un poco de heno, y mal defendidos de la humedad de la noche, que de continuo penetra y molesta aquella tan mal acondicionada cueva. Muy justa es, hermanos mios, esa compasion. Pero si esta piedad es verdadera, ¿por qué no nos enternecen tantas escenas de dolor que contristan igualmente á todo el mundo, tantas familias pobres, que no pueden saciar su hambre, ni cubrir sus desnudos miembros; miéntras tanto que nosotros, satisfechos con toda comodidad, y vestidos de fiesta, y muchas veces más de lo que consentiría la virtud cristiana, altivos y soberbios, solo pensamos en el triunfo de nosotros mismos? Y no lo digo precisamente por vosotros, pues, al veros celebrar con tanta piedad el mes de María, me complazco en pensar que sois pródigos y generosos en toda suerte de caridad: pero ello es, que esa crueldad se encuentra en el mundo con harta frecuencia, y en personas que, por otra parte, presumen de católicos practicantes, que tienen humanidad y son generosos. ¡Cuántas familias hay, especialmente en la estacion de invierno, cuyos padres no saben cómo suministrar un pedazo de pan á sus hijos, que lloran de hambre; y, frecuentemente, madres, que por falta de alimento no tienen leche para alimentar á los infantes colgados de sus pechos! ¡Ah! procurad vosotros los que me escuchais, remediar hasta el punto que vuestras respectivas facultades lo permitan, esa necesidad, ó más bien esas desgarradoras miserias de la sociedad civil; hé ahí el verdadero campo de la caridad cristiana; hé ahí la verdadera filantropía del Evangelio, que nos muestra verdaderos hijos de Dios, y nos hace amar y reverenciar de todos: esta es, en una palabra, la

senda que conduce al Cielo. No, no debemos, como lo hace el mundo, pagarnos de apariencias y contentarnos de ser caritativos y humanos con palabras: hechos se requieren; y puedo deciros, que en el dia del juicio, muy espantosa y tremenda será la manifestacion de la crueldad, á la cual la avaricia, la indiferencia ó el vicio arrastró á no pocos falsos católicos, que profanan así un título tan augusto y venerando.

Ahora volviendo á María y José, bien podemos creer, que el venerable Patriarca, en vez de dormir, por más que estuviera rendido de fatiga, vigilaría por la seguridad y reposo de la mujer divina que la Providencia le había confiado, y en la cual se maduraban las esperanzas de todos los siglos. Miéntras tanto, los designios de Dios habían llegado á su cumplimiento. La noche silenciosa, y como envuelta en profundo misterio, cubría toda la creacion: no se oía el más leve rumor de persona, ni el susurro de las hojas, ni aún el ronquido del céfiro nocturno que diese señales de vida: solo resonaban, de vez en cuando, el plañidero graznar del buho, y el ronco quejido del mochuelo, salidos de la cueva en busca de presa. Cuando hé aquí que tocando á su zénit la estrella vespertina anunció, que la noche había andado la mitad de su camino (1); y en el mismo instante, el Verbo divino, hecho hombre en el seno de María, entró visiblemente en este mundo. El amor materno diole á ver á su Madre, que le estrechó entre sus brazos arrobada en éxtasis de júbilo celestial, le calentó con el aliento de sus besos, cubrióle con parte de sus pañales, recostole en un pesebre que había allí, y fué la primera en adorarle; la primera y la sola persona que entónces le adoró; la sola generadora humana, la sola auxiliadora, la sola testigo, y, en aquel momento, la sola adoradora humana de Cristo. El parto de María, incomprensible á toda inteligencia humana, fué tambien invisible á los sentidos de toda criatura. Y cuando el dia penetró en la oscura cueva, encontró allí á Cristo nacido de Élla, su verdadera Madre.

Se ha realizado, pues, hermanos mios, la generacion temporal del Rey del Cielo y de la tierra, pronosticada por tantos Profetas y suspirada largos siglos por el pueblo de Dios: la venida al mundo de Aquel, que separando en otro tiempo de la confusion del cáos los elementos de la luz, hizo aparecer espléndidamente desplegado el manto de su arco iris: de Aquel, que en la bóveda azul de los cielos sembró multitud de estrellas, las cuales, recorriendo sus órbitas á

(1) «Dum medium silentium tenerent omnia, et nox in suo cursu medium iter aberet, omnipotens sermo tuus, Domine, de cœlo, a regalibus sedibus venit.» SAPIENT. XVIII, 14, 15.

manera de armoniosas danzas, celebran y ensalzan la obra de la creacion. Aquí está, en este pesebre, y sobre un poco de heno y paja; aquí resplandece la generacion temporal del Hijo de Dios criador del universo, á cuya indicacion obedecen los relámpagos, los truenos, los vientos, y hasta los espíritus de los abismos. No hay allí finos pañales para envolverle, ni suaves auras en que respirar deliciosamente; ni siquiera una cuna de mimbres, cual la tuvo su siervo Moisés. El que á la vista de este espectáculo no siente su alma ahogada de ternura, no me hable de humanidad, de amistad, de virtud ni de santos afectos, pues bien á las claras muestra, que es un compuesto de lodo y de abominable corrupcion.

Asomó el alba, y al penetrar su primer rayo en aquella cueva, la luz, criada desde tantos siglos, sirvió para Aquel que la crió, iluminando las sombras en que estaba envuelto, y retratando la imágen de aquel agraciado rostro, que había de dar nueva belleza y nuevo esplendor á la tierra y al Cielo. Nunca la luz, criatura tan antigua y tan noble, había desempeñado un servicio tan glorioso como en ese dia, siendo mensajera de Jesucristo, á cuya alma llevó las impresiones del mundo exterior, y á las demás almas las impresiones de sus formas visibles, que Él había tomado por obra del Espíritu Santo en las entrañas purísimas de su madre María. Despues de María, José fué el primero de todos que vió, y á la vez, fué visto por Jesús, siendo muy natural que la Vírgen le llamase para mostrarle aquel Niño divino, y al mismo tiempo mostrar su esposo á Jesús, solícita de imprimir en el alma del Niño las facciones de un hombre tan justo y á quien era Élla tan deudora. ¿Y quién podría expresar aquí lo que sentirían en sus corazones en aquel momento? José, enteramente absorto en éxtasis de encanto y de ternura, y derramando lágrimas, le diría: «¡Oh Hijo de amor! Tú, en una húmeda cueva, y con tan poca paja!» María, empero, arrodillada ante su Hijo, lo adoraba sin proferir palabra alguna. Estaba en un éxtasis, que pueden muy bien comprender las almas que saben en qué consiste el amor divino, pero que no puede expresarse con palabras. Ella, absorta, calla y adora; y luego la gracia y la naturaleza, juntamente, la inclinan hácia el amado Hijo, al cual toma y lleva al pecho, y empieza á alimentarle con su leche virginal. ¡Pluguiera á Dios, que nuestra alma estuviese al ménos penetrada de una mínima parte de ese amor de María, en el instante de acercarnos á la sagrada mesa! entónces podríamos dar, verdaderamente, testimonio á nosotros mismos de la suavidad divina que consigo lleva el amor de Dios. Mas ¡ay! con harta frecuencia vemos, que el augusto misterio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo es olvidado

de muchos, ultrajado por otros, y hasta blasfemado por los impíos con horribles sacrilegios.

Miéntras que tales sucesos se cumplían en la cueva, en los alrededores, en la vecindad, se hallaban pastores, que vigilando por turno, guardaban los rebaños. «De improviso un Angel del Señor apareció junto á ellos, y cercóles con su resplandor una luz divina. Díjoles entónces el Angel: Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y sírvaos de seña, que hallareis al Niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre. Al punto, prosigue diciendo San Lúcas, se unió al Angel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios, y diciendo: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (1)». Esto es lo primero que, apénas nacido al mundo, nos enseña Jesús, esto es, que demos gloria á Dios, el cual está en lo más alto de los cielos, y conservemos la paz en la tierra con los hombres, nuestros hermanos. Augurio de aquel precepto máximo, que en la plenitud de sus dias y en su sublime mision para con la humanidad, nos intimó solemnemente, diciendo: «Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas, con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; y al prójimo como á tí mismo:» Precepto, que es el fundamento principal y el cumplimiento de toda su ley; precepto grande, de cuyo cumplimiento depende la eterna salvacion de los hombres.

Dóciles los pastores á las palabras del Angel: «Vamos, dijeron, á Belen, y veamos este suceso prodigioso que acaba de acontecer, y que el Señor nos ha manifestado.» Vinieron pues, á toda priesa; y hallaron á María, y á José, y al Niño reclinado en el pesebre. ¡Ah! esos hombres sencillos, hermanos mios, que van inmediatamente en busca de la aparecida salvacion del mundo, serán en el dia del juicio la condenacion de muchos cristianos de nuestros dias, á los cuales si se les dice: Vamos al templo á escuchar la palabra del Señor, y á recibir su celestial bendicion, sonriendo desdeñosamente, os volverán burlones las espaldas, prefiriendo reunirse en lugares donde se vean libres para el desenfreno de sus pasiones. Además, dice la tradicion, que aquellos excelentes rabadanes, ántes de partir para Belen, proveyeron sus zurrones de lo mejor que tenian, frutas, leche y corderillos, y que con tales dones se presentaron á la misteriosa cueva donde se hallaba el Salvador del mundo; dejando sus

(1) Lúc. II, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14.
(2) Lúc. II, 15.

rebaños al cuidado de los espíritus angélicos, cuya voz acababan de oir, y cuyo maravilloso resplandor acababan de ver. Llegado que hubieron á la cueva, indecible fué la admiracion de que se sintieron poseidos, viendo al Niño sobre la paja, á María en actitud de adorarle, y á José en admiracion del grande misterio. Postráronse reverentes para adorarle con devota humildad, ofrecieron en prenda de obsequio los dones que llevaban, refiriendo luego á José y á María el anuncio del Angel, el revelado misterio, y los armoniosos cánticos que habían oido. El corazon de la Vírgen y José rebosaron de nuevo gozo con motivo de estas francas demostraciones de los inocentes pastores, que dichosos ya por la bendicion del Señor, y lleno su ánimo de nuevas esperanzas para la tierra, volvieron á su grey, glorificando á Dios, y difundiendo por las montañas la alegre nueva de haber nacido el Salvador del mundo (1). ¡Oh noche! oh alegría! oh esperanzas! oh misterio!

En verdad, que la narracion evangélica de la natividad de Jesús en el pesebre de Belen deja una paz en el alma, cierta dulzura y armonía dignas de proceder del corazon de María. Aquel Niño nacido pocas horas ántes; aquella Madre y aquel José que están á su lado; aquellos pobres y sencillos pastores, que entran y los contemplan llenos de fé y admiracion; aquellos Angeles, que conversan con los hombres; aquellas voces celestiales que resuenan por los espacios; aquella aura de paz, de piedad y de benevolencia, que se difunde en aquellos corazones; y el sonrís de la naturaleza en medio de aquella luz tan brillante; al paso que demuestran la divinidad del hecho, son como un esbozo, no ya de una sociedad nueva que se reforma con nuevos propósitos y costumbres nuevas, sinó de una nueva humanidad y de un nuevo universo que nacen al rededor de Jesucristo. ¡Dichosos nosotros, hermanos mios, que, mediante la fé, tenemos la dicha de celebrar cada año las maravillas de aquella noche tan hermosa y santa, puesto que en todas partes donde resuena el nombre cristiano, se celebran con inefable ternura los sagrados misterios de la cueva de Belen! Y aquí me es grato haceros notar, que la sensible representacion de este dulcísimo misterio que lo retrata, asemejándose lo más posible al que tuvo lugar en la cueva de Belen, se debe á mi seráfico Patriarca San Francisco, que en Grecio se dedicó, ántes que todos, á componer el sagrado pesebre, perfecta imitacion del que hubo realmente en la cueva de Belen, para que pudiesen todos ver con sus propios ojos al dulce Niño sobre la paja, en medio de dos anima-

(1) Lúc. II, 17.

les, con María, que, presente y extática, le adora allí, y el venerable José, que está fuera de sí de alegría, y en todas partes los Angeles que cantan la gloria del altísimo Señor de los cielos, y á los pastores de las vecinas montañas, que concurren para reconocer y honrar con humildes dones á su divino Salvador. ¿Y quién en semejante representacion no siente palpitar su corazon conmovido hasta derramar lágrimas de ternura? ¡Oh noche! oh Francisco! oh divina representacion de amor, la más bella, la más placentera y alegre de cuantas se hayan celebrado! Puesto que mediante ella, hermanos mios, cada uno de nosotros puede dirigir á sí mismo aquellas elocuentes palabras que san Jerónimo dirigia á su amada Marcela: «¡Oh Belen! aquí, en esta humilde cueva de la tierra, nació el Criador de los cielos! aquí le visitaron los pastores! aquí los Angeles cantaron gloria á Dios en las alturas!»

¡Oh! sí; nosotros te adoramos, amable Hijo de Dios y de María, hecho hombre, y nacido á la vida por nosotros en condiciones tan miserables. Sí; te adoramos postrados á tus plantas, como si estuviéramos en la misteriosa cueva, que te acogió cerca de Belen, en vez de la córte celestial donde unigénito del divino Padre formaste el esplendor de los Santos, ántes que apareciese la estrella de la mañana (1), ó sea, desde la eternidad, ántes de los siglos. ¿No fué el amor ¡oh Jesús! el que te hizo descender á la tierra, y empequeñecerte y anonadarte por nosotros? ¡Misterio estupendo, adorable sacramento de un Dios hecho hombre en las entrañas de la Vírgen, y nacido en un pesebre en medio de dos animales! Y tú, alma mia, ¿qué piensas al meditar en este portento de amor? Admira, ahora tu dignidad, pues el Hijo del Altísimo se dignó descender sobre esta tierra, y tomar nuestra miserable naturaleza para redimirte y salvarte. ¿Comprendes hasta qué punto te amó? No satisfecho con haberte criado, y sostenido cuando pecadora, quiso revestirte de la gracia, haciéndose nuestro hermano, segun la carne, habitar con nosotros, soportar todas nuestras miserias y participar de todos nuestros dolores, lo mismo Niño que jóven y hombre perfecto, hasta la muerte. ¡Ah! vuelve tus miradas al pesebre de Belen, y contempla aquí al tierno hijo de María; y si te queda aún un poco de ternura en el corazon, confúndete de tu conducta, y llora tus extravíos. ¿Dónde está la gratitud que debes á tu Dios; dónde el amor que exige aquel amor infinito, que te demostró de un modo tan admirable; dónde la fé, cuando ménos, en su divinidad? ¡Oh María! Madre nuestra amorosa,

(1) Psalm. cix.

no tenemos valor para presentarnos á tu divino Hijo, bien que las auras que en este dia respiramos, sean auras de misericordia y de amor. Esto es, precisamente, lo que nos llena de confusion y de vergüenza. Dí, pues, Madre dulcísima, dile á tu amado Hijo, que estamos arrepentidos de nuestros pecados; que estamos resueltos á amarle en lo sucesivo con todo el afecto de nuestro corazon; que postrados á sus piés, le juramos constante fidelidad; y que de ahora en adelante, con el divino auxilio y tu amorosa intercesion, no faltaremos nunca á nuestros deberes, á nuestros juramentos y á nuestra fé; que sólo Él será eternamente el objeto de nuestras delicias; y en todos nuestros actos proclamaremos su bondad, y cantaremos su infinita misericordia, por todos los siglos de los siglos. Así sea.

DIA VEINTE Y UNO.

LOS MAGOS DE ORIENTE Y LA ESTRELLA.

Vidimus stellam ejus in oriente, et venimus adorare eum.
Vimos en oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle.
(Matth. ii, 2.)

Hermanos mios, cuán bueno y misericordioso es Dios, tanto es admirable en sus designios, muy superiores á nuestro corto alcance; por cuyo motivo los hombres, que ahora le acusan tan fácilmente de parcialidad, se verán obligados á confesar su infinita sabiduría y justicia en el dia del juicio final. Para comprender esta verdad importantísima, no olvideis la historia de los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob. Léese en los Libros santos, que uno de ellos fué repudiado por Dios, miéntras que demostró al otro el más tierno amor. A primera vista, parece esta preferencia una iniquidad: pero quien considere que Esaú por un miserable plato de lentejas vendió,

les, con María, que, presente y extática, le adora allí, y el venerable José, que está fuera de sí de alegría, y en todas partes los Angeles que cantan la gloria del altísimo Señor de los cielos, y á los pastores de las vecinas montañas, que concurren para reconocer y honrar con humildes dones á su divino Salvador. ¿Y quién en semejante representacion no siente palpitar su corazon conmovido hasta derramar lágrimas de ternura? ¡Oh noche! oh Francisco! oh divina representacion de amor, la más bella, la más placentera y alegre de cuantas se hayan celebrado! Puesto que mediante ella, hermanos mios, cada uno de nosotros puede dirigir á sí mismo aquellas elocuentes palabras que san Jerónimo dirigia á su amada Marcela: «¡Oh Belen! aquí, en esta humilde cueva de la tierra, nació el Criador de los cielos! aquí le visitaron los pastores! aquí los Angeles cantaron gloria á Dios en las alturas!»

¡Oh! sí; nosotros te adoramos, amable Hijo de Dios y de María, hecho hombre, y nacido á la vida por nosotros en condiciones tan miserables. Sí; te adoramos postrados á tus plantas, como si estuviéramos en la misteriosa cueva, que te acogió cerca de Belen, en vez de la córte celestial donde unigénito del divino Padre formaste el esplendor de los Santos, ántes que apareciese la estrella de la mañana (1), ó sea, desde la eternidad, ántes de los siglos. ¿No fué el amor ¡oh Jesús! el que te hizo descender á la tierra, y empequeñecerte y anonadarte por nosotros? ¡Misterio estupendo, adorable sacramento de un Dios hecho hombre en las entrañas de la Vírgen, y nacido en un pesebre en medio de dos animales! Y tú, alma mia, ¿qué piensas al meditar en este portento de amor? Admira, ahora tu dignidad, pues el Hijo del Altísimo se dignó descender sobre esta tierra, y tomar nuestra miserable naturaleza para redimirte y salvarte. ¿Comprendes hasta qué punto te amó? No satisfecho con haberte criado, y sostenido cuando pecadora, quiso revestirte de la gracia, haciéndose nuestro hermano, segun la carne, habitar con nosotros, soportar todas nuestras miserias y participar de todos nuestros dolores, lo mismo Niño que jóven y hombre perfecto, hasta la muerte. ¡Ah! vuelve tus miradas al pesebre de Belen, y contempla aquí al tierno hijo de María; y si te queda aún un poco de ternura en el corazon, confúndete de tu conducta, y llora tus extravíos. ¿Dónde está la gratitud que debes á tu Dios; dónde el amor que exige aquel amor infinito, que te demostró de un modo tan admirable; dónde la fé, cuando ménos, en su divinidad? ¡Oh María! Madre nuestra amorosa,

(1) Psalm. cix.

no tenemos valor para presentarnos á tu divino Hijo, bien que las auras que en este dia respiramos, sean auras de misericordia y de amor. Esto es, precisamente, lo que nos llena de confusion y de vergüenza. Dí, pues, Madre dulcísima, dile á tu amado Hijo, que estamos arrepentidos de nuestros pecados; que estamos resueltos á amarle en lo sucesivo con todo el afecto de nuestro corazon; que postrados á sus piés, le juramos constante fidelidad; y que de ahora en adelante, con el divino auxilio y tu amorosa intercesion, no faltaremos nunca á nuestros deberes, á nuestros juramentos y á nuestra fé; que sólo Él será eternamente el objeto de nuestras delicias; y en todos nuestros actos proclamaremos su bondad, y cantaremos su infinita misericordia, por todos los siglos de los siglos. Así sea.

DIA VEINTE Y UNO.

LOS MAGOS DE ORIENTE Y LA ESTRELLA.

Vidimus stellam ejus in oriente, et venimus adorare eum.
Vimos en oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle.
(Matth. ii, 2.)

Hermanos mios, cuán bueno y misericordioso es Dios, tanto es admirable en sus designios, muy superiores á nuestro corto alcance; por cuyo motivo los hombres, que ahora le acusan tan fácilmente de parcialidad, se verán obligados á confesar su infinita sabiduría y justicia en el dia del juicio final. Para comprender esta verdad importantísima, no olvideis la historia de los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob. Léese en los Libros santos, que uno de ellos fué repudiado por Dios, miéntras que demostró al otro el más tierno amor. A primera vista, parece esta preferencia una iniquidad: pero quien considere que Esaú por un miserable plato de lentejas vendió,

en cuanto de él dependía, la primogenitura (1), que significaba la gracia del Señor, comprenderá, fácilmente, con cuanta razon le fué quitada y conferida á su hermano, que había de apreciarla dignamente, sirviéndose de ella para los altísimos fines de la divina sabiduría. Observad tambien el triste fin del rey Saul, al principio, glorioso monarca del pueblo de Israel, á cuya dignidad le había destinado y elegido el mismo Dios, derribándole luego del trono, y colocando en su lugar al humilde David (2). Triste suceso por cierto para quien lo considere superficialmente; pero, el que sabe con cuanta torpeza abusó de la Religion, matando á los sacerdotes, y despreciando los saludables avisos de Samuel, verá cuan merecida y justa fué aquella terrible caida. De esta suerte, pues, y aún con mayor evidencia, brillarán los designios de Dios, con respecto á todas las cosas, cuando en el dia final descubrirá á todos los altísimos misterios de su sabiduría en el gobierno de los hombres; entónces veremos, que si ellos fueron miserables y se perdieron á sí mismos, la culpa no fué de Dios sapientísimo y santo, sinó exclusivamente suya. Ahora paréceme que esta admirable disposicion de la Providencia se muestra de una manera singular en la misteriosa economía con que los Magos de Oriente fueron llamados á reconocer y adorar en Belen al Criador del universo. ¡Oh! sí; quien considere que los Judíos, no solo rehusaron reconocer por Mesías al Hijo de María, sinó que le persiguieron cruelmente hasta la muerte terribilísima é infame de cruz, verá que Dios hizo de todo punto inexcusable su delito, guiando con la luz de su gracia y una milagrosa señal exterior á los Magos de Oriente, para buscarle y reconocerle como á Dios y Señor de todo el género humano en medio del mismo pueblo de Israel. Y este hecho será el argumento del presente discurso. Pidamos la gracia: A. M.

Bello y consolador espectáculo ofrecieron los pastores de los alrededores de Belen al salir de la bendita cueva para volver á sus rebaños, luego de haber adorado al nacido Salvador del mundo, y publicando, alegres de tanta maravilla, aquellos prodigios de la divina misericordia entre los habitantes de los vecinos montes. Esta piedad dió inmediatamente sus frutos, pues muchos, conmovidos por la relacion del suceso, se encaminaron tambien á admirar aquel divino infante, acompañando igualmente su afecto con humildes dones, á fin de manifestarle su devocion; y éstos, al regresar á sus casas, referían, igualmente, cosas admirables; de ahí el que aquella fausta noticia

(1) GÉNES. XXV.
(2) I. REYES.

se divulgara por todas partes, hasta las más elevadas y remotas cimas de los montes. Y tal vez ese relato hecho en la proximidad de las selvas, en el fondo de algun precipicio, miéntras se abrevaban los camellos en la solitaria fuente, fué lo que movió á una tribu de árabes del desierto á tributar honores divinos á Jesús y á María, puesto que su dulce imágen, con su Hijo sobre las rodillas, fué esculpida entónces sobre una de las colunas de Caaba, y contada solemnemente entre las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias antiguas (1).

Tal es, hermanos mios, la eficacia del buen ejemplo, de aquel buen ejemplo tenido hoy en tan poco, y, tal vez, objeto de desdén. Esto es, cabalmente, lo que nos causa profundo dolor, pues los pueblos se arrojan locamente en brazos de la irreligion, con tanta ruina de la sociedad, que jamás se ha visto igual; ruina que causa perjuicios sin cuento y afrentas sin fin á la Iglesia de Jesucristo, como está á la vista de todo el mundo. Pero este desórden no procede de la mala índole del pueblo, sinó de las influencias venenosas del mal ejemplo, y de la falta de la saludable eficacia del bien. En semejantes deplorables condiciones de la sociedad, toca, especialmente á nosotros, los ministros de Dios, emplear nuestro celo, tal vez más de lo que hacemos, con sacrificios y actividad de caridad apostólica para la edificacion y salvacion del rebaño de Jesucristo; siendo este nuestro ministerio y la mision que recibimos del Cielo. Esto equivale á decir, que debemos, primeramente, santificarnos en el estudio y en la oracion, para presentarnos luego en medio de la sociedad cristiana confiada á nuestros cuidados, como ángeles de inocencia, de bondad y de virtud divinas. Y todos los fieles, sea cual fuere su órden y condicion, deben seguir nuestro ejemplo, y asistir con más asiduidad á las sagradas funciones de la Iglesia, á los sermones, y, sobre todo, á la frecuencia de los sacramentos, ya que la Religion no es una cosa vana é inútil. ¡Oh! si de esa suerte obrásemos, cuantos nos preciamos de católicos, veríamos como el pueblo se portaba mejor! Es necesario, ante todo, que seamos leales en los contratos, modestos en los ademanes, obedientes á las leyes, obsequiosos con los magistrados, reverentes á la virtud, respetuosos con los ricos y reverentes con los ministros del santuario. Por este medio puede lograrse el mejoramiento del pueblo: las meras palabras, los escritos y las reuniones en que tanto se habla y se discute, son, creedme, vanos estudios que no aprovechan para nada.

Pero, si los afortunados pastores de Belen, con su buen ejemplo y el

(1) Burckhardt, *Viaggio nell' Arabia*, tom. I.

relato que hicieron del misterio que habian presenciado, indujeron á otras personas á querer conocerlo; consideremos ahora, como un milagro de más alta importancia, más trascendental y solemne condujo allí las primicias de las naciones, es decir, los santos Reyes Magos: suceso que la Iglesia celebra con el título de fiesta de la Epifanía, ó sea, de la Manifestacion del Señor. Es de saber, ante todo, que segun las antiguas tradiciones de Irán, recogidas por Abulfaragio, un tal Zerdascht, restaurador de la Magia, célebre astrónomo y muy versado en la teología de los Hebreos, habia predicho, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, nacería de una vírgen pura é inmaculada en las regiones más occidentales del Aia, y que aparecería en el firmamento una estrella nunca vista para mayor esplendor de este memorable suceso; y que á su aparicion, los Magos, ó sea los sábios de Oriente, irían á ofrecer sus dones á este Señor del universo. Todo lo cual se explica muy fácilmente, sabiendo que aquellas naciones estuvieron en relaciones con los Hebreos, desde el tiempo de la dispersion de las diez tribus de este pueblo, hasta la caida del reino de Judá. Por consiguiente, en su confusa tradicion, existían huellas de las esperanzas israelíticas del Mesías; y formaba el tesoro de su ciencia, segun atestiguan todos los antiguos, una profunda observacion acerca de los movimientos celestes y los cambios de la naturaleza, en general, que en las disposiciones de la Providencia coincidieron, especialmente, con el nacimiento del Salvador en la tierra. Por cuyo motivo, apénas empezó á brillar aquel milagroso astro en el Cielo, nuncio portentoso de tanta ventura, los Magos, acordándose de la célebre prediccion de su maestro Zoroastro, que respondía á las expresadas tradiciones, de repente, no dudando del feliz suceso, determinaron la partida; y habiendo preparado y dispuesto todo lo necesario, al son de cimbalos, segun la costumbre de su país, emprendieron el viaje para hallar al nacido Rey del universo.

Así obran, hermanos mios, cuantos entienden y sienten la Religion dentro su corazon para amarla: apénas tienen indicios de la verdad, siéntense movidos por la buena voluntad á obrar el bien, ponen al instante manos á la obra, temiendo, de otra suerte, perder el don de la gracia que Dios les dispensa. Y este ejemplo de los Reyes Magos debe cubrir á los cristianos de confusion, pues, apénas brilló desde léjos el rayo de la divina Redencion, corrieron en busca de su orígen: y nosotros, que desde diez y nueve siglos há, estamos en posesion de la verdad, y tenemos todos los medios posibles de obrar el bien, no los imitamos. ¡Oh! cuán pocos somos católicos, verdaderos católicos de corazon! pues las obras no corresponden á este nombre santo y glorioso con que nos honramos. ¡Oh santos Reyes Magos! vosotros sereis nuestra condenacion en el dia del juicio final. En efecto; contemplad como luego se ponen en camino, abandonando su país bello y rico en caseríos de madera de palma (1), y atravesando Babilonia por un lado, donde el viento del desierto, gimiendo entre inmensas ruinas, parecía repetir á aquellas mudas reliquias los siniestros oráculos del hijo de Amós, tomaron el incómodo y pedregoso camino, que conducía á la Palestina. Admirad aquí la providencia y bondad de Dios con aquellos que le aman fielmente, obedeciendo á sus santas inspiraciones. No bien aquellos sábios emprenden el camino, la prodigiosa Estrella, que poco ántes aparecía en el firmamento, desciende hasta el punto de guiar sus pasos con un doble prodigio; semejante á la misteriosa columna de fuego que habia guiado á las fugitivas turbas del pueblo de Israel hácia las desiertas playas del Eritreo. Esta prodigiosa Estrella, no regulada por las leyes comunes que rigen á los astros, y componen la armonía del universo, sinó con sus propios y especiales movimientos, era, dice San Juan Crisóstomo, una nueva y estupenda maravilla digna de ser vista. Ya se adelantaba, guiando la caravana en línea recta hácia el Occidente; ya se paraba sobre las tiendas, girando sobre sí misma como para derramar al rededor más vivamente su luz; y así como á la aurora del nuevo dia, moviéndose, daba la señal de partida, tambien al anochecer, al pararse, indicaba que era tiempo de tomar reposo (2).

Esa Estrella milagrosa, hermanos mios, que apareció á los Magos, era símbolo y figura de la Fé que nos comunica el conocimiento de Jesús y nos conduce á Él, cuando dóciles y humildes nos dejamos guiar por ella: y quien mira á esa mística estrella de la Fé, no halla tinieblas que oscurezcan sus pasos, ni dudas que agiten su mente y atormenten su corazon; porque una luz milagrosa le alumbra, mediante la cual sabe de dónde viene, adónde va y cuál será su fin. Pero quitad de en medio la Estrella de la Fé, no hallareis más que espantosos abismos, aberraciones temibles, esfuerzos dolorosísimos, inútiles siempre para distinguir lo verdadero de lo falso; y, finalmente, la desesperacion. Observad en qué ha venido á parar, con la pérdida de la Fé, la presente sociedad europea. Y estad seguros de que no recobrará la paz ni el reposo sinó por medio de la Fé, que ella combate tan néciamente, para sustituir en su lugar nuestra mezquina razon. Miéntras tanto, los santos Magos, siguiendo las inspiraciones del Cielo,

(1) Strabon, lib. XVII.
(2) San Juan Crisóstomo, *Serm.* VI, *sobre San Mateo.*

y guiados por la Estrella que les habia sido enviada, empezaron á ver desde léjos, por entre las peladas y ásperas cumbres de los montes, las elevadas torres de Jerusalen, sintiendo por ello extraordinaria alegría en su corazon. ¡Hé aquí, dijeron en sus trasportes de júbilo; hé aquí la meta de nuestra larga peregrinacion! Y poco despues, hallaron una fuente de agua fresca y cristalina, donde descansaron de sus fatigas: esa fuente se llama hasta hoy dia la fuente de los santos Reyes Magos(1). Sucedió, empero, que al levantarse para proseguir el camino, la Estrella desapareció. Me figuro que darían un grito de terror como el que levantaban los antiguos pilotos en medio del Océano, cuando un denso grupo de nubes les quitaba la direccion y el favor de la estrella polar, que era su única guia y salvacion. Pero no vaciló su fé: ellos sabian, que Dios les había llamado á emprender aquel viaje, y que les conduciría al término de su viaje. ¿Qué importa, dirían, probablemente, que la Estrella haya desaparecido? esta desaparicion indica que estamos cerca del lugar del gran portento, de la capital de Judea, donde dentro breves momentos veremos los caminos llenos de flores, las paredes de las casas adornadas con ricos tapices, y coros que danzan al son de arpas, de salterios y tímpanos, celebrando el advenimiento del nacido Mesías. Y espoleando á sus camellos, entraron poco despues en Jerusalen por la puerta oriental, protegida y dominada por una elevada torre, á la sazon considerada como inexpugnable.

Ya me habeis prevenido, hermanos mios, pensando en lo que va á sucederles. Esos venerables personajes creyeron que el glorioso monarca, de quien iban en busca, habría nacido en la principal ciudad de su nacion, y que, por lo tanto, se celebrarían allí extraordinarios festejos. Como sucede hoy dia con los fieles de varias naciones, que por motivos de piedad van á Roma, sede y centro del Catolicismo, donde piensan hallar un continuo y espléndido triunfo de la Religion; y con gran sorpresa suya, hallan una encarnizada guerra contra la Iglesia y su Cabeza, por una parte, y por otra, la brutal indiferencia. Tambien los santos Magos quedaron dolorosamente sorprendidos al entrar en la ciudad de David, donde creian hallar el Mesías. Triste era el aspecto de Jerusalen; y ocupados en sus quehaceres los ciudadanos, quedaron maravillados de tan extraordinaria aparicion. Los vestidos de los Magos eran blancos, ceñidos con magníficos cinturones color de rosa, y llevaban collares y brazaletes ricos de piedras preciosas. A medida que el pueblo iba

(1) *Viaggi di G. C.*

agrupándose á su paso, preguntaban en dónde había nacido el Rey de los Judíos (1). Pero ¡oh estupor! á cuantos preguntan les contestan, que no les comprenden; que no conocen otro rey que Herodes; Herodes, que no era su rey legítimo, y que les tiranizaba fieramente, hasta en las sagradas prácticas de la Religion de sus padres; permaneciendo, no obstante, silenciosos en su miseria, como ciegos y abandonados por Dios á la depravacion de su corazon. ¡Oh Israel desventurado! ya empiezan á verificarse sobre tí los tremendos vaticinios de los Profetas, segun los cuales, al fin, serás reprobado para siempre por el Señor; tus caminos estarán cubiertos de tinieblas, y reinará en ellos un silencio desolador! Sin embargo, de estos Magos, á quienes no sabes responder y dar noticia de tu verdadero Rey, habla claramente el Profeta Isaías, cuando dice: «Levántate ¡oh Jerusalen! recibe la luz: porque ha venido tu lumbrera, y ha nacido sobre tí la gloria del Señor! A tu luz caminarán las gentes, con una muchedumbre de camellos y de dromedarios de Madian y de Efa, cargados de oro é incienso, y cantando las alabanzas del Señor (2).» ¡Oh amados cristianos! consideremos bien este terrible suceso de la ceguedad del pueblo de Dios, para no abusar como él de las misericordias del Cielo!

¡Oh gran Dios! padre de bondad y de misericordia; no nos abandones en las tinieblas de la culpa, ya que con harta frecuencia, á imitacion de Israel pervertido, abusamos de tu divina gracia, y conocemos que ya no somos merecedores de ella. Sí; te suplicamos humildemente, Dios de las misericordias, que nos ilumines hoy para conocer á tu dulce Hijo Jesucristo, como iluminaste á los santos Magos de Oriente, llevándolos á buscar y adorar el gran misterio, que Él había venido á cumplir para nuestra redencion; á fin de que, reconociéndole por lo que es, el camino, la verdad y la vida (3), fuera del cual no hay más que tinieblas y muerte eterna, tomemos una firme resolucion de vivir segun los consejos de su sabiduría, sin querer otra guía de nuestros pasos que la saludable estrella de su Revelacion. ¡Ah! y qué tormento fuera el nuestro en la otra vida, si viendo á pueblos que vivían en mortales tinieblas y fueron en busca del nacido Salvador del mundo para adorarle, apénas apareció á su vista un rayo de luz celestial, y por este medio consiguieron la salvacion; nosotros, por el contrario, nacidos en el seno de tu Iglesia, crecidos entre los esplendores de tantos prodigios que la embellecen y la muestran divina, y fortalecidos con tus sacramentos, andásemos mi-

(1) MATTH. I, 1, 2.
(2) ISAI. LX.
(3) JOANN. XVI, 6.

serablemente perdidos. ¡Oh, María, Madre de misericordia! á Tí nos recomendamos; á Tí, hermosa Estrella de la mañana, tan poderosa para mover los corazones que es imposible resistirte. ¡Ah! sí; ven, Estrella matutina, como te llama la santa Iglesia, ven y levántate en nuestro corazon para señalarnos el camino que conduce directa y seguramente á tu dulce Hijo Jesús; haz con el poder de tu amor, que sintamos suave y deleitosa necesidad de volver á la vida de su gracia, para que, fortalecidos cada dia más en ella, vivamos constantes y fieles hasta la hora de nuestra muerte. Así sea

---

DIA VEINTE Y DOS.

LOS MAGOS EN BELEN.

Intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus, et procidentes adoraverunt eum.

Entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrados le adoraron.

(Matth. ii, 11.)

Bienaventurado el hombre, exclamaba el santo profeta David, que se acoge al asilo del Altísimo, porque descansará bajo la proteccion del Dios del Cielo, y nada tendrá que temer sobre esta tierra (1). Sean sus enemigos tan numerosos como las estrellas del Cielo, ó las arenas del mar, no por esto conseguirán vencerle ni sobrepujarle, sinó que caerán mil á su lado izquierdo y diez mil á su diestra, sin que le causen el más leve daño, ni puedan siquiera acercársele con esperanza de alcanzar el más insignificante triunfo (2). Y no sin razon ensalzaba el real Profeta con tanta solemnidad el poder y la

(1) Psalm. xc, 1.
(2) Psalm. xc, 7

bondad de Dios; porque nadie mejor que él la había experimentado. ¿Quién ignora la terrible persecucion que sufrió de un rey reprobado por Dios, que á toda costa le quería muerto, viéndose obligado largo tiempo á vagar por valles y montes, entre selvas y desiertos, rodeado siempre y en todos lugares de satélites, y en medio de tantas asechanzas, que el ánimo se siente sobresaltado con solo leer su historia? Pero en esa encarnizada guerra triunfaba David, con solo exclamar, lleno de fé en su Señor: «Tú eres, Dios mio, mi fortaleza y mi asilo; en Tí tengo puesta mi esperanza; no quedaré yo para siempre confundido» (1). Esta proteccion, hermanos mios, es comun á todos los verdaderos siervos del Altísimo. En efecto, he ahí otro Profeta, que enviado por el mismo Dios á echar en rostro á Israel sus iniquidades, teme aceptar el mandato, seguro de que le quitarán la vida. «No temas, le dice Dios, porque contigo estoy para sacarte de cualquier embarazo (2).» Y así sucedió, pues, en verdad, si Dios, virtud infinita, sin cuyo beneplácito no cae un solo cabello de nuestra cabeza, está con nosotros, ¿quién osará oponérsenos con esperanza de prevalecer? Nadie, hermanos mios; y aunque fuese el hombre más astuto y poderoso de la tierra, no impedirá un solo paso á los hijos de la gracia en las admirables sendas por las cuales les conduce la Providencia divina. Os presento esta noche una luminosísima prueba de esta verdad en los santos Reyes Magos, que cumplen su viaje, buscando y hallando en Belen al nacido Salvador del mundo. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Ya visteis como los Magos quedaron estupefactos en Jerusalen, donde creían hallar al nacido Rey de Israel, porque todos se asombraban de su pregunta, y ni uno solo sabía el nombre del monarca recien nacido. ¿Qué resolucion tomarán? Acaso tornar atrás? ¿Desesperarán de la empresa? La Estrella ¿habrá quizás sido una ilusion? El caso era difícil; pero, por lo mismo que se mantuvieron firmes en la fé, se dirigieron á Dios en su corazon, y no tardaron en ser plenamente consolados. A la sazon reinaba en Jerusalen Herodes (3), usurpador del trono y feroz tirano de la nacion hebráica, á quien todos odiaban y detestaban como un azote del Cielo. Le detestaban los grandes, porque á la menor sospecha les hacía encarcelar, encadenar y matar; le detestaban los sacerdotes, despojados de sus privilegios, y hechos contínuo blanco de su bestial furor; le detestaba el

(1) Psalm. passim.
(2) Jere. i.
(3) Matth. ii, 1.

serablemente perdidos. ¡Oh, María, Madre de misericordia! á Tí nos recomendamos; á Tí, hermosa Estrella de la mañana, tan poderosa para mover los corazones que es imposible resistirte. ¡Ah! sí; ven, Estrella matutina, como te llama la santa Iglesia, ven y levántate en nuestro corazon para señalarnos el camino que conduce directa y seguramente á tu dulce Hijo Jesús; haz con el poder de tu amor, que sintamos suave y deleitosa necesidad de volver á la vida de su gracia, para que, fortalecidos cada dia más en ella, vivamos constantes y fieles hasta la hora de nuestra muerte. Así sea

---

DIA VEINTE Y DOS.

LOS MAGOS EN BELEN.

Intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus, et procidentes adoraverunt eum.

Entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrados le adoraron.

(Matth. ii, 11.)

Bienaventurado el hombre, exclamaba el santo profeta David, que se acoge al asilo del Altísimo, porque descansará bajo la proteccion del Dios del Cielo, y nada tendrá que temer sobre esta tierra (1). Sean sus enemigos tan numerosos como las estrellas del Cielo, ó las arenas del mar, no por esto conseguirán vencerle ni sobrepujarle, sinó que caerán mil á su lado izquierdo y diez mil á su diestra, sin que le causen el más leve daño, ni puedan siquiera acercársele con esperanza de alcanzar el más insignificante triunfo (2). Y no sin razon ensalzaba el real Profeta con tanta solemnidad el poder y la

(1) Psalm. xc, 1.
(2) Psalm. xc, 7

bondad de Dios; porque nadie mejor que él la había experimentado. ¿Quién ignora la terrible persecucion que sufrió de un rey reprobado por Dios, que á toda costa le quería muerto, viéndose obligado largo tiempo á vagar por valles y montes, entre selvas y desiertos, rodeado siempre y en todos lugares de satélites, y en medio de tantas asechanzas, que el ánimo se siente sobresaltado con solo leer su historia? Pero en esa encarnizada guerra triunfaba David, con solo exclamar, lleno de fé en su Señor: «Tú eres, Dios mio, mi fortaleza y mi asilo; en Tí tengo puesta mi esperanza; no quedaré yo para siempre confundido» (1). Esta proteccion, hermanos mios, es comun á todos los verdaderos siervos del Altísimo. En efecto, he ahí otro Profeta, que enviado por el mismo Dios á echar en rostro á Israel sus iniquidades, teme aceptar el mandato, seguro de que le quitarán la vida. «No temas, le dice Dios, porque contigo estoy para sacarte de cualquier embarazo (2).» Y así sucedió, pues, en verdad, si Dios, virtud infinita, sin cuyo beneplácito no cae un solo cabello de nuestra cabeza, está con nosotros, ¿quién osará oponérsenos con esperanza de prevalecer? Nadie, hermanos mios; y aunque fuese el hombre más astuto y poderoso de la tierra, no impedirá un solo paso á los hijos de la gracia en las admirables sendas por las cuales les conduce la Providencia divina. Os presento esta noche una luminosísima prueba de esta verdad en los santos Reyes Magos, que cumplen su viaje, buscando y hallando en Belen al nacido Salvador del mundo. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Ya visteis como los Magos quedaron estupefactos en Jerusalen, donde creían hallar al nacido Rey de Israel, porque todos se asombraban de su pregunta, y ni uno solo sabía el nombre del monarca recien nacido. ¿Qué resolucion tomarán? Acaso tornar atrás? ¿Desesperarán de la empresa? La Estrella ¿habrá quizás sido una ilusion? El caso era difícil; pero, por lo mismo que se mantuvieron firmes en la fé, se dirigieron á Dios en su corazon, y no tardaron en ser plenamente consolados. A la sazon reinaba en Jerusalen Herodes (3), usurpador del trono y feroz tirano de la nacion hebráica, á quien todos odiaban y detestaban como un azote del Cielo. Le detestaban los grandes, porque á la menor sospecha les hacía encarcelar, encadenar y matar; le detestaban los sacerdotes, despojados de sus privilegios, y hechos contínuo blanco de su bestial furor; le detestaba el

(1) Psalm. passim.
(2) Jere. i.
(3) Matth. ii, 1.

pueblo, porque además de ser extranjero, despreciaba y destruía la santa religion de Abrahan, de Isaac y de Jacob y las tradiciones judáicas. Tan cierto es, que los malvados son abominados universalmente, y á duras penas los reverencian algunos pocos, que, ó participan con ellos en la iniquidad, ó temen su venganza. Pero, si esos malvados pudieran leer en el corazon de los pueblos, se espantarían, viendo que no hay para ellos más que odio y abominacion.

Noticioso Herodes de la llegada de los Magos, y del motivo que les había guiado hasta allí desde sus remotas regiones, sintió erizársele los cabellos, puesto que por ambicion de mando había ya quitado la vida á su mujer y á sus hijos. «Habiendo, pues, nacido Jesús, dice el Evangelio, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalen, preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los Judíos? porque nosotros vimos su Estrella en Oriente, y hemos venido con el fin de adorarle. Oyendo esto, el rey Herodes turbose, y con él toda Jerusalen.» En cuanto á Jerusalen es de creer, que unos quedarían turbados de alegría, y otros de espanto, cada uno segun sus pasiones; pero la turbacion de Herodes era de celos y de furor. Y esta, hermanos mios, es la triste condicion de los inicuos, no gozar nunca, presos continuamente de agitacion y de sobresaltos de todo género; hasta el aire que respiran los asusta. Por el contrario; el hombre honrado y virtuoso, de pura conciencia y que está en gracia del Señor, vive siempre seguro y tranquilo en su virtud, aunque se arruine el universo; pues sabe que aún en medio de horribles y espantosas ruinas, al cabo y al fin, nada tendrá que temer, porque para él la muerte es la puerta que le abre el camino á la felicidad eterna.

Por lo tanto, Herodes reunió al instante el Gran Consejo, prosigue el Evangelio, ó sean, todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, para saber por ellos en donde Cristo había de nacer. En este Gran Consejo, que se llamaba Sanedrin, sentábanse en aquel tiempo cuanto encerraba todavía Judea de hombres respetables por su saber, virtud y celo de la doctrina de la ley; entre los cuales el Talmud nombra á un anciano venerable, llamado Simeon, que sería probablemente el mismo que despues tuvo en el templo al niño Jesús entre sus brazos. Y habiendo contestado el Gran Consejo, que el Mesías debía nacer en Belen de Judá, Herodes maquinó un delito horrible, esto es, el deicidio; y para mejor conseguirlo, guardó el secreto y mantuvo sereno el rostro. Hizo llamar á los Magos, los honró con toda suerte de festejos, y con un solemne banquete, al son de flautas, cimbales y tamboriles, segun se acostumbraba en tales casos; y luego, afectando ánimo sereno y generoso, aún más de

lo que aparecía por semejantes demostraciones, llamó á los Magos en secreto, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo de la aparicion de la Estrella; y encaminándoles á Belen, les dijo: «Id, é informaos puntualmente de lo que haya de ese niño; y cuando lo hayais encontrado, avisádmelo para ir yo tambien á adorarle (1).»

Ahora notad aquí, hermanos mios, el arte de los malvados, que se cubren con el manto de la amistad para robarnos el secreto del corazon, y así conseguir mejor el engaño y empujarnos hácia el precipicio. ¡Oh vituperio de la sociedad y de la Religion! ¡Quién podrá ponderar, á cuantas familias, esos engañadores de las personas sencillas y mal aconsejadas, sumen en el dolor, en los desórdenes, en las desconfianzas recíprocas, en la desgracia y en la más espantosa miseria; y no por necesidad de oficio, sinó por su génio malvado, que se alimenta del llanto y de la consternacion de aquellos á quienes dan el nombre de hermanos! ¡Oh, malvados! que otro nombre no mereceis; no espereis escapar del tremendo juicio de Dios, que para vosotros especialmente será juicio de severísima condenacion. Y vosotros, hermanos mios, sed cautos, y no deis crédito *omni spiritui;* ántes bien á la santa sencillez, unid la prudencia cristiana que os recomienda el Evangelio, precaviéndoos así de la malicia humana.

Los Magos, pues, gente de ánimo cándido y franco, como suele serlo el de la mayor parte de aquellos que aplican su talento á la meditacion y á las sublimes especulaciones de la sabiduría, creyeron á Herodes; por consiguiente, poniendo su mano derecha sobre el pecho, prometieron complacerle. Despidiéronse, pues, del inicuo monarca, y plegadas las tiendas y aparejados los dromedarios, pusiéronse en camino para Belen, entre la curiosa sorpresa de los ciudadanos, á cuyos saludos correspondían con ademanes graves y solemnes, segun la costumbre oriental (2). Ahora advertid la diferencia, hermanos mios, entre Herodes y los santos Magos de Oriente. Herodes disimulaba sus ambiciosos proyectos; los Magos mostrábanse sencillos, sinceros é ingénuos como la gracia del Cielo que les informaba. Y esta es, precisamente, la diferencia que media entre la virtud y el vicio, entre los buenos y los malos. Finjan é imiten, más ó ménos perfectamente, costumbres morigenadas, sonrían cortésmente cuanto les plazca y deshágánse en cortesías y acatamientos; que su ánimo fiero, malicioso, y corrompido profundamente, no aparece ménos malvado y terrible bajo las apariencias de urbanidad y condescendencia con que se cubren.

Miéntras tanto, los Magos, en su apacible confianza en Dios, retro-

(1) Matth. II, 5, 6, 7, 8.
(2) Matth. II, 9.

cediendo y saliendo por la misma puerta que habían entrado, la de Damasco, avanzaron por el escabroso camino que conducía á Belen. ¡Salve, oh santos Reyes Magos, y no desconfieis, que no os faltará la proteccion del Cielo! Así fué: puesto que apénas habrían andado una hora de camino, al llegar á la misma fuente donde habían descansado de sus fatigas, ellos y sus camellos, disponiéndose para entrar en Jerusalen, se les apareció de nuevo la resplandeciente Estrella, que se les había ocultado en aquel mismo lugar. «Y oido el rey, y partido que hubieron, dice el Evangelio, hé aquí que la Estrella que ya habían visto en Oriente, les iba delante (1).» Por consiguiente, lleno el corazon de inesperado júbilo, dieron por ello solemnes gracias á Dios. «Y vista la Estrella, se regocijaron con una alegría extraordinaria.» Les sucedió como al navegante, que despues de haber luchado toda una interminable noche con las olas y la muerte, ve, al despuntar el dia, tierra amiga, que le ofrece hospitalidad. Pero ¿por qué, hermanos mios, se les había ocultado la Estrella, que ahora vuelve á señalar la direccion de sus pasos? El hecho por sí mismo se explica: fué para que Herodes permaneciese en tinieblas y en la agicion de sus incertidumbres, en justo castigo de su ánimo perverso; y ellos recibieran el premio de su fé. De este modo se burla Dios de la malicia de los inícuos (2).

Prosiguiendo, pues, su camino con tal guía, vieron á no tardar los muros de la pequeña Belen. Y guiados á la misma casa donde habitaba Jesús con María su madre y José su padre putativo, así que entraron en ella, vieron con sus propios ojos el gran misterio, voto supremo de su corazon. Hicieron tres profundas inclinaciones, segun la costumbre de su país, y depuesto el calzado é inclinada la frente, se postraron para adorar al nacido Rey del mundo, que la Vírgen Madre sostenía en sus amorosos brazos! ¿Qué diría la orgullosa razon, no alumbrada por la fé, á la vista de un niño envuelto en pobres pañales en el regazo de una pobre madre, que aunque bellísima entre todas las hijas de Eva, en aquel lugar y en sus condiciones parecía la más desventurada de las mujeres? ¡Ah! ella lo hubiera tomado á escándalo: ya que no se cuida, ni entiende, ni se deleita más que en la materia, donde se derrama y consume toda. Empero, la filosofía del Niño de Belen es la verdadera filosofía de la vida, la cual explica los misterios de la divina sabiduría, que Dios oculta á los soberbios, y revela solamente á los humildes de corazon.

(1) Matth. II, 9.
(2) Psalm. II, 3.
(3) Matth. loc. cit. 11.

Cumplido el acto de adoracion, los Magos ofrecieron al Hijo y á la Madre los dones que consigo habían traído del Oriente; ó sea, oro, incienso y mirra (1). Y tal vez con estos dones, en aquellos meses, María y José, no pudiendo vivir de su trabajo, nutrieron la vida de Jesús. ¡Figuraos, pues, que gratitud mostraría á aquellos personajes la Vírgen, especialmente, cuyo corazon, tan amoroso, tan digno era del de su Hijo, que por un acto excesivo de caridad había descendido del Cielo á salvar el mundo! Con qué palabras la expresase, jamás seremos capaces de ponderarlo: nos basta saber, que los Magos, de regreso á su país, no hablaban de otra cosa sinó de las gracias celestiales de Aquella, en cuyos brazos habían visto el Salvador de la tierra; por lo cual la santísima Vírgen, Madre de Jesús, quedó tan impresa en la mente de aquellos pueblos, que jamás perdieron la idea de Ella, ni aún en medio de su corrupcion y de la total decadencia á que llegaron (2). ¡Tan cierto es, que quien llega á conocer á María, es necesario que se enamore de Élla y la ame, por ser tan bondadosa, tan amable y llena de esplendor, que despues de Jesús, su Hijo y verdadero Hijo de Dios, es Ella la maravilla más estupenda de la Creacion y de la Redencion! Tambien se ha de considerar, hermanos mios, en la venida de los santos reyes Magos á Belen para hallar y adorar al recien nacido Hijo de Dios y de la Vírgen, otro hecho grande y maravilloso, que pasa desapercibido de la mayor parte de los hombres: y es, la restauracion que empezó á formarse de la familia humana al rededor de Cristo, que, á consecuencia del pecado, se había ido disolviendo por espacio de tantos siglos; por más que aquí y allá se hubieran formado grupos de hombres llamados imperios, pero que, en sustancia, solo eran violentas ó superficiales agregaciones. De ahí, pues, que los hijos de Jafet se reunieran, desde la adoracion de los Reyes Magos, en la misma fé y el mismo amor con los hijos de Sem, reconociendo y adorando al recien nacido Hijo de Dios; y no tardaremos en ver que les imitó la familia de Cam. Cuyo movimiento de recomposicion de la humana familia, es la que se llama civilizacion cristiana; civilizacion que no se estacionará más, porque Jesucristo será adorado en la tierra hasta la fin de los siglos; y acabará de descomponerse la pagana, por más que en parte resista y lleve la turbacion á la cristiana, porque todavía no ha concluido el propósito de Herodes, de acabar con el Cristo del Señor.

Los Magos, que no tenían motivo de detenerse por más tiempo en

(1) Matth. loc. cit. 11.
(2) Orsini; *La Vergine*, tom. I.

la Judea, deseosos como estaban de publicar en sus remotas regiones el feliz resultado de su viaje, dispusiéronse á partir de Belen. Y siendo hombres de buena fé, amantes de cumplir la promesa hecha á Herodes, de referirle dónde se hallaba el Mesías, pensaban tomar nuevamente el camino de Jerusalen; cuando el Angel del Señor les manifestó por una vision en sueños (1), los infames designios que el odio inspiraba á aquel malvado. Así es, que poniéndose en camino, en vez de seguir las estériles y peligrosas costas del lago Maldito, dieron sus camellos la vuelta por el mar Grande para volver á su país: «Y habiendo recibido en sueños un aviso del Cielo, dice el Evangelio, para que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por diverso camino (2).» Id, generosos hijos de Oriente, y anunciad á vuestras tribus la gloria que visteis del Señor; decid que ha venido, y que ha empezado á reinar! Sí; ha comenzado á reinar, y quedarán confundidos todos cuantos adoraron hasta aquí maderas trabajadas, vanos simulacros, obra de sus manos (3). Ha empezado á reinar, y su justicia brilla ya en el alto Cielo, y su gloria se difunde sobre todas las naciones de la tierra. Reinará sobre todas ellas, y sus príncipes vendrán á recogerse bajo el estandarte de su Redencion: ¡impotentes serán los esfuerzos de la ira de los poderosos, que se conjuren fuertemente contra Él! Regocíjate, pues, oh monte sagrado de Sion, y vístanse de fiesta todas las hijas de Judá, porque va á cumplirse la misericordia del Señor! Aquel que ha nacido, es nuestro Dios, que reinará por los siglos de los siglos (4).

Sí, reina ¡oh divino Salvador! reina sobre todos nosotros y sobre todos los pueblos del uno al otro confin de la tierra. Por Tí suspiraron largos siglos los Profetas, te llamaron con gemidos de profundo dolor los Patriarcas y todos los justos de la antigua alianza; en tu futura aparicion al mundo solo vieron el rayo de posible esperanza para la regeneracion universal de los pueblos, cuantos conocieron el terrible misterio con que el hombre perdió en el principio de los siglos la justicia original é inocencia de que estuvo revestido. Ya que con tanto amor descendiste del Cielo para salvarnos, apresúrense todas las naciones á adorarte en tu presencia, y á enzalzar tu nombre y tus misericordias (5).

Y Tú ¡oh bella María! guíanos con la luz divina que despide tu

(1) MATTH. loc. cit. 12.
(2) MATTH. loc. cit.
(3) PSALM. XCVI.
(4) IBID. XCVII.
(5) PSALM. LXXXV. 8.

rostro celestial; porque así como apareció á los Magos un astro milagroso para que, siguiéndolo, hallasen el lugar donde Tú morabas con tu dulce Hijo; apareciste tambien Tú, como mística Estrella, destinada á guiar á todas las generaciones humanas, que caminan por las tinieblas y las sombras de muerte de este miserable destierro. Asómate ¡oh María! desde lo alto de los Cielos donde estás sentada, Reina de la gloria, y bastará esto para que se alejen las tinieblas y renazca la vida de amor en todos los corazones, que regenerados á la gracia, formarán el reino de las complacencias del tuyo y nuestro Jesús sobre la tierra, para ser un dia su herencia bienaventurada en el Cielo. Así SEA.

DIA VEINTE Y TRES.

LA PURIFICACION.

Tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.
Llevaron al niño á Jerusalen, para presentarle al Señor.
(LUC. II, 22.)

Son tantos y tan vários los modos con que la Religion católica procura dominar al hombre y someterle dentro y fuera á su imperio, que quien no busque bien ni considere los altísimos motivos de sus actos, puede caer fácilmente en la tentacion de reputarla como una carga harto fastidiosa é intolerable. Y tal es el defecto de la filosofía de nuestros dias, que no creyendo en el estado de naturaleza viciada y corrompida, en que el hombre es apénas un miserable despojo de la obra perfecta que habia sido cuando salió inocente de las manos del Criador, quiere que nada le falte para que con sus fuerzas naturales pueda llegar al fin de su creacion. ¡Triste filosofía por cierto! pues, los mismos filósofos paganos conocieron, que somos criaturas

la Judea, deseosos como estaban de publicar en sus remotas regiones el feliz resultado de su viaje, dispusiéronse á partir de Belen. Y siendo hombres de buena fé, amantes de cumplir la promesa hecha á Herodes, de referirle dónde se hallaba el Mesías, pensaban tomar nuevamente el camino de Jerusalen; cuando el Angel del Señor les manifestó por una vision en sueños (1), los infames designios que el odio inspiraba á aquel malvado. Así es, que poniéndose en camino, en vez de seguir las estériles y peligrosas costas del lago Maldito, dieron sus camellos la vuelta por el mar Grande para volver á su país: «Y habiendo recibido en sueños un aviso del Cielo, dice el Evangelio, para que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por diverso camino (2).» Id, generosos hijos de Oriente, y anunciad á vuestras tribus la gloria que visteis del Señor; decid que ha venido, y que ha empezado á reinar! Sí; ha comenzado á reinar, y quedarán confundidos todos cuantos adoraron hasta aquí maderas trabajadas, vanos simulacros, obra de sus manos (3). Ha empezado á reinar, y su justicia brilla ya en el alto Cielo, y su gloria se difunde sobre todas las naciones de la tierra. Reinará sobre todas ellas, y sus príncipes vendrán á recogerse bajo el estandarte de su Redencion: ¡impotentes serán los esfuerzos de la ira de los poderosos, que se conjuren fuertemente contra Él! Regocíjate, pues, oh monte sagrado de Sion, y vístanse de fiesta todas las hijas de Judá, porque va á cumplirse la misericordia del Señor! Aquel que ha nacido, es nuestro Dios, que reinará por los siglos de los siglos (4).

Sí, reina ¡oh divino Salvador! reina sobre todos nosotros y sobre todos los pueblos del uno al otro confin de la tierra. Por Tí suspiraron largos siglos los Profetas, te llamaron con gemidos de profundo dolor los Patriarcas y todos los justos de la antigua alianza; en tu futura aparicion al mundo solo vieron el rayo de posible esperanza para la regeneracion universal de los pueblos, cuantos conocieron el terrible misterio con que el hombre perdió en el principio de los siglos la justicia original é inocencia de que estuvo revestido. Ya que con tanto amor descendiste del Cielo para salvarnos, apresúrense todas las naciones á adorarte en tu presencia, y á enzalzar tu nombre y tus misericordias (5).

Y Tú ¡oh bella María! guíanos con la luz divina que despide tu

(1) MATTH. loc. cit. 12.
(2) MATTH. loc. cit.
(3) PSALM. XCVI.
(4) IBID. XCVII.
(5) PSALM. LXXXV. 8.

rostro celestial; porque así como apareció á los Magos un astro milagroso para que, siguiéndolo, hallasen el lugar donde Tú morabas con tu dulce Hijo; apareciste tambien Tú, como mística Estrella, destinada á guiar á todas las generaciones humanas, que caminan por las tinieblas y las sombras de muerte de este miserable destierro. Asómate ¡oh María! desde lo alto de los Cielos donde estás sentada, Reina de la gloria, y bastará esto para que se alejen las tinieblas y renazca la vida de amor en todos los corazones, que regenerados á la gracia, formarán el reino de las complacencias del tuyo y nuestro Jesús sobre la tierra, para ser un dia su herencia bienaventurada en el Cielo. Así SEA.

DIA VEINTE Y TRES.

LA PURIFICACION.

Tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.
Llevaron al niño á Jerusalen, para presentarle al Señor.
(LUC. II, 22.)

Son tantos y tan vários los modos con que la Religion católica procura dominar al hombre y someterle dentro y fuera á su imperio, que quien no busque bien ni considere los altísimos motivos de sus actos, puede caer fácilmente en la tentacion de reputarla como una carga harto fastidiosa é intolerable. Y tal es el defecto de la filosofía de nuestros dias, que no creyendo en el estado de naturaleza viciada y corrompida, en que el hombre es apénas un miserable despojo de la obra perfecta que habia sido cuando salió inocente de las manos del Criador, quiere que nada le falte para que con sus fuerzas naturales pueda llegar al fin de su creacion. ¡Triste filosofía por cierto! pues, los mismos filósofos paganos conocieron, que somos criaturas

tan enfermas y viciadas, que nuestras condiciones serían del todo inexplicables, si no se admitiese la infiltracion de algun veneno antiguo en nuestra sangre y la corrompiese; pero ellos no supieron decir en qué consistía, por estar privados de la luz de la Revelacion. Este veneno es el pecado original, al que rinde claro testimonio con sus desórdenes la misma naturaleza. Por consiguiente, la Religion católica, con sus ritos y santas ceremonias, tiende á purificarnos, con el auxilio de la gracia, de nuestras enfermedades y miserias, fortalecernos en las debilidades, y sostenernos en las luchas que tenemos que sostener contra el espíritu de la corrupcion, para quedar salvos y victoriosos. Por lo cual, en la ley mosáica, preparacion de la cristiana, había ritos solemnes, los cuales indicaban la caida del hombre y la necesidad de levantarle; entre otros, el de la Purificacion de la mujer despues del parto; puesto que, como por instinto, sentimos que la mujer, al dar á luz algun hijo, participa de no sabemos cuál antigua mancha, de la cual conviene purgarse mediante la Religion, para que limpia de toda inmundicia, se consolide en el culto y en el amor del bien para alcanzar la perfeccion celestial. Y este es el culto de que nos ocuparemos hoy, hablando de la Purificacion de María en el Templo, la cual de este modo se nos presenta en todos los actos de la vida perfecto y acabado modelo, digno de nuestra imitacion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

María y José, segun la opinion de San Juan Crisóstomo, y de otros respetables autores, que se esfuerzan en conciliar lo que dicen los cuatro Evangelistas, permanecieron, lo más probable, cuarenta dias cerca de Belen, en una habitacion cual podría hallarse entre pobres de aquellos montes, como parece indicarlo el Evangelio de San Mateo; despues de cuyo tiempo determinaron regresar á su nativa ciudad de Nazareth. Pero cumplidos los cuarenta dias, la Vírgen tenía, ante todo, que ir á Jerusalen para cumplir la ley de Moisés, segun la cual las mujeres israelitas, cuarenta dias despues del primer parto, si el hijo era varon, debían presentarlo al Señor en el Templo, ofreciendo en sacrificio un cordero, ó si eran pobres, un par de tórtolas, ó dos pichones; y ellas, las madres, quedaban purificadas. Esta ley de la purificacion no obligaba á María, que había concebido y parido por obra del Espíritu Santo; pero las almas rectas no se detienen en discutir acerca de las leyes que rigen, y solo se precian de cumplirlas por mérito de obediencia. Y así obró la Vírgen, igualándose á todas las demás mujeres, miéntras se elevaba sublime sobre todas las criaturas de la tierra y los Angeles del cielo, verdadera Madre como era del Hijo de

Dios, que alimentaba con su leche y estrechaba entre sus brazos. ¡Humildad que debía ser muy acepta á Aquel que tanto la elevára, al ver que Ella, con las obras de su vida, enseñaba aquellas nuevas y estupendas doctrinas, que dentro poco su eterno Hijo había de anunciar á todo el universo!

Hé ahí, hermanos mios, un bello y grande ejemplo para nosotros, tan propensos á disputar sobre las prescripciones de la ley, como si temiéramos excedernos en el culto y en la observancia que debemos á nuestro Criador y Redentor; como si pudiéramos, no ya dignamente, sinó honrarle demasiado con las obras de nuestra forzada piedad. ¿Sabeis lo que significa nuestra conducta sobre el particular? Significa que la Religion es para nosotros un sacrificio semejante al de Caín, el cual ofrecía de mala gana los peores frutos del campo al supremo dueño del universo, y con un corazon tal, que de buena gana los hubiera ahorrado, á no habérselo impedido un resto de vergüenza. Y en verdad, no comprendo que algunos puedan pensar y creer, que aman y honran á Dios, cuando ocupa el último de sus pensamientos; y si bien oyen misa en los dias festivos, y tal vez por la Pascua se confiesan y comulgan, no hacen ningun otro acto religioso, ni quieren oir hablar de otras prácticas de piedad y de religion. Decidme: ¿son estas las reglas que observamos con cualquier persona que amemos verdaderamente? ¿Y creeremos que Dios se contenta con ser tenido á ménos que una miserable criatura de la tierra? ¡Ah! Jesús quiso oir tres veces de Pedro que le amaba: y este mismo amor exige de cualquiera que pertenezca á su Iglesia.

María, pues, que amaba á Dios sobre todas las criaturas humanas y angélicas juntas, dirigióse con su esposo José y el divino Jesús en los brazos, hácia Jerusalen (1). Al pasar por Ramá, el semblante del Niño estaba sereno como acostumbran estarlo los niños en tan tierna edad; pero á su divina mirada interior se manifestaba la próxima y terrible matanza que Herodes haría de los inocentes; y recordando la Vírgen la profecía que decía: «En Ramá se oyeron voces, lloros y alaridos: es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen;» tal vez estrecharía contra su pecho á Jesús, y proseguiría adelante; así llegaron á la ciudad, y entraron en el santuario. Hay que advertir aquí, que al llevar algun hijo al Templo para ser presentado al Señor, debía llevarse, igualmente, una moneda de plata para ofrecerla al sacerdote por su rescate: cuyo rito significaba, que los hijos, así ofrecidos, eran entera-

(1) Luc. II, 22.

mente de Dios, y que sus padres no son aquí en la tierra más que sus custodios, con la obligacion de guardar ese sagrado depósito para dar cuenta de él en la hora de la muerte. María y José se habían provisto de todo lo necesario; y á su llegada encontraron un anciano, llamado Simeon, que representaba á todo el verdadero Israel, esto es, todas las esperanzas y profecías de aquella nacion, pues el Evangelio dice, que era un hombre justo y piadoso, el cual esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. Este Simeon, segun os indiqué, formaba parte de aquel Gran Consejo, á quien Herodes preguntó á la llegada de los Magos á Jerusalen, dónde debía nacer el Mesías; y el Espíritu Santo le había revelado, que no había de morir ántes de ver al Ungido del Señor. Así vino inspirado de Él al Templo. ¡Cuánta luz, cuánta revelacion en estos misterios de la infancia de Jesús! Al entrar, pues, sus padres con el niño Jesús en el Templo, sin duda recordó la grande promesa de la Redencion universal del mundo. Por eso, sin proferir palabra, acercóse á la Vírgen, tomó al Niño en sus brazos, miróle fijamente, y, llorando de ternura, bendijo á Dios, diciendo: «Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel (1).» Así habló el anciano Simeon, invocando la muerte sin vacilacion alguna, por haber sido siempre justo y temeroso de Dios.

¡Feliz el que al declinar sus dias pueda invocar así la muerte! Pero, no nos alucinemos; este consuelo lo recibirán solamente aquellos que, fieles á las creencias católicas, observen con amorosa exactitud la ley del Señor, y que al morir, dejen su familia educada santamente; para esos la muerte no será más que un deseado pasaje del lugar de pruebas al de la retribucion preparada en el Cielo en premio de sus largas fatigas. No, hermanos mios; no pueden esperar esta suerte venturosa los inícuos, cuya muerte, al decir del rey David, ha sido siempre pésima. La muerte bienaventurada es para los Santos, para los cuales no se llama ya muerte, sinó descanso, y dichoso sueño en el Señor. En efecto: ved al apóstol San Pablo, que no pudiendo resistir al ímpetu del amor que le impulsa y le arrebata hácia su Dios, pide y desea con ánsia la muerte, para que, desatándose de las cadenas que le sujetan el cuerpo, pueda volar al seno de Jesucristo. Ved á la enamorada del Carmelo, que dia y noche dirige á Dios esta oracion: «¡Señor! ó padecer ó morir.» Y finalmente, contemplad en la hora de la muerte á mi seráfico patriarca san Francisco de Asis, que extendido desnudo sobre el suelo, con los brazos cruzados al pecho, y ciego por la abundancia de amorosas lágrimas: «A Dios, dice sonriendo á sus hijos, que le rodean; á Dios: me voy á mi Señor, á cuya gracia recomendaré á todos vosotros.» Y miéntras los hermanos Leon y Angélico le entonaban el cántico del hermano Sol y de la hermana Muerte, que tanto le gustaba, repitiendo aquellas palabras del Profeta: «¡Señor saca de esta cárcel á mi alma, para que alabe tu santo nombre: esperando están los justos el momento en que me seas propicio!» se durmió tranquilo en la paz eterna. Simeon, que al ver cumplida la promesa de la Redencion, ruega á Dios le saque en paz de este mundo, es el modelo del hombre verdaderamente justo, que cuando ha llegado al término de sus batallas y oyendo los cánticos del Cielo, se sonríe por la gloria del triunfo que le está preparada.

(1) Luc. II, 28, 29 y siguientes.

Ahora, tomando de nuevo el hilo de la historia, añadiré, que miéntras María y José admiraban las palabras que proferia Simeon, dirigióse éste á la Madre: «Mira, le dijo, este Niño que ves, está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion; lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma (1).» ¡Pobre Madre! ¿quién podría decir jamás la impresion que aquellas palabras causaron en su corazon? Ella entendió muy bien lo que significaban; esto es, el sacrificio de su amado Jesús por la salvacion de los hombres. Pero virtuosa como era, aceptó con humilde y pronta resignacion el cáliz de agenjo é hiel que la divina justicia le presentaba, diciendo: «¡Señor! hágase tu voluntad.» No será fuera de propósito notar aquí, que si la Vírgen no había padecido todavía grandes tribulaciones, tampoco había pasado sus dias en medio de delicias; y ahora se le anuncian dolores, pero, dolores tales, que cual aguda espada la habían de traspasar y crucificar. Tan cierto es, que en el mundo no hay contento, sinó que solo con una lucha perpétua se alcanza el reino de los Cielos (2).

Despues de las palabras de Simeon, María tomó de nuevo á su Hijo en sus brazos, estrechóle fuertemente al pecho, bañándole de lágrimas; y José presentó las dos palomas ordenadas por la ley al ministro de los sacrificios, el cual las tomó sin dirigir siquiera una mirada al Niño, porque era de familia pobre (3). Antigua costumbre, herma-

(1) Psalm. xxxiii, 21.
(2) Luc. loc. citat. 24.
(3) Prideaux, *Stor. de' Giudei.*

nos mios, de los hombres que se pagan de las apariencias, y viva siempre entre los carnales, al paso que solo hablan de humanidad y de progreso social. ¡A cuántos de éstos vemos, que miéntras se deshacen en acatamientos y reverencias hácia aquel que ostenta ricos trajes, y con banquetes y favores halaga á los parásitos y aduladores, no dirigen ni una sola mirada de compasion á aquellos que viven en la humildad y deberían ocupar una posicion elevada; y si les ven necesitados, no les socorren; si humildes, les desprecian; si virtuosos, les desdeñan; si gloriosos por la fama de su buen nombre, tienen de ello envidia nécia é impía!

Pero, terminemos el relato. Habiendo recibido el sacrificador hebreo las palomas de José, subió las gradas del altar y ofreciólas al Señor en sacrificio, al cual José y María asistieron con profunda atencion y el espíritu todo concentrado en Dios. No es difícil, amados hermanos, imaginar los sentimientos de piedad que proferirían, especialmente María, que desde aquel instante se ofreció con Jesús víctima de expiacion por los pecados de los hombres; por los pecados mios, amados hermanos, y por los vuestros, á fin de que nos fuera fácil obtener el perdon. Y cumplido así lo que estaba ordenado por la ley del Señor, regresaron, como dice San Lúcas(1), á su nativa ciudad de Nazareth.

¡Cuánta luz! repito, cuánta revelacion en estos misterios de la infancia de Jesús! Porque debeis notar, que como en los brazos del venerable Simeon, que dentro poco había de morir, era recibido Jesús, el cual empezaba á vivir; así el Judaismo, destinado á desaparecer dentro de poco, acogía, por decirlo así, y mostraba en sus brazos á todas las generaciones futuras al naciente Cristianismo, y daba de él un espléndido testimonio. Repito, que Simeon, y una viuda anciana de ochenta y cuatro años, llamada Ana, y profetisa, representaban al verdadero Israel, con todas sus profecías y esperanzas. Tambien esta profetisa, próxima á morir, lo mismo que su Religion, mereció ver á Cristo en el Templo en brazos de su Madre, y hablar de Él. Empero, luego uno y otra desaparecen de la historia, del mismo modo que debía desaparecer dentro poco el Judaismo que representaban; y tambien Jesús se oculta por un momento de la vista de los hombres, para que pase la tormenta que quería arrebatarle de la tierra apénas nacido; la tormenta del bestial furor de Herodes, de la cual pronto hablaremos.

Y aquí, hermanos mios, concluye el segundo período, por decirlo

(1) Luc. loc. cit. 39.

así, de la vida de María. El primero, si lo recordais bien, pasó como un suave sueño de amor celestial en los sagrados recintos del Templo cubierto y adornado de oro, y entre los sagrados perfumes y los cánticos melodiosos de las vírgenes del Señor. El segundo, lleno de maravillas y de misterios, consistió en ocultas relaciones con los Angeles del cielo; en santos arrobamientos en la casa de Zacarías en Ain; y en relaciones con los buenos pastores del Asia que fueron á adorar á su hijo Jesús. Ahora empieza el tercero, que será un período de cruelísimas é inauditas persecuciones, de emboscadas y dolores, que ninguna lengua es capaz de narrar. ¡Dichosos nosotros, si del mismo modo que hemos amado á María, considerándola niña y jóven, y admirado hecha Esposa y Madre de Dios, en adelante la compadeceremos como Mujer de dolores! Al fin y al cabo, todo el misterio de la perfeccion que hace al hombre digno del Cielo, consiste en amar el dolor, donde el alma, como en un crisol, purifícase de toda iniquidad, y se transforma pura y sin mácula como los Angeles del Paraíso. Verdad estupenda, que solo nos enseñaron las solemnes revelaciones del Cristianismo; verdad, que el hombre carnal no comprende, y no comprendiéndola, llega á la impiedad de mofarse de ella; la comprende, empero, el justo, y es para él una contínua revelacion. Mas ¡ah! ¿quién de los dos hombres está en lo cierto, puesto que un Dios, haciéndose con humano semblante maestro de la vida, elevó los padecimientos á una excelencia divina, adornándolos con su misma corona de espinas, y cubriéndolos con su mismo manto todo teñido de su preciosa sangre? Sí, hermanos mios; María, que se hace del todo semejante á Él, y con Él se confunde en el martirio de la cruz; María es, despues de Jesucristo, el primer modelo que debemos tener presente, y con él conformarnos si deseamos participar un dia de su gloria.

Sí, ¡bella Madre divina! nosotros te seguiremos por el camino de la amargura y de la cruz, hácia el cual empiezas á dirigirte con tu amado Hijo en expiacion de nuestros pecados, para alcanzarnos de nuevo el derecho que, pecando, perdimos á la gloria del Cielo! ¡Ah! ¿cómo osaremos afirmar que te amamos é invocamos como á nuestra Madre, si rehusamos participar de tus penas y de las de Jesús, que se dispone á derramar toda su sangre para redimirnos y salvarnos? ¿Y tendríamos valor para vivir alegres, viendo á la Madre y al Hijo en cruel desolacion? ¡Ah! no, no puede tolerarlo nuestro corazon! ántes bien, con toda la vehemencia de nuestro afecto, juramos seguir tus pasos hasta el Calvario, confundiendo nuestro dolor con el tuyo, abrazando tu cruz, y bañándola con nuestras lágrimas. Solo contigo,

al pié de la cruz se forman los Santos. Pero, puesto que ¡oh María! son tan débiles nuestras fuerzas, y la más pequeña tentacion bastaría para hacernos perjuros, alcánzanos, Madre nuestra, la gracia de permanecer hasta el fin en tan santo propósito. ¡Dichosos nosotros, si ocultos en las llagas de Jesús y en tu materno corazon traspasado, aprendemos que la presente vida es una peregrinacion, en que el hombre ha de luchar y morir para renacer en la gloria del Cielo! Y lo obtendremos, María, si Tú nos acoges amorosa y benigna bajo el manto de tu poderosísima proteccion. Así SEA.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægiptum.
Levántate, toma al niño, y á su madre, y huye á Egipto.
(MATTH. II, 13.)

Es una sentencia, hermanos mios, llena de profundísimas enseñanzas para instruccion del mundo, la que pronunció nuestro divino maestro Jesucristo cuando dijo: «Ninguno que despues de haber puesto su mano en el arado vuelve sus ojos atrás, es apto para el reino de Dios (1).» Esto significa, que no solo es necesario un firme propósito y una virtud varonil para sostener las fatigas y vencer las contradicciones que se encuentran por el camino de la verdad y de la justicia, que hace al hombre digno de Dios y merecedor del Cielo; sinó que la vida humana debe ser un contínuo esfuerzo, y un sacrificio sin fin, para el que quiera alcanzar la corona. Justamente le fué impuesto al hombre este trabajo, ó más bien, él mismo se lo

(1) LUC. IX, 62.

buscó insensatamente, desviándose del camino de la justicia que le había señalado el Señor en el Jardin de la inocencia; pues que si á él se hubiese mantenido fiel, habría andado con tanta facilidad y satisfaccion de sí mismo, que donde ahora encuentra penas y fatigas, habría hallado su terrena felicidad, ordenada á la del Cielo. Y este es el motivo porque el mismo Salvador añadiera: «¡Oh cuán estrecha es la senda que conduce á la vida, y qué pocos son los que atinan con ella (1)!» No se crea, empero, que sea imposible marchar por ella hasta el fin; muy al contrario: para alentarnos, el mismo Hijo de Dios quiso precedernos con su ejemplo, y vestido de nuestra flaca naturaleza, llevando la cruz á cuestas, subió hasta la cumbre del Calvario, la cual para nosotros significa el colmo de la perfeccion; y no solo Él, sinó su dulce Madre, nos ofreció el mismo espectáculo y ejemplo. María, aunque pura y santa sobre todas las criaturas, y de una complexion delicadísima y de corazon tiernísimo, tuvo tambien que beber ántes que nosotros, y hasta el fondo, el cáliz de las tribulaciones y desventuras humanas; como lo veremos, en parte, esta noche, hablando del precipitado viaje á Egipto, que tuvo que emprender para salvar del furor de Herodes á su amado Jesús. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

María y José, como dijimos ayer, despues de la presentacion de Jesús al Templo, regresaron á su ciudad natal de Nazareth, pensando que en ella podrían vivir en paz. Empero, hermanos mios, los juicios de Dios son un abismo profundísimo: *Judicia Dei abissus multa* (2). Apénas habían trascurrido algunos dias de su regreso á la pátria, cuando un Angel se apareció en sueños á José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle (3).» María, en aquel instante, dormía el sueño de los Angeles, cerca de la cuna de su Hijo; y ¡quién sabe en qué celestiales pensamientos vagaba su alma enamorada! José la despierta, le comunica el celestial mandato; hay que partir sin perder tiempo. ¡Figuraos, hermanos mios, la conmocion que debió sufrir su maternal corazon! Levantóse, pues, y estrechó á Jesús en su regazo, miéntras tanto que Jose iba recogiendo como podía cuanto era extrictamente necesario para la partida; y luego de haber aparejado del mejor modo que pudo un jumento, dijo á su santa y dulce compañera que le siguiera.

(1) MATTH. VII, 14.
(2) PSALM. XXXV, 7.
(3) MATTH. II, 13.

al pié de la cruz se forman los Santos. Pero, puesto que ¡oh María! son tan débiles nuestras fuerzas, y la más pequeña tentacion bastaría para hacernos perjuros, alcánzanos, Madre nuestra, la gracia de permanecer hasta el fin en tan santo propósito. ¡Dichosos nosotros, si ocultos en las llagas de Jesús y en tu materno corazon traspasado, aprendemos que la presente vida es una peregrinacion, en que el hombre ha de luchar y morir para renacer en la gloria del Cielo! Y lo obtendremos, María, si Tú nos acoges amorosa y benigna bajo el manto de tu poderosísima proteccion. Así SEA.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægiptum.
Levántate, toma al niño, y á su madre, y huye á Egipto.
(MATTH. II, 13.)

Es una sentencia, hermanos mios, llena de profundísimas enseñanzas para instruccion del mundo, la que pronunció nuestro divino maestro Jesucristo cuando dijo: «Ninguno que despues de haber puesto su mano en el arado vuelve sus ojos atrás, es apto para el reino de Dios (1).» Esto significa, que no solo es necesario un firme propósito y una virtud varonil para sostener las fatigas y vencer las contradicciones que se encuentran por el camino de la verdad y de la justicia, que hace al hombre digno de Dios y merecedor del Cielo; sinó que la vida humana debe ser un contínuo esfuerzo, y un sacrificio sin fin, para el que quiera alcanzar la corona. Justamente le fué impuesto al hombre este trabajo, ó más bien, él mismo se lo

(1) LUC. IX, 62.

buscó insensatamente, desviándose del camino de la justicia que le había señalado el Señor en el Jardin de la inocencia; pues que si á él se hubiese mantenido fiel, habría andado con tanta facilidad y satisfaccion de sí mismo, que donde ahora encuentra penas y fatigas, habría hallado su terrena felicidad, ordenada á la del Cielo. Y este es el motivo porque el mismo Salvador añadiera: «¡Oh cuán estrecha es la senda que conduce á la vida, y qué pocos son los que atinan con ella (1)!» No se crea, empero, que sea imposible marchar por ella hasta el fin; muy al contrario: para alentarnos, el mismo Hijo de Dios quiso precedernos con su ejemplo, y vestido de nuestra flaca naturaleza, llevando la cruz á cuestas, subió hasta la cumbre del Calvario, la cual para nosotros significa el colmo de la perfeccion; y no solo Él, sinó su dulce Madre, nos ofreció el mismo espectáculo y ejemplo. María, aunque pura y santa sobre todas las criaturas, y de una complexion delicadísima y de corazon tiernísimo, tuvo tambien que beber ántes que nosotros, y hasta el fondo, el cáliz de las tribulaciones y desventuras humanas; como lo veremos, en parte, esta noche, hablando del precipitado viaje á Egipto, que tuvo que emprender para salvar del furor de Herodes á su amado Jesús. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

María y José, como dijimos ayer, despues de la presentacion de Jesús al Templo, regresaron á su ciudad natal de Nazareth, pensando que en ella podrían vivir en paz. Empero, hermanos mios, los juicios de Dios son un abismo profundísimo: *Judicia Dei abissus multa* (2). Apénas habían trascurrido algunos dias de su regreso á la pátria, cuando un Angel se apareció en sueños á José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle (3).» María, en aquel instante, dormía el sueño de los Angeles, cerca de la cuna de su Hijo; y ¡quién sabe en qué celestiales pensamientos vagaba su alma enamorada! José la despierta, le comunica el celestial mandato; hay que partir sin perder tiempo. ¡Figuraos, hermanos mios, la conmocion que debió sufrir su maternal corazon! Levantóse, pues, y estrechó á Jesús en su regazo, miéntras tanto que Jose iba recogiendo como podía cuanto era extrictamente necesario para la partida; y luego de haber aparejado del mejor modo que pudo un jumento, dijo á su santa y dulce compañera que le siguiera.

(1) MATTH. VII, 14.
(2) PSALM. XXXV, 7.
(3) MATTH. II, 13.

¡Durísima prueba era esta, especialmente para María! Emprender de noche un viaje tal por regiones del todo desconocidas y desiertas; montes, valles, y precipicios, frecuentados tan solo por bárbaros saqueadores, que tenían allí su morada (1); repito, que fué esta una prueba tan dura, que tal vez hasta algunos hombres intrépidos se habrían preguntado, si debía someterlos á ella la Providencia que gobierna el universo. Empero, ¿qué dijiste, Tú, oh dulce María? ¡Ah! nuestra santísima Madre, aún conmovida y agitada, no profirió una sola queja ni un solo lamento, sinó que siguió á su fiel esposo, plenamente resignada á los decretos del Cielo! ¡Qué ejemplo para nosotros, hermanos mios, que en cualquier contratiempo levantamos la voz contra el Señor, acusándole de parcial, ó de no cuidar especialmente de la suerte de los hombres justos y virtuosos! Sin embargo, casi siempre lo que nos ordena, y las pruebas que de nosotros exige, son: primero, romper los lazos del pecado, ruina del alma y del cuerpo; despues, poner freno á nuestras pasiones, regulándolas al imperio de la razon alumbrada por la fé; y, en fin, cuando experimentamos alguna tribulacion, recordar que Él la ha dispuesto para que nos apartemos del mal, ó cobremos aliento para emprender la vida del espíritu, y más que como hombres, vivamos como Angeles del cielo, identificados con Cristo Jesús, el hombre por excelencia del dolor.

Puestos ya los dos santos esposos en el camino de la persecucion, se abandonaron enteramente á las disposiciones de la Providencia. Y ahora ¿quién sabría ó podría decirnos, cuanto tuvo que padecer la Sagrada Familia en este viaje? La estacion era muy fría; los caminos quebrados y ásperos, encontrándose desiertas cuevas, y escondrijos ocupados, ordinariamente, por ladrones, que en aquellos dias infestaban el país que recorrían, hasta infundir pavor aún á los hombres más intrépidos (2): por consiguiente, imaginad las ánsias del corazon, especialmente de la Vírgen, que estrechaba á su hijo Jesús entre los brazos! Así es, que desde aquellos primeros instantes dieron principio y auguraron las escenas del gran drama de la Redencion humana, que debía consumarse á no tardar. ¡Obra de infinita caridad, á la cual jamás podremos corresponder con el amor que exige tal beneficio; y, sin embargo, la olvidamos con harta frecuencia! Pero, prosigamos. Andando los santos peregrinos, despues de mil riesgos é incomodidades, llegaron, finalmente, más allá de los alrededores de Jerusalen. Pero no solo no cesaron aquí los peligros, sinó que empezaron á ser mayores y más difíciles de evitar. ¿Y

(1) Giusep. Flavio, *De Bello Jud.*, lib. II.
(2) Idem, *ibid.*

qué camino emprendieron como más seguro? Sin duda no emprendieron ninguno de los que conducían á las ciudades y á los arrabales populosos, porque todas las avenidas y encrucijadas estaban infestadas de espías de Herodes, que á toda costa quería muerto al Niño nacido en Belen. Por lo tanto, internáronse en las escabrosidades de los montes, y atravesaron barrancos llenos de toda suerte de peligros; mas ¿cómo poder procurarse allí el necesario sustento para la vida (1)? Era natural, humanamente hablando, que tuvieran un triste presentimiento del hambre, del frío y de imprevistos sobresaltos, como David en medio de los desiertos de Faran, cuando Saul le perseguía para cortarle la cabeza ¡Oh mundo desventurado, que consideras cosa vil el misterio de la cruz! medita sobre los primeros tiempos de la vida del Hijo de la gloria, y reflexiona si la tuya regalada y licenciosa puede agradar á Dios, que con tantos padecimientos vino á redimirte y salvarte!

Como Dios se lo había inspirado, emprendiendo el camino que les pareció ménos peligroso, atravesaron Anatot, desde donde para no encontrarse con los sátelites, que sin duda no faltaban allí, volvieron hácia Ramla, de donde bajaron á las llanuras de Siria. Escuchad, empero, hermanos mios, el terrible acontecimiento de que la tradicion nos ha conservado memoria, y aún señala el sitio que todavía se enseña á los piadosos viajeros de la Palestina. Caminando en silencio Jesús y María, como requería el caso, salieron de improviso de una caverna una bandada de salvajes, que detuvo sus pasos. Solo un corazon de madre puede imaginar y considerar lo que en aquel instante debió sentir María estrechando á Jesús en su regazo! ¡Ni pudo ménos de asustarse el ánimo, aunque viril, de José! Eran ladrones acostumbrados á todo género de delitos, que no les habrían perdonado la vida, si su jefe, sorprendido de un no sé qué de divino que le pareció descubrir en el rostro de la Madre de Dios, no les hubiera detenido, dejando libre el paso á la Sagrada Familia. ¡Oh Vírgen amabilísima! pasó, es verdad, aquel terrible instante; pero ¿quién podría explicar lo que pasó en tu corazon? Y no obstante, hermanos mios, sabiendo nosotros estas y otras infinitas injurias que sufrió por amor nuestro, no hacemos el menor caso, ni tememos ultrajarla y vilipendiarla con frecuencia, hasta con horribles y satánicas blasfemias. La misma tradicion nos dice, que aquel jefe de bandoleros que tuvo piedad de María, fué el famoso ladron crucificado más tarde con su Hijo en el Calvario, y que habiéndole Élla reconocido, inter-

(1) San Bonavent. *De vita Christi.*

cedió por su conversion, y así tuvo la dicha de oir de la boca de Jesús: « ¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso! »

Pasado el peligro, los dos santos esposos prosiguieron con Jesús su camino; pero fácil es comprender, que á cada murmullo de las hojas, al menor ruido de las pisadas de algun animal, y á cada soplo de viento, no podía ménos de renovárseles el terror! Llegado que hubieron, finalmente, á la llanura de Ramla, los peligros, en gran parte, disminuyeron, pues pudieron juntarse á una caravana cualquiera, y seguir con ella el camino de Egipto. ¡Oh! cuán reconocidos se mostrarían por ello al Cielo! Con cuánta ternura de afecto divino estrecharía la Vírgen contra su pecho á su dulce Jesús, le cubriría de ardientes besos, miéntras con todo el afecto de su alma le adoraba! Con todo, las penalidades del viaje no habían aquí concluido. Partiendo de la llanura de Ramla para ir á Egipto, era necesario atravesar un inmenso desierto, donde no se encuentra rastro alguno de vegetacion, excepto alguna hebra de arica, yerba selvática que despunta aquí y allá en los montículos de arena formados por el viento; ni agua para beber, sinó algun charco de agua salobre, sobre el cual, al llegar la caravana, se arrojan los más fuertes y ricos que la componen, con sus esclavos y camellos, y agotándolo, no queda para los pobres sinó un poco de agua arcillosa, que han de coger con la mano. Tal vez aquella agua sucia fué el único alivio de la Madre de Dios, y del padre putativo de Jesucristo. ¡Ah! y á nosotros, cristianos, se nos hace dura la observancia de los preceptos de la Iglesia, la cual, en beneficio nuestro, nos prohibe el uso de las carnes en tales ó cuales dias del año, y nos obliga á otras saludables mortificaciones para llamarnos á penitencia; á aquella penitencia, que por dejar el espíritu en su mayor libertad, es hasta no poco provechosa para la salud del cuerpo! ¿Qué será, pues, de nosotros, asegurándonos el Salvador, que sin la penitencia no hay que esperar salvacion (1)?

Despues de haber andado algunos dias más á través de aquella inmensa soledad, José y María llegaron, por último, á los confines de Egipto, antigua cuna de todas las idolatrías; y luego vieron magníficos obeliscos de encarnado granito, templos con relucientes cúpulas, pirámides colosales, y jardines colgantes que parecían islas, en medio de un rio providencial que riega el país por todos lados. La santa pareja no pudo dudar que este país era más rico, poblado y lleno de comercio é industrias que su tierra natal; pero,

(1) Orsini, *La Vergine*, etc., tom. I, cap. XIII.

era tierra de destierro, y, por consiguiente, de dolor. Adoraron, sin embargo, como lo practicaban siempre, los decretos del Cielo, al cual dieron gracias, no solo por haberles salvado de tantos peligros como habían corrido, sinó tambien por haberles concedido segura y deliciosa hospitalidad en aquella fértil y encantadora region. Aquí es donde determinaron detenerse; y fué propiamente en Eliópoli, que significa ciudad del Sol; y tal vez Dios, con este nombre, quiso dar á ellos, y despues á nosotros, una prueba de su altísima é infinita sabiduría, que de tal suerte ha ordenado los grandes é insignificantes acontecimientos de la historia, que hasta el nombre de un lugar, ó de una cosa cualquiera, forma un conjunto que tiende á presentarnos como verdadero y por todas partes esplendoroso el misterio de su misericordia. En Eliópoli, ciudad del Sol, lanza los primeros rayos de su divinidad el eterno Sol de justicia, que vino á comunicar nueva vida al mundo!

Tal vez desearíais saber aquí, por qué la Sagrada Familia no prefirió huir por el camino de los Magos, por los desiertos de la Arabia, hácia Levante, donde seguramente habría hallado más cómodo albergue y afectuoso recibimiento. La respuesta es obvia: porque el Angel del Señor les señaló el camino de Egipto, y no otro; y ella debía obedecer las órdenes del Cielo. ¿Por qué la envió el Cielo por éste y no por el otro camino? ¡Oh! admirad cada vez más, hermanos mios, la infinita sabiduría de Dios, y la divinidad de nuestra Religion! Ciertamente habría hallado amorosísimo asilo entre los hijos de Jafet, despues que una gente tan principal de aquella estirpe, los Magos, había ido de tan léjos á reconocer y adorar al Niño que á la sazon Herodes buscaba bárbaramente para matarle. ¿Por qué, pues, enviarla Dios á Egipto? ¿No lo sabeis? Porque de otra suerte habría quedado privada la descendencia de Cam del conocimiento del nacido Salvador. Jesús había nacido entre los descendientes de Sem, y los pastores le habían adorado; una Estrella milagrosa le había revelado á los de Jafet, y tambien ellos habían ido á adorarle. Faltaba la tercera rama de la familia de Noé, de quien todos descendemos despues del diluvio; rama embrutecida por la supersticion y los placeres sensuales; y Jesús, para inaugurar por este lado la recomposicion de la unidad humana, va á buscar aquella rama y á unirse á los hijos de Cam con el vínculo de la gratitud por la hospitalidad que recibirá de ellos. ¿Qué respondeis, hermanos mios, á esta sabiduría celestial? ¿No la veis resplandecer con una luz tan brillante que aún los más obcecados quedan iluminados? ¡Ah! postrémonos para adorar esta sabiduría divina, que tan milagrosamente empieza la obra de la Redencion universal!

Miéntras tanto, reposa ¡oh Sagrada Familia! que harto lo necesitas, al cabo de tan largo y fatigado viaje, en el cual corriste tantos peligros, padeciste tantos sobresaltos y tantas ánsias, que hicieron tan penoso tu camino. ¡Oh Jesús, José y María! qué ejemplo nos disteis de sublime resignacion á los decretos del Cielo! Vosotros os mostrasteis humildes en medio de tantas tribulaciones, aunque santos é inocentes; y nosotros no queremos oir ni aún el nombre de padecimiento, despues de haber ultrajado mil veces la infinita bondad de Dios nuestro buen Padre, y merecido, no solo sus castigos saludables sobre esta tierra, sí que tambien los tormentos eternos del Infierno. ¡Ah! y ¿cuándo comprenderemos, que no hay uno solo de nuestros padecimientos, que no esté ordenado á castigar aquellas culpas con que nos mostramos tan descorteses é ingratos para con nuestro Criador y Redentor; culpas que debe satisfacer con rigororísima penitencia el que un dia quiera participar de vuestra gloria? ¡Ah! dignaos, Jesús, José y María, hacernos comprender esta solemne verdad, para que nuestra alma, uniéndose á vuestro sacrificio, y vuestro llanto, mezclándose con el nuestro, y vuestros suspiros con los nuestros, seamos de tal modo dignos de vuestra gracia en esta vida, que nos conduzca á la eterna bienaventuranza en la otra. Así sea.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PERMANENCIA Y LA VUELTA DE EGIPTO.

Et erat ibi usque ad obitum Herodis.
Y se mantuvo en Egipto hasta la muerte de Herodes.
(Matth. II, 25.)

Escrito estaba, y por cierto con profunda sabiduría, que en la historia del pueblo hebreo encerró Dios la de todo el género humano. Púsose aquél en camino para la conquista de la tierra de promision, tierra que le había sido prometida con certeza por el cielo; pero á condicion, de que se apoderase de ella, despues de haber atravesado inmensos desiertos, sostenido reñidos é interminables combates contra una multitud de pueblos que había de encontrar por el camino, y que le disputarían el paso. No faltaron algunos momentos de tregua; pero, para entrar otra vez en nuevas y más sangrientas luchas, penas y sudores, hasta poner triunfalmente el pié en la misma. Esta es la vida del hombre justo sobre la tierra, á quien le fué prometida la felicidad del Cielo; pero, á condicion, de que se haga merecedor de ella, combatiendo siempre contra las pasiones de su corazon; siendo vana toda esperanza de corona, hasta que, sostenida y librada la última lucha de la muerte, despliegue gloriosamente el estandarte de la victoria en las orillas de la eternidad. ¿Y no es esta la vida de los Santos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, cualquiera que haya sido su condicion y la mision á que les destinara el Cielo? Contemplad á los Apóstoles, á las Vírgenes, á los Confesores y á los mismos Solitarios de la Tebaida, y solo hallareis soldados para combatir en las batallas del Señor contra las fuerzas de la carne, de la sangre, ó del Infierno; enemigos implacables, que si permiten algun instante de reposo, es solo con el objeto de emprender con mayor

Miéntras tanto, reposa ¡oh Sagrada Familia! que harto lo necesitas, al cabo de tan largo y fatigado viaje, en el cual corriste tantos peligros, padeciste tantos sobresaltos y tantas ánsias, que hicieron tan penoso tu camino. ¡Oh Jesús, José y María! qué ejemplo nos disteis de sublime resignacion á los decretos del Cielo! Vosotros os mostrasteis humildes en medio de tantas tribulaciones, aunque santos é inocentes; y nosotros no queremos oir ni aún el nombre de padecimiento, despues de haber ultrajado mil veces la infinita bondad de Dios nuestro buen Padre, y merecido, no solo sus castigos saludables sobre esta tierra, sí que tambien los tormentos eternos del Infierno. ¡Ah! y ¿cuándo comprenderemos, que no hay uno solo de nuestros padecimientos, que no esté ordenado á castigar aquellas culpas con que nos mostramos tan descorteses é ingratos para con nuestro Criador y Redentor; culpas que debe satisfacer con rigororísima penitencia el que un dia quiera participar de vuestra gloria? ¡Ah! dignaos, Jesús, José y María, hacernos comprender esta solemne verdad, para que nuestra alma, uniéndose á vuestro sacrificio, y vuestro llanto, mezclándose con el nuestro, y vuestros suspiros con los nuestros, seamos de tal modo dignos de vuestra gracia en esta vida, que nos conduzca á la eterna bienaventuranza en la otra. Así sea.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PERMANENCIA Y LA VUELTA DE EGIPTO.

Et erat ibi usque ad obitum Herodis.
Y se mantuvo en Egipto hasta la muerte de Herodes.
(Matth. II, 25.)

Escrito estaba, y por cierto con profunda sabiduría, que en la historia del pueblo hebreo encerró Dios la de todo el género humano. Púsose aquél en camino para la conquista de la tierra de promision, tierra que le había sido prometida con certeza por el cielo; pero á condicion, de que se apoderase de ella, despues de haber atravesado inmensos desiertos, sostenido reñidos é interminables combates contra una multitud de pueblos que había de encontrar por el camino, y que le disputarían el paso. No faltaron algunos momentos de tregua; pero, para entrar otra vez en nuevas y más sangrientas luchas, penas y sudores, hasta poner triunfalmente el pié en la misma. Esta es la vida del hombre justo sobre la tierra, á quien le fué prometida la felicidad del Cielo; pero, á condicion, de que se haga merecedor de ella, combatiendo siempre contra las pasiones de su corazon; siendo vana toda esperanza de corona, hasta que, sostenida y librada la última lucha de la muerte, despliegue gloriosamente el estandarte de la victoria en las orillas de la eternidad. ¿Y no es esta la vida de los Santos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, cualquiera que haya sido su condicion y la mision á que les destinara el Cielo? Contemplad á los Apóstoles, á las Vírgenes, á los Confesores y á los mismos Solitarios de la Tebaida, y solo hallareis soldados para combatir en las batallas del Señor contra las fuerzas de la carne, de la sangre, ó del Infierno; enemigos implacables, que si permiten algun instante de reposo, es solo con el objeto de emprender con mayor

fuerza é impetu la lucha, que, finalmente, les conduce á la victoria. En esas condiciones se hallaba tambien María en Egipto, donde Dios la condujo para poner en salvo de la persecucion de Herodes á su Hijo, á fin de que allí, por decirlo así, preparase su ánimo para los solemnes acontecimientos en que debía tomar tanta parte al cumplirse la Redencion del mundo Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

José y María, con el Niño Jesús, andado que hubieron unas cuarenta leguas de camino á través de escabrosísimas sendas y en contínuos peligros de la vida, llegaron por fin á Egipto, donde les había ordenado que se refugiaran el Angel del Señor. Y así, huyendo del furor del tirano Herodes, hallaron asilo en aquella tierra, de donde sus antepasados habían huido, diez y seis siglos ántes, para librarse del furor del tirano Faraon, que quería matar á su Hijo. Pero con más anterioridad, los antepasados de aquellos antepasados habían ido á aquella misma tierra de Egipto para salvar la vida; como sucedió cuando José, hijo del patriarca Jacob, llegó á ser virey, y siete años de dura carestía obligaron á sus hermanos y á muchos del pueblo de Israel, á recurrir á los graneros que él, profetizando, había hecho llenar durante los siete años de abundantísima cosecha, seguidos de siete de escasez. Por consiguiente, ellos habían sido socorridos por uno de ellos que se llamaba José, hebreo, del mismo modo que ahora otro José salva en Egipto la vida de Jesús. ¡Admirable enlace de los acontecimientos humanos, ordenados y guiados por la infinita sabiduría de Dios! La Sagrada Familia no podía en aquella situacion hallar mejor asilo, pues si bien entre los hijos de Israel y los Egipcios, á las amistosas relaciones de los tiempos de los Patriarcas se habían seguido los odios del tiempo de Moisés; más tarde, durante las enemistades del mismo pueblo de Dios contra los Asirios y los Babilonios, ese pueblo entró de nuevo en pacíficas relaciones con el Egipto: de suerte, que pudo reunirse allí una colonia de Hebreos, que poco á poco aumentó y prosperó de tal manera, que tuvo allí su templo, mandado edificar por el sacerdote Onias (1), ó sea el templo de Eliópoli ó Lentópoli; y allí fué donde los Setenta tradujeron la Biblia. En verdad que no era aquel el Templo de Jerusalen, el Templo de los arcos dorados, del altar de cedro, del propiciatorio, y del candelabro de siete luces, que resplandecía contínuamente ante la majestad de Jehová, cuya gloria llenaba la tierra:

(1) Orsini, *La Vergine*, etc. tom. 1, cap. XIII.

pero era un lugar consagrado al verdadero Dios, y esto bastaba á su corazon y á su piedad. Dios y su templo; hé ahí, hermanos mios, lo que importaba, principalmente, á los verdaderos Israelitas; y hé ahí porque careciendo de él en Babilonia, su dolor era inconsolable. Dios, su templo y sus santos misterios era lo que importaba á nuestros mayores, donde quiera que por motivos de comercio ó de otras honestas razones, tuviesen que peregrinar ó vivir entre gentes adversas ó enemigas de nuestra fé: es esta una gloria que hallamos en todas nuestras historias antiguas. Pero hoy dia ¡ah! ¿qué nos importa Dios, su culto, y los deberes para con Él? Negocios, diversiones, empresas de comercio y de industrias para acrecentar la fortuna, en esto consiste todo; nos hemos hecho ateos; y con tal que logremos vivir con cierta comodidad nuestro afan; todo lo demás importa poco, y es para nosotros un objeto indiferente. Procediendo así, ¿dónde vamos á parar?

Ahora no hay para qué decir, que José y María frecuentaron con el niño Jesús el expresado templo, donde, profundamente conmovidos, dieron gracias á la divina Providencia por haberles librado tan milagrosamente de una muerte segura; y tambien rogaron para que se cumpliese pronto la redencion del mundo. Y en verdad, que el mundo la necesitaba sobremanera, pues, por do quiera reinaba la idolatría con su cortejo de tinieblas y delitos por haber olvidado enteramente el conocimiento sincero del verdadero Dios Criador del universo. Prueba de ello es la misma ciudad que escogieron para su residencia, toda vez que adorábanse en ella un sinnúmero de ídolos extravagantes y ridículos; hasta las palmeras, los despojos de serpientes, y los árboles *aronat* eran las divinidades predilectas de las tribus de los Khozua, de los Beni-Thekif, y de los Koreischi, á causa de esto llamados por los Arabes con irónica antonomasia, los adoradores de guijarros (1). Mas las oraciones de los santos esposos no quedaron sin efecto: pues que, como refieren Ballade, Doroteo, Martin, Sozomeor, San Anselmo, San Buenaventura, Lira, Dionisio, Cartusiano, Tostado, Lodulfo y otros grandísimos autores, al pasar un dia con el Niño cerca de una pagoda, los asquerosos simulacros de las falsas divinidades que allí eran honradas y adoradas, vinieron al suelo y se hicieron pedazos. Otro prodigio nos refieren los historiadores, lleno de tan dulce poesía, que parece una de aquellas flores de primavera cuya sola vista arrebata. Dícese que en la parte de Eliópoli ó Lentópoli, habitada al mismo tiempo por egipcios y

(1) Orsini, *loc. cit.*

Arabes idólatras, se elevaba un magnífico árbol del género de la sensitiva, al cual dichos Arabes, situados á orillas del Nilo, rendían fanático culto. Cuando hé aquí que un dia, al pasar por allí José y María con el niño Jesús, lo vieron bajar lenta y gentilmente las ramas, y rendir homenaje al Señor del universo, que la bella Reina de los Angeles llevaba en sus brazos. Tradicion consignada por el mismo Nieburh, á quien no se le puede, por cierto, tachar de crédulo, que se conmovió extraordinariamente al observar la veneracion que, aún en nuestros dias, tienen á aquel género de árboles los Arabes, que no arrancarían una sola de sus hojas por todo el oro del mundo; y no pudo ménos de reconocer, que hay en la historia ciertos hechos, de los cuales en vano trataríamos de alejar el misterio negando todo lo que es sobrenatural (1). Y yo añado, que el misterio y lo sobrenatural lo hallamos en todo; y quien no lo ve, ó es estúpido, ó miente á sí mismo para presentarse sábio á su manera, con la fácil petulancia de reirse y de negar lo que todo el mundo ve y tiene en veneracion.

Aposentada la Sagrada Familia en Eliópoli ó Lentópoli, resignóse á aguardar el cumplimiento de los celestiales decretos: y como que María amaba con tiernísimo afecto el campo, á cuyo aspecto su alma purísima elevábase en alas de altísima contemplacion, habiendo visto José, no léjos de allí, un hermoso sitio, sombreado todo por palmeras y sicomoros, con una fuente de cristalina agua en el centro, lo escogió para morada en una pequeña casa de madera, á cuyo alrededor acogíanse con frecuencia bandadas de palomas, cuya amorosa sencillez tanto regocijaba á la hermosa Madre de Dios. Ahora, empero, deseareis saber, segun creo, lo que pasaría en aquel momento en el país natal de la Vírgen, donde imperaba aquel feroz tirano llamado Herodes. Vosotros mismos os habreis anticipado á mi respuesta. Allí todo era estrago, llanto, sangre y desolacion. Herodes, á quien por la sola llegada de los Magos á Jerusalen, y la pregunta que habían hecho del nacido Rey de Israel, se le habían erizado los cabellos; Herodes, que por la ambicion de mando, había muerto, segun os dije, mujer é hijos, al ver que los Magos no volvían, ordenó matar á todos los niños de ménos de dos años que se hallaran en Belen y en toda su comarca (2). Y así se cumplió, continúa el Evangelista, lo que predijo Jeremías: «En Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: era Raquel que lloraba sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen!» Fué una infame é inútil maldad,

(1) Orsini. *loc. cit.* en la nota.
(2) MATTH. 13-21.

digna del tirano que, próximo á la muerte, llamó á su residencia de Jericó á todos los hombres notables del reino; y cuando los tuvo reunidos, los declaró presos, ordenando que al espirar él fuesen todos extrangulados, para evitar, dijo, que ninguno de ellos se alegrase de su muerte. Y tal vez, la degollacion de niños en Belen y su comarca, no fueron los únicos estragos que se narran en el Evangelio, puesto que de algunas indicaciones de José Flavio y de los libros del Talmud se infiere, que casi al mismo tiempo, aquel hombre feroz hizo matar en Jerusalen á varios de los más venerados maestros de la nacion, por haber creido que aguardaban y favorecían otro rey; significando de esta suerte, que quería vengarse, á la vez, del supuesto rival, y de los probables favorecedores de éste.

No me exijais ahora, hermanos mios, la descripcion de aquel bárbaro estrago y la inmensa desolacion de tantas madres infortunadas, que vieron exterminados con una muerte cruel á los dulcísimos frutos de sus entrañas. Lo hizo ya San Agustin en un admirable sermon, donde exclama: «Balan las madres como desoladas ovejas, que ven degollados á sus corderos. ¡Martirio indescribible! desgarrador espectáculo!» Y nosotros, que cada año leemos dichas palabras del santo Doctor en el oficio de los santos Inocentes, que despues de Navidad celebra la Iglesia, lloramos por ello profundamente. Confieso que no sabría pintaros aquel estrago, ni aún traducir el mencionado sermon: por consiguiente, contentaos con las palabras de Jeremías, referidas en el Evangelio, que todo lo expresan: «En Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen.» Aquellas voces, aquellos sollozos, aquellos alaridos resuenan en mis oidos, y me desgarran el corazon.

¿Veis, ahora, á qué extremos conduce una pasion no refrenada á tiempo por la razon, por los sentimientos de humanidad, y, sobre todo, por la gracia? ¡Ah! si Herodes no se hubiera dejado dominar por el furor de la ambicion, no habría cometido tantos y tan horribles delitos, hasta intentar el deicidio. Sí; Herodes es reo de haber concebido el atroz designio de dar muerte al Hijo de Dios. Y secuaces suyos son, cuantos quisieran borrar el nombre de Jesucristo, destruyendo la Iglesia. Lo cual significa, que dado el primer paso en la pendiente del extravío y del crímen, todo lo demás viene en pós por una necesidad lógica, hasta llegar al colmo. Por consiguiente, sírvanos este ejemplo para no dejarnos llevar de las pasiones; las cuales ¡ay de nosotros si se apoderasen de nuestro corazon! pues toda resistencia fuera vana para refrenarlas, é irreparable la ruina.

Es propio de las pasiones presentarse, á primera vista, con belleza arrebatadora; pero, una vez se han apoderado de nosotros, fascinan la inteligencia; y oscurecen de tal modo la luz que la dirige, que no distingue el bien del mal, sinó que, por el contrario, considera el mal como un bien, y el bien como un mal; y la fuerza del raciocinio ya no es capaz de hacernos retroceder al buen camino. Me refiero especialmente á las pasiones de la venganza y de la carne, que tan miserablemente nos dominan. ¡Ah! ¿qué es de nosotros, desde el momento que cedemos á sus seducciones? Todo son tumultos, amarguras, rencores, con la pérdida del honor, de los bienes de fortuna, y hasta de la vida; y la profanacion del matrimonio, la ilegitimidad de la prole, y terribles discordias entre familias son sus legítimas consecuencias, además de la impotencia, efecto del delito, de renunciar al mal y de hacer firme propósito de virtud y de sincero arrepentimiento. Así sucedió á Herodes, que de un delito pasó á otro, y murió execrado y maldito en la tumba, é infamado por todas las generaciones; miéntras que, por el contrario, Jesús, José y María viven y vivirán bendecidos por todos los pueblos, hasta la consumacion de los siglos.

Si me preguntáreis cuánto tiempo la sagrada Familia permaneció en Egipto, os diría que, segun algunos autores, dos años y medio; y, segun otros, siete (1); y aún hoy se descubren allí señales de su permanencia. Tal es la fuente donde María iba á lavar los pañales de su niño Jesús; la colina donde los ponía á secar á los rayos del sol; y el sicomoro, á cuya sombra tanto le complacía sentarse con su amado Hijo sobre las rodillas (2); lugares de piadosos recuerdos, que ningun devoto peregrino de la Palestina y de Egipto deja de visitar. Uno de ellos, hombre de letras, muy recientemente, habla así del árbol que acabamos de citar: «No léjos de la fuente, dice, hiciéronme entrar en un cerrado recinto de árboles, donde un musulman, que me guiaba, me llamó la atencion al pasar por delante de un sicomoro, diciéndome: «Hé aquí el árbol de Jesús y de María!» Y postrándome en tierra, lo besé con profunda veneracion derramando dulces lágrimas (3).» Falta referir ahora que vida observaban allí los santos esposos. Si bien se recuerda, su vida, en Nazareth, su pátria, consistía en el trabajo y en obras de piedad y de religion, respirando un aura de paz divina. Aunque enteramente se-

(1) Véase Trombelli: *Vita B M. V. cultusque*, etc. Ansel. Cantuar., etc., Euseb., Santo Tomás.

(2) Savary, tom. I. *Corrispond. d' Oriente* tom. V.

(3) *Corrispond. d' Oriente*, tom. VI, lett. CXL.

guros en Egipto de la persecucion de Herodes, las incomodidades fueron mayores por hallarse en país extranjero. El oro de los Magos, se consumiría bien pronto, teniendo que vivir con gente que no conocía ningun sentimiento de humanidad para aquellos con los cuales no tenían relaciones de parentesco, ni simpatías de amistad. Era necesario, por lo tanto, acudir á la necesidad con la industria. Existía en Egipto, hemos dicho, una colonia hebrea; pero ¿qué podía hacer por ellos? Fué, pues, menester que José trabajase de su oficio, viviendo del jornal; y que María cosiese, diera vueltas á la rueca, ó bordase cuanto le era posible, para subvenir al escaso fruto de las fatigas cotidianas de su venerable esposo. Y no obstante, ¡cuántas veces, dice Lodulfo de Sajonia, el niño Jesús, acosado por el hambre, pedía pan á su Madre, y ella no podía acallarle sinó con caricias y amorosas lágrimas! ¡Y nosotros nos lamentamos amargamente si nos falta, no diré lo necesario, sinó cualquiera comodidad de la vida! ¡Oh diferencia! oh diversidad de afectos entre nosotros y aquella bendita familia!

No quiero omitir aquí una graciosa leyenda, en la cual resplandece una hermosísima luz de poesía divina, que hace brillar suavemente á nuestros ojos la divinidad de Jesús, aún oculta absolutamente dentro la tierna humanidad de que estaba revestido. Dice esta leyenda, que cuando nuestra Señora, la bella Madre de Dios, hubo salvado los desiertos que se hallaban entre la Palestina y el Egipto, y José buscaba lugar donde establecer su vivienda, depuso en tierra á su Jesús por un instante para ir en busca de agua por el campo, y no la pudo hallar: vuelta que hubo á su amado Niño, el cual estaba acostado sobre el suelo, halló ¡oh prodigio! que de éste había brotado un fresquísimo manantial, lo cual le causó grande alegría y contento, y dió por ello infinitas gracias á su Señor. En aquellas aguas lavó despues los humildes pañales que servían para cubrirle, y los puso á secar sobre los verdes céspedes de la llanura; y, hé aquí un nuevo prodigio, dice la leyenda, pues, cada gota de agua que caía de aquellos pañales, hácia brotar otros tantos arbustos que recreaban la vista; plantas que existen todavía, y se les da el nombre de árboles balsámicos de María (1). Hasta ahí la leyenda, de la cual podemos inferir, que la sociedad cristiana creyó siempre, que allí donde moran Jesús y María, se obtiene siempre por milagro cuantos bienes nos son necesarios, y que son dichosos cuantos se refugian y viven bajo su proteccion.

(1) Orsini, *loc. citat.* en la nota.

Mas hé aquí que el Angel del Señor aparece de nuevo en sueños á José, diciéndole: que Herodes había muerto y podía volver á Israel(1). Se comprenderá fácilmente, que al comunicar José esta noticia á su celestial esposa, ésta se regocijó extraordinariamente, y quizás se alegró tambien de ella Jesús, á quien sin duda María, como acostumbran las madres con sus tiernos hijos, le habría hablado muchas veces de su país natal; de los montes en que le había dado divinamente á luz, de aquellos donde Ella había nacido, y donde vivían los amigos y deudos de la familia. Emprendieron, pues, sin dilacion el camino para regresar á su país, bajo la misma proteccion que les había acompañado al alejarse de él. ¡Oh José! regresa á Nazareth, tu pátria amada, para descansar con María, tu esposa, y con Jesús, de las largas fatigas, de tantas ánsias y de tantos padecimientos! Bien pronto ensanchará vuestro corazon la más pura alegría, viendo de nuevo el bello país donde os aguardan tan caros recuerdos, y donde aprendisteis por vez primera á conocer y bendecir el nombre del Dios de vuestros padres; de aquel Dios que obró allí los más grandes prodigios de su poder y misericordia, para preparar la misericordia de las misericordias que os ha sido confiada; y es el dulce Jesús, del cual tú, ¡oh José! eres custodio y defensor, por cuyo motivo tu gloria es superior á la de todas las gerarquías celestiales. Regresa, ¡oh José! á tu pátria, y tu regreso despierte á Israel de su sueño de muerte, y le prepare á recibir dignamente la solemne bendicion que le desciende del Cielo.

Sí, despierta, ¡oh Israel! del sueño de tus culpas, y reconoce el tiempo de tu última visitacion. Despierta, que de este instante depende tu salvacion, ó final ruina, por ser este instante para tí el exceso de la divina misericordia, á la cual resistieron tan larga y obstinadamente tus padres, endureciéndose cada dia más sus corazones, hasta el punto de obligar á Dios á jurar airado, que no entrarían eternamente en su reposo (2). ¡Que este terrible juramento no caiga de nuevo sobre tu cabeza, porque sería irrevocable! Mas, ¿qué digo? ¡Ay! aquel desventurado pueblo ha sido ya abandonado por haber, no solo rehusado conocer y adorar á su Salvador en el Hijo de María, sinó por haberle calumniado, acusado y condenado á muerte, pidiendo en el exceso de su malvado delirio, que su sangre cayese como maldicion sobre sus cabezas y las de sus hijos (3). ¡Ay! á qué abismo conduce el abuso de las divinas misericordias, y la resistencia á las gracias del Cielo!

(1) Matth. loc. cit. 20 y 21.
(2) Psalm. xciv.
(3) Matth. xxvii, 25.

¡Oh Jesús mio! tiemblo de piés á cabeza, reflexionando que tambien yo he cerrado por largo tiempo los oidos á tu voz amorosa, que me llamaba al arrepentimiento y á la penitencia; y negándome á reconocerte, he dicho mil veces en mi corazon, que no me cuidaba de Ti, ni temia tus castigos. ¡Piedad, oh divino Salvador, de esta alma extraviada! recuerda que moriste por ella! Y Tú ¡oh María! mostrándole tu dulce Hijo, que tanto trabajó y padeció por su salvacion, conmuévela é inflámala de tal manera en su pasada ingratitud, que uniéndosele gustosa á las penas de la vida presente, despues sea digna de pertenecerle eternamente bienaventurada en la otra. Así sea.

DIA VEINTE Y SEIS.

VUELTA DE EGIPTO, Y EL NIÑO PERDIDO.

Cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem.
Cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalen.
(Luc. ii, 43.)

Sumamente grato, hermanos mios, es para un filósofo cristiano, que no es víctima de preocupacion alguna, el estudio de los acontecimientos tan numerosos y variados en los cuales se desarrolla la vida del mundo. Con este estudio ve, que todo acontece con órden, peso y medida, y que una sabiduría infinita gobierna poderosa y suavemente el universo (1). Por cuyo motivo, lo que parece anomalía y necedad á los que solo atienden á los hechos aislados, separados del gran todo, y del fin á que están unidos, como todos aquellos que prescinden de la luz de la fé; á la vista del verdadero sábio, ó sea, de los verdaderos cristianos, todo responde admirablemente

(1) Sapient. viii.

Mas hé aquí que el Angel del Señor aparece de nuevo en sueños á José, diciéndole: que Herodes había muerto y podía volver á Israel(1). Se comprenderá fácilmente, que al comunicar José esta noticia á su celestial esposa, ésta se regocijó extraordinariamente, y quizás se alegró tambien de ella Jesús, á quien sin duda María, como acostumbran las madres con sus tiernos hijos, le habría hablado muchas veces de su país natal; de los montes en que le había dado divinamente á luz, de aquellos donde Ella había nacido, y donde vivían los amigos y deudos de la familia. Emprendieron, pues, sin dilacion el camino para regresar á su país, bajo la misma proteccion que les había acompañado al alejarse de él. ¡Oh José! regresa á Nazareth, tu pátria amada, para descansar con María, tu esposa, y con Jesús, de las largas fatigas, de tantas ánsias y de tantos padecimientos! Bien pronto ensanchará vuestro corazon la más pura alegría, viendo de nuevo el bello país donde os aguardan tan caros recuerdos, y donde aprendisteis por vez primera á conocer y bendecir el nombre del Dios de vuestros padres; de aquel Dios que obró allí los más grandes prodigios de su poder y misericordia, para preparar la misericordia de las misericordias que os ha sido confiada; y es el dulce Jesús, del cual tú, ¡oh José! eres custodio y defensor, por cuyo motivo tu gloria es superior á la de todas las gerarquías celestiales. Regresa, ¡oh José! á tu pátria, y tu regreso despierte á Israel de su sueño de muerte, y le prepare á recibir dignamente la solemne bendicion que le desciende del Cielo.

Sí, despierta, ¡oh Israel! del sueño de tus culpas, y reconoce el tiempo de tu última visitacion. Despierta, que de este instante depende tu salvacion, ó final ruina, por ser este instante para tí el exceso de la divina misericordia, á la cual resistieron tan larga y obstinadamente tus padres, endureciéndose cada dia más sus corazones, hasta el punto de obligar á Dios á jurar airado, que no entrarían eternamente en su reposo (2). ¡Que este terrible juramento no caiga de nuevo sobre tu cabeza, porque sería irrevocable! Mas, ¿qué digo? ¡Ay! aquel desventurado pueblo ha sido ya abandonado por haber, no solo rehusado conocer y adorar á su Salvador en el Hijo de María, sinó por haberle calumniado, acusado y condenado á muerte, pidiendo en el exceso de su malvado delirio, que su sangre cayese como maldicion sobre sus cabezas y las de sus hijos (3). ¡Ay! á qué abismo conduce el abuso de las divinas misericordias, y la resistencia á las gracias del Cielo!

(1) Matth. loc. cit. 20 y 21.
(2) Psalm. xciv.
(3) Matth. xxvii, 25.

¡Oh Jesús mio! tiemblo de piés á cabeza, reflexionando que tambien yo he cerrado por largo tiempo los oidos á tu voz amorosa, que me llamaba al arrepentimiento y á la penitencia; y negándome á reconocerte, he dicho mil veces en mi corazon, que no me cuidaba de Ti, ni temia tus castigos. ¡Piedad, oh divino Salvador, de esta alma extraviada! recuerda que moriste por ella! Y Tú ¡oh María! mostrándole tu dulce Hijo, que tanto trabajó y padeció por su salvacion, conmuévela é inflámala de tal manera en su pasada ingratitud, que uniéndosele gustosa á las penas de la vida presente, despues sea digna de pertenecerle eternamente bienaventurada en la otra. Así sea.

DIA VEINTE Y SEIS.

VUELTA DE EGIPTO, Y EL NIÑO PERDIDO.

Cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem.
Cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalen.
(Luc. ii, 43.)

Sumamente grato, hermanos mios, es para un filósofo cristiano, que no es víctima de preocupacion alguna, el estudio de los acontecimientos tan numerosos y variados en los cuales se desarrolla la vida del mundo. Con este estudio ve, que todo acontece con órden, peso y medida, y que una sabiduría infinita gobierna poderosa y suavemente el universo (1). Por cuyo motivo, lo que parece anomalía y necedad á los que solo atienden á los hechos aislados, separados del gran todo, y del fin á que están unidos, como todos aquellos que prescinden de la luz de la fé; á la vista del verdadero sábio, ó sea, de los verdaderos cristianos, todo responde admirablemente

(1) Sapient. viii.

al gran fin de la Creacion y de la Redencion, del cual depende la felicidad y la salvacion del hombre, y la gloria del Señor; quien, en todos los sucesos, se manifiesta y justifica de un modo tan admirable, que deja enteramente confundidos á todos los enemigos de su santo Nombre. Esta infinita sabiduría resplandece tambien de un modo el más singular en el viaje de la sagrada Familia á Egipto y su vuelta á su país natal. El que hubiera discurrido con harta sutileza sobre aquel regreso, la naturaleza del terreno, ó del camino que los dos santísimos esposos debían recorrer para vivir con Jesús, y las tristes condiciones en que se encontraban, habría podido dudar si aquellos molestos viajes les procurarían algun alivio, ó mayor tribulacion: pero aquí es donde cabalmente debemos admirar el poder y sabiduría de Dios, pues, donde otros no hubieran descubierto más que peligros y ruinas, allí se verificó el triunfo de sus escogidos. Esto es lo que vamos á considerar esta noche para completar esta bella parte de la vida de María. Pidamos la gracia: A. M.

Despues del amor de Dios y de los autores de nuestros dias, el que más influye sobre el corazon del hombre es el amor á la pátria. A este nombre los más caros afectos de familia, los vínculos más sagrados de sociedad, los beneficios de la educacion, la correspondencia de la amistad, y las vicisitudes de la fortuna; los gustos y disgustos de la vida, hasta el aire, el terreno, las paredes y las piedras que nos sirvieron para las diversiones de nuestra infancia; todo despierta en nuestro ánimo recuerdos, imágenes y sentimientos, que lo enternecen y conmueven profundamente. Así es, que todo hombre dotado de nobles sentimientos y de espíritu elevado, al alejarse de sus propios lares, suspira contínuamente por ellos, hasta que vuelto otra vez á ellos, derrama tiernas lágrimas y se le ensancha el corazon con inefables consuelos. Figuraos, pues, la viva emocion que debieron experimentar José y María, cuando, tras largo destierro, vieron nuevamente la tierra de sus padres; la tierra que el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob había dado á su pueblo, para que con su perenne bendicion creciese allí y se multiplicase como las estrellas del cielo y las arenas del mar. En verdad, que ni yo ni nadie podría ponderar lo que sintió su corazon; pero podemos deducirlo algun tanto de los Salmos de David, en los cuales al son de su arpa canta aquellos montes, cerros, bosques, y valles; la pureza de aquel cielo; y el pelícano de Idumea; las aves que hacen resonar sus gorgeos al través de las secas ramas del olivo; las palomas que gimen desde la palmera y el sicomoro; las águilas de Sannir, que aparecen al viajero como el antiguo testimonio de la gloria de Dios; los cedros del Líbano y las palmeras de Gades; en una palabra, toda aquella admirable naturaleza que, aún hoy dia, por más que esté habitada por bárbaros, entusiasma á los viajeros que de todas las partes del mundo van á visitarla. Añádase, que volvían de un país degradado horriblemente, donde imperaba la más torpe de las idolatrías, hasta el punto de existir templos dedicados al buey, al cocodrilo, y á las cebollas; es decir, el último grado de la degradacion á que puede llegar la naturaleza humana (1).

Pero ya lo sabeis, hermanos mios; en vano se espera pleno contento acá en la tierra. Y ¡ay de nosotros si en ella lo halláramos! nuestra alma se adheriría á ella de tal modo, que en la hora de la muerte blasfemaríamos de Aquel que nos crió, por no poder sufrir una separacion tan amarga. Y por esto, sapientísimo como es, tempera nuestra dulzura con lo amargo, y hace que á cada flor hallemos una espina, para que nos disgustemos de ella poco á poco, y elevemos nuestros deseos y miradas al Cielo. Y en efecto; la experiencia nos enseña, que la muerte, principalmente, espanta á todos aquellos que vivieron en medio de delicias, los cuales, al verse separados repentinamente de ellas, sienten partírseles el corazon; al paso que cuantos viven en medio de la tribulacion, no solo abandonan sin pesar alguno lo que sin pasion poseían, sinó que se alegran, porque con la muerte alcanzan su verdadera libertad y su último triunfo. Así es como Dios iba preparando los corazones de José y de María, cuya vida, al igual que la de Jesús, no debía consistir más que en sacrificio y dolor. Llegado que hubieron á los confines de su país, tal vez en Gaza, ó en Ascalon, José tuvo malas noticias. Corría el año setecientos cincuenta de Roma, y Arquelao, hijo de Herodes, ménos afortunado que su padre, pero feroz como él, había empezado á reinar en Judea; por cuyo motivo José temió internarse en ella, y siguió su extrema orilla, marchando de Ascalon á Joppe, y desde este punto á Cesárea. Pero la prueba fué de corta duracion: apareciósele el Angel del Señor, y le tranquilizó; y al salir de Cesárea, tomó la derecha, atravesó los campos de Esdrelon, y se internó en los montes de Galilea, entre los cuales, como ya dijimos, se ocultaba la pequeña ciudad de Nazareth. Pero á esta primera tribulacion, sucedió bien pronto otra, pues á causa del largo abandono de su habitacion, la hallaron tan derruida y disforme que no parecía la misma. El techo, en parte, hundido, y en parte, cubierto de selváticas yerbas: la habitacion, en planta baja, fria, húmeda y ver-

(1) Poujoulat: *Storia di Gerusalemme.*

dosa; hiedras y espinos desarrollaban su triste vegetacion dentro y fuera de la misma. En una palabra, no hallaron una casa sinó escombros y ruinas. Sin embargo, por cansados que estuvieran de tan largo y penoso viaje, tuvieron que acomodarse en ella del mejor modo que pudieron, adorando los decretos divinos, hasta que pudieron restaurarla en algun modo, con el precio de un pequeño campo que vendieron; campo que les quedaba todavía de la herencia paterna; verificándose así á la letra, que miéntras el pajarillo halla un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos, el Hijo de Dios, niño todavía, no tendría donde reclinar su cabeza.

De este modo, hermanos mios, debió Jesús recorrer el camino que lo condujera de nuevo á la gloria de su Padre celestial (1); y de ahí aquellas terribles sentencias que fulminó contra el mundo: más fácil es el pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de los cielos (2)! ¡Ay de aquellos cuya vida la pasan en fiestas y alborozos, porque en la otra todo será para ellos luto y desconsuelo (3)! Y tened presente, que no quiero decir con esto, que todos debamos reducirnos á las estrechas y tristes condiciones de San José y de María, por más que el practicarlo sea camino de alta perfeccion; ántes os concederé de buen grado, que vuestro porte, vuestro tren de casa esté á las exigencias de vuestra posicion social: pero no puedo ménos de decir, que el fausto y el lujo á que nos abandonamos, fuera de lo conveniente, y muchas veces superior á nuestras facultades, está condenado por la ley divina, pues todo lo que sobra, cubiertas las convenientes necesidades de la familia, estamos obligados á dispensarlo en socorro y alivio de los pobres de Jesucristo. ¡Ah! no; no esperen tener parte en su reino ni en su felicidad aquellos que satisfacen en este mundo todas sus pasiones y caprichos, á quienes dirá en el último dia: «Apartaos de mí: ya recibisteis vuestra recompensa en la tierra; mi reino es de aquellos que lloraron y padecieron (4).» Este es el Evangelio, del cual no puede borrarse una sílaba: lo ha dicho Jesucristo!

José y María, vendido el poco patrimonio que hemos expresado, para hacer de nuevo habitable la casa, quedaron reducidos á la mayor pobreza: su único y escaso patrimonio eran sus brazos: así que para ganarse el sustento, Jesús, ya casi hábil para el trabajo, empezó á manejar los instrumentos del oficio de José, á quien ayudaba, no solo

(1) Luc. xxiv.
(2) Marc. x, 25.
(3) Luc. v, 25 y sig.
(4) Matth. v, 5.

en el recinto del humilde taller, sinó tambien en los pueblos del alrededor (1). Por consiguiente, María, como mujer, aprovechaba con diligente industria la aguja y la rueca, y se dedicaba á otros quehaceres mujeriles; y José, desde la mañana á la noche, fabricaba instrumentos de labranza, ó toscos muebles de casa, á la usanza de aquellos tiempos; y del precio que sacaba, sustentaba, aunque con fatiga, á su santa familia. Es éste, en verdad, hermanos mios, un grupo, cual suele presentárnoslo, con tanto provecho suyo, el arte pictórico, tan bello como conmovedor; el del venerable Patriarca atareado á reducir tablas de abeto ó de sicomoro para muebles; y Jesús, jovencito, que ayuda á su padre putativo como si fuese verdaderamente el hijo de un carpintero; miéntras María, sentada algo distante de ellos, tira el largo hilo de la rueca, y atiende amorosa á los cuidados del esposo amado y á las santas fatigas de su divino Hijo. Pero no basta conmoveros de admiracion: sería menester, además, que aprendieseis la manera de gobernar bien vuestras familias, imitando la sencillez, la modestia, la diligencia familiar, y el laborioso retiro con que la sagrada Familia proveía á su sustento: es decir, el patriarca José, anillo del antiguo y del nuevo Testamento; María, que compendiaba en sí y encerraba todos los misterios de la naturaleza y de la gracia; y Jesús, Hijo de Dios y Redentor del mundo. Y esto va dirigido de un modo particular á los padres, que deben imitar el ejemplo de María y de José: en cuanto á los hijos, lo tienen en Jesús, que aunque Dios, vivía tan dócilmente sometido á José y María, que hasta prevenía sus deseos, pronto á la obediencia en cuanto le mandasen, y era todo afecto y solicitud cuando les veía algun tanto pensativos y tristes. Y eso exige el amor y el deber de verdaderos hijos, puesto que en los padres se honra con sentimientos de profunda religion la autoridad paterna, que dimana de Dios.

Así, pues, José, con la ayuda de Jesús y María, su esposa, se procuraba el pan en Nazareth por medio del trabajo. Llegado Jesús á los doce años de edad, empezaron para él las obligaciones de la ley, de la cual eran celosos observantes la Vírgen y José; y como quiera que Arquelao, hijo de Herodes, que á su regreso de Egipto reinaba en Judea, hubiese sido destronado y desterrado á las Galias, porque, como sucede á los malvados, que tarde ó temprano se hacen insoportables á todos los hombres, los romanos no podian sufrirle, y tomaron las riendas del gobierno de aquel país, incorporándolo á la Siria; pensaron que podrian con seguridad llevárselo á Jerusalen para celebrar allí la

(1) San Justino Mart. Diálogo con Trifone; Godescrad, tom. XIV. Vita della santa Vergine, etc.

primera Pascua. Y así lo hicieron (1). ¡Oh! dichosas las familias que imitan tal ejemplo, llevándose consigo á los hijos para practicar los actos de religion, á fin de que su corazon quede vivamente penetrado de ella, y así, á medida que crecen en edad, adelantan en el amor y temor de Dios, para no apartarse jamás de él. El viaje duró cuatro dias; y llegados á Jerusalen, donde había un concurso inmenso de Judíos y extranjeros con motivo de la grande solemnidad, se reunieron con sus parientes para comer el cordero pascual, que los sacerdotes sacrificaban entre una y otra víspera en el atrio del Templo, al cual se añadía pan ázimo y lechuga agreste, segun lo prevenía el rito hebráico (2); y concluida la fiesta, regresaron á Nazareth; pero Jesús se quedó en Jerusalen, sin que sus padres lo advirtieran, creyendo que el agudo niño se habría confundido con algunos de su comitiva, ya que el viaje, lo mismo á la ida que á la vuelta, se hacía, como viene observándose aún hoy dia en aquellos lugares, en compañía de muchas personas reunidas al intento. Y así andaron una jornada; y solo cuando los diversos grupos hicieron alto para descansar un poco, le buscaron entre los parientes y conocidos (3).

Pero ¡ay! que Jesús no se hallaba entre ellos; por cuyo motivo tornaron al punto á Jerusalen, en cuyo Templo le hallaron, finalmente, al cabo de tres dias, sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba (4). ¡Oh! qué angustia debió ser esta para el corazon de María y del venerable José! Por poco que se medite con cierto afecto el hecho, se podrá formar alguna idea de su dolor. ¡Cuán solícitos debieron ser sus pasos al volver atrás para buscarle, y cuán terrible su ansiedad hasta que le hubieron hallado! ¡Oh padres! ¿qué pensais de esta solicitud? vosotros, que abandonais con tanta facilidad á vuestros hijos en cualquier lugar, y con cualquiera compañía, confiados, segun la máxima del mundo, en que nada hay que temer; hallándose, por el contrario, en una escuela de vicios y de iniquidades, donde pervirtiéndose, poco á poco, pasan á ser vuestro azote, el de vuestra familia y el escándalo y vituperio de la Religion y del civil y cristiano consorcio!

Jesús, pues, estaba en el Templo, sentado en medio de los doctores de Israel; y ora contestando, ora preguntando, mostró tal sabiduría (era jovencito de doce años!), que cuantos le oían quedaban pasmados. José y María se asustaron, pues sabían cuanto orgullo encerraban en

(1) Luc. II, 42.
(2) Exod. XII, 8.
(3) Luc. II, 44.
(4) Ibid. 46.

su pecho aquellos doctores, y los celos que los devoraba contra cualquiera que disputara con ellos. Por cuyo motivo la Madre se le acercó, y le dijo: «¿Hijo, por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando (1).» ¡Pobre madre! ignoraba todavía, pero muy pronto aprenderá, que los buenos deben padecer por amor al prójimo. Entónces fué cuando Jesucristo reveló su divinidad, respondiendo á su Vírgen Madre: «¿Cómo es que me buscabais? no sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre (2)?» ¡Oh palabras! oh magnífica revelacion! Hé ahí demostrado á los hombres, que su Padre no es un hombre sinó un Dios. Y no demuestra esto solo: nos enseña, además, otros vínculos que los de la sangre, otros deberes que viene á predicar, otro reino que fundará; ¡se diría que de ahí surge un nuevo universo! Enseña su divinidad sin negar su humanidad; y al mostrarse como verdadero Hijo de Dios, confirma, al mismo tiempo, que es verdadero hijo de la Vírgen de Nazareth. Y añadiendo el Evangelio, que vuelto á Nazareth con José y María, ésta conservaba y meditaba en su interior las palabras de su Hijo, claro está que conoció bien, que con aquellas palabras aludía Jesús al misterio de la divinidad, en que estaba y se mantendría encerrado y oculto, hasta que llegase la hora de dar principio á la solemne mision que le había encomendado su Padre, cuya voluntad era su ley suprema, y para la manifestacion de cuya gloria, que tambien era suya, había de dar la vida. ¡Oh palabras! repito: ¡oh revelacion magnífica!

Sí, Jesús mio; con estas palabras nos enseñas, que la gloria de tu divino Padre, que lo es tambien nuestro en el órden de la naturaleza y de la gracia, debe ser el principal objeto de nuestros pensamientos, para ordenar á ella todos los actos de nuestra vida, dispuestos á perder el padre, la madre, los hermanos, la esposa, los amigos, y cualquier otro bien terreno, ántes que faltar á su amor, y á la grata correspondencia que debemos á sus beneficios. Con tu conducta, pues, volviendo á Nazareth con tu Madre y José, y sujetándote á ellos hasta que llegase la hora de tu solemne mision, nos manifestaste, que el cumplimiento de los deberes de familia y de sociedad, léjos de oponerse al principal precepto de la ley, que es amar á Dios sobre todas las cosas, con todo el corazon, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas, se armoniza perfectamente con él; puesto que, miéntras para gloria de tu Padre solo atendías á lo que El te había ordenado, te mostraste hijo obedientísimo y amoroso á José, hasta su

(1) Luc. II, 48.
(2) Ibid. 49.

muerte, y á tu amada madre María hasta el fin de tu vida! ¡Ah! que para nuestra salvacion tu ejemplo no deje nunca de iluminarnos! Y Tú, oh Vírgen divina, que recogiendo en tu corazon aquellas solemnes palabras de Jesús y meditándolas profundamente, sacaste tanto fruto de sublime sabiduría de la vida (1), repítelas frecuentemente con tu voz amorosa al oido de los tristes hijos de la tierra, para que adoctrinados por ellas, nos dispongamos á trabajar eficazmente en la santificacion de nuestras almas, en aquella santificacion que es el único fundamento de nuestras esperanzas para la consecucion de la gloria eterna. Así sea.

DIA VEINTE Y SIETE.

MUERTE DE SAN JOSÉ.

In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis, qui tentantur, auxiliari.

Ya que por razon de haber él mismo padecido, y sido tentado, puede tambien socorrer á los que son tentados.

(Hebr. II, 18.)

Bien que el alma del justo viva resignada á los decretos del Cielo, y, por consiguiente, cuanto acaece en el mundo le mueva á bendecir el santo nombre del Señor, que por caminos, con frecuencia, ocultos á nuestra vista, pero siempre sapientísimos y admirables conduce á fin la obra de su gloria; con todo, no por esto deja el justo tambien de sentir tan vivamente las desventuras y las miserias de este mundo, que no puede ménos, algunas veces, de derramar amarguísimas lágrimas. Pero esto, léjos de imputársele á culpa, es más bien

(1) Luc II, 51.

motivo de mérito en órden á la vida eterna, puesto que con sufrir y dolerse da á entender, que siente toda la amargura del cáliz que le ha sido dado á beber, el cual de buena gana y con ánimo resuelto acerca á los lábios. Lo que tiene lugar cuando los reveses del mundo, privándonos de los bienes de fortuna, nos reducen á la pobreza, y nos obligan á tener que solicitar de personas extrañas medios de subsistencia; ó cuando crueles enemigos, persiguiéndonos inicuamente, nos obligan á comer el pan amasado en lágrimas; ó, finalmente, cuando la muerte, arrebatándonos las personas queridas con las cuales compartíamos las alegrías y las amarguras de esta vida, nos sume en desolacion, y nos deja completamente reducidos á nuestros propios recursos. ¿Y podríamos en semejantes casos, que repugnan al sentimiento de nuestra naturaleza, mostrarnos estúpidamente indiferentes, cuando vemos que Jesucristo, aunque Dios, al ver el cáliz que le presentaba su divino Padre, no pudo ménos de exclamar: «Aleja de mí, si es de tu agrado, este cáliz de dolor (1)?» Pero Él, que mostróse hombre, al mismo tiempo que era Dios, nos presentó y recomendó tambien el remedio, añadiendo: «Padre mio, no se haga mi voluntad, sinó la tuya (2).» En esas condiciones vamos á contemplar esta noche á María, que empieza ya á sacrificar sobre el ara preparada por Dios para la muerte de su Hijo, las más caras y dulces afecciones de la vida. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Vimos en el precedente discurso, que José y María, habiendo hallado, finalmente, despues de tantos afanes del corazon, á Jesús en el Templo en medio de los doctores de la ley, regresaron á Nazareth, donde permanecieron otros diez y siete años, quizás los más bellos para María durante su peregrinacion por la tierra. Una paz inefable la hizo, durante ese tiempo, verdaderamente bienaventurada, libre como estaba y tranquila en la contemplacion y adoracion de su Dios; de aquel Dios que le era Hijo, la llamaba con el dulcísimo nombre de Madre, obedecía á sus menores indicaciones, y que con solo dirigirle una mirada ó una palabra, la elevaba sobre sí misma en la contemplacion de profundísimos misterios; sobre todo, del misterio de su Encarnacion, y el de la próxima Redencion del mundo. En todo ese tiempo Ella no experimentó contradicciones, porque Jesús, su Hijo, el más bello de todos los hijos nacidos y por nacer, llevaba durante aquel tiempo una vida oculta y meditativa en su pátria, donde Ella pudo,

(1) Luc. XXII, 42.
(2) Luc. XXII, 42.

muerte, y á tu amada madre María hasta el fin de tu vida! ¡Ah! que para nuestra salvacion tu ejemplo no deje nunca de iluminarnos! Y Tú, oh Vírgen divina, que recogiendo en tu corazon aquellas solemnes palabras de Jesús y meditándolas profundamente, sacaste tanto fruto de sublime sabiduría de la vida (1), repítelas frecuentemente con tu voz amorosa al oido de los tristes hijos de la tierra, para que adoctrinados por ellas, nos dispongamos á trabajar eficazmente en la santificacion de nuestras almas, en aquella santificacion que es el único fundamento de nuestras esperanzas para la consecucion de la gloria eterna. Así sea.

DIA VEINTE Y SIETE.

MUERTE DE SAN JOSÉ.

In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis, qui tentantur, auxiliari.

Ya que por razon de haber él mismo padecido, y sido tentado, puede tambien socorrer á los que son tentados.

(Hebr. II, 18.)

Bien que el alma del justo viva resignada á los decretos del Cielo, y, por consiguiente, cuanto acaece en el mundo le mueva á bendecir el santo nombre del Señor, que por caminos, con frecuencia, ocultos á nuestra vista, pero siempre sapientísimos y admirables conduce á fin la obra de su gloria; con todo, no por esto deja el justo tambien de sentir tan vivamente las desventuras y las miserias de este mundo, que no puede ménos, algunas veces, de derramar amarguísimas lágrimas. Pero esto, léjos de imputársele á culpa, es más bien

(1) Luc II, 51.

motivo de mérito en órden á la vida eterna, puesto que con sufrir y dolerse da á entender, que siente toda la amargura del cáliz que le ha sido dado á beber, el cual de buena gana y con ánimo resuelto acerca á los lábios. Lo que tiene lugar cuando los reveses del mundo, privándonos de los bienes de fortuna, nos reducen á la pobreza, y nos obligan á tener que solicitar de personas extrañas medios de subsistencia; ó cuando crueles enemigos, persiguiéndonos inicuamente, nos obligan á comer el pan amasado en lágrimas; ó, finalmente, cuando la muerte, arrebatándonos las personas queridas con las cuales compartíamos las alegrías y las amarguras de esta vida, nos sume en desolacion, y nos deja completamente reducidos á nuestros propios recursos. ¿Y podríamos en semejantes casos, que repugnan al sentimiento de nuestra naturaleza, mostrarnos estúpidamente indiferentes, cuando vemos que Jesucristo, aunque Dios, al ver el cáliz que le presentaba su divino Padre, no pudo ménos de exclamar: «Aleja de mí, si es de tu agrado, este cáliz de dolor (1)?» Pero Él, que mostróse hombre, al mismo tiempo que era Dios, nos presentó y recomendó tambien el remedio, añadiendo: «Padre mio, no se haga mi voluntad, sinó la tuya (2).» En esas condiciones vamos á contemplar esta noche á María, que empieza ya á sacrificar sobre el ara preparada por Dios para la muerte de su Hijo, las más caras y dulces afecciones de la vida. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Vimos en el precedente discurso, que José y María, habiendo hallado, finalmente, despues de tantos afanes del corazon, á Jesús en el Templo en medio de los doctores de la ley, regresaron á Nazareth, donde permanecieron otros diez y siete años, quizás los más bellos para María durante su peregrinacion por la tierra. Una paz inefable la hizo, durante ese tiempo, verdaderamente bienaventurada, libre como estaba y tranquila en la contemplacion y adoracion de su Dios; de aquel Dios que le era Hijo, la llamaba con el dulcísimo nombre de Madre, obedecía á sus menores indicaciones, y que con solo dirigirle una mirada ó una palabra, la elevaba sobre sí misma en la contemplacion de profundísimos misterios; sobre todo, del misterio de su Encarnacion, y el de la próxima Redencion del mundo. En todo ese tiempo Ella no experimentó contradicciones, porque Jesús, su Hijo, el más bello de todos los hijos nacidos y por nacer, llevaba durante aquel tiempo una vida oculta y meditativa en su pátria, donde Ella pudo,

(1) Luc. XXII, 42.
(2) Luc. XXII, 42.

por lo mismo, admirar su gracia y su dulzura con toda comodidad, instruirse con sus palabras, é informarse cada dia más de los misterios de la divina sabiduría; palabras que Ella acogía solícita en su corazon, y con santo celo las conservaba. Así es, que, durante ese tiempo, era cada vez más, segun la mística expresion de la Iglesia (1), la flor del Carmelo, la azucena de los valles, el cedro del Líbano, el ciprés de Sion, la palma de Gades, el hermoso olivo de los campos, el plátano que crece junto al agua, la mirra escogida, y el cinamono oloroso, del cual subía al Cielo contínuo y virginal perfume!

Esa vida, hermanos mios, aunque oscura y del todo desconocida á los hombres, no por esto era ménos grande y gloriosa en presencia de Dios; muy al contrario, era ese su principal mérito, porque con ella preparábase la Vírgen, si puedo decirlo así, para dejarse ver despues como modelo de todas las edades, de todos los estados, y en particular, del sexo llamado devoto, tipo supremo, despues de su Hijo, de verdadera perfeccion; de aquella perfeccion, digo, que no consiste en acciones singulares y de aparato, que atraen á sí los aplausos de la gente, sinó más bien en el constante y cotidiano ejercicio de los quehaceres comunes de la vida, y en el fiel cumplimiento de las propias obligaciones en cualquiera condicion; semejante al límpido y tranquilo riachuelo, que si bien se oculta serpenteando entre los ribazos del monte y en las sinuosidades del valle, no obstante, siguiendo tranquilo su curso, humedece las alas del vientecillo que encrespa sus aguas, rinde tributo de amor á la planta que lo protege con su sombra, consuela el silencio y la soledad de la campiña, y alegra al pastor y al rebaño que van por la tarde á apagar en él su sed y á reposar en sus márgenes.

Me parece muy del caso dirigir aquí algunas palabras á aquellas madres de familia, que no tienen indicio alguno de las virtudes domésticas de María, especialmente con respecto al amor de los hijos. Y, no obstante, no sé si puede existir para el corazon de una buena madre, cuidado más dulce que el de atender á los frutos de sus entrañas. La inocente serenidad de sus rostros, la alegría de sus actos, la candorosa sencillez con que entran, por decirlo así, en el torbellino de la vida; este solo angélico encanto basta para formar sus contínuas y dulcísimas delicias. Y, sin embargo, hay madres que no quisieran nunca vérselos cerca, y para librarse de ellos, les obligan á salir de casa, para que, abandonados á sí propios, pasen el tiempo en las plazas y

(1) *In officio B. V. M.*

calles, es decir, en la escuela de toda suerte de vicios y de perversas costumbres. En verdad que no sabría como calificar este modo salvaje con que tratan á la propia sangre. ¡Cómo! ¿Es posible, acaso, que á una madre le canse la sonrisa de aquellos angelitos, siempre prontos, desde que abren sus ojos á la luz, á corresponder á sus ternuras y caricias? ¡Oh madres de familia! si hubiera aquí alguna que se pareciese á tales madres, le preguntaría: ¿piensas parecerte á la Reina de las madres, María, que no conoció en el mundo otro atractivo que el de su dulce hijo Jesús?

Y con su contínua conversacion con Jesús, aprendió la Vírgen aquella paciente é indecible mansedumbre, que Él, más tarde, supo tan dignamente hermanar con el esforzado carácter de Legislador y de Profeta; y aquella compasiva misericordia, que templando en Él la cólera de Dios irritado, le convertía en modelo perfecto del hombre justo, y el sostén de la pecadora humanidad; y aquella ternura tan ingénua para con los niños, con que durante su divina mision los acariciaba y bendecía tan cariñosamente: por cuyo motivo hubo siempre entre la Madre y el Hijo la más recíproca correspondencia; la Vírgen imitando cada dia más las virtudes del Hijo; y el Hijo invistiéndola de sus rayos divinos, con los cuales formaban, por decirlo así, una sola vida y una sola fragancia de gracia celestial. Y, en efecto; Jesús no olvidaba que á Ella debía la sangre que dentro poco había de derramar generosamente por la salvacion del mundo; y por lo cual todos los afectos que el soberano autor de la naturaleza inspira en el ánimo de los hijos, todos los concentró en la persona de su Madre, amándola con todo su amor, y suspirando por el momento en que participará de toda su gloria; hablo de la gloria del inefable prodigio de la Redencion universal. Pero intento en vano, hermanos mios, describir lo que debió ser la vida de la Vírgen durante los diez y y siete años que vivió retirada en Nazareth con José y su hijo Jesús. Es un punto histórico digno de meditarse; y quien sepa hacerlo, estoy cierto quedará sumergido en un océano de luz, de misterios y comunicaciones que no puede expresar la palabra humana. Así como estoy cierto, que meditándolo, es imposible no nos llene de horror la vida turbulenta del siglo, que desarrollándose en contínuo desórden de toda suerte de pasiones violentas, acaba muchísimas veces con la desesperacion.

Pero decretado estaba, hermanos mios, que María experimentase un intenso dolor con la pérdida de su dulce esposo José; de aquel que tanto la había amado, y á quien miraba más como á padre que como á esposo; el hombre de la antigua fé y de la sencillez pa-

triarcal, que el Espíritu Santo ha honrado con el título de justo (1). Suele decirse entre esposos cristianos, y es verdad, que la mujer, á la muerte de su marido, pierde la mitad de su alma, puesto que á sus ojos la vida ya no tiene encanto, y su único suspiro es el Cielo. Y, ciertamente, el no oir ya en la casa aquella voz que por tantos años sonó dulce á nuestro oido; el hallarnos solos, como en un desierto, donde ántes vivíamos acompañados y contentos, sin esperanza de que aquella santa union y amistad pueda reemplazarse, puesto que las segundas y terceras nupcias, supuesto que se contraigan, no dan nunca á un tierno corazon lo que perdió con la muerte del primer marido; es cosa cuyo solo pensamiento desgarra profundamente el alma, y casi hace desear el sepulcro. En tal estado se hallaba María. Jesús rayaba á los veinte y nueve años, y bien pronto debía separarse de Ella para ocuparse exclusivamente de las cosas relativas á la gloria de su Padre, como ya lo había anunciado en el Templo á la edad de doce años. Por consiguiente, solo podía esperar que José continuara siendo la sombra protectora de su casa; y éste iba á pagar su tributo á la muerte. ¡Oh María! vas, pues, á quedar ahora sola en el mundo como la palmera del desierto, contra la cual se levantarán y enfurecerán vientos y furiosas tempestades, sin tener á quien dirigirte con toda confianza en tu dolor! Pero Ella, bien lo sabeis, había desde largo tiempo aprendido el arte sublime de resignarse á la voluntad divina: y sea cual fuere el vaso que le esté preparado, lo apurará hasta las heces.

Desde algunos meses notábase claramente, que José iba perdiendo sus fuerzas: pálida la frente, macilento el rostro, lánguida la mirada, tardía la palabra, con todos los demás señales que anuncian al hombre su próximo fin. La Vírgen, cual amorosa paloma, lo sentía en el alma: pero el hombre de Dios no temía la muerte, ántes le sonreía como el ángel de su próxima liberacion. ¿Qué podía angustiarle? ¿Las riquezas? no las había poseido nunca: ¿los honores? no los había nunca buscado: ¿los placeres mundanos? jamás los había conocido: por el contrario, su mision había sido una mision de grandes sacrificios y de durísimos padecimientos. Lo único que le oprimía el corazon era separarse de María y de Jesús, delicias de su corazon, que amaba con afecto sobrenatural; con un afecto que nosotros somos incapaces de comprender por ser divino. Sin duda que esta separacion debió causarle un inmenso dolor: dejar á María, cuando debían serle más necesarios que nunca su ayuda y apoyo; dejar á Jesús,

(1) Matth. I, 19.

cuando iba á dar principio á su grande y dificilísima mision en el mundo. Pero el grande heroismo de los siervos de Dios consiste, precisamente, en la resignacion á la voluntad divina, en el momento en que, segun los juicios de la prevision humana, parece no haber aún llegado el tiempo más oportuno para el sacrificio de la vida. ¡Ah! ¿conocemos acaso nosotros lo que redunda en bien de nuestra alma, estando, como estamos, tan ciegos y dominados siempre de pasiones terrenas?

Así se portó José, sacrificando á Dios los más caros y santos afectos de su corazon. Conoció que se le acercaba la muerte, y hallose pronto y dispuesto á recibirla como un don de Dios. Ahora debo confesaros, que me siento incapaz de describir esta escena de los últimos momentos del venerable Patriarca. Yo me imagino, que no pudiendo ya proferir ninguna palabra, dirigiría sus miradas moribundas á María, la cual, divinamente afligida, estaba sentada á su lado para recomendarle al hijo Jesús, quien colocado al lado opuesto, le señalaba el seno de Abrahan: indicando José estar resignado, y solo lamentándose de tener que separarse de él, cuando iba á padecer persecuciones, afrentas, traiciones, blasfemias, azotes y muerte en cruz. Mas ¿qué intento yo? Solo la Vírgen, ó el mismo Jesús, que presenciaron la muerte de José, podrían describírnosla. No obstante, no creo engañarme si os digo, que con vision profética vió, ántes de espirar, la terrible Pasion y futura muerte del amado Jesús: digo, que la vió, para que su mérito fuera digno del mérito de su celestial compañera, la cual asistiendo en persona en aquella terrible tragedia, merecería ser la Reina de los Mártires, y cuya virtud había de causar admiracion á todas las generaciones humanas. Sí, hermanos mios; creo que José, ántes de entregar su alma á Dios, vió á su amado Jesús conducido á la cumbre de un monte, como cordero en medio de lobos rabiosos; viole como le azotaban, como desgarraban sus carnes, como le extendían sobre la cruz, y luego le vió levantado sobre el patíbulo. Y al pié del patíbulo vió, ¡qué vista tan dolorosa! vió á una Mujer más sublime que los Angeles, pero embestida por una tal tempestad, que gemía por ello toda la creacion: y vió á su pueblo herido por la ira tremenda de la justicia de Dios; el Templo destruido, el sólio abatido, violados los sepulcros, y esparcidas al viento las cenizas de sus padres. Vió... ¡oh terrible espectáculo! Pero en este instante Jesús le bendijo, y su alma pasó á descansar en el seno de Abrahan. Tal fué, en mi concepto, la muerte del esposo de María y del padre putativo de Jesús, que la Iglesia nuestra madre nos presenta con tan fino discernimiento de piedad, como protector de los pobres agonizantes:

muerte verdaderamente santa, pero llena de sacrificios intensamente dolorosos para que viéramos, que tambien él habia cooperado, cuanto convenia á su dignidad, á la obra admirable de nuestra redencion.

¿Cómo expresar aquí el dolor que desgarró el alma de la Vírgen, al extinguirse aquella vida tan cara y preciosa? Y es de creer que tambien sintiolo profundamente el corazon de Jesús, y que le lloró con su Madre cual se llora al amigo, al bienhechor, al padre. ¡Ah! la sagrada Familia es ya ménos numerosa, tal vez más pobre, y la casa se verá casi desierta, no quedándole á la Vírgen más que Jesús, y á Jesús más que su dulce madre María. En cuanto á José, debemos decir que su fin no pudo por cierto ser más dichoso: acabó gloriosamente su carrera, y nada más tuvo que desear. No cabe duda que más ruidosa que la de José fué la vida de los Nabales de Galilea, y más espléndido su cortejo fúnebre; pero ¿cuál de éstos podía gloriarse de haber sido padre putativo del Hijo de Dios, esposo y custodio de su divina Madre, y, finalmente, de haber tenido en la hora de la muerte el consuelo de la real presencia en divina y humana naturaleza del Señor del universo, y de la más pura y santa de las criaturas, la Vírgen María? ¿Y quién más que él fué al seno de Abrahan con tan dulces esperanzas, dejando unido á su nombre el título de *justo* por excelencia? No nos engañaremos si decimos, que las honras fúnebres fueron pobres y oscuras, juzgando por las apariencias humanas; pero tan espléndidas y sublimes en presencia del Cielo, que no habrá otras que puedan jamás parangonarse con ellas, ni mucho ménos sobrepujarlas.

Habiéndoos manifestado ya, hermanos mios, los motivos del culto que debemos á este insigne Patriarca, al cual, en nuestros últimos dias, la Iglesia ha proclamado solemnemente su especialísimo protector; permitidme que, con las palabras de Santa Teresa, os exponga aquellas por las cuales debemos estar seguros de su Patrocinio. «Apénas me ví, dice ella, me ví tan tullida, y en tan poca edad y cual me habian parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del Cielo, para que me sanasen; y tomé por abogado y señor, al glorioso san José, y encomendéme mucho á él: ví claro, que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra, y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así del cuerpo, como de alma: que á otros Santos parece les dió el

Señor gracia para socorrer en una necesidad, y este glorioso Santo, tengo por experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar; así en el Cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras personas, á quienes yo decía se encomendasen, tambien por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer celebrar su fiesta con toda la solemnidad que podía... Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la crea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años, que cada año en su dia le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza, para más bien mio. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que me ha hecho este glorioso Santo á mí, y á otras personas. Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion; en especial personas de oracion siempre le habrían de ser aficionadas. Que no sé como se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallase maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino (1).» ¡Ojalá! hermanos mios, que estas palabras, para vuestro bien, os hiciesen particularmente devotos del ínclito Patriarca.

Nosotros te saludamos, sublime Patriarca de la nueva ley de gracia, glorioso San José; y admirando tu vida y muerte, ambas llenas de dolorosos sacrificios, y, por consiguiente, de méritos, no solo grandes, sinó del todo singulares, te suplicamos, en primer lugar, que nos alcances de Dios la gracia de imitar las solemnes virtudes que te hicieron tan admirable en el Cielo y en la tierra, por cuyo motivo no hay lugar donde tu nombre no sea solemnemente bendecido de cuantos son hijos de la Iglesia. Y puesto que ésta te ha declarado, tan oportunamente, por especial protector de los agonizantes, cuando llegue la hora de nuestra muerte, dígnate, juntamente con Jesús y María, venir á asistirnos en nuestros postreros instantes, y á acompañar

(1) Santa Teresa, *Vida escrita por ella misma*, cap. VI.

nuestra alma hasta el supremo tribunal del Eterno, á cuyo pensamiento temblaron aún los Santos, para defender allí la causa de nosotros, pobres pecadores, que sólo ponemos nuestra esperanza en los méritos infinitos de la sangre de Jesucristo, en tu proteccion y en la intercesion de tu amada esposa María. Y ¿qué podrá negarte Jesús, que te reconoció y honró como á su padre putativo, y quiso participases de su mision y de su gloria? ¡Oh! sí, José, intercede por nosotros para que alcancemos la salvacion! Y ruega al mismo tiempo por tu Iglesia, que decretándote mayores honores en nuestros dias, te ha declarado su especial protector y defensor en las terribles batallas que sostiene contra el Infierno: ruega que, apaciguada la tempestad, reine la paz; la paz, que solo puede dar al mundo el reposo y la felicidad que busca, cual es la paz que nace de la luz y de la gracia de Aquel que nos redimió, y que en vano la buscaríamos fuera de este camino: ruega, pues, que nos arrepintamos, y volvamos á las plantas del dulce Jesús, pidiéndole perdon de nuestros enormes extravíos: entónces cesarán las luchas, y bendeciremos el momento de haber vuelto á Él; y así, bienaventurados en su amor en la tierra, suspiraremos por el dia en que podamos verle y estar con Él todos unidos, y eternamente felices en el Cielo. Así sea.

DIA VEINTE Y OCHO.

MARÍA EN LAS BODAS DE CANÁ.

Tum venit Jesus a Galilea in Jordanem ad Joannem.
Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordan en busca de Juan.
(Mat III, 13.)

Nada hay que apegue tanto al hombre á la vida presente como las riquezas, la gloria, el fausto y los placeres; ni nada que le desapegue de ella con más eficacia, como el verse, poco á poco, privado de aquello que lisongea los sentidos, la imaginacion y los afectos del corazon. Ved á Salomon, el más glorioso monarca de la tierra, dotado por Dios de sublime sabiduría (1), y muy venturoso y feliz en la gloria de las empresas y en la prosperidad del reino (2): pues bien, las riquezas que le fueron concedidas, le sedujeron de tal modo, que abandonado finalmente á los placeres de la carne y al pecado, acabó miserablemente sus dias (3). Más desgraciado aún fué el rico Epulon, del cual nos habla el Evangelio (4); y cuantos nadaron en los goces de la prosperidad y de los sentidos, acabaron desgraciadamente: por la mañana empináronse como los cedros del Líbano, y por la noche ya no existían. Por el contrario; contemplad á Job, el cual poseía tambien numerosos rebaños, y era padre de una numerosa y escogida descendencia; no le faltaba nada de cuanto podía desear su corazon; ¿quién sabe si por esto mismo corrió peligro de enorgullecerse? Dios, pues, permitió, que fuese despojado de cuanto poseía; y, además, agobiado de tantas otras desgracias y dolores, que hasta sus

(1) III Reg., III.
(2) Ibid. X.
(3) III Reg. XI.
(4) Luc. XVI.

nuestra alma hasta el supremo tribunal del Eterno, á cuyo pensamiento temblaron aún los Santos, para defender allí la causa de nosotros, pobres pecadores, que sólo ponemos nuestra esperanza en los méritos infinitos de la sangre de Jesucristo, en tu proteccion y en la intercesion de tu amada esposa María. Y ¿qué podrá negarte Jesús, que te reconoció y honró como á su padre putativo, y quiso participases de su mision y de su gloria? ¡Oh! sí, José, intercede por nosotros para que alcancemos la salvacion! Y ruega al mismo tiempo por tu Iglesia, que decretándote mayores honores en nuestros dias, te ha declarado su especial protector y defensor en las terribles batallas que sostiene contra el Infierno: ruega que, apaciguada la tempestad, reine la paz; la paz, que solo puede dar al mundo el reposo y la felicidad que busca, cual es la paz que nace de la luz y de la gracia de Aquel que nos redimió, y que en vano la buscaríamos fuera de este camino: ruega, pues, que nos arrepintamos, y volvamos á las plantas del dulce Jesús, pidiéndole perdon de nuestros enormes extravíos: entónces cesarán las luchas, y bendeciremos el momento de haber vuelto á Él; y así, bienaventurados en su amor en la tierra, suspiraremos por el dia en que podamos verle y estar con Él todos unidos, y eternamente felices en el Cielo. Así sea.

DIA VEINTE Y OCHO.

MARÍA EN LAS BODAS DE CANÁ.

Tum venit Jesus a Galilea in Jordanem ad Joannem.
Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordan en busca de Juan.
(Mat III, 13.)

Nada hay que apegue tanto al hombre á la vida presente como las riquezas, la gloria, el fausto y los placeres; ni nada que le desapegue de ella con más eficacia, como el verse, poco á poco, privado de aquello que lisongea los sentidos, la imaginacion y los afectos del corazon. Ved á Salomon, el más glorioso monarca de la tierra, dotado por Dios de sublime sabiduría (1), y muy venturoso y feliz en la gloria de las empresas y en la prosperidad del reino (2): pues bien, las riquezas que le fueron concedidas, le sedujeron de tal modo, que abandonado finalmente á los placeres de la carne y al pecado, acabó miserablemente sus dias (3). Más desgraciado aún fué el rico Epulon, del cual nos habla el Evangelio (4); y cuantos nadaron en los goces de la prosperidad y de los sentidos, acabaron desgraciadamente: por la mañana empináronse como los cedros del Líbano, y por la noche ya no existían. Por el contrario; contemplad á Job, el cual poseía tambien numerosos rebaños, y era padre de una numerosa y escogida descendencia; no le faltaba nada de cuanto podía desear su corazon; ¿quién sabe si por esto mismo corrió peligro de enorgullecerse? Dios, pues, permitió, que fuese despojado de cuanto poseía; y, además, agobiado de tantas otras desgracias y dolores, que hasta sus

(1) III Reg., III.
(2) Ibid. X.
(3) III Reg. XI.
(4) Luc. XVI.

mismos parientes y amigos le miraron con horror. De esta desgracia ¿le resultó algun daño? No, hermanos mios, muy al contrario: fué entónces que levantando sus ojos al Cielo, conoció la vanidad de todas las cosas de esta tierra; y adorando los terribles, pero saludables consejos de la Providencia, fortificose su corazon en la fé y en la virtud de Dios, llegando de esta manera á ser un héroe de sólida y solemnísima perfeccion. Tal es la economía de la sabiduría divina en el gobierno del mundo, y en procurar la salvacion de sus escogidos. Esa economía debia manifestarse en María de una manera especial; y hé aquí por qué, despues de haber perdido á su esposo José, separose de ella su hijo Jesús, para dar principio á su mision solemne. Este será esta noche el objeto de nuestra atencion. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Por supuesto que María, con la pérdida de su dulce José, habia perdido su principal auxilio y apoyo, que, como mujer, pudiera contar en este mundo. Pero quedábale todavía Jesús, cuyo aspecto y divinas palabras eran el bálsamo que calmaban algun tanto la cruel herida de su corazon. Mas tambien este consuelo iba á faltarle. Jesús, pocos meses despues de la muerte del venerable Patriarca, alcanzó el trigésimo año de su edad, y debía dar principio á la grande obra que le encomendara su Padre celestial: la santificacion del mundo por la predicacion de sus doctrinas, y el esplendor de los milagros, que le mostrarían verdadero Hijo de Dios. Habiendo, pues, pasado como unos veinte y ocho años de retiro en Nazareth, donde era considerado como hijo de José, *putabatur filius Joseph*, despidiéndose de su dulce madre María, se lanzó en medio del pueblo judáico, donde todos los demás Profetas de su nacion habían naufragado, y habia Él tambien de naufragar, para levantarse glorioso á la conquista de todas las naciones de la tierra, como lo anunció despues con aquellas palabras: *Cum exaltatus fuero a terra;* cuando sea clavado en la cruz, *omnia traham ad me ipsum*, alcanzaré el más solemne triunfo. Por más que la Vírgen estuviese enterada perfectamente de esta mision suya, no pudo ménos de causarle inmenso dolor aquella separacion. ¡Ah! sí; cuando ya no oyó por la casa el ruido de sus pasos, y se vió sola en aquella habitacion donde había pasado en su compañía tantas horas de dulcísimo consuelo, me figuro que, segun la costumbre oriental, cubierta con su velo y sentada en el suelo, desahogaría allí su corazon con abundantes lágrimas; por más que, informada como estaba de los divinos misterios que debían cumplirse, le hubiera dado con magnanimidad su pleno consentimiento, puesto que, al fin y al cabo,

por aquel camino corría su Hijo á la gloria de su mision. Del mismo modo debiéramos obrar siempre todos nosotros, cuando nos es preciso sacrificar las tendencias naturales á los severos consejos de la razon, ó al amor divino: porque ¿cómo podrán aprovecharnos esas tendencias, si no las dirigimos al mismo fin para ser un dia felices?

Miéntras tanto Jesús, dando principio á su obra, dirigiose, primeramente, á las orillas del Jordán, donde resonaba una voz que predicaba el bautismo de penitencia. En los lugares más desiertos de la Judea, cerca del Mar Muerto, había aparecido un hombre extraordinario, que clamaba, diciendo: «Haced penitencia, porque está cerca el reino de Dios.» Traía un vestido de pelos de camello y un cinto de cuero á sus lomos; nunca se había cortado la barba ni el cabello, conforme al uso de los nazarenos; nunca había probado vino ni otro licor fermentado; su comida eran langostas y miel silvestre, cosas que aún hoy dia se encuentran en dichos lugares y sirven de alimento á los pobres; bien que algunos creen, que fuera una yerba llamada *langosta* (1). Austera era su vida, austero su rostro, y austera y amenazadora su palabra. Las gentes acudían de todas partes en tropel para oirle; y sorprendidas y aterrorizadas las conducía al Jordán, donde las bautizaba. En muchos pueblos se hacían esas abluciones por motivo de religion; y los mismos Israelitas, que formaban el pueblo de Dios, las practicaban; pero ese hombre quería, que aquella ceremonia fuese señal de una ablucion interior de la conciencia. Trataba de despertar las conciencias aletargadas de los hijos de Israel, excitar el sentimiento de sus culpas, y, á la vez, desarraigar de sus corazones la desmesurada ambicion de poder terrenal, y su persuasion de que eran santos por nacimiento, privilegiados, impecables y eternamente superiores á todo el género humano. Y solo despues de haber confesado sus pecados, y dado señales de penitencia, los bautizaba. Ya habreis comprendido que ese Profeta era el Bautista, el hijo de Elisabeth y de Zacarías, santificado ántes de nacer por Jesús, encerrado todavía en las entrañas de la Vírgen María; el cual se le presentó á orillas del Jordán, pidiéndole ser bautizado.

Este es, pues, el momento en que el Hijo de Dios, hecho hombre, el primogénito de la humanidad, como dice San Pablo, sustituye evidentemente al antiguo padre de la misma humanidad, esto es, á Adan, que la habia envilecido, dividido y llevado completamente á la perdicion. En ese instante, Jesús se constituye Padre espiritual de la familia humana, que salvará, rehabilitará y reunirá; y parece que

(1) Poujoulat, *Storia di Jerusalemme.*

á la sazon se hallaba con él su amada madre María (1). Así pues, podemos decir, que allí concluyó el mundo viejo, el mundo de Adan y Eva; y empezó el nuevo, el de Cristo y de la Vírgen su Madre. En efecto, en este punto de la historia, tan solo dos personas de todo el linaje humano comparecen dignamente al lado de Cristo: Juan Bautista, como representante, en presencia de Dios, del antiguo sacerdocio de todo el género humano, que cierra y consagra la éra antigua; y María, la cual veremos ahora protectora de la edad nueva, poderosísima cerca de su Hijo; quien, á ruego de la misma, obra el primero de sus milagros, y empieza á derramar sobre el género humano el infinito tesoro de su amor y de sus bendiciones. ¡Oh María! si el dolor que experimentaste por la separacion de tu Jesús oprimió nuestro corazon, en cambio, le regocija el que entres ahora en accion con Él; en aquella accion que mantendrás eficacísima sobre toda la Iglesia, hasta la consumacion de los siglos. ¡Ah! sí; nuestro corazon se regocija por ello, y quisiéramos poderte expresar todo el amor y reconocimiento de que está poseido. Ahora comprendemos por qué Dios, movido á piedad de nuestros infortunios, te hizo tan sublime y santa. Desde toda la eternidad, miró en Tí, sublimemente santa, á nosotros pervertidos y deformes; y en Tí, santa y digna de todo amor, mediante el cual habías de dar vida en tus entrañas á su divino Verbo, nos amó á nosotros, indignos de ser amados; puesto que, rebelándose toda la humanidad contra Él, se había perdido miserablemente para siempre. Hermanos mios, inclinémonos ante la grandeza de esa incomparable Mujer, honrémosla como se merece, y exigen el reconocimiento y la gratitud. Con ella, Madre del Hijo de Dios hecho hombre por nuestra salvacion, empieza el mundo nuevo; el mundo del amor y de la gracia, al cual tenemos la suerte de pertenecer.

Y hénos aquí en las célebres bodas de Caná. Caná, pequeña ciudad de la baja Galilea, en la tribu de Zabulon, está situada en la pendiente de una colina al septentrion de Jerusalen; la limita un valle por la parte de Mediodía, y al Occidente está cercada de montes. María fué la primera que llegó á la casa designada; y luego Jesús, con cinco de sus discípulos, de vuelta del desierto, donde se había internado despues de haber recibido el bautismo de Juan, asistió igualmente al convite, al que había sido invitado, ordenándolo así Dios para la revelacion de altísimos misterios. La presencia de Jesús con su Madre á una fiesta de bodas conciliábale reverencia; y siendo aquella la sociedad elemental y ejemplar, de la cual y sobre la cual se compone y se modela la gran sociedad, el Salvador quiso santificar con su presencia los primeros fundamentos de esta sociedad, y nos dió á entender, que sin tal santificacion, nada bueno puede resultar de ella. Pero estas bodas estaban ordenadas de un modo especial para revelar la futura grandeza y poder de la Vírgen sobre la Iglesia. El país era habitado por gente pobre; y no debían ser muy ricos los esposos, por cuanto á mitad del convite ya faltó el vino. Entónces fué cuando María vuelta á su Hijo, le dijo: «No tienen vino (1).» Esta solicitud de la futura Madre de los hombres para que los huéspedes del banquete no tuvieran que sufrir un bochorno, en verdad conmueve dulcemente el corazon, y nos demuestra al mismo tiempo, la fé perfecta que Ella tenía y su infinita confianza en la bondad de su Hijo, verdadero Hijo de Dios: porque á no haber sido omnipotente, ¿de qué habrían servido aquellas palabras: «No tienen vino?» Por lo tanto, desde aquel dia, todos los que creemos en Jesucristo, podemos con razon acudir á María para obtener cuantas gracias necesitemos, por insignificantes que parezcan. ¡Qué revelacion tan consoladora para nosotros! Tenemos, pues, hermanos mios, una Madre omnipotente cerca de su Hijo, que conoce todas nuestras necesidades, y cuyo corazon está impaciente para satisfacerlas. ¡Ah! ¿dónde hallaremos una Religion más bella, más amable y consoladora que la de Jesucristo? Pero nosotros no fijamos la atencion en ello; no reparamos en escarnecerla é insultarla, porque no la conocemos.

La respuesta de Jesús á su Madre nos descubre de una manera sublime, la altísima dignidad de la misma, y, juntamente, la constitucion interior del cristianismo. «Mujer; ¿qué nos va á mí y á tí? respondiole Jesús: aún no es llegada mi hora.» Austera parece la respuesta, hermanos mios, pero no lo es, puesto que no le niega la gracia pedida, como habreis notado, sinó que quiere dar á conocer á los circunstantes, que además de la naturaleza que, naciendo, había recibido de la Madre, había en El otra superior, y en virtud de esta otra naturaleza, la divina obraría el prodigio, que voy á referir. Las palabras: todavía no ha llegado mi hora, segun San Juan Crisóstomo, significan: Todavía éstos no me conocen: ahora me daré á conocer; esto es, ha llegado la hora de manifestar quién soy yo: y Tú serás escuchada. Y en efecto, María comprendió bien que este era el sentido de las palabras de su Hijo, pues, dirigiéndose al punto á los criados que servían en la mesa, les dijo: «Haced cuanto Él os diga:» tan segura estaba Ella del milagro. ¡Oh misterio dulcísimo el que

(1) Trombelli: *B. M. V. vita cultusque*, etc.

(1) Joan. II.

en este hecho evangélico se nos reveló! una bondad infinita en Jesús, pronto á hacer milagros siempre que lo reclame nuestro bien, y un poder prodigioso en María para disponer de su Hijo en provecho nuestro: poder unido á un amor igual, como lo demostró compadeciéndose de los convidados, así que advirtió que faltaba el vino necesario para la fiesta. ¡Oh! dichosos nosotros, hermanos mios, si supiéramos comprender este dulce misterio, y si con viva fé y corazon amoroso lo aprovechásemos para nuestra santificacion y el consuelo de todas nuestras amarguras!

Si se pretende, como lo hacen algunos Padres y Doctores, que con estas palabras, «aún no es llegada mi hora,» quiso Jesús dar á entender, que en la distribucion de las gracias no dependía de nadie; en este caso, nos enseñarían el modo que debemos observar en pedírselas, es decir, sometiendo siempre nuestra voluntad á la de Dios. Es esta una verdad que quisiera la comprendiesen bien especialmente aquellos que siempre se quejan de la Providencia, porque al punto no se ven atendidos en sus necesidades. ¿Qué sabemos nosotros de lo que atañe á nuestro bien? Con frecuencia, si fuéramos oidos á satisfaccion nuestra, labraríamos nuestra ruina. Ya sé que esta doctrina no satisface á nuestro amor propio, que quisiera ver cumplidos todos sus deseos; como tampoco es del agrado de los sábios del mundo, que ignoran los senderos de la Providencia respecto de los misterios de la gracia en la obra de la santificacion de las almas; pero la verdadera sabiduría consiste, quiérase ó no, en pedir siempre de conformidad á la voluntad divina; y quien así no lo practicare, no alcanzará nunca la verdadera felicidad. «Haced lo que Él os dirá,» dijo la Vírgen á los criados del banquete: con cuyas palabras nos enseñó, que en todas las cosas debemos abandonarnos á la voluntad divina; pedir humilde y confiadamente cuanto necesitemos, y luego resignarnos á lo que plazca disponer á su infinita sabiduría y bondad, que será siempre para nuestro bien. Como aconteció puntualmente en las bodas de Caná, donde Jesús mandó llenar de agua seis hidrias de piedra, sacar luego de ellas con algun vaso, y llevarla á la mesa; el agua se había convertido en excelente vino. Manó el vino de aquel mismo poder que hizo la primera semilla de la uva, de cuya semilla nace la vid, y de ésta el racimo que produce el vino. Este fué el primer milagro con que Jesús manifestó su gloria de Hijo de Dios, y por el cual los convidados, y entre otros los cinco discípulos que le acompañaban, reconocieron en Él la mano del Dios criador, y creyeron más en Él, como dice San Juan, el cual narra minuciosamente el hecho. No olvidemos, empero, que este primer milagro lo obró y quiso obrarlo

por intercesion de su divina Madre; por consiguiente, puede decirse, en cierto sentido, que estas primicias de los que creyeron en su hijo Jesús fueron fruto de su oracion y de su amor: hecho que basta por sí solo, repito, para que todos los que creemos en Él, tengamos motivo de recurrir á María para alcanzar todas las gracias que necesitemos, aún para las cosas más insignificantes; y que nos da á comprender, que María ocupa el primer trono en el Cielo y en la tierra, despues de su hijo Jesucristo.

¡Oh María! si tal y tanta fué tu compasion para con los pobres hijos de Adan cuando vivías todavía en este mundo, y tan poderosa tu intercesion cerca de tu hijo Jesucristo, que conseguiste de Él el primero de los milagros con que manifestó su naturaleza divina; ¿qué no podremos esperar de tu poderosa intercesion, ahora, que elevada sobre todos los coros de los Angeles y de los Santos, estás sentada allí gloriosa Reina del universo? ¡Oh! sí, Tú lo puedes todo, María, constituida por Dios amorosa dispensadora de todas sus misericordias! Y no solo muévente á compasion nuestras penas y miserias, sinó que al vernos tristes y afligidos, previenes nuestras súplicas. Tú velas en el lecho de los enfermos, y con tu dulce y poderosa intercesion mitigas y aún sanas sus dolores; y, lo que todavía es más, obtienes de Dios, que desciendan sobre sus almas gracias que las conviertan, las llenen de esperanza y las alcancen el perdon. En una palabra, todo el mundo cristiano celebra ¡oh Madre piadosa y divina! las gracias y los favores que por tus súplicas dispensa y obra la omnipotencia divina. ¡Oh Vírgen llena de amor! sé Tú nuestra protectora, del mismo modo que eres la esperanza que nos mueve á invocarte para nuestra salvacion. ¡Oh María, Madre nuestra! ruega, ruega á tu Hijo, que nos consuele en nuestros afanes y tribulaciones, y, además de consolarnos, nos convierta y nos salve. Así sea.

DIA VEINTE Y NUEVE.

MARÍA EN LAS PREDICACIONES DE JESÚS.

Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum.
Atráeme tú en pos de tí; correremos al olor de tus aromas.
(CANT. I, 3.)

¿Habeis visto alguna vez esa inmensa llanura de aguas que llamamos mar? Ningun espectáculo de la naturaleza se nos presenta tan bello y sublime como su contemplacion: diríais que es la obra maestra de la omnipotencia divina. Y ese mar, plácido como el aura de la mañana, ora encrespando ligeramente su superficie se parece á un anciano que desea recrearse con sus hijos; ora profundamente revuelto se nos presenta como un enorme gigante que amenaza destruir el universo. Colocad en medio de esta inmensa llanura de aguas una navecilla que lo surque. Al principio, impelida por manso vientecillo, avanza tan ágil y ligera, que su velocidad causa admiracion; luego, empezando á levantarse las aguas, ondea por un lado, y por otro con mucho trabajo se eleva sobre las olas, hasta que, oscureciéndose súbitamente el cielo, y soplando furiosos vientos, que convierten aquella llanura en un espantoso abismo, la desgraciada navecilla desaparece, dejándoos desgarrado el corazon. Tal, hermanos mios, fué la vida pública de Jesucristo, despues de haber dado principio á la solemne mision que su Padre le encomendára, y durante la cual le siguió su amorosa Madre María, que le estaba asociada. La vida pública de Jesús, que duró tres años, puede dividirse en tres partes. La primera no alcanzó á un año; y podemos decir, que en este tiempo surcó la sociedad judáica como atravesando un mar tranquilo, cuyas aguas dejan libre el paso sin conmoverse; y encrespándose, tan solo dejan una luminosa estela que sigue su paso. Ya hemos visto sus primeras huellas en las

bodas de Caná. Luego viene el tiempo de las rudas pruebas, que duran más de un año. Finalmente, viene la guerra declarada, que concluye con su muerte. Por lo tanto, despues de haber visto á la Vírgen en el primer período, conviene seguirla en medio de las luchas que su Hijo empieza á sostener y sostendrá con la dignidad de Mesías, hasta que se haya cumplido el gran prodigio de la Redencion. Esto quiere decir, que el mar empieza á conmoverse, y la navecilla á ser combatida, hasta tanto que la tempestad desencadene todo su furor; y Élla con su Jesús será víctima; pero lo será para mostrarnos otro milagro, es decir, su final triunfo. Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Tarea harto prolija sería referir la historia, ó seguir todos los pasos de Jesús en los dos últimos años de su vida. Por otra parte, ¿quién ignora los principales pasos de esa vida de contrariedades, de fatigas, de milagros y de beneficencia, que mostraban tan claramente ser Aquel que había de venir para salvar al mundo? Claro está, que ora interpretase las divinas Escrituras, ora declarase los misterios de la vida eterna, ú obrase de cualquier modo, admirábase en Él una sabiduría, una virtud y un poder totalmente divinos. Sí; desde el principio se da solemnemente á conocer como el Mesías que habla y obra con autoridad divina; que manda á los hombres y á la naturaleza; y concede gracias, obra milagros y hace revelaciones (1). Do quiera que vaya, acude de todas partes una multitud inmensa á escuchar sus palabras, á admirar su dulzura y majestad y recibir los consejos y decretos del Cielo acerca de la suerte que espera á la familia humana: y los milagros nunca vistos que obra, llenan á todos de admiracion; por cuyo motivo trataron, como dice el Evangelio, de proclamarle rey: y todos daban gracias á Dios, de que, por fin, se hubiera dignado visitar á su pueblo. Tan extraordinaria era la fama que se había esparcido de Él por todas partes, que hasta de Tiro, de Sidon, de la Idumea y de las remotas regiones de la Arabia, acudian turbas inmensas para verle y oirle; y á su paso, todos se postraban con reverencia, empujándose luego para poder besar la orla de su túnica y ser bendecidos por Él (2). ¡Dichosas serían las naciones, si, sencillas y devotas, viviesen en la dichosa ignorancia de los misterios de la impiedad, que las corrompe y lleva á la ruina! De fijo no se daría el espectáculo de tantas miserias y desventuras, en que, extraviadas del recto camino de la justicia, se revuelven con frecuencia

(1) EVANGEL. *passim*.
(2) LUC. XI, 15.

DIA VEINTE Y NUEVE.

MARÍA EN LAS PREDICACIONES DE JESÚS.

Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum.
Atráeme tú en pos de tí; correremos al olor de tus aromas.
(CANT. I, 3.)

¿Habeis visto alguna vez esa inmensa llanura de aguas que llamamos mar? Ningun espectáculo de la naturaleza se nos presenta tan bello y sublime como su contemplacion: diríais que es la obra maestra de la omnipotencia divina. Y ese mar, plácido como el aura de la mañana, ora encrespando ligeramente su superficie se parece á un anciano que desea recrearse con sus hijos; ora profundamente revuelto se nos presenta como un enorme gigante que amenaza destruir el universo. Colocad en medio de esta inmensa llanura de aguas una navecilla que lo surque. Al principio, impelida por manso vientecillo, avanza tan ágil y ligera, que su velocidad causa admiracion; luego, empezando á levantarse las aguas, ondea por un lado, y por otro con mucho trabajo se eleva sobre las olas, hasta que, oscureciéndose súbitamente el cielo, y soplando furiosos vientos, que convierten aquella llanura en un espantoso abismo, la desgraciada navecilla desaparece, dejándoos desgarrado el corazon. Tal, hermanos mios, fué la vida pública de Jesucristo, despues de haber dado principio á la solemne mision que su Padre le encomendára, y durante la cual le siguió su amorosa Madre María, que le estaba asociada. La vida pública de Jesús, que duró tres años, puede dividirse en tres partes. La primera no alcanzó á un año; y podemos decir, que en este tiempo surcó la sociedad judáica como atravesando un mar tranquilo, cuyas aguas dejan libre el paso sin conmoverse; y encrespándose, tan solo dejan una luminosa estela que sigue su paso. Ya hemos visto sus primeras huellas en las

bodas de Caná. Luego viene el tiempo de las rudas pruebas, que duran más de un año. Finalmente, viene la guerra declarada, que concluye con su muerte. Por lo tanto, despues de haber visto á la Vírgen en el primer período, conviene seguirla en medio de las luchas que su Hijo empieza á sostener y sostendrá con la dignidad de Mesías, hasta que se haya cumplido el gran prodigio de la Redencion. Esto quiere decir, que el mar empieza á conmoverse, y la navecilla á ser combatida, hasta tanto que la tempestad desencadene todo su furor; y Élla con su Jesús será víctima; pero lo será para mostrarnos otro milagro, es decir, su final triunfo. Lo vereis despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

Tarea harto prolija sería referir la historia, ó seguir todos los pasos de Jesús en los dos últimos años de su vida. Por otra parte, ¿quién ignora los principales pasos de esa vida de contrariedades, de fatigas, de milagros y de beneficencia, que mostraban tan claramente ser Aquel que había de venir para salvar al mundo? Claro está, que ora interpretase las divinas Escrituras, ora declarase los misterios de la vida eterna, ú obrase de cualquier modo, admirábase en Él una sabiduría, una virtud y un poder totalmente divinos. Sí; desde el principio se da solemnemente á conocer como el Mesías que habla y obra con autoridad divina; que manda á los hombres y á la naturaleza; y concede gracias, obra milagros y hace revelaciones (1). Do quiera que vaya, acude de todas partes una multitud inmensa á escuchar sus palabras, á admirar su dulzura y majestad y recibir los consejos y decretos del Cielo acerca de la suerte que espera á la familia humana: y los milagros nunca vistos que obra, llenan á todos de admiracion; por cuyo motivo trataron, como dice el Evangelio, de proclamarle rey: y todos daban gracias á Dios, de que, por fin, se hubiera dignado visitar á su pueblo. Tan extraordinaria era la fama que se había esparcido de Él por todas partes, que hasta de Tiro, de Sidon, de la Idumea y de las remotas regiones de la Arabia, acudian turbas inmensas para verle y oirle; y á su paso, todos se postraban con reverencia, empujándose luego para poder besar la orla de su túnica y ser bendecidos por Él (2). ¡Dichosas serían las naciones, si, sencillas y devotas, viviesen en la dichosa ignorancia de los misterios de la impiedad, que las corrompe y lleva á la ruina! De fijo no se daría el espectáculo de tantas miserias y desventuras, en que, extraviadas del recto camino de la justicia, se revuelven con frecuencia

(1) EVANGEL. *passim*.
(2) LUC. XI, 15.

hasta perecer del todo. ¡Dígnese el Señor salvar de tanta desolacion á Europa y al mundo entero, en la presente guerra que se hace á Jesucristo!

Pero, en todo tiempo hubo, y habrá, desgraciadamente, hasta la consumacion de los siglos, hombres inícuos y orgullosos, cuya vida parece no tener otro objeto que combatir la verdad y la virtud, á favor de la mentira y del delito: verdaderos demonios de la tierra y misioneros del Infierno. Tales eran precisamente en Israel los Escribas y Fariseos, los cuales viendo que el pueblo, con las predicaciones de Jesús, alcanzaba el verdadero conocimiento de la ley de Dios, y la practicaba, conjuráronse para acabar con Él; y empleando, primero, la calumnia, trabajaron, ante todo, para envilecerle y desacreditarle en presencia de la nacion. El arte que emplearon fué el más infame; porque si hablaba de un modo hasta entónces desconocido, decían, que esto era imposible, por cuanto Él no había nunca aprendido las letras sagradas, ni estudiado; en vez de reconocer que, por lo mismo, era aquello un prodigio y una clara manifestacion de su naturaleza divina. Si perdonaba los pecados, decían que blasfemaba, porque solo Dios puede perdonar los pecados, como si con esto no demostrase que verdaderamente era Dios. Si conversaba con los pecadores, se escandalizaban, como si ellos fueran justos y santos, y no hubieran tenido necesidad, más que los otros, de caridad y remedio. Si consolaba á los afligidos, mostrábase vil en su trato. Si curaba enfermos en dia de sábado, profanaba el dia del Señor. Finalmente, si obraba milagros, ó no se los consideraba como tales, ó se decia, que los obraba por virtud de Belzebú, príncipe de los demonios. Referiré tan solo la curacion de un paralítico en dia de sábado. Este infeliz, treinta y ocho años hacía que aguardaba se le metiese en la miraculosa piscina de Jerusalen, sin que en tanto tiempo nadie hubiese practicado con él este acto de caridad. Vióle Jesús, y le dijo: «¿Quieres ser curado?» Y habiéndole el paralítico manifestado su estado lastimoso, Jesús replicó: «Levántate, coge tu camilla, y anda. De repente se halló sano, cogió su camilla y empezó á caminar.» Aquellos inícuos, viendo al que había sido curado, llevando su camilla, se escandalizaron; pero el curado se excusaba con la autoridad del que le había devuelto la salud. Quisieron saber quién había sido; y el curado, despues de haber encontrado á Jesús en el Templo, se lo indicó. Pues bien, lo mismo fué verle, que odiarle de muerte. ¡Espantosa ferocidad de odio contra un jóven, de quien no solo sabían que acababa de hacer una obra buena, y no podían ménos de pensar que era grato á Dios, puesto que la había hecho de un modo

milagroso! Pero la verdadera causa de este odio era la envidia, porque aquella obra era buena, como todas las de Jesús, y en ellos no había rastro de bondad. Y se enfurecieron mucho más al ver, que Jesús anteponía la obra buena á la observancia del sábado; ó sea, que hacía consistir esta observancia en la práctica de las buenas obras, miéntras que ellos la hacían consistir en vanas prácticas exteriores, pervirtiendo el espíritu de la verdadera Religion. Por esto ven en el hecho de Jesús una reprension y una amenaza á la autoridad que ejercían; así es, que le detestan, y no pararán hasta que le hayan condenado á muerte. ¡Y hasta querían matarle allí mismo aquellos herederos del odio de Caín! Ahora pregunto: ¿de qué se escandalizaban aquellos malvados, siendo cierto, que toda la ley mosáica, de que se gloriaban ser maestros y defensores, todas las escrituras de los Profetas, todos los ritos religiosos, la misma fiesta del sábado y toda la predicacion del Bautista, á que habían asistido, eran otras tantas exhortaciones á esperar un mensajero de Dios, que perfeccionara la obra empezada? Pero ellos odiaban la verdad, y no creían ya en el verdadero Dios; muy al contrario, daban el nombre de Dios á un ídolo que se habían formado segun sus pasiones; en éste creían, y en esto consistía toda su Religion.

El relato de este hecho espantoso y satánico os llena de terror, y os horroriza, hermanos mios, semejante perversidad; pero decidme, ¿acaso en nuestros dias no vemos ejemplos de ello, y aún más horribles, en la guerra que con toda malicia y toda clase de malas artes posibles se combate la Iglesia católica, para arrancar la fé de Cristo del corazon de las naciones, y realizar el soez é impío propósito de sustituirla por las infamias del paganismo? Sí; un grito no ménos infame ha herido nuestros oidos en estos dias: «queremos la vuelta del paganismo, y esta será nuestra mayor gloria.» ¡Oh infamia! oh tiempos! oh delito! oh conjuracion verdaderamente infernal! ¡Ay, Dios mio! ¿la luz con la cual, encarnándote, alumbraste á los hombres, y que ha dado por frutos la civilizacion y el bienestar de que gozan los pueblos, desde hace diez y nueve siglos, luz que no había brillado ántes, habrá de servir tambien para combatir contra Tí? contra Tí, que nos la diste, y sabiendo que nunca la perderemos enteramente, porque, á pesar nuestro, nos vemos obligados á vivir de la nueva vida que diste al mundo? ¿Seremos tan ciegos, que, bárbaros é ingratos, queramos participar de la infamia de las sectas que te persiguieron tan cruelmente y te condenaron á muerte? ¡Oh Jesús! apiádate de tanta ceguedad nuestra, y siendo, como eres, omnipotente, sálvanos!

Pero volvamos á nuestra historia. Todos vosotros comprendeis fácilmente, que esa guerra que los Escribas y Fariseos declararon á Jesús, y que su madre María no podía ignorar, conmovió profundamente su corazon materno; por esto determinó seguirle doquiera que dirigiese los pasos, deseosa de participar con Él de todas sus alegrías y tristezas. Y en verdad, que habiéndole Ella prestado religiosamente sus oficios por espacio de más de treinta años, en la pátria y en país extranjero, y pasado los más bellos años de su vida en su servicio, es claro que al verle, por último, en peligro, por el odio de sus enemigos, no podía ménos de abandonar su pacífico techo para seguirle, miéntras evangelizaba solemnemente el reino de Dios, y fundaba su augusta Religion en cumplimiento de los decretos del Padre celestial. Por esto con los votos de su alma, y con las obras y el sacrificio de su reposo y de su persona, cooperó á la Redencion del género humano; y enseñó, al mismo tiempo, el camino de la verdadera gloria, el camino del dolor, en que nos precedió su hijo Jesús, el único que conduce al Cielo.

Pero ¿cómo podría yo ordenar, y referir aquí todos los memorables sucesos de este nuevo período de su mortal destino? Creo que recogiendo todo lo que dicen los Evangelistas, podríase componer un volúmen. Básteos, empero, saber, que esos sucesos fueron en todo semejantes á los de su hijo Jesús. Valga uno para todos. Andaba Jesús de vuelta de una excursion á la Judea, recorría la Galilea, evangelizándola: además de los doce discípulos, le seguia una numerosa muchedumbre de pobres, enfermos é infelices de toda suerte, que buscaban remedio. Tambien había entre ellos no pocos curiosos, y muchos amantes de novedades, que aguardaban de Él algun gran cambio á su modo, no comprendiendo el cambio por que había venido, y que iba obrando poco á poco. En esta circunstancia, explicó su doctrina en várias parábolas, y entre otras, la del sembrador, que salió á sembrar el grano, esto es, la palabra de Dios, la cual, si cae entre espinas, ó sobre pedragales, ó donde las aves puedan comerlo, que son las solicitudes de la vida presente, los placeres, las pasiones y ligereza del corazon; muere, ó produce escasísimo fruto. Miéntras que así evangelizaba, el Evangelio nos refiere, que se le acercó su Madre con otros de la parentela para hablarle, y que no pudieron acercarse á él á causa del gentío. Y advirtiéndolo, tomó de ahí ocasion para declarar con una frase eficacísima, cuán íntimo y vital es el vínculo que la palabra de Dios engendra entre el que la anuncia y aquellos que la aceptan, diciendo: «Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la practican (1).» ¡Cuánto subliman estas palabras á la dignidad humana! ¡Bendita sea la Vírgen, que dió ocasion á su Hijo de proferirlas!

Nótese, que la Vírgen no era sola en seguir constantemente á su Hijo do quiera que se dirigiese; sinó que con Ella iban otros hombres y mujeres, atraidos por el amor divino; y entre los que formaban su cortejo, el Evangelio nombra á María Cleofé, madre de Santiago, de Simon, de José y de Júdas, llamados comunmente hermanos de Jesús, por ser primos suyos; y Salomé, madre de los hijos de Zebedeo; y Susana, mujer de Cuza, procurador de Herodes, y otras mujeres ricas de Galilea, las cuales se hicieron pobres por su amor, y alimentaban el espíritu de sus divinas palabras; lo cual honra al sexo que la Iglesia llama con justicia devoto (2), pues es bello ver el espectáculo de la afectuosa piedad, que, con ánimo verdaderamente varonil, no solo no se avergonzaban de confesar públicamente que seguían al Hijo de Dios, que los impíos perseguían ferozmente y le llevaron por último al patíbulo, sinó que elevaron su ternura hasta el heroismo de asistir al sacrificio, que sobre la cumbre del Gólgota hizo de sí á la justicia divina por la salvacion del mundo. Sí; tribútese este sublime honor á la mujer; pues, miéntras que todo el mundo había abandonado al Hijo de Dios en la hora de su sacrificio, sin exceptuar sus discípulos; ellas, aquellas magnánimas galileas, no tan solo no le abandonaron, sinó que con María, su Madre, recogieron su último suspiro, y con piadosas lágrimas acompañáronle al sepulcro; y luego aguardaron con fé la aurora del tercero dia para ser testigos de su triunfo.

Entre esas mujeres merece especial mencion una jóven judía, que, despues de la Vírgen, es la figura más sublime de su sexo en la historia del Hijo de Dios; me refiero á María Magdalena. Alma ardiente como el fuego, con todo el ardor de que era capaz, se había entregado al mundo, y había llegado á ser una famosa pecadora: una mirada de Jesús, llena de piedad, la convirtió; una mirada, en la cual, como con la luz de un relámpago, vió la divina belleza de su alma; relámpago, por tanto, que le descubrió toda la deformidad de su alma, y la existencia real y viva de una belleza á que se sentía llamada; desde aquel instante enamorose de Jesús, á quien no abandonó nunca, llevando un vestido grosero de penitencia, y, por consiguiente, fué compañera inseparable de María, en cuyo amoroso seno derramaba lágrimas de arrepentimiento. ¡Oh! contemplemos, hermanos mios, esta sublime figura de la Magdalena, que con el

(1) Luc. VIII, 21.
(2) «Intercede pro devoto foemineo sexo:» Brev. Rom.

alma manchada de pecados, y desgarrada por crueles remordimientos, se arrojó á los piés de Jesús, consagrándole todo el amor que hasta entónces profanara en torpes extravíos, y Jesús la hizo levantar con un alma del todo nueva, y casi diría divina. Ella es la figura y como un tipo de las almas que pasan del pecado á la gracia. ¡Ah! sí; todas las almas que peregrinaron sobre esta tierra y pasaron á la otra vida reconciliadas con Dios, hicieron lo propio que la Magdalena; y de todas puede decirse, que han sido perdonadas, segun la intensidad con que habían amado; y que el haber amado á Jesús, fué efecto de una mirada suya sobre ellas, un don de su gracia y de su infinita misericordia. Tambien nosotros hemos recibido, y sin duda más de una vez, esta benigna mirada de Jesús; pero ¿cómo hemos correspondido? Cierto, que tambien nosotros descubrimos en aquella mirada una belleza divina que nos conmueve; mas ¡ay! el hábito de las pasiones nos arroja de nuevo abajo, donde sentimos que arde el Infierno.

Miéntras tanto Jesús, habiendo predicado la doctrina de su Padre celestial, cuanto bastaba para iluminar á Israel y al mundo, se dispuso á celebrar con su dulce Madre y los discípulos la última Pascua, á cuyo fin se dirigió con ellos hácia Jerusalen, que había de corresponder á tanto amor dándole la muerte de los malhechores. Y para que aquel pueblo no se excusase del delito que iba á cometer, quiso, primeramente, que le reconociese de un modo extraordinariamente solemne como á su Salvador. Por consiguiente, montado en un jumentillo, y acercádose á las puertas de la ciudad, luego que se esparció la noticia, Jerusalen en masa salió á recibirle con los honores debidos al Hijo de David, que había venido para salvarlos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, de toda edad y condicion, corren á su encuentro entre universales gritos de alegría; unos, en señal de júbilo, agitan ramos de olivo y palmas; otros tienden en el camino los más ricos vestidos que tienen; y de aquella oleada inmensa de pueblo se levantaba un grito altísimo: «¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor (1)!» Jesús, bendiciendo con benigna mirada y ademan majestuoso á la regocijada multitud, parecía que dijese: Jerusalen, ¡ojalá perseverases en estos sentimientos de amor á tu Dios! Y ¿quién podría describir aquí la alegría de que se sentiría conmovido el corazon de María en aquel festivo acontecimiento? Quizás en aquel instante olvidó cuanto había padecido hasta entónces con su amado Jesús, y

(1) JOAN. VII, 13.

así conmovida de ternura, se traslada donde Él había resuelto celebrar la última Pascua.

¡Oh María! estos son los últimos momentos de alegría que goza tu bendito corazon. Este es el último consuelo en medio de tus largos afanes. Aquí, en este triunfo de tu Hijo rodeado y seguido de un pueblo inmenso, que le aplaude y le bendice, acaba tu alegría maternal; pues dentro pocos instantes la escena cambiará enteramente; y á las alegrías sucederán tristezas; á la ternura, inefables amarguras; á la sublimidad del sentimiento, que aquel triunfo despertó en tu alma santísima, el espanto y el martirio de tu corazon, presenciando el cruel suplicio que la malicia humana tiene preparado á la virtud é inocencia de tu Hijo; inocencia y santidad esencial, esplendor y sustancia de la gloria de su Padre, ántes de los siglos. Por lo tanto, tu dolor será como la mar en tiempo de tempestad; pero tu corazon se levantará sublime sobre ella: y gloriosa como tu Hijo, dirás al mundo, que no son las alegrías, sinó el sacrificio y el dolor los instrumentos y el camino de la salvacion y de la gloria. Así SEA.

DIA TREINTA.

MARÍA EN LA PASION DE JESÚS.

Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.
Junto á la cruz de Jesús estaba su madre.
(JUAN. XIX, 25.)

La vida de la Virgen, hermanos mios, que toca ya á su fin, si bien lo observais, presenta como un grande y magnífico cuadro, encarnado en varias y diversas escenas, cada una de las cuales nos pone á la vista un hecho singular de elevados misterios, que alumbran la mente con una luz intensa, y conmueven profundamente el cora-

alma manchada de pecados, y desgarrada por crueles remordimientos, se arrojó á los piés de Jesús, consagrándole todo el amor que hasta entónces profanara en torpes extravíos, y Jesús la hizo levantar con un alma del todo nueva, y casi diría divina. Ella es la figura y como un tipo de las almas que pasan del pecado á la gracia. ¡Ah! sí; todas las almas que peregrinaron sobre esta tierra y pasaron á la otra vida reconciliadas con Dios, hicieron lo propio que la Magdalena; y de todas puede decirse, que han sido perdonadas, segun la intensidad con que habían amado; y que el haber amado á Jesús, fué efecto de una mirada suya sobre ellas, un don de su gracia y de su infinita misericordia. Tambien nosotros hemos recibido, y sin duda más de una vez, esta benigna mirada de Jesús; pero ¿cómo hemos correspondido? Cierto, que tambien nosotros descubrimos en aquella mirada una belleza divina que nos conmueve; mas ¡ay! el hábito de las pasiones nos arroja de nuevo abajo, donde sentimos que arde el Infierno.

Miéntras tanto Jesús, habiendo predicado la doctrina de su Padre celestial, cuanto bastaba para iluminar á Israel y al mundo, se dispuso á celebrar con su dulce Madre y los discípulos la última Pascua, á cuyo fin se dirigió con ellos hácia Jerusalen, que había de corresponder á tanto amor dándole la muerte de los malhechores. Y para que aquel pueblo no se excusase del delito que iba á cometer, quiso, primeramente, que le reconociese de un modo extraordinariamente solemne como á su Salvador. Por consiguiente, montado en un jumentillo, y acercádose á las puertas de la ciudad, luego que se esparció la noticia, Jerusalen en masa salió á recibirle con los honores debidos al Hijo de David, que había venido para salvarlos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, de toda edad y condicion, corren á su encuentro entre universales gritos de alegría; unos, en señal de júbilo, agitan ramos de olivo y palmas; otros tienden en el camino los más ricos vestidos que tienen; y de aquella oleada inmensa de pueblo se levantaba un grito altísimo: «¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor (1)!» Jesús, bendiciendo con benigna mirada y ademan majestuoso á la regocijada multitud, parecía que dijese: Jerusalen, ¡ojalá perseverases en estos sentimientos de amor á tu Dios! Y ¿quién podría describir aquí la alegría de que se sentiría conmovido el corazon de María en aquel festivo acontecimiento? Quizás en aquel instante olvidó cuanto había padecido hasta entónces con su amado Jesús, y

(1) JOAN. VII, 13.

así conmovida de ternura, se traslada donde Él había resuelto celebrar la última Pascua.

¡Oh María! estos son los últimos momentos de alegría que goza tu bendito corazon. Este es el último consuelo en medio de tus largos afanes. Aquí, en este triunfo de tu Hijo rodeado y seguido de un pueblo inmenso, que le aplaude y le bendice, acaba tu alegría maternal; pues dentro pocos instantes la escena cambiará enteramente; y á las alegrías sucederán tristezas; á la ternura, inefables amarguras; á la sublimidad del sentimiento, que aquel triunfo despertó en tu alma santísima, el espanto y el martirio de tu corazon, presenciando el cruel suplicio que la malicia humana tiene preparado á la virtud é inocencia de tu Hijo; inocencia y santidad esencial, esplendor y sustancia de la gloria de su Padre, ántes de los siglos. Por lo tanto, tu dolor será como la mar en tiempo de tempestad; pero tu corazon se levantará sublime sobre ella: y gloriosa como tu Hijo, dirás al mundo, que no son las alegrías, sinó el sacrificio y el dolor los instrumentos y el camino de la salvacion y de la gloria. Así SEA.

DIA TREINTA.

MARÍA EN LA PASION DE JESÚS.

Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.
Junto á la cruz de Jesús estaba su madre.
(JUAN. XIX, 25.)

La vida de la Virgen, hermanos mios, que toca ya á su fin, si bien lo observais, presenta como un grande y magnífico cuadro, encarnado en varias y diversas escenas, cada una de las cuales nos pone á la vista un hecho singular de elevados misterios, que alumbran la mente con una luz intensa, y conmueven profundamente el cora-

zon; escenas que, reunidas juntamente, resuélvense en un gran todo, esto es, la preparacion y la inmolacion de dos víctimas á la irritada justicia del Padre celestial, para aplacarle á favor de la descendencia humana. Nosotros ya hemos contemplado todos estos pasos de la vida de María, segun el misterio particular que contienen; ahora nos falta considerar el grande acto, al cual se aunan todos, y donde reciben la vida, el movimiento y el color, como desenvolvimiento final de una solemne tragedia, que tuvo largamente suspendida nuestra espectacion. Este acto principia en la ciudad de Jerusalen y termina en la cumbre del Gólgota, teatro del delito más horrible que pudiera presenciar el mundo; esto es, la muerte del Hijo de Dios. Veinte siglos ántes, en la misma cima de ese monte, Dios lo había mostrado al mundo para un lejano porvenir, cuando por su mandato subió allí Abrahan con su único hijo Isaac, cargado de leña, sobre la cual debía ser inmolado. Aquella fué la figura; ahora tocamos la realidad, esto es, la inmolacion y la muerte del Hijo de Dios; única víctima que Dios podía aceptar en expiacion del delito que había trastornado la obra de la creacion, ya que era digna de Él; y, en efecto, Dios, no solo no la rehusa, sinó que con ella se aplaca. María estaba destinada á presenciar esta muerte; y tuvo que padecer tan cruel martirio, que se puede decir con toda seguridad, haber sido ella crucificada juntamente con su Hijo. Tenemos aquí, pues, dos víctimas, que serán ahora el objeto de nuestra consideracion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Las palmas que los Hebreos habían esparcido á los piés del Salvador, cubrían aún el áspero camino de Betania, y el eco de las orillas de Cedron repetía todavía las vivas aclamaciones de gloria y de triunfo con que había sido recibido en la ciudad, cuando vino á cumplirse el más terrible acontecimiento que recuerdan las historias, y jamás se presenciará otro semejante; me refiero á la captura y sentencia de muerte contra el Hijo de Dios. No me detendré en este momento, hermanos mios, en explicaros de que manera los Príncipes de los Sacerdotes, los Ancianos del pueblo y los Fariseos se apoderasen de Jesús por medio de la traicion; ni el modo como mandaron prenderle en el Huerto, ni más ni ménos que si se hubiera tratado de un infame malhechor; ni tampoco los malos tratamientos con que le acompañaron al tribunal de Anás y de Caifás, y lo que le hicieron sufrir allí; ni, por último, como le querían muerto á toda costa, por más que se opusiera á ello el Presidente romano Pilatos. Todos esos hechos os son bastante conocidos, y, por otra parte, la Vírgen

no figura en la historia Evangélica, hasta que empieza á aparecer en el instante que su Hijo, desde el Pretorio, emprende el camino del Calvario.

No obstante, quien considere que Ella se hallaba en aquellos momentos en la ciudad deicida, y que supo uno por uno todos los espantosos episodios de aquel terrible acontecimiento; como fué tratado Jesús en la presencia de Anás y de Caifás, los interrogatorios sostenidos en el tribunal de Pilatos, los furiosos gritos del pueblo, que, excitado por los Escribas, por los Fariseos y por los Príncipes de los Sacerdotes, pedía su muerte, á pesar de haber protestado el Presidente romano de que no hallaba motivo para condenarle; el azotamiento, la coronacion de espinas, y, por fin, la consecucion de la oprobiosa sentencia, que con la cruz á cuestas, fuese conducido á morir como vil malhechor en la cima del Calvario; esto basta para figurarse lo que debió pasar en aquellos supremos instantes de desolacion en el alma bendita de María. Empero, Ella, hermanos mios, digna Madre del Hijo de Dios, cumplió fielmente con la mision que le había sido confiada, esto es, la de ofrecer generosa el fruto santísimo de sus entrañas á la justicia del Padre para nuestra redencion. ¡Entendámoslo bien, amados hermanos! para nuestra redencion, para librarnos de la muerte eterna y reconciliarnos con el Cielo. Y nosotros ¡ay! ni siquiera pensamos en ello; y caso que en ello pensemos, nos conducimos como si este fuera el menor de los beneficios que podíamos recibir en nuestra vida.

Mas héos aquí, hermanos mios, que Ella entra tambien en escena; en la desoladora escena de la crucifixion y muerte del Hijo de Dios. Cargado Jesús con el pesado y oprobioso madero de la cruz, se dirige hácia la puerta Judiciaria, que conducía al lugar del suplicio de los malhechores. A medida que adelanta, agrúpanse una muchedumbre de curiosos; quien prorumpe en injurias, gritando anatema al Hijo de Dios; quien compadece el desventurado fin del jóven Profeta, que en toda su vida mortal no había hecho más que dispensar beneficios á los hombres, los cuales ahora le abandonan y hacen traicion. Entre tantos, ni uno solo hubo que tomase resueltamente su defensa; ni se oyó una sola voz que protestase contra aquel delito. ¡Silencio inicuo, que excede á toda ponderacion, y que todavía no ha concluido, puesto que en las conversaciones de hoy dia se oye, con harta frecuencia, proferir impías blasfemias contra la Religion, ultrajar á los ministros del altar, insultar al mismo venerable Jefe de la Iglesia de Jesucristo, sin que nadie tenga valor para levantarse á defender su fé y el honor de los ministros, de quienes Jesucristo dice: «Quien

desprecia á vosotros, á mi me desprecia!» Vergonzosas y viles conversaciones, en las cuales los hombres malvados no reparan en maldecir las cosas sagradas; y los buenos, pusilánimes, ó peores, no sé por qué conveniencia social, callan como cobardes, ó aparentan no desaprobar los impíos discursos que oyen. Vergonzosas, digo, y viles conversaciones para esos católicos, que no sé cómo pueden llamarse tales, si no creen lo que profesan; ú hombres de honor, avergonzándose, y dejando pisotear brutalmente la Fé! Pero volvamos á Jesús.

Se adelanta, pues, hácia la puerta Judiciaria, camino que dentro pocos instantes debía conducirle al Gólgota; cuando hé aquí que una Mujer de insigne belleza, sumida en dolor inmenso, se abre paso entre las turbas, é intenta acercársele. Era María, á quien aquella multitud, por natural instinto de compasion y de piedad cede, voluntariamente, el paso. Pero en el instante de llegar á su Jesús, oyó horribles palabras de insulto y de escarnio que los Fariseos lanzaban contra Él. Y lo peor aún: cierto grupo de esbirros adelantan las puntas de las lanzas para apartarla. Entónces salió de su mirada un rayo de magnánima indignacion, que obligó á aquellos desgraciados á bajar las armas, y dejarle el paso libre. ¡Hé ahí, hermanos mios, el verdadero valor: el valor que, en la necesidad, se convierte en defensor magnánimo de la justicia y de la desgracia, aún con el sacrificio de la vida! Valor, ahora más que nunca necesario, si de algun modo queremos oponer resistencia á los malvados que combaten contra Dios y su Cristo, los cuales son hoy dia numerosísimos y muy osados; miéntras que nosotros nos avergonzamos de aparecer lo que ser pretendemos, esto es, verdaderos y sinceros católicos. Entre tanto la irreligion avanza como un torrente devastador que acumula á cada paso desoladoras ruinas. ¿A dónde irá á parar la sociedad con tanto atrevimiento en cuanto se refiere á Jesús y á la Iglesia, y con tanta vileza en el ánimo de sus hijos?

Llegada la divina Madre cerca de Jesús, y visto á Jesús tan humillado, que á duras penas podía andar bajo el peso de la cruz, y, especialmente, aquel rostro tan majestuoso y á un tiempo tan dulce y benigno, que Ella había tantas veces besado con ternura, ahora hinchado, lívido y tan cubierto de lodo y de sangre, que apénas conservaba señal alguna de la imágen del Criador; ¡ay! la pobre estuvo á punto de morir de angustia; y hubiera ciertamente sucumbido, si el Cielo no la hubiese sostenido con su poder! Una tradicion antigua refiere, que habiéndola Jesús mirado piadosamente, la dijo: ¡A Dios, Madre! ¡Ay! á estas palabras se estremeció del todo, se le oscurecieron los ojos, perdió las fuerzas, y cayó desvanecida sobre aquel

sagrado suelo, completamente teñido de la sangre que, al pasar, había derramado su Hijo! Y nosotros tambien, hermanos mios, á no abrigar un corazon de piedra, no podremos ménos de sentirnos oprimidos de espanto y de terror al recordar esa escena de dolor: pero ¿hemos considerado, acaso, que esa escena se renueva cada vez que nos dejamos llevar del ímpetu de nuestras pasiones, pecando contra la ley del Señor? ¡Ah! el pecado, el solo pecado, es la causa fatal de aquel martirio que el Hijo de Dios, y con Él la Reina de las Madres y de las Vírgenes, tuvieron que sufrir!

Cuando la Vírgen hubo vuelto en sí de aquel pasmo, Juan y la Magdalena, que la acompañaban, intentaron alejarla de aquella escena, todavía más terrible, de sangre y de muerte que se preparaba en la cima del Gólgota: mas Ella no lo consintió, y quiso subir el doloroso monte, donde su Hijo la había precedido. Miéntras tanto la gente se apiñaba cada vez más á lo largo del camino; plebe, magistrados, sacerdotes, hombres y mujeres, confundidos en tropel y vociferando, atraidos por una curiosidad bestial, y alguno por compasion, dirigíanse al Calvario. Entre las pocas almas piadosas haremos aquí mencion de algunas mujeres, que se deshacían en llanto, siguiendo á Jesús. Y Jesús, que las oyó, no quiso dejar sin recompensa su tierno amor. Volviose á ellas, diciendo: «Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos; porque presto vendrán dias en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron!» Con cuyas palabras demostró Jesús la paz de su muerte, y su viva caridad en aquellos instantes; lo cual es otra prueba estupenda de ser Él el verdadero Hijo de Dios! Aquellas mujeres eran madres y judías, segun se desprende de las palabras del Salvador, y fueron las primeras personas, además de su Madre, que el Evangelio nos presenta unidas por el dolor á su dolor inmenso. De este número fué, tal vez, la Verónica, de que hace memoria, no la historia evangélica, sinó una tradicion bastante antigua; la cual, enardecida por su piedad, pudo llegarse á enjugar el sacratísimo rostro de Jesús, sucio de polvo, de sudor y de sangre, quedando impresas sus facciones en el paño. ¡Ah! cuán bella es esa piedad de las mujeres de Jerusalen! ¡Y cuánto consuelo, cuando la vemos renovada por su sexo en los dolores que Jesús continúa sufriendo de los impíos en su Iglesia! ¡Oh piadosas mujeres! esta es vuestra verdadera gloria; esta la virtud que hace grato é inmortal vuestro nombre: vuestro amor á Jesús y á su Iglesia. Pero volvamos á María.

Alcanzado que hubo Ella la cima del Calvario, de repente dirigió sus miradas en busca de su amado Hijo. Viole al instante; pero ¡oh

Dios mio! ¿en qué estado? Desnudo, sin un miserable paño siquiera que le cubriera! ¡Con esa ignominia pagaba la deuda de tantas inmodestias nuestras, de tantas lascivias, y de tanta malicia, á que nos dejamos arrastrar voluntariamente con harta frecuencia! Miéntras tanto los verdugos, cada vez más feroces, le cogen y extienden á lo largo de la cruz! A este horrible espectáculo, María retrocede hácia un antro próximo al lugar de la ocurrencia (1), al paso que la endemoniada turba prorumpía en altos gritos y silbidos, insultando ferozmente al Hijo de Dios. Cesada aquella gritería, empezaron á oirse golpes de martillo, martillazos sordos que daban contra madera y carne magullada. Eran las carnes benditas del divino Redentor, que aquellos verdugos traspasaban, sujetándole con clavos en la cruz. ¡Dolor, espanto y terror apoderáronse de la Vírgen, que la Magdalena, no ménos asustada y temblorosa, estrechó entre sus brazos, miéntras que el predilecto Juan, cediendo tambien al espanto, apoyose en una de las paredes de la gruta! Miéntras tanto redóblanse los golpes; y, finalmente, un soldado romano grita: «¡Está crucificado!» Entónces helose á María la sangre en sus venas, y se apoderó de ella un temblor convulsivo tal de todos los miembros, que las dos almas piadosas que con Ella estaban, creyeron iba á espirar.

Inmediatamente despues empezó á oirse un sordo rumor de cuerdas, pasadas por las garruchas: era el tronco de la cruz que se arbolaba y luego afirmaba en una hoya! Entónces sintiose, en medio de una infernal algazara, una voz ronca que gritaba: «¡Salud al rey de los Judíos! Si Dios le ama, venga á libertarle. Si eres hijo de Dios, baja, oh Nazareno, de la cruz (2).» Jesús, padeciendo el cruelísimo tormento de la crucifixion, responde á la provocacion de sus enemigos con esta súplica á su Padre: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!» Entre tanto los soldados, que servian de verdugos, tomaron, segun el derecho que les concedía la ley romana, los vestidos del Salvador, de los cuales hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Mas la túnica sin costura, que la Vírgen había tejido con sus propias manos, no la dividieron, sinó que echaron suertes para ver de quién sería, con lo cual se cumplió la profecía del Salmo: «Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica (3).» En el momento de la crucifixion empezó la agonía, y las tinieblas empezaron á cubrir el Calvario y toda la tierra. Los dolores se acrecentaban á medida que iban dilatándose las llagas abiertas por los

(1) De Geramb, *op. cit.*
(2) Luc. xxiii, 37.
(3) Psalm. xxi.

clavos. Chorreaba sangre de todas las partes del cuerpo; y con tanta abundancia salía de las manos y piés, que bañaba el terreno. La cara hinchada y lívida, los movimientos convulsivos de toda la persona, la mirada cansada é intermitente, la respiracion difícil, la sed ardiente, y los demás signos de muerte propios de los crucificados, fueron tanto más aflictivos á Jesús, y se acumularon con mayor rapidez, cuanto más enflaquecido estaba su cuerpo por los ultrajes precedentes, y más despejado su espíritu. Despejado tenía el espíritu y sufría inexplicables angustias.

Y Tú, ¿dónde estabas entónces, oh dulce María? El Evangelio, hermanos mios, nos dice, que estaba al pié de la cruz: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*; y con ella estaban María Magdalena, María Cleofé y el amado discípulo Juan No hay para que decir lo que allí hacía María: ya sabeis, que padecía con Jesús la misma terrible agonía, y la ofrecía con Él á la irritada justicia divina para la salvacion de todo el humano linaje. Y este grande prodigio de la salvacion universal empezó, realmente, miéntras Ella con Jesús agonizaba y rogaba. Dos malhechores habían sido crucificados á los dos lados de su dulce Hijo. El de la izquierda ¡tiemblo al pensarlo solamente! en las últimas convulsiones de la agonía insultaba al Redentor del género humano, y blasfemaba contra Él cual si lo hiciera un demonio del Infierno. ¡Horrible misterio! hermanos mios, tanto que su compañero no pudo ménos de reprenderle, diciendo: «¿Cómo, ni aún tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, á la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningun mal ha hecho.» Y luego, dirigiendo la mirada á Jesús, le rogó, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu reino!» Y Jesús le dijo: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

¡Oh palabras divinas! oh revelacion magnífica de la divinidad de Jesús, no ménos esplendorosa que la del Tabor! ¡Ah! sí; su divinidad se me descubre brillantemente con estas sus palabras, que no podía proferirlas sinó un Dios; cual se me presenta con su cuerpo lacerado y ensangrentado, con su invencible paciencia, con el infinito amor que siempre demuestra igualmente hácia la ingrata y rebelde criatura; y con la admirable calma con que mantiene su carácter de Profeta y de Salvador del mundo, miéntras que con su sangre sella las doctrinas que había anunciado. Y Tú tambien ¡oh María! me pareces divina al pié de ese patíbulo, cuando repites en tu dulcísimo corazon las palabras que tu Hijo profiere, desde la cruz; y te muestras feliz en tu inmenso dolor, porque hoy un alma entrará con Él en

el Cielo; un alma, por la cual suplicaste de un modo especial, si verdadera es la antigua tradicion, que ese afortunado ladron fuera aquel capitan de malhechores que intimó á sus compañeros te respetaran al huir á Egipto.

¡Hermanos mios! fúnebre y desolador es sin duda el Calvario, donde agoniza el Hijo de Dios, y con Él su divina Madre! Pero si fijamos la atencion en los prodigios que allí se cumplen, prodigios no ménos solemnes que aquellos que Jesús obró durante su mision, prodigios de amor y de misericordia; el corazon se siente tan atraido hácia aquel monte, que una vez subida su áspera cima, no quisiera bajar de ella, sinó permanecer allí para siempre. Lo mismo que el rostro de toda persona querida que la muerte ha separado de nosotros, se ofrece con frecuencia á nuestra imaginacion, y nos queda impreso en el corazon, tal como lo vieron nuestros ojos por última vez, así sucede tratándose de Jesús, crucificado en el Gólgota, y de su Madre crucificada con Él al pié de la cruz. Uno y otro entraron, y han quedado impresos en la nueva edad que empezó al pié de la cruz; y de esta suerte quedan y quedarán grabados hasta el último dia en todo corazon, que conozca la historia del Cristianismo. Verdad es, que lo mismo que en el Gólgota, hubo en todos los siglos, y los hay en el presente con más descaro que en ningun otro, corazones que rechazan al Crucificado: pero esto mismo, hermanos mios, os demuestra, que era verdaderamente Hijo de Dios. Esto indica que, despues de diez y nueve siglos, la nueva sociedad que empezó al pié de la cruz, gira sobre el mismo patíbulo, como alrededor de una bandera; unos por amor, y por haberla defendido; otros por odio y por haberla pisoteado. ¿Qué prueba más luminosa puede alegarse de que se cumplió en aquella cruz, no un hecho humano, sinó divino, y de que Jesús era verdaderamente Hijo de Dios? Y no os engañe la artificiosa indiferencia que aparentan los enemigos de aquella bandera: esta indiferencia es un refinado artificio, y nada más, que da nuevo esplendor al hecho de que tratamos. Fingen indiferencia, pero no son tan indiferentes como quieren aparentar; ántes bien el Crucificado es el objeto de todos sus pensamientos, de todos sus estudios y esfuerzos, para arrojarle por tierra, si posible fuera, con su cruz; del mismo modo que es para nosotros el objeto de todas nuestras ansiedades y de todo nuestro amor. ¿Qué argumento más eficaz, pues, para afirmarnos siempre más y más, y perseverar constantes en este amor, aunque tuviéramos que ser crucificados con Jesús?

¡Oh María, dulce Madre de Jesús! nosotros queremos permanecer contigo en esa horrible cumbre, al pié de la cruz, para participar

contigo de la agonía de tu dulce Hijo y nuestro Dios y Redentor, y consolarnos en los prodigios inefables, con los cuales al morir sella su grande mision, que le constituye dueño y árbitro de las naciones y de los siglos. Por cruel que sea el martirio, lo sostendremos intrépidos, como Tú lo sostuviste; lo sostendremos para consuelo de nuestras almas, y para bien de tus enemigos y de tu Hijo, que continuando hoy contra su Iglesia la guerra atroz con que fué llevado á la muerte por los Judíos, no saben, como ellos no sabían, lo que hacen. ¡Oh Madre amorosa! alcánzanos tu constancia en nuestro propósito, ya que desgraciadamente podemos ser seducidos, asaltados de contínuo por tantas y tan pérfidas pasiones que no nos dejan un momento en paz. Hoy nos quedaremos aquí contigo, crucificada como estás al pié del patíbulo de tu Hijo crucificado. Nos quedaremos aquí contigo, abrazados á su cruz; en la cual deseamos morir, ántes que separarnos de ella, ni por un instante, en todo el resto de nuestra vida. Así sea.

DIA TREINTA Y UNO [1].

I.

MARÍA EN LA MUERTE DE JESÚS.

Jesus dixit: consumatum est. Et inclinato capite tradidit spiritum.
Jesús dijo: todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.
(JOAN. XIX, 30).

No hay escena más sublime y terriblemente espantosa en el inmenso teatro de la naturaleza, que el mar en tiempo de tempestad. ¡Mirad! El cielo está sereno, plácidas las auras y las olas tranquilas: todo es luz, armonía y júbilo que arrebata el corazon. Cuando hé aquí que de repente oscurécese el Cielo, desencadénanse furiosos los vientos, y aquel mar, poco ántes tan quieto y delicioso, se agita desde los abismos; sus olas se levantan con tremendo fragor hasta las estrellas, y precipitándose furiosas unas sobre otras, hacen temblar el suelo hasta á larga distancia, como si el cielo se mezclase con la tierra, y se deshiciera el universo. ¡Algo de semejante á esta escena, tiene, hermanos mios, la captura, la sentencia de muerte y la bárbara crucifixion del Hijo de Dios! Vosotros, que llenos de compasion, y oprimidos de terror habeis contemplado las primeras escenas de esta tragedia, preparaos para escuchar hoy su cumplimiento; en el cual admirareis más que nunca la excelsa virtud de nuestra afligida y dulcísima Madre María; de esta magnánima Mujer, que, abismada en un océano de dolor, se nos presenta sobre el Gólgota como rayo de luminosa estrella en medio de una noche tempestuosa, y parece que el corazon se siente aliviado al ver el cumplimiento de aquel inefable

(1) Este tomo contiene treinta y tres discursos, siendo así que el mes de Mayo solo cuenta treinta y un dias. Ya entenderán nuestros lectores, que en aquel número van comprendidos el primer discurso, llamado de preparacion, que suele hacerse el dia 30 de Abril, y el otro de conclusion para el dia 1.° de Junio.

prodigio de caridad divina que nos redimió y salvó á todos; prodigio inefable de caridad en medio de tanta y tan enorme maldad, que sería increible, si la historia no nos hubiera conservado su lúgubre imágen con tan vivos colores, que será siempre el terror del sentimiento humano. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Dejamos á la divina Madre al pié de la cruz, en agonía con su dulce Jesús, y rogando por la salvacion universal; al paso que la turba de los malvados que le habia crucificado, le blasfemaban con el escarnio en la boca y el odio más feroz en el corazon. Pero cesó su diabólico alborozo cuando, condensándose las tinieblas que habian empezado á cubrir el Calvario, empezó á caer fria escarcha; y las águilas vagaron furiosas acá y acullá en busca de su nido nocturno; los chacales aullaron á orillas del Cedron; y el Calvario, ya de suyo triste, tomó un aspecto tal, que llenaba el alma de terror! Y en efecto, el pueblo, estupefacto y aterrado á la vista de aquel fenómeno extraordinario, se recogió tembloroso en silencio, no sabiendo lo que iba á suceder. Al mismo tiempo, á través del oscuro velo del firmamento, aparecieron las estrellas, no brillantes, como de ordinario, sinó pálidas y apagadas cual fúnebres antorchas encendidas alrededor de un féretro, arrojando sobre el teatro de los deicidas una luz verdosa y terrible, que daba á los rostros de todos los espectadores, agrupados aquí y allá sobre el Gihon, cierto color como de demonios. Pálidos y desvanecidos mirábanse unos á otros, procurando darse cuenta de aquel hecho por causas naturales: pero los más ancianos, herederos de las tradiciones de sus mayores, y los doctos que conocían la presente posicion de los planetas en el firmamento, sacudiendo su anciana frente, decian no haber visto ni oido jamás tales eclipses; y que aquel era una señal terrible y milagrosa de ira celestial (1).

Ahora, volviendo á María, vémosla donde la dejamos en compañía de Juan, la Magdalena y otras piadosas mujeres que allí se habian congregado, firme al pié de la cruz. Y fué entónces que las moribundas miradas de Jesús encontráronse con las de la Madre, la cual habia llegado al colmo de la desolacion, y en cuya santísima alma descubrió un abismo de dolor. Notó que el alma de María sufría todos los dolores, todas las injurias y todos los afanes que Él sentia, y hasta su misma agonía. ¡Qué terrible momento fué este para la Madre y para el Hijo! dos agonías, dos muertes sufría la Madre: la suya y la de su Hijo; y dos agonías y dos muertes sufría entónces Jesús: la

(1) Rosely de Lorgues, *Le Christ devant le siècle*, etc

propia y la de su Madre; dos agonías y dos muertes amarguísimas é indescribibles. ¡Ah! sí; los dolores del uno y de la otra fueron dolores indescribibles y que no pueden imaginarse: los mismos Angeles del Cielo no podrían explicarlos. ¡Estupendísimos misterios cumplíanse en aquel momento de supremo dolor del Hijo y de la Madre! Jesús, ya lo sabeis, se había ofrecido á la justicia de su divino Padre como víctima de expiacion universal, y consumaba su sacrificio; y María, su Madre, que junto á la cruz asistía á su agonía y extrema desolacion, nos dice que había subido á la cumbre de aquel monte para demostrar á todos los hombres, que consentía en el heróico acto de su Hijo, y el ardiente deseo que con Él tenía de la salvacion del linaje humano, para la cual su Hijo se había ofrecido á la misma justicia celestial. ¡Oh, hermanos mios! ¿Y quién de vosotros no se conmoverá á la vista de tanto prodigio de caridad del Hijo y de la Madre?

Entónces Jesús, sintiendo que iba á consumarse el sacrificio, le manifestó su última voluntad. Estaba en pié, y al lado de Ella, el representante del Colegio apostólico sobre el Gólgota, Juan; y Jesús, mirando á la Madre con toda la expresion del afecto de que era capaz su alma divina: «Mujer, le dijo, hé aquí tu hijo;» y á Juan: «Hé aquí tu Madre (1)!» ¡Oh hermanos mios! Con estas palabras Jesús confiaba al maternal corazon de María la naciente familia, que Él se había formado; y daba á entender á esta familia, que desde entónces, para en adelante, debería amar y honrar como á propia Madre la Madre que Él la dejaba. ¡Oh feliz suerte la nuestra! Somos, pues, hijos de la Vírgen, por expresa y declarada voluntad de Dios; y, por consiguiente, verdaderos hermanos del Hijo de Dios; sus verdaderos hermanos, y verdaderos hijos de su divina Madre María. ¡Oh feliz suerte la nuestra! oh misterio de caridad inefable, capaz de enternecer aún á las mismas piedras! El Evangelio no dice, hermanos mios, que Ella respondiera con formales palabras; pero respondió con el corazon; y quedó inmóvil en su puesto, traspasada por aquella espada de dolor que Simeon le había profetizado. Y nosotros ¿qué respondemos á Jesús, que nos manda amarla y reverenciarla como á nuestra Madre, para que, de algun modo, sea recompensada por nuestro amor de la pérdida que sufre del fruto dulce y santísimo de sus entrañas? O más bien; ¿de qué modo hemos correspondido hasta aquí?

Miéntras que Jesús hablaba con la Madre, estaba ya á punto de espirar. Notadlo, pues, bien, hermanos mios; Jesús llegó á la muerte sa-

(1) Joan. xix. 27 y 28.

bedor y dueño de sí, de sus actos, de sus sentimientos, y Señor de la misma muerte, de la cual contaba, por decirlo así, los golpes que descargaba contra su cuerpo y los pasos que adelantaba. No era, por tanto, un simple hombre, sinó verdadero hombre y verdadero Hijo de Dios. Y por esta razon, con la misma plena conciencia y señorío de sí, habló todavía cuatro veces más. La primera, miéntras abrasándose de sed, dijo: «¡Tengo sed!» La segunda, cuando, doliéndose con su Padre, de que le hubiera abandonado por el enorme cúmulo de pecados de los cuales había salido fiador, y expiaba en lugar de aquellos que los habían cometido, exclamó: «¡Dios mio! Dios mio! ¿por qué me has abandonado?» La tercera, cuando los soldados que estaban sentados junto á la cruz, presentándole una esponja embebida en vinagre colocada en la punta de una caña de hisopo, se dijo á sí mismo: «Todo está consumado.» Finalmente la cuarta, cuando dirigiéndose á su Padre, clamó con una voz grande: «¡Padre! en tus manos encomiendo mi espíritu!» É inclinada la cabeza, espiró.

Toda la naturaleza se sobresalta, como un carro cuyas ruedas quedan de improviso sujetadas. La tierra tiembla: las rocas se parten, las sepulturas se abren, los cadáveres salen fuera; y el velo del Templo se rasga en dos partes de arriba abajo. ¿Y María? ¡Ah! la dulce Madre permanece firme al pié de la cruz, con los ojos fijos en su amado Hijo, al cual continuaba ofreciendo por nuestra salvacion! ¡Oh Mujer sublime y divina! ¿qué lengua podrá jamás celebrar tu virtud, y qué corazon mostrarte digna correspondencia por semejante heroismo? Entre tanto, muchos de los que habían presenciado el atroz deicidio, empezaron á reflexionar sériamente sobre el terrible delito de la muerte del inocente, que la iniquidad había matado tan bárbaramente. El mismo Centurion que mandaba la escolta de los legionarios, se espantó profundamente, y exclamó: «Verdaderamente, este era Hijo de Dios (1)!» Y lo mismo sus soldados, los cuales bajaron del monte golpeándose el pecho, y llorando el enorme delito cometido. Sin embargo, hermanos mios, esos soldados habían, sin duda, visto otras muertes violentas, y todas las formas que la muerte puede presentar, y otros desconciertos de la creacion. Luego, en la muerte de Jesús vieron algo que no habían visto nunca, y sintieron en el fondo de su alma un sacudimiento, que les reveló claramente la divinidad del Crucificado. En medio de tanta confusion y terror, solo una Mujer permanece firme, y sin experimentar el uni-

(1) Matth. xxvii, 54.

versal espanto, y esta Mujer con las manos juntas, ruega al pié de la cruz: las mujeres de Jerusalen no se cansan de contemplar aquel acto piadoso y sublime: «¡Pobre madre!» exclamaban derramando lágrimas de compasion. Sí, por cierto, ¡pobre Madre! pero al mismo tiempo, mostrábase Madre y Mujer divina.

¡Ah! ¿quién vió jamás espectáculo semejante al del Gólgota? ¡Qué negra ingratitud por parte de los hombres! qué benignidad y misericordia sin límites por parte de Dios! Allí se oyen escarnios, insultos y maldiciones! Allí se ve un heroismo inaudito en la víctima generosa y magnánima, que espirando pone el sello á la obra solemne de la Redencion humana; y á sus piés María, que, recogiendo su último suspiro, fecunda en su corazon generoso los sentidos y los motivos de la Maternidad que adquiere de todo el género humano. ¡Oh amorosa é inocente oveja! Tú no te alejaste un solo instante del terrible sacrificio; ni aún cuando el inocente cordero, tu Hijo, daba los últimos latidos, y entregaba, por fin, su afligido espíritu en las manos de su Padre! Tampoco le abandonaste despues, sinó que, lacerado, cubierto de llagas, de ignominias y de sangre, te lo acomodaste en tu regazo para proteger el cadáver y procurarle sepultura. ¡Oh Mujer magnánima y sublime! Tu Nombre, con el de tu Hijo, será el honor y la gloria de todas las generaciones futuras. El Nombre tuyo con el de tu Hijo, comprende en sí la historia de todos los prodigios de la divina misericordia; Nombre que es sello de la justicia y del amor; Nombre que da á comprender á todos los hombres la inextinguible vena de tu caridad hácia tus nuevos hijos. Y, en efecto, ¿con qué ansiedad no nos acogió Ella, hermanos mios, como hijos adoptivos en la cumbre del Gólgota? ¡Ah! sí; tomando entre sus brazos al muerto Jesús, del modo que la pérfida nacion le había reducido, tomó con Él á todos nosotros, cargados de pecados, que habían sido la causa de aquella catástrofe, para regenerarnos en la sangre de su Hijo, y hacernos dignos de su amor. Ahora, pues, ¿qué enorme delito no fuera el nuestro, si acogidos y amparados en aquel dulcísimo seno, continuásemos insultándole y desgarrándole? Si queda en nosotros siquiera un átomo de razon ó gérmen de delicado sentimiento de hijos, meditemos el martirio que le causaron nuestras culpas, y no queramos renovarlo nunca jamás.

¡Oh María, afigidísima y dulcísima Madre nuestra! ¡ay! ten piedad de nosotros, que, crueles, te hicimos sufrir, lo mismo que á tu Hijo, tan terribles tormentos! Hoy ¡oh Madre! es dia de perdon. Acepta, pues, las lágrimas de nuestro arrepentimiento, y no olvides que tambien en nosotros se ha verificado lo que dijo Jesús, esto es;

que al obrar el mal que hemos cometido hasta aquí, no sabíamos lo que hacíamos. Ahora que, por la divina gracia, lo conocemos, lo detestamos con toda sinceridad; y detestándolo, prometemos querer vivir y morir como verdaderos hijos suyos y tuyos en tu santo amor. Así sea.

DIA TREINTA Y UNO.

II.

RESURRECCION

DE JESÚS, Y ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA.

Jesum quæritis Nazarenum, crucifixum surrexit, non est hic.

Venís á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado: ya resucitó, no está aquí.

(Mar. xvi, 6.)

Jesús, pues, murió, segun visteis, entre el terror del Cielo y de la tierra, y asistido, únicamente, por su magnánima y dulce madre María. Pendía muerto de la cruz en el Gólgota á vista de todo el universo por las culpas de todos nosotros. ¡Hé ahí, hermanos mios, donde, despues de tantos siglos, vino á descargarse aquel cúmulo de males acarreados por el primer pecado: sobre este generoso inocente, el solo inculpable, y que no merecía la suerte comun! En Él fueron castigados nuestros delitos; todos nuestros delitos: aquellos que nosotros tenemos en nada, pero que dieron muerte al Hijo de Dios, aquella muerte horrible que ya hemos contemplado. Esa catástrofe aplastó á Jerusalen; prueba solemne de la iniquidad que había cometido. ¡Ah! sí; á su feroz alborozo siguió el triste silencio que nace del terrible remordimiento luego que se ha cometido un infame delito; por eso no parecía ya la ciudad, que poco ántes se vanagloriaba

versal espanto, y esta Mujer con las manos juntas, ruega al pié de la cruz: las mujeres de Jerusalen no se cansan de contemplar aquel acto piadoso y sublime: «¡Pobre madre!» exclamaban derramando lágrimas de compasion. Sí, por cierto, ¡pobre Madre! pero al mismo tiempo, mostrábase Madre y Mujer divina.

¡Ah! ¿quién vió jamás espectáculo semejante al del Gólgota? ¡Qué negra ingratitud por parte de los hombres! qué benignidad y misericordia sin límites por parte de Dios! Allí se oyen escarnios, insultos y maldiciones! Allí se ve un heroismo inaudito en la víctima generosa y magnánima, que espirando pone el sello á la obra solemne de la Redencion humana; y á sus piés María, que, recogiendo su último suspiro, fecunda en su corazon generoso los sentidos y los motivos de la Maternidad que adquiere de todo el género humano. ¡Oh amorosa é inocente oveja! Tú no te alejaste un solo instante del terrible sacrificio; ni aún cuando el inocente cordero, tu Hijo, daba los últimos latidos, y entregaba, por fin, su afligido espíritu en las manos de su Padre! Tampoco le abandonaste despues, sinó que, lacerado, cubierto de llagas, de ignominias y de sangre, te lo acomodaste en tu regazo para proteger el cadáver y procurarle sepultura. ¡Oh Mujer magnánima y sublime! Tu Nombre, con el de tu Hijo, será el honor y la gloria de todas las generaciones futuras. El Nombre tuyo con el de tu Hijo, comprende en sí la historia de todos los prodigios de la divina misericordia; Nombre que es sello de la justicia y del amor; Nombre que da á comprender á todos los hombres la inextinguible vena de tu caridad hácia tus nuevos hijos. Y, en efecto, ¿con qué ansiedad no nos acogió Ella, hermanos mios, como hijos adoptivos en la cumbre del Gólgota? ¡Ah! sí; tomando entre sus brazos al muerto Jesús, del modo que la pérfida nacion le había reducido, tomó con Él á todos nosotros, cargados de pecados, que habían sido la causa de aquella catástrofe, para regenerarnos en la sangre de su Hijo, y hacernos dignos de su amor. Ahora, pues, ¿qué enorme delito no fuera el nuestro, si acogidos y amparados en aquel dulcísimo seno, continuásemos insultándole y desgarrándole? Si queda en nosotros siquiera un átomo de razon ó gérmen de delicado sentimiento de hijos, meditemos el martirio que le causaron nuestras culpas, y no queramos renovarlo nunca jamás.

¡Oh María, afigidísima y dulcísima Madre nuestra! ¡ay! ten piedad de nosotros, que, crueles, te hicimos sufrir, lo mismo que á tu Hijo, tan terribles tormentos! Hoy ¡oh Madre! es dia de perdon. Acepta, pues, las lágrimas de nuestro arrepentimiento, y no olvides que tambien en nosotros se ha verificado lo que dijo Jesús, esto es;

que al obrar el mal que hemos cometido hasta aquí, no sabíamos lo que hacíamos. Ahora que, por la divina gracia, lo conocemos, lo detestamos con toda sinceridad; y detestándolo, prometemos querer vivir y morir como verdaderos hijos suyos y tuyos en tu santo amor. Así sea.

DIA TREINTA Y UNO.

II.

RESURRECCION

DE JESÚS, Y ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA.

Jesum quæritis Nazarenum, crucifixum surrexit, non est hic.

Venís á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado: ya resucitó, no está aquí.

(Mar. xvi, 6.)

Jesús, pues, murió, segun visteis, entre el terror del Cielo y de la tierra, y asistido, únicamente, por su magnánima y dulce madre María. Pendía muerto de la cruz en el Gólgota á vista de todo el universo por las culpas de todos nosotros. ¡Hé ahí, hermanos mios, donde, despues de tantos siglos, vino á descargarse aquel cúmulo de males acarreados por el primer pecado: sobre este generoso inocente, el solo inculpable, y que no merecía la suerte comun! En Él fueron castigados nuestros delitos; todos nuestros delitos: aquellos que nosotros tenemos en nada, pero que dieron muerte al Hijo de Dios, aquella muerte horrible que ya hemos contemplado. Esa catástrofe aplastó á Jerusalen; prueba solemne de la iniquidad que había cometido. ¡Ah! sí; á su feroz alborozo siguió el triste silencio que nace del terrible remordimiento luego que se ha cometido un infame delito; por eso no parecía ya la ciudad, que poco ántes se vanagloriaba

de ser el pueblo de Dios, sinó un vasto sepulcro, donde no reinaba más que el terror; y así confesaba, sin quererlo, que el inocente que había llevado á la muerte como un malhechor, era verdaderamente el Hijo de Dios. Y, en verdad, ¿quién no se sobrecogería de espanto á vista de aquel nuevo eclipse de sol, que puso en consternacion al universo, al hendirse las montañas, abrirse los sepulcros, y á la aparicion de las sombras de los antepasados en medio de la ciudad? Sin embargo, ¡oh ceguedad de la culpa! los Príncipes de los sacerdotes se obstinan todavía más en su delito, afirmando que Jesús era un malhechor é impostor: por esto acuden al Presidente Pilatos, para que mande que se guarde el sepulcro, porque no vayan sus discípulos y le hurten, y digan á la plebe: ¡Ha resucitado! lo cual fuera un engaño más pernicioso que el primero (1). Vemos aquí, que los consejos de los hombres son meras sombras en presencia de los de Dios, puesto que Cristo, en presencia de aquellos guardas, resucitó glorioso para no volver á morir; el pueblo, que le había dado muerte, desde aquel instante acabó para siempre. Con esto renació en el corazon de María una nueva alegría; y justo es que nos detengamos un poco en discurrir sobre este dulce misterio, que á un mismo tiempo es el fundamento de nuestra santa Religion y la alegría de todos los creyentes. Pidamos primero los auxilios de la gracia: A. M.

Jesús había predicho, que permanecería tres dias en el sepulcro, pasados los cuales resucitaría. Avanzada, pues, la noche del sábado, al amanecer, el primer dia de la semana, María Magdalena con otras piadosas mujeres que habían permanecido fieles á Él, se encaminaron hácia el Calvario, llevando aromas, y diciéndose una á otra: «¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro (2)?» La tradicion dice, que con ellas estaba tambien María. A este tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del Cielo un Angel, y llegándose al sepulcro, removió la piedra y sentose encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el Angel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: «Jesús ha resucitado, segun predijo.» Fué tal la sorpresa que recibieron las mujeres por estas palabras, que entendían y no entendían lo que se les decía: pero no así la divina madre María, cuya alma quedó tan inundada de júbilo, que faltó poco para no morirse. Entónces fué cuando Jesús, á Ella ántes que á otro, se apareció resucitado,

(1) Matth. xxvii, 62, 63 y 64.
(2) Luc. xxiv, 1.

abrazola, y tuvieron un coloquio que solo en el Cielo seremos capaces de entender, pues ahora nos sería imposible.

Consolada la Madre, Jesús se dejó ver repetidas veces durante el mismo dia de otras mujeres, y de los doce: le veían, le oian hablar, no podían dudar de ello; y, sin embargo, como el hecho era tan nuevo, extraordinario y prodigioso, quedaban estupefactos y confundidos: creían y no creían á sí mismos, y á Aquel que habían visto y oido. Esta misma sorpresa y confusion son la prueba más perentoria de que e hecho era verdadero, cierto é indudable; quedando completamente aseguradas despues por las nuevas apariciones, que duraron cuarenta dias cumplidos. Pero nótese bien; María, Madre de Jesús, no experimentó esta confusion y perplejidad, producida por la misma novedad y extraordinaria grandeza del hecho, sinó las mujeres y los Apóstoles: la Vírgen, cuya alma se espaciaba en regiones más elevadas, desde el primer instante, conoció con toda claridad y estuvo absolutamente cierta del inefable prodigio.

Cuarenta dias trascurrieron en estas apariciones del Salvador y alegrías de su Madre y de los discípulos; y llegó la hora decretada para volver á la derecha del Padre en los Cielos. Y por eso, saliendo con Ella y con todos los discípulos de Jerusalen, dirigiose á las alturas de Betania (1). Y esto no fué sin alto consejo de su infinita sabiduría: aquel monte, coronado de olivos, era donde Jesús, ántes de su Pasion, separándose con frecuencia de la muchedumbre que le seguía, oraba á su Padre, cuando las estrellas brillaban con toda su límpida serenidad en el firmamento; y allí estaba aquel Huerto donde había sufrido los primeros asaltos de la agonía, sintiendo angustias mortales, al ver el cáliz que le presentaba su Padre, y que debía agotar hasta las heces. Por lo tanto, era conveniente que empezase su solemne triunfo de gloria, donde habían tenido principio sus padecimientos; y que aquellos campos, bosques y sombrías soledades, que habían sido tan frecuentemente testigos de sus meditaciones y de sus fervorosas oraciones á favor nuestro, recibiesen las huellas de los últimos pasos que dió ántes de subir al Cielo. Alcanzada la cima de aquel elevado monte, desde donde se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encauzadas del Jordan, y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador dirigió las últimas miradas á su amada Madre, á los Apóstoles y á cuantos estaban allí presentes, destinados todos á dar testimonio del nuevo prodigio que iba á verificarse; y echándoles su bendicion, en su presencia, y á la vista de todo

(1) Luc. xxiv, 50.

el universo, emprendió raudo vuelo hácia la la gloria del Cielo (1). Tambien este hecho, hermanos mios, es tan grande, admirable y sorprendente, como la Resurreccion. Jesús está sobre la cima del monte: todos le ven, y no pueden dudar de ello; pero no olvidemos que su estado es un estado glorioso. Le ven; ven que les bendice, y luego se eleva al Cielo y se pierde de vista. El hecho es indudable; pero es tan grande, tan nuevo y extraordinario, que quedan sorprendidos; no obstante, nótese aquí, que, como dicen los HECHOS APOSTÓLICOS, quedaron todos llenos de extraordinario júbilo, y permanecieron largo rato con los ojos fijos al Cielo; lo que no sucedió cuando le vieron resucitado. Y María le siguió de léjos con sus ojos extáticos y ansiosos, como si le dijera: ¡Ah! ¿por qué me dejas sola?

Dispensadme aquí, hermanos mios, que os repita con insistencia lo que hace poco he indicado; esto es, que el mismo hecho de la Resurreccion de Jesús es una prueba de su verdad; y que, además, no puede dejar de ser verdadero, históricamente verdadero. En verdad, si no hubiese sucedido este prodigio, no hubiera podido ocurrir á nadie su idea: la razon es evidente: porque el hecho excede las fuerzas de toda inteligencia creada; y excediéndolas, excede toda la capacidad de su inventiva. Y lo prueba la negacion misma de los racionalistas, quienes no creen en la Resurreccion, porque su entendimiento ofuscado no es capaz de concebirla. Y no se diga que tanto el género humano, como aquellos que atestiguan la del Salvador tenían ya la idea de la Resurreccion. No; la idea de la Resurreccion, cual la creemos de Cristo, y la esperamos nosotros, no la tenía nadie en el mundo; es el resultado de la Resurreccion de Jesús. Cierto que los Apóstoles habían visto muertos resucitados, los que había resucitado su divino Maestro; pero ésta habia sido Resurreccion de la muerte á la vida presente; pero Resureccion á la otra vida, no la había habido nunca: la de Jesús fué la primera. Así mismo, en la Biblia se hallaban, no cabe duda, ciertas indicaciones proféticas de la Resurreccion, especialmente en el libro de Job; pero la profecía tan sólo daba la idea de la infinita virtud que podía realizarla, porque aquella virtud infinita lo puede todo; pero la idea del hecho vino despues del hecho admirabilísimo, que se ha visto repetidas veces, siendo la primera la Resurreccion del Salvador. Prescindo aquí de los conceptos de metempsicosis, apoteosis y otras trasformaciones que encontramos en las mitologías, porque no ofrecen ni aún la sombra del concepto cristiano de la Resurreccion. Si se dice, finalmente, que este concepto es

(1) ACT. I, 6.

debido á Jesucristo, que pronosticó su Resurreccion; entónces tendremos tambien que decir, que Cristo es Dios, porque ninguna inteligencia creada era capaz de concebir semejante idea; y por esto, el hecho es verdadero, porque fué pensado y predicho; y la realidad correspondió á la prediccion. ¡Oh! cuán consoladora verdad, hermanos mios, es esta de la Resurreccion de Jesús! El Salvador resucitó: viólo su Madre, lo vieron sus Apóstoles y toda la naciente Iglesia; luego es verdadero Hijo de Dios; luego con la misma virtud con que se resucitó á sí mismo, nos resucitará un dia á todos; y si nos portamos como verdaderos fieles, participaremos de su gloria.

Concluido el éxtasis, María volvió á la ciudad con los Apóstoles, y con ellos reuniose en el Cenáculo; donde, pasados diez dias, la hallamos con los Apóstoles recibiendo el Espíritu Santo (1). Y permaneció allí hasta el año cuarenta de Cristo; cuando, por razon de la cruel persecucion que se desató contra sus discípulos, viose precisada á salir, y se trasladó á Efeso con san Juan, acompañada de la amorosa Magdalena. Efeso está situada en el Asia Menor, en cuyas costas hallábanse entónces ricas y florecientes ciudades, bañadas por un mar surcado por millares de naves. Por cierto que no podía hallar lugar más á propósito para consolarla de su viudez; pero en aquellas tierras no veía las huellas de los pasos de su amado Jesús, aquellas olas no habían oido el poder de su voz, ni aquellas auras estaban embalsamadas por sus suspiros. ¡Oh! cuántas veces, pues, sentada con la Magdalena debajo de un plátano á orillas de aquel mar, cuyas olas exhalaban el olor de los mirtos que cubrían el vecino campo, seguía con la mirada las naves que emprendían el camino de Siria, trayendo á la memoria las dulzuras y las angustias que allí había padecido en compañía de su Hijo! Esto significa, hermanos mios, que los padecimientos para María no habían terminado aún, sinó que continuaba su sacrificio en bien de la naciente Iglesia de su dulcísimo Jesús. En efecto, la Magdalena, que hasta entónces había sido su inseparable compañera, movida sin duda por inspiracion sobrenatural, la abandona. El Occidente era el campo destinado para las grandes empresas de esa alma tan amada de Cristo. No ocurre decir ahora como partió y llegó allí: consta por los historiadores, que aportó en Marsella, Francia, y que retirada aquí en una famosa cueva, vivió en ella por espacio de treinta años, haciendo austerísima penitencia, y que sus ardientes lágrimas fueron semilla de cristianismo y de virtudes raras y excelsas entre aquellas gentes,

(1) IBID. II, 14.

inaugurando una generacion de creyentes en su Jesús, que se distinguieron por el heroismo de la fé cristiana. Esta partida, como se deja comprender, fué muy amarga para María, pues amaba á Magdalena con un amor entrañable, así como la había amado ya con tanto amor su amado Jesús. Así que no le quedó en el mundo más que el Evangelista Juan, y la tradicion de los antiguos Padres nos dice, que Ella le seguía en todos los viajes que emprendía para cumplir con su ministerio apostólico.

Entre tanto los sembradores de la palabra evangélica habíanla esparcido por todas las partes del mundo hasta entónces conocido, y la miés prosperaba abundantemente: entónces comprendió la Vírgen que había llegado el fin de su mision sobre la tierra. Y como la labradora fatigada que ha recogido vasta y exuberante miés, hácia mediodía, va en busca de sombra y de reposo, así Ella comenzó á suspirar por el Cielo, donde le estaba reservado el premio de las magnánimas fatigas y de los afanes padecidos en la larga y varia peregrinacion de su admirabilísima vida. Y Aquel que, desde el Cielo, veía todos los secretos del corazon de su Madre, como ve todas las cosas, se dignó complacerla, y mandó un Angel que le anunciase el dia y la hora de su partida (1). Pero ántes de abandonar para siempre este mundo fugaz, en que había vivido constantemente como extranjera, quiso visitar por última vez los lugares tan deliciosamente amargos, que habían sido el teatro de los sangrientos triunfos de su Hijo. Y Juan, que tanto la amaba, se dispuso para este nuevo viaje. Se embarcarían probablemente en Mileto, cuyo puerto era en aquellos dias frecuentado por todas las naves de Europa y Asia que surcaban aquellos mares. Durante el trayecto vieron la isla de Chio, cuyo pueblo, que durante tan largo tiempo había tenido el imperio de los mares, había tambien adoptado la inhumana costumbre del comercio de los esclavos: tiranía que el Evangelio había venido á abolir. Vieron despues á Lesbos, la pátria de los poetas líricos, donde su himno sustituiría á las odas profanas de Saffo, y á los cantos de Alceo. Contemplaron aquí la elevadísima cúpula del templo de Esculapio, donde concurría tanta muchedumbre para buscar allí vanamente la salud. La divina Madre, al presenciar esta supersticion, se enterneció, y pensaría, naturalmente, que, invocando en adelante á su Jesús, obtendrían los afligidos consuelo y salvacion. Por último, aparecieron á su vista las islas de Delos y de Rodas; Delos, pátria de Apolo, y Rodas, pátria de Júpiter; ambas llenas de extravagantes ídolos, cuyo fin es-

(1) Orsini, *La Vergine*, tom. II.

taba cercano. Y despues de tanto navegar, tomaron tierra en Sidon, cuyas relaciones comerciales eran frecuentísimas con la Palestina, desde cuyo punto pasaron á Jerusalen; y aquí, la Vírgen estableció su morada en el monte Sion, en la misma casa de Juan, donde con él y los demás Apóstoles había recibido el Espíritu Santo. Y Juan lo puso inmediatamente en conocimiento de Santiago, primer Obispo de aquella ciudad, y de todos los fieles que componían aquella Iglesia. ¡Oh María! ¿tambien Tú abandonarás este mundo miserable, Tú, el único consuelo de la naciente Iglesia de tu Hijo, que confió á tu amor? ¡Oh Madre dulcísima! ten piedad de tus hijos, que apénas te hayan perdido, quedarán privados de todo consuelo! Pero reflexionad, hermanos mios, que muriendo María no los abandonaba; ántes recibiendo el premio de sus excelsos méritos, empezaba á ser la poderosísima protectora del Cristianismo. No nos asustemos, pues, porque deje la tierra: la perdemos acá, para ganarla más poderosa en el Cielo.

Sí ¡oh María, Madre magnánima y toda amor! Tú eres nuestra protectora y toda nuestra esperanza; y en esta tu sublime glorificacion consiste tu inmensa gloria, tan provechosa para nosotros, puesto que desde el trono en que estás sentada en el Cielo, Tú asistes amorosa á los enfermos, y mitigas sus dolores; penetras compasiva en las oscuras cárceles, y aligeras las pesadas cadenas de los encarcelados; acompañas á los navegantes, y los salvas de los naufragios; vigorizas el brazo de los guerreros en los campos de batalla, y les concedes la victoria; en los secretos hogares de las familias restableces la armonía entre los corazones desgarrados por la discordia; en una palabra, reinando bienaventurada en el Cielo, eres acá en la tierra la fortaleza, la esperanza y el consuelo de cuantos marchamos por el camino del dolor y de la penitencia. ¡Salve, oh María, oh gloriosa y piadosísima Madre nuestra! En Tí confiamos, y estamos ciertos que, guiados y protegidos por Tí, llegaremos con seguridad al puerto de la eterna salvacion. Así sea.

DIA TREINTA Y UNO.

III.

MUERTE DE MARÍA.

Veni espossa mea; veni coronaberis.
Ven, esposa mia; ven y serás coronada.
(CANT. IV, 8.)

Bello y sublime espectáculo es el del sol, cuando corre al ocaso en una hermosa tarde de verano. Cuanto más resplandeciente se muestra, al emprender su carrera, tanto parece que se desprenda de la luz, al declinar por la tarde; y acercándose al Océano, desaparece por fin, dejando tras sí como cierto perfume de luz, que no podemos contemplar sin que conmueva profundamente nuestro corazon! Semejante á este, hermanos mios, es el tránsito del alma justa de esta vida á la eternidad. La fé y las buenas obras son la luz con que resplandecen los justos durante esta terrena peregrinacion: á la proximidad de la muerte las fuerzas del cuerpo se debilitan, y parece como que el espíritu venga á ménos; pero no es así: una luz espiritual circunda su lecho de muerte, y la tumba do reposan sus restos mortales; y esta luz nos señala la sublime senda por la cual han subido los bienaventurados al reino de la inmortalidad. Y si tal es el fin de todos los buenos y fieles siervos del Señor, ¿cuál no debió ser, pues, el de María? Aquella resplandeciente luz, hermanos mios, que rodeaba la figura de Jesús, cuando desde el Olivete subió al Cielo, fué la misma que hizo bella y conmovedora sobremanera la muerte de María, puesto que tambien Ella tuvo que morir; no porque Ella estuviese sujeta á la muerte, como pena del pecado, que jamás había contraido, sinó porque tambien, muriendo, debía asemejarse á su Jesús. Y por eso no sufrió dolores á causa de alguna enfermedad; ni tristeza por razon de arrepentimiento de la vida; ni hubo disolucion del cuerpo con motivo de la antigua culpa; sinó paz y contento celestial, dulce sueño, y un triunfo parecido al de Jesús. Esta bienaventurada muerte que vamos á contemplar esta noche, pondrá fin al hermoso mes que hemos celebrado en honor y homenaje de nuestra amada y dulcísima Madre; rogándola que nos alcance una dulce y santa muerte, principio de nuestro eterno gozo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Apénas los fieles de Jerusalen supieron por Juan, que María había regresado á aquella ciudad, y que pronto iba á partir de esta tierra, todos, como fácilmente comprendereis, se reunieron á su alrededor para verla una vez más, y recibir su bendicion. Pero no se reunieron tan solo los fieles de Jerusalen, tambien los Apóstoles, por un solemne milagro, se hallaron trasportados de todas las partes de la tierra donde estaban evangelizando, y reunidos en aquel lugar. Ah! convenía mucho que esta familia de su amado Hijo, con la cual había tan familiarmente conversado en los tres años de su mision, y acogido con tanto amor en su seno materno cuando Jesús estaba próximo á espirar en la cruz, y cuyos pasos había dirigido miéntras difundian la fé por toda la tierra; convenía, digo, que milagrosamente se hallase presente al tránsito de esta Mujer admirable, que iba á ser su poderosa protectora en el Cielo. ¿Puede sorprendernos este milagro, sabiendo que toda su vida, con la de su Hijo, no había sido más que una cadena de estupendos prodigios? La constante tradicion nos da fé de ello, y esto basta para que lo creamos.

Y ahora, hermanos mios, ¿quién sabría, ó podría ponderar la alegría de los Apóstoles al verla nuevamente congregados todos, del mismo modo que ya lo habían estado con Ella todo el tiempo que en el Cenáculo aguardaron la venida del Espíritu Santo? ¿Al volverla á ver, digo, siempre pobre, humilde y bella, como la habían dejado al partir cada uno para aquella region que le había tocado en suerte para anunciar allí la fé divina? tan bella como en los floridos años de su vida, sin que el tiempo hubiese causado cambio alguno en su rostro de Paraiso? Lo afirma, entre otros, San Dionisio Areopagita, testigo ocular de su santa muerte, diciendo, que aunque de edad muy avanzada, encantaba todavía con su celestial gracia. Ella acogió, pues, á sus amados hijos, acostada sobre un pobre lecho, á cuyo alrededor estaba ya reunida toda la Iglesia de Jerusalen; y su rostro respiraba tal majestad, que todos prorumpieron en llanto por la inminente pérdida de su Madre, pues era la Madre de toda la naciente familia de su Hijo Jesucristo.

Llegó entretanto la noche, y la desconsolada asamblea, alumbrada

por el resplandor de las lámparas de varias luces, colgadas del techo con cadenillas de bronce, tenía algo de imponente. Los Apóstoles, vivamente conmovidos, estaban todos al rededor del lecho de la Madre divina; y San Pedro, que con tanto amor había amado al Hijo de Dios, mirándola con más piadoso afecto, parecía que le dijese: ¡Oh como se asemeja á nuestro Maestro Jesús (1)! Y Santiago, obispo de Jerusalen, llamado el justo por excelencia, derramaba piadosas lágrimas. En una palabra, en toda la reunion no había un solo corazon que no estuviera oprimido de dolor, ni ojos que no derramaran lágrimas. La Santísima Vírgen, recogida y concentrada en sí misma, rogaba al Cielo por ellos; y luego les dirigió algunas palabras de consuelo; su voz, dulcísima y armoniosa, parecioles en aquel momento tan divina, que desapareció de ellos todo dolor. Aseguróles que una vez llegada al Cielo, los miraría siempre como hijos carísimos; luego habloles de aquella beatísima morada con palabras de tan viva sabiduría, que todos quedaron como arrebatados, y fuéra de sí mismos. Acercábase, empero, la hora solemne de la partida: María extendió entónces sus protectoras manos sobre aquellos amados hijos que dejaba huérfanos en la tierra, y levantando la mirada hácia los astros que brillaban en el firmamento con serena majestad, vió á su Hijo dulcísimo que descendía rodeado de luminosa nube para acogerla en el seno de la eternidad (2). A semejante vista, un color de rosa cubrió su rostro, sus ojos brillaron con toda la belleza del amor materno, y su alma hermosa, abandonando sin ningun esfuerzo su mortal velo, á los 15 de Agosto, entró en el reino de la Gloria.

La Vírgen, pues, hermanos mios, la bella Madre de Jesús, no existe ya en la tierra, sinó por su cuerpo, que nos dejó, por un instante, en prenda de amor y para consuelo de sus amados, que se hallaban presentes al espectáculo de su muerte dichosísima. Pero su rostro, como sumergido en tranquilo sueño, conservó tal frescura de colorido é integridad de formas, que era fácil prever, que no sería presa de los horrores del sepulcro. Sin embargo, segun la costumbre de la nacion, se encendieron las lámparas mortuorias, abriéronse las ventanas de la casa, y empezaron los cánticos mezclados con llanto y profundos sollozos, los cuales duraron toda la noche; sollozos, que los Angeles del cielo acompañaron con sus sistros de oro (3).

(1) Niceforo, *Storia ecclesiastica*, tom. I.

(2) *Damasc. presso l' Orsini*, loc. cit.

(3) *Militiam cœlorum cum suis aquisnibus obviam venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis, eamque ingenti lumine circum fulxisse et usque ad thronum perduxisse.*

Al dia siguiente los fieles llevaron preciosos perfumes para embalsamar aquel cuerpo santísimo, y finos lienzos para envolverlo; pero el olor que despedía era tan suave, que superaba á todos los perfumes de la tierra; entónces, segun la costumbre de los hebreos, fué colocado sobre un lecho portátil, y cubierto con un suntuoso velo: y de esta suerte, los Apóstoles, cargándolo sobre sus espaldas, lo trasladaron al huerto de Getsemaní, acompañados de los cristianos de Jerusalen con antorchas encendidas en la mano, y cantando todos himnos y salmos, como se acostumbraba en tal rito. Marchando con este órden, llegaron al lugar designado, donde las piadosas mujeres jerosolimitanas tenían ya preparada la sepultura como en una cuna tejida de verdes ramos y de flores; y los Apóstoles depusieron suavemente en ella aquel cuerpo inmaculado. ¿Quién pudiera describir aquí la escena conmovedora que tuvo lugar, al cerrar el sepulcro con una piedra? San Dionisio Areopagita, testigo ocular, dice, que fueron tales los gemidos y sollozos, que hasta las piedras parecieron conmoverse! Al fin, el sepulcro fué cerrado; no creais, empero, que le abandonaran; por el contrario, rogaron allí tres dias consecutivos, durante los cuales oyéronse en los aires, como escribe Juvenal, patriarca de Jerusalen, á la emperatriz Pulqueria, melodiosos conciertos; conciertos de Angeles que alegraban el último sueño de María. Tal fué, hermanos mios, la muerte de la Madre de Dios; y tal es la muerte de todos los justos del Señor. Ahora decidme, hermanos mios: para lograr una muerte tan bella y gloriosa, ¿será un gran sacrificio desestimar, no hacer caso alguno de las efímeras delicias de esta miserable tierra? Y tened entendido, que tan dulce muerte depende de nosotros el tenerla, pues Dios, cuya palabra es infalible, la ha prometido á cuantos observen fielmente su santa ley.

Pero una antigua tradicion nos dice, que á esa escena tan conmovedora no se halló presente uno de los doce Apóstoles, Santo Tomás; aquel Tomás, que tan terco se mostró en creer la resurreccion de su maestro Jesús, y que llegó cuando la divina Madre estaba ya encerrada en el sepulcro. A su aparicion prorumpieron sus compañeros en un grito de alegría; pero no dejaron de sentir un vivo dolor por no haber podido este apóstol ver á Aquella, que tambien él había amado tan tiernamente. Le refirieron todas las maravillas sucedidas, y lloró profundísimamente conmovido. Pidió entónces, que á lo ménos se le abriese el sepulcro. Reuniéronse los Apóstoles y los demás fieles que formaban aquella Iglesia, para deliberar lo que debían hacer, y consintieron en ello. Pero ¡oh maravilla! el sepulcro que encerraba el precioso

tesoro estaba vacío: no había en él más que las flores en él depositadas, que despedían un olor nunca percibido, y una suavidad celestial. ¡No está aquí! exclamaron todos con maravilloso y devoto entusiasmo: sus sagrados despojos han volado tambien al Cielo, arrebatados por la virtud divina del amor del alma, que poco ántes la informara en la tierra, y Dios ha querido que el cuerpo la acompañase en las delicias y entre los esplendores de la gloria del Cielo. Y miéntras así hablaban, apareciósele por los aires la Vírgen en cuerpo y alma gloriosísima, y sonriendo á Tomás, le dejó caer el cinturon que llevó en vida, reliquia preciosísima que poseyó la Iglesia Jerosolimitana, y, más tarde, en la época de las Cruzadas, fué trasladada, con muchos otros preciosos tesoros, á Italia, donde se venera hasta hoy con extraordinaria devocion en la ciudad de Prato, en Toscana.

Tal fué, hermanos mios, la gloriosa Asuncion de María al Cielo, celebrándola con solemnísima fiesta la Iglesia nuestra madre, á los 15 de Agosto. Alargaría demasiado mi discurso, si tratara tan solo de indicar las principales razones por las cuales convenía que la Vírgen resucitase despues de su dichoso tránsito, y reunido el cuerpo con el alma, fuese á sentarse á la derecha de su resucitado Hijo en el Cielo. Los Padres y Doctores discurren extensamente acerca del particular y las razones que aducen no admiten réplica. La tradicion, tanto de la Iglesia latina, como griega, ha llegado desde los primeros dias del Cristianismo hasta nosotros; y es digno de notarse, que los Griegos, tan ávidos siempre de las reliquias de los Santos, nunca hayan hablado de reliquias, tratándose del cuerpo de la Santísima Vírgen. Pero debe asegurarnos especialmente del hecho la autoridad de nuestra santa madre la Iglesia, que, anualmente, celebra, como he dicho, la solemne fiesta de este triunfo, diciendo: «Alegrémonos hoy todos en el Señor, al celebrar esta santa festividad en honor de la bienaventurada Vírgen María, de cuya Asuncion al Cielo se regocijan los Angeles y dan por ello gloria al Hijo de Dios.»

El autor de la Resurreccion, como sabeis, hermanos mios, es Jesucristo; Jesucristo, que es la Resurreccion y la vida: *Ego sum resurrectio et vita;* y que resucitado del sepulcro por su propia virtud, ha de resucitarnos un dia á todos nosotros: y el privilegio concedido á su divina Madre fué, por decirlo así, el principio de la Resurreccion universal, que ha de verificarse en todos nosotros, destinados á participar de su gloria. Esto no quiere decir, que no participemos de su gloria ántes de que se verifique esta universal Resurreccion: muy al contrario, todas las almas que siguen y aman á Jesús, entran en su gloria á medida que la muerte les desata del cuerpo, y pasan á la

eternidad; y tan solo dejan el cuerpo temporalmente sobre la tierra como una prenda en el regazo de la madre comun, prenda para los sobrevivientes de la resurreccion de toda nuestra especie; la cual resucitará toda unida, cuando en la tierra haya alcanzado, mediante el triunfo de su fé y de su caridad, la unidad para que fué destinada en la creacion. Entónces resucitaremos todos, cada uno con nuestro cuerpo; resucitaremos, digo, para ser eternamente bienaventurados en la gloria: pero aquellos que desunidos de Cristo, de su fé y de su caridad, pasaron á la otra vida, aunque resucite su cuerpo, no resucitarán para la gloria de Jesús, ni tendrá parte en su gloria, porque no quisieron participar de ella.

El camino más seguro para llegar á esta Resurreccion de la gloria, es seguir á María, que ya la está gozando plenamente con su Hijo en el Cielo: seguirla, digo, imitando todas las virtudes y todas las pruebas de que nos dió ejemplo con su vida admirable. A cuyo fin la hemos considerado en todas sus condiciones durante el mes que acabamos de celebrar: en la condicion de cándida Vírgen, de Esposa inmaculada, de Mujer digna y solemne en el sentimiento de las gracias recibidas del Cielo, y de criatura siempre modesta, humilde y sumisa en medio de los esplendores de los divinos prodigios, y de la extraordinaria grandeza á que la elevó la Providencia. La hemos considerado en el hogar doméstico, obediente á las leyes del Estado en que le cupo nacer, y tierna en los actos de la Religion divina de sus padres, en que estaba tan instruida é informada. Hemos admirado las apacibles alegrías de la gracia, de que estaba lleno su espíritu, y la pronta resignacion que mostró en las incomodidades de la pobreza, y en medio de las penalidades y tribulaciones de la vida; y la generosa y sublime constancia del ánimo invencible con que sufrió todos los tormentos, y sostuvo los mayores sacrificios que en este mundo hayan podido imponerse á la virtud, hasta el dolor sobrenatural de morir crucificada con su Hijo para la salvacion del mundo; en cuyo tiempo recibió el singular privilegio de la Maternidad de todo el género humano, amparando á todos los hombres bajo la proteccion de su manto como tiernísimos Hijos, en quienes resplandece la imágen de su Hijo Jesucristo.

¡Oh María! sí; cuanto nos ha sido posible hemos procurado honrar tus excelsas virtudes, y poner toda diligencia en excitar en nuestro corazon la tierna devocion que á Tí, santísima Madre, debemos cordialmente tributarte, si queremos gozar del fruto de la sangre que por nosotros derramó tu divino Hijo. ¡Ah, amorosa Madre mia y Madre nuestra! no permitas queden sin efecto para la santificacion

de nuestras almas los ejemplos admirables que nos diste; ni que tu gloria solo nos sirva para tributarte un culto de estéril admiracion; sinó que te tributemos un culto, que consista en el amor y en la práctica de todas las virtudes, de que fuiste modelo; un amor vivo y verdadero, que nos tenga íntimamente unidos á Tí y á tu Hijo en esta vida, para estarlo despues por toda la eternidad. Así sea.

FIN.

ÍNDICE.

		PÁG.
Al devoto lector.		7
Dia	I.—La Promesa.	9
Dia	II.—La Expectacion.	21
Dia	III.—Los Padres.	30
Dia	IV.—La Natividad.	39
Dia	V.—El Nombre, el ofrecimiento y la promesa.	48
Dia	VI.—La Fidelidad.	57
Dia	VII.—La Presentacion.	65
Dia	VIII.—La Educacion en el Templo.	73
Dia	IX.—El Perfeccionamento.	82
Dia	X.—El Último viaje y el primer dolor.	92
Dia	XI.—La Pérdida de la Madre.	99
Dia	XII.—La Orfandad de María.	106
Dia	XIII.—Los Esponsales y el matrimonio.	114
Dia	XIV.—La Anunciacion.	123
Dia	XV.—La Visita á Elisabeth.	131
Dia	XVI.—La Residencia en Ain.	139
Dia	XVII.—María reconocida Madre por José.	147
Dia	XVIII.—María en viaje hácia Belen.	154
Dia	XIX.—María en la cueva de Belen.	163
Dia	XX.—María Virgen y Madre.	169
Dia	XXI.—Los Magos de Oriente y la Estrella.	177
Dia	XXII.—Los Magos en Belen.	184
Dia	XXIII.—La Purificacion.	191
Dia	XXIV.—La Huida á Egipto.	198
Dia	XXV.—La Permanencia y vuelta de Egipto.	205
Dia	XXVI.—Vuelta de Egipto, y el Niño perdido.	213

de nuestras almas los ejemplos admirables que nos diste; ni que tu gloria solo nos sirva para tributarte un culto de estéril admiracion; sinó que te tributemos un culto, que consista en el amor y en la práctica de todas las virtudes, de que fuiste modelo; un amor vivo y verdadero, que nos tenga íntimamente unidos á Tí y á tu Hijo en esta vida, para estarlo despues por toda la eternidad. Así sea.

FIN.

ÍNDICE.

		PÁG.
Al devoto lector.		7
Dia	I.—La Promesa.	9
Dia	II.—La Expectacion.	21
Dia	III.—Los Padres.	30
Dia	IV.—La Natividad.	39
Dia	V.—El Nombre, el ofrecimiento y la promesa.	48
Dia	VI.—La Fidelidad.	57
Dia	VII.—La Presentacion.	65
Dia	VIII.—La Educacion en el Templo.	73
Dia	IX.—El Perfeccionamento.	82
Dia	X.—El Último viaje y el primer dolor.	92
Dia	XI.—La Pérdida de la Madre.	99
Dia	XII.—La Orfandad de María.	106
Dia	XIII.—Los Esponsales y el matrimonio.	114
Dia	XIV.—La Anunciacion.	123
Dia	XV.—La Visita á Elisabeth.	131
Dia	XVI.—La Residencia en Ain.	139
Dia	XVII.—María reconocida Madre por José.	147
Dia	XVIII.—María en viaje hácia Belen.	154
Dia	XIX.—María en la cueva de Belen.	163
Dia	XX.—María Virgen y Madre.	169
Dia	XXI.—Los Magos de Oriente y la Estrella.	177
Dia	XXII.—Los Magos en Belen.	184
Dia	XXIII.—La Purificacion.	191
Dia	XXIV.—La Huida á Egipto.	198
Dia	XXV.—La Permanencia y vuelta de Egipto.	205
Dia	XXVI.—Vuelta de Egipto, y el Niño perdido.	213

Dia XXVII.—Muerte de San José. 220
Dia XXVIII.—María en las bodas de Caná. 229
Dia XXIX.—María en las predicaciones de Jesús. . . . 236
Dia XXX.—María en la Pasion de Jesús. 243
Dia XXXI.—I. María en la muerte de Jesús. 252
Dia XXXI.—II. Resurreccion de Jesús, y últimos años de María. 257
Dia XXXI.—III. Muerte de María. 264

FIN DEL ÍNDICE.